

BIBLIOTECA PREDICABLE

FOR

D. FELIX LAZARO GARCIA,
CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SE-
GOVIA Y CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA (QUE
HA SIDO) DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

Y

otros señores sacerdotes.

TOMO XX.



MADRID:—1849

IMPRENTA DE JOSE REDONDO CALLEJA,

Calle de los Abades, núm. 5.

***Esta obra es propiedad de su editor D. Antonio Urquizu,
quien perseguirá ante los tribunales al que la reimprima sin su
consentimiento.***

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SERIE SETIMA.—Algunos Octavarios, Novenarios y Duodenarios.

TOMO I.

Contiene un Octavario de Dios y sus atributos y perfecciones, otro del Santísimo Sacramento aplicable al Corazon de Jesus, un Novenario Doloroso de María Santísima, un Triduo para implorar su proteccion en alguna necesidad, y otro en accion de gracias por algun beneficio recibido.

OCTAVARIO

En honor de Dios y sus divinos atributos y perfecciones.

**Que puede predicarse en la octáva de la Santísima
Trinidad ó en otras fiestas.**

DIA I.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Dios existe y debemos honrarle y darle gracias.

Accedite ad eum, et illuminamini.

Llegaos á Dios y seréis iluminados.

SALMO 33, v. 6.

Dios y el hombre. He aquí, amados míos, el compendio de todo lo que debemos contemplar, lo que debe arreglar nuestros conocimientos, nuestros deseos, nuestras esperanzas; lo que forma nuestras delicias, nuestra felicidad, todo cuanto somos y cuanto podemos apetecer. Dios, el Criador de cuanto tiene ser, el que existe por sí mismo, el

que no depende ni necesita de criatura alguna, el Ser perfectísimo, inmutable, eterno, inmenso, omnipotente, el Señor de todo, á quien no podemos jamás conocer ni ponderar bastante; y el hombre criado por Dios á su imagen y semejanza para que le sirva, le adore, le glorifique y le goce despues por eternidad de eternidades en la mansion de la gloria. El hombre sin Dios es la criatura mas miserable, el conjunto de males y tribulaciones, es un ser infeliz y desgraciado sin recursos en sus aflicciones, sin consuelo en sus penas, sin alivio en sus necesidades, sin mas esperanzas que la nada, el aniquilamiento, la destruccion completa de su ser y el olvido eterno de sus buenas ó malas obras, que no tendrán ni recompensa ni castigo. Pero el hombre con su Dios es un ser noble y engrandecido, es un hijo de un Padre Todopoderoso destinado á pasar unos momentos de prueba en esta vida, sí, pero para gozar despues todas las delicias de la gloria. El hombre con su Dios es resignado y paciente en los trabajos, sufrido en las desgracias, fuerte en los tormentos, lleno de paz, de amor, de esperanzas, de consuelos. Dios es su todo y volviendo su vista á su Dios en todos los disgustos y amarguras de su vida, enjuga sus lágrimas y abandona sus tristezas. No, no es Dios un Señor áspero, riguroso, intratable y severo con el hombre; es un padre lleno de bondad, de amor, de justicia, atento siempre sobre las necesidades del hombre y sin otros deseos que los de hacerle feliz para siempre. ¿Cuál pues debe ser nuestro estudio, sino el conocer á Dios? ¿En qué nos ocuparemos mas dignamente que en acercarnos á Dios y meditar sus infinitas perfecciones y atributos? ¿Dónde hallaremos mas interés

que en conocer , contemplar y honrar y dar gracias al que todo nos lo da , al que nos crió , nos conserva y sin el que nada seríamos?

Justo es honrar y venerar á los santos. A aquellos hombres modelos de virtud y de buenas costumbres que nos edificaron con sus ejemplos y palabras y se ocuparon en hacer bien á sus semejantes. Justo es honrar y venerar á los ángeles como á nuestros defensores y protectores. Justo es honrar á María Santísima, Reina de todos los ángeles y los santos y conducto por donde se nos comunican todas las gracias, todos los dones y beneficios. Pero es mas justo que honremos á Dios, al Santo de los santos, al Autor de la santidad de los santos , de los ángeles y de Maria Santísima ; de quien nos viene todo cuanto poseemos y cuanto somos, y sin el que nada seríamos. Y para honrarle , amados míos , para honrarle debemos empezar por conocerle.

Sabemos bien que es imposible comprender á Dios, que no debemos querer profundizar sus arcanos, que seremos oprimidos con el peso de su magestad si queremos escudriñar sus misterios, si queremos investigar con arrogancia y soberbia sus infinitas perfecciones, sin atender á que nuestro entendimiento es muy corto y limitado. Lejos de nosotros tratándose de Dios, todo espíritu de vana curiosidad y altanería ; no busquemos cuestiones, sino oraciones y aquello que el Señor nos dé. Tratemos de Dios con humildad, porque el Señor se da á conocer de los humildes y se oculta y hace impenetrable de los sabios y soberbios. Dios es incomprensible, pero: *acercaos á él con espíritu sencillo y con amor de hijos, y sereis iluminados.*

Accedite ad eum et illuminamini. En la consideracion humilde de Dios y sus perfecciones recibireis luz para conocerle, para amarle, para conoceros á vosotros mismos y ser obedientes á su ley y solícitos en agradarle y procuraros una suerte dichosa. Os inflamareis en deseos de ser santos y perfectos como lo es vuestro Dios. No hay cosa mas dulce que Dios, dice el padre San Bernardo, no hay cosa que se trate con mas seguridad, ni que se oiga con mas utilidad y provecho. En la memoria y contemplacion de Dios se llenó mi corazon de alegría, dice el real profeta: *Memor fui Dei, et delectatus sum.* Los que se dedican á conocer á su Dios conseguirán la vida eterna, dice el Espíritu Santo. *Qui elucidant me vitam æternam habebunt.*

En estos dias consagrados á honrar al Señor y pedirle sus beneficios y el socorro de las necesidades que nos atormentan, nada hallo mas propio que deciros con el santo rey David: *Accedite ad eum et illuminamini:* Venid, contemplad á vuestro Dios; examinad lo dulce y suave que es el Señor; llegaos humildemente por medio de la oracion y contemplacion á vuestro Dios; unios conmigo para ocuparnos en este santo Octavario en considerar á nuestro Dios y sus infinitas perfecciones y atributos, y sereis iluminados con los conocimientos celestiales. Le conoceréis, y conociéndole le amareis; y amándole procurareis servirle y agradarle; y sirviéndole sereis dichosos para siempre. Con razon nos dice Jesucristo que en conocer á Dios consiste la vida eterna: *Hæc est vita æterna ut cognoscant te verum Deum.* Y si somos miserables, si somos desgraciados y pecadores es porque no nos dedicamos á conocer y contemplar á Dios; porque vivimos en olvido de Dios.

He descubierto mi plan, hermanos míos, pero para des-
empeñarle desconfío de mí. Dadme, Señor, el que huya y
me aparte de todo cuanto sea ciencia y elocuencia munda-
na que entretiene y lisongea, sin edificar. Hable yo lo que
Vos me inspireis, y mi pobreza reciba todo su caudal y su
luz de vuestra abundancia y claridad. Sea todo cuanto yo
haga obra de vuestra gracia, para que así pueda ser digno
de Vos. Y para que nos asistais con vuestros auxilios os los
pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre :

Ave María.

Accedite ad eum...

He propuesto hablaros de Dios y de sus infinitas perfec-
ciones. Luego existe este Dios y su existencia es lo primero
que debo proponeros y anunciaros; no para convenceros de
esta verdad, sino para consolarnos todos con ella y estimu-
larnos á honrar y ofrecer á Dios nuestra accion de gracias.
La misma razon persuade esta verdad y se demuestra por los
efectos, porque las criaturas todas anuncian que hay un
Criador que las ha dado el ser; y habiendo seres que han
recibido de otro su existencia, que han empezado á existir
en algun tiempo, no puede menos de haber otro que ha
existido siempre, que no ha recibido su existencia de na-
die, que ha dado el ser á todas las cosas criadas, y este Ser

primero, increado, independiente, eterno es al que llamamos Dios. Verdad patente y luminosa; y por esto se nos dice en el libro de la *Sabiduría*: «Vanos son todos aquellos hombres que no quieren conocer y confesar que hay Dios y que por las mismas cosas que ven, no quieren venir en conocimiento del que es, y que atendiendo á las obras no quieren conocer quién es el artífice... Por la grandeza de las criaturas puede muy bien venirse en conocimiento del Criador... La ignorancia en esto no puede ser excusable; porque si ven y conocen al universo ¿cómo pueden desconocer que debe haber un Señor y Criador de todo cuanto ven?». Conforme á la fuerza de este discurso el Apóstol escribiendo á los romanos llama *inescusables* no solo á los que guiados por la luz de su razón no conocen que hay Dios, sino también á los que conociéndole por la luz natural no le honran y le dan gracias. Está de manifiesto la ira de Dios, dice el santo Apóstol, sobre la impiedad y la injusticia de todos aquellos que niegan y desconocen la verdad palpable de la existencia de Dios, porque el mismo Dios está de manifiesto en ellos; Dios se los manifiesta suficientemente. Por las criaturas, por el conjunto de las cosas criadas, se ve con claridad que hay un Dios, se ve su virtud y divinidad y así son inescusables porque habiendo debido conocer que hay Dios ni le han honrado, ni glorificado, ni dado gracias. El cielo, la tierra, el mar y todo cuanto vive y se mueve en ellos: las lluvias, los vientos, las diversas estaciones, los frutos, todo da testimonio de que hay un Dios que lo ha criado todo.

A la manera que cuando vemos una grande y populosa ciudad en la que se halla una multitud de gentes de dis-

tintas edades, condiciones, fortunas y costumbres, y que sin embargo se ve que viven entre sí con orden, con paz, sin inquietudes ni perturbaciones; conocemos que hay un príncipe ó gobernador que rige y administra aquella ciudad y que la proporciona el orden y tranquilidad que disfruta: cuando vemos en un cuerpo la concordia y armonía de todos sus miembros y que todos y cada uno ejercen el oficio para que estan destinados, conocemos, aunque no lo veamos, que en aquel cuerpo hay un alma que rige y arregla sus movimientos; del mismo modo, al estender nuestra vista y ver el orden admirable, el régimen y concierto de todo el universo y su estabilidad y conservacion no podemos menos de conocer que debe haber un príncipe y administrador inteligente que le gobierna, y este príncipe es el mismo Dios.

Sin salir de nosotros mismos hallamos el convincente testimonio de esta verdad. Nuestra alma es naturalmente cristiana, dice Tertuliano. En nuestras desgracias y pesares, en nuestras aflicciones y miserias invocamos naturalmente á Dios. Los hombres de todos los tiempos, de todas las edades, de todas las naciones llaman á Dios en su ayuda en todas sus angustias, y de Dios confiesan que los vienen los bienes. A Dios demandan su ayuda sin detenerse á deliberar. Este sentimiento tan íntimo, tan general, tan constante no puede ser sino un testimonio de la verdad que está grabada en nuestras almas. Luego es una verdad que existe un Dios, un Dios á quien los hombres todos, á escepcion de algunos miserables en quienes la naturaleza está demasiado corrompida y depravada, reconocen por autor de todo el universo; un Dios que no puede esconderse

ni ser desconocido enteramente de la criatura racional, si quiere usar y valerse de su razon.

Pero despues de esto, amados mios, los cristianos tenemos un medio mas pronto, mas seguro, mas perfecto y menos espuesto para conocer y saber la existencia de Dios. La fe, la palabra de Dios que no puede engañarnos. La fe que sin cavilaciones, sin ocuparnos en grandes discursos, sin esponernos á errores ni contradicciones nos enseña que hay un Ser supremo, un Dios criador de todas las cosas visibles é invisibles. ¡Cuántas gracias debemos dar á Dios, que habitando una luz inaccesible, quiso que por la feuviésemos proporcion para acercarnos á él y conocerle! ¡Cuántas gracias debemos dar á Dios porque quiso sacarnos de las tinieblas espantosas en que estaba sumergido el género humano por su corrupcion y sus multiplicados delitos, y nos llamó á su admirable luz y nos dió el que le conociésemos! Por la fe, apenas tenemos uso de razon, apenas conocemos que existimos y ya se nos enseña que hay un Dios que nos ha criado y que ha de premiar ó castigar nuestras obras.

¿En qué consiste que despues de tanta luz como Dios nos da para conocerle: despues de tantos testimonios que nos acreditan su existencia; despues de tanto como nos ilustra y enseña la fe tan de acuerdo con nuestra razon y con nuestros sentidos en este punto, aun entre los mismos cristianos hay tanta incredulidad y se vive como si no hubiera Dios? ¿En qué consiste que hay tantos necios que dicen en su corazon: *No hay Dios*? He dicho mal, porque la impiedad ha adelantado mucho en nuestros desgraciados dias y no se contenta con ocultar su malicia en el secreto

sino que la profiere públicamente con escándalo de la humanidad. ¿En qué consiste que haya tantos necios que públicamente blasfemen de Dios, se rian y mofen descaradamente de los que creen en él y digan con descaro con sus palabras maldicientes y sus obras de eterna reprobacion, que *No hay Dios*? Consiste, amados míos, en que se han corrompido y se han hecho abominables. Han seguido tras de sus depravadas concupiscencias, se han entregado á todo género de vicios, quieren vivir sin freno y sin ley, no pueden sufrir un Dios importuno que los reprende y los ha de castigar, y para adormecerse y tranquilizarse en sus maldades han tomado el partido de resistir á su razon, amortiguar los sentimientos naturales de su alma y sofocar y extinguir la fe en el cielo de sus inmundas pasiones. Se han esclavizado á sí mismos sujetándose á los placeres sensuales, á la vanidad, á la avaricia. Los importa poco que haya Dios; pero quieren vivir sin él, quieren que no le haya, para que no los castigue. Confesaron á Dios con su corazon y con sus palabras; comenzaron á negarle con sus obras, y concluyeron por insultarle, despreciarle y jactarse de que no hay Dios en los cielos que se cuide de lo que hacen los hombres en la tierra. ¿De qué servirán al fin á estos miserables sus vanos esfuerzos y todos los delirios de su impiedad? Dios será Dios á su pesar, no podrán destronarle y han de ser juzgados en su tribunal. Dios existe; hay un Dios que nos ha dado ser y de quien hemos recibido todo cuanto somos y tenemos. Gloriémonos de tener esta fe y de querer vivir y morir en ella; y si hay Dios honrémosle y ocupémonos en alabarle y bendecirle. Vivamos y alimen-

temonos de esta fe que es la que nutre y forma á los justos. Confesemos á Dios con nuestro corazon para que nos sirva de justicia y publiquémosle con nuestra boca para que nos sirva de salud. Acerquémonos á Dios, meditemos en un Dios que nos ha criado, y seremos iluminados. Si hay Dios como lo creemos y confesamos, seamos atentos á sus mandamientos, obedezcamos su ley, no le confesemos con nuestras palabras solamente, sino tambien con nuestras obras. Que nuestra conducta no desdiga ni se oponga á nuestra fe, que no hagamos cosa que sea indigna de Dios, que no se nos eche en cara jamás que somos peores que los infieles. Creamos, pero no como los demonios que creen y y tiemblan, sino con aquella fe que obra por amor, con aquella fe con que no procuremos sino lo que es del agrado de Dios. Creer en Dios, dice san Agustin, es creyendo amar á Dios, creyendo ir y acercarse á Dios é incorporarse á él como miembros suyos.

Venid ya todos los que os habeis fatigado y cansado en los caminos peligrosos del mundo; todos los que habeis andado dando vueltas en el circuito lamentable de la impiedad y del pecado, venid y puesto que creéis en Dios, puesto que no podeis menos de confesar que hay un Dios, acercaos á él y sereis consolados de todas vuestras tribulaciones; acercaos á él y esperimentareis que es suave y amable para todos los que le buscan con un corazon recto. Venid como ovejas de su rebaño y empezad á ser doctiles á sus preceptos y amonestaciones. El yugo de su ley es suave y la carga que impone es ligera, él mismo os dará fuerzas para que cumplais lo que exige de vosotros, él os iluminará y bien pronto empezareis á conocer que en

Dios se halla la paz, el gozo, el consuelo, que no hay placer ni felicidad como servir á Dios y ser dócil á sus santos mandamientos. Acercaos á Dios con humildad y confianza, medita en vuestro Dios y le honrareis como á vuestro Criador, como á vuestro Padre, como al centro de todos vuestros afectos, y abismados con el peso de tantos beneficios como habeis recibido de su mano, le bendecireis, publicareis su nombre, deseareis que todos le alaben y bendigan y le dareis incesantemente gracias.

Así podré decir con razon que esta es la generacion que busca á Dios, al Dios de Jacob. Que nada os negará el Señor de cuanto le pidais en estos santos ejercicios, que os iluminará y caminareis de virtud en virtud, y que despues de daros el que le conozcais, confeseis, ameis y bendigais en esta vida, os dará la muerte preciosa de los justos y os abrirá las puertas eternas para que entreis, á gozar de su vista para siempre en la gloria. Amen.

F. L. G.

DIA II.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS.

Dios es omnipotente y este atributo debe confirmar nuestra fe y alentar nuestra esperanza.

Accedite ad eum et illuminamini.

Llegaos á Dios y seréis iluminados.

SALMO 35, v. 6.

Todopoderoso. He aquí, hermanos míos, el primer concepto que formamos de Dios, lo primero que conocemos, confesamos y atribuimos á Dios luego que nos convencemos de que existe; lo que va envuelto en la idea que nos formamos de Dios y el nombre con que le honramos para manifestar su magestad inmensa, su poder grande y su virtud infinita. El Dios que reconocemos y en quien creemos es el Señor de cuanto tiene ser, el Criador de todas las cosas visibles é invisibles, el que todo lo sacó de la nada por sola su voluntad, el que todo lo aniquilaría con solo querer, de cuya voluntad dependen todas las cosas, el que ejerce potestad y dominio absoluto sobre todo, el que es el rey de todos los reyes y Señor de todos los señores. Así nos da á conocer á Dios nuestra misma razón

natural y la Escritura Sagrada y doctores de la Iglesia, y esto es lo que queremos decir, lo que explicamos cuando decimos que Dios es Todopoderoso.

No intento penetrar hoy en el abismo insondable de la omnipotencia de nuestro Dios, ni escudriñar lo que está sujeto á su poder, lo que puede hacer en el cielo y en la tierra, lo que haría en los nuevos mundos que puede criar si fuera de su agrado: no intento penetrar los arcanos de su voluntad, ni los medios con que rige y gobierna á sus criaturas, medios al parecer algunas veces duros, repugnantes, pero que siempre van dirigidos por su mano justa, benéfica y por su providencia llena de una sabiduría infinita. Unas criaturas miserables, menos que unos viles insectos, que unos despreciables átomos en la presencia de Dios: ¿quiénes somos nosotros para conocer ni querer penetrar sus consejos ó para atrevernos á ser sus consejeros? ¿Quiénes somos nosotros para querer medir la altura y profundidad de nuestro Dios? ¿Quiénes somos nosotros para intentar conocer, explicar y buscar los límites de su omnipotencia?

Lejos de conducirnos con una curiosidad vana y presuntuosa; lejos de examinar la omnipotencia de Dios con discursos y sutilezas estériles que dejen vacías de todo afecto de amor y de fervor á nuestras almas, yo deseo hoy que nos acerquemos á Dios con una humildad cristiana y que contemplemos á un Dios Todopoderoso para que robustecidos con lo que creemos y nos explica este divino atributo y perfección de Dios se confirme nuestra fe y se aliente nuestra esperanza.

Vos sois, Señor, dador de todo bien, el que puede ha-

cer que sean cumplidos mis deseos. En vuestra omnipotencia libro todo el acierto que os pido y para lograrle, interponemos la mediacion de María Santísima á quien saludamos con el Angel:•

Ave María.

Accedite.....

Yo soy el Señor Omnipotente: *Ego Dominus Omnipotens*, dice de sí mismo el Señor en el Génesis. Nada hay imposible para Dios. Todo está sujeto á su divina voluntad. Si para los hombres hay muchas cosas imposibles, no hay cosa que no sea posible para Dios. Sobre todo ejerce su potestad y dominacion. No hay cosa que Dios no pueda hacer y que no esté sometida á su Providencia, á su potestad y su imperio; y no solo aquellas cosas que nosotros podemos conocer ó imaginar, sino tambien aquellas que esceden á nuestros alcances y en que ni aun podemos fijar nuestra imaginacion. Dios puede hacer todo cuanto es posible, todo lo que no implica ni envuelve contradiccion y repugnancia; segun esto aunque decimos que Dios lo puede todo. Decimos tambien que Dios no puede mentir; no puede engafiarse ni engañar, no puede pecar, no puede morir, no puede ignorar ni olvidar cosa alguna. Todo esto y otras cosas semejantes son implicatorias y repugnantes en Dios, y así no puede hacerlas y por eso no puede, porque el poder hacerlas sería

prueba de alguna imperfeccion, que no puede darse en Dios, seria el poder hacerla prueba de enfermedad y no de una virtud y Magestad omnipotente. Es imposible que Dios mienta, y por eso es Omnipotente, dice San Agustín, porque no puede estas ni otras cosas que manifiestan repugnancia y fragilidad. Es Todopoderoso, dice el mismo santo, para hacer las cosas grandes y pequeñas; para hacer las cosas del cielo y de la tierra, para hacer las cosas espirituales y corporales, visibles é invisibles, es Todopoderoso para hacer todo cuanto quisiere. Sin embargo, no puede morir, no puede pecar, no puede engañarse, porque no puede tampoco querer semejantes cosas. Su rectísima justicia no puede querer lo que es injusto; su infinita sabiduría no puede querer lo que sea necesidad, y el que es la verdad por esencia no puede querer lo que es falso. Es verdad que Dios no puede morir, no puede mudarse, no puede hacerse miserable, no puede ser vencido, pero si esto pudiese no seria omnipotente. Un Dios eterno, inmutable, veraz, bienaventurado é invencible puede todo lo que quiere, y no quiere lo que repugna á su esencia y ser infinitamente perfecto.

Así comprendemos, segun la esplicacion que nos hacen la Sagrada Escritura y los santos padres, la omnipotencia de Dios, y segun esto nos dice el real Profeta: Que Dios todo aquello que quiso, lo hizo en el cielo, en la tierra, en el mar y en todos los abismos. Entrando ahora en nosotros mismos, diré mas bien: acercándonos á Dios para meditar cristianamente en su Omnipotencia ¡qué reflexiones hallaremos para bien y para consuelo de nuestras almas! ¡Qué reflexiones hallaremos tan eficaces y tan

propias para nutrir y alimentar nuestra fe, para confirmar y dar aliento á nuestra esperanza; y por una consecuencia precisa y natural, para arreglar nuestras costumbres que debe ser el objeto y el trabajo principal de todo cristiano. Dios es omnipotente; luego todo cuanto despues de esto se nos mánde creer acerca de Dios, por mas que nos parezca grande y admirable; por mas que esceda el órden y modo natural de las cosas, por mas que no podamos comprenderlo, conoceremos que es fácil para Dios, que puede muy bien hacerlo un Dios Todopoderoso, y lo creeremos sin la menor repugnancia. Digo mas: cuanto mas arduo, mas grande, mas impenetrable sea lo que se nos propone de Dios; cuanto mas incomprensibles sean las obras de Dios y los misterios que nos enseñan los divinos oráculos, se somete con mas gusto nuestra razon luego que ha admitido que Dios es omnipotente; no halla dificultad alguna y todo lo halla muy conforme á un Dios de quien cree que puede mucho mas de lo que nosotros podemos penetrar ni comprender; mucho mas de lo que nosotros podemos escudriñar; que puede todo lo que quiere.

¿Y qué juicio nos hace formar de nosotros mismos la omnipotencia de Dios? Siendo Dios Todopoderoso ¿podemos persuadirnos que somos unos seres abandonados, formados por el acaso, sin destino, sin guia, sin amparo ni recursos sobre la tierra ó sin otros que los que podemos proporcionarnos por nuestras débiles fuerzas? ¡Ay amados míos! La omnipotencia de Dios nos hace concebir unos sentimientos mas grandes, mas elevados, mas dignos y que nos honran y engrandecen sobre manera. Dios todo lo puede y él es el que con solo su poder ha sacado de la

nada el cielo, la tierra y todo cuanto hay en ellos. Luego nos ha criado á nosotros y somos hechuras y criaturas suyas, porque sin él nada se ha hecho de cuanto se ha criado. Luego con su poder nos ha sacado de la nada y él es nuestro Criador. Dios y un Dios único y omnipotente es el que nos ha criado, el que nos conserva, el que nos gobierna y dirige con su providencia. Dios y un Dios, omnipotente es nuestro padre. Y si un padre de la tierra puede faltar á sus deberes y olvidarse de sus hijos, el Padre nuestro que está en los cielos jamás se olvida de nosotros. ¿Qué podemos imaginar, qué podemos apetecer que no nos sea posible si atendemos á nuestro origen; si lo pedimos á nuestro Padre, á un Dios que nos crió y es Todopoderoso? Esta omnipotencia de nuestro Dios ¿de cuánto consuelo nos llena para todas nuestras calamidades y aflicciones, para alivio de las necesidades de nuestros prójimos; cuánto fervor y aliento no infunde en nuestras esperanzas? ¿Podremos algo á Dios que no pueda concedérselo? ¿Podemos alguna necesidad que Dios no nos pueda socorrer? ¿Habrá alguna cosa imposible para los hijos, siendo todas las cosas fáciles y posibles para el Padre y Criador? Siuviéseis fe, nos dijo por esto el mismo Jesucristo; siuviéseis fe, diríais á un monte que se trasladase de un lugar á otro y el monte se trasladaría; nada sería imposible para vosotros. Necesitais sabiduría, decia segun esta doctrina á los fieles el apóstol Santiago, pues pedidle á Dios que da con abundancia á todos: pedid con una fé firme. En vuestros trabajos, en vuestras tribulaciones, en vuestros conflictos invocad á Dios Todopoderoso, porque todo el que invocare su nombre será salvo, dice el apóstol. Nues-

tros padres experimentaron su poder; su virtud omnipotente, la fuerza irresistible y poderosa de su brazo; recurrieron á él y no fueron confundidos; y nosotros no seremos despreciados ni estimados en menos. Prometámonoslo todo de la misericordia de un Dios omnipotente, dice el padre san Agustín. Hemos ofendido á nuestro Dios; diremos que no puede perdonarnos nuestros pecados; que han sido sin número las injurias con que nos hemos hecho indignos de su piedad. ¿Pero cómo no ha de poder si es Todopoderoso? ¿Cómo no ha de poder librarnos de nuestras culpas y lavarnos de todas nuestras manchas si lo puede todo y su virtud es sobre todo cuanto podemos concebir? Alma mía, deberemos decir con el santo rey David; sentidos y potencias mías, bendecid al Señor, unios para alabar y glorificar su santo nombre. Bendice al Señor, alma mía, y no olvides jamás sus beneficios. El te perdona todas tus iniquidades, sana todas tus llagas y cura todos tus males. El te libra de la muerte y por todas partes te rodea de su infinita bondad y misericordia. El colma todos tus deseos con abundantes bienes, te restituye tu primer lustre y esplendor como al águila su juventud. Se complace en usar de misericordia y en hacer justicia á todos los oprimidos (Salm. 102). Para esto nos es tan útil y necesaria la omnipotencia de Dios, dice san Agustín.

Si el Señor nos manda en obsequio suyo algunos sacrificios ¿dejará de darnos fuerzas para que arrostremos por todo? Si nos ofrece su gloria y unas recompensas eternas que esceden á todo cuanto pudiéramos nosotros apelecer y desear. ¿dudaremos un momento que nos cumplirá su palabra y que es poderoso para darnos su herencia y po-

nernos en posesion de sus bienes sin despojarse de nada de cuanto posee y sin dejarnos algun deseo santo y saludable por cumplir? ¿Vacilaremos de las promesas de Dios siendo su omnipotencia quien nos responde y garantiza? Y estando bajo su divina proteccion ¿temeremos los males y lo que llamamos desgracias y persecuciones de esta vida? ¿Temeremos el hambre, la sed, el cansancio, la persecucion, la angustia, la pobreza, las enfermedades y la muerte? No tenemos razon alguna para temer estando bajo el amparo de un Dios omnipotente. Solo debemos temer á Dios, al que es Rey de los reyes y Señor de todos los que dominan, al que puede quitarnos la vida del cuerpo y castigarnos despues con los tormentos eternos del infierno, á aquel que es nuestro Criador y en cuya potestad estamos nosotros y todas nuestras cosas. ¡Hermanos mios; hasta dónde nos lleva y qué abundante de consuelos es la consideracion de la omnipotencia de Dios! ¿Y cuáles deberán ser nuestros afectos, nuestras resoluciones, nuestros propósitos y nuestros únicos deseos y pensamientos? Debemos confiar en Dios, esperarle todo de Dios; pero con modestia, con humildad, sin arrogancia ni presuncion; debemos humillarnos bajo la mano poderosa de Dios como nos lo encarga el Apóstol, porque el Señor resiste á los soberbios y se complace en dar su gracia y su ayuda á los humildes. Como criaturas y hechuras suyas debemos reconocer que nada tenemos nuestro, que todo nos viene de su mano, que nada seríamos sin él, que de nada podemos gloriarnos como si no lo hubiéramos recibido, porque cuanto tenemos nos ha venido de su liberalidad y porque ha querido dispensárnoslo. Demos una ojeada por nuestra vida, recorra-

mos tantos beneficios como hemos recibido de Dios, tantos auxilios y gracias espirituales y temporales con que nos ha favorecido en los momentos mas críticos y en aquellas circunstancias en que tal vez llegamos á desconfiar de todo socorro, y nos veremos precisados cada uno á esclamar: *Fecit mihi magna, qui potens est.* El que es Todopoderoso ha obrado cosas grandes en mí. ¿Qué honor, qué obsequio, qué amor deberá ser el nuestro y cuál debe ser nuestra gratitud y correspondencia para con Dios? Si el hijo debe honrar á su padre y el siervo á su señor ¿cómo debemos honrar y temer nosotros á nuestro Dios? ¿Qué felices debemos llamarnos en tener por Padre á un Dios Omnipotente? Y si los hombres todos tienen esta dicha ¿cuánto mayor es la que tenemos los cristianos, los que hemos sido adoptados especialmente por Dios, por hijos y herederos suyos, aquellos que creyendo en Dios y en Jesucristo su Hijo hemos recibido la potestad de hacernos, ser y llamarnos hijos de Dios? ¿Cuál es la dicha y cuál debe ser la gratitud y correspondencia de los que hemos sido regenerados por la gracia del bautismo y en quienes se infundió el Espíritu Santo? Si hemos decaído miserablemente de la primera gracia, si hemos perdido la adopción de Dios por nuestras culpas, rebeldías y desórdenes, podemos recobrarla por la penitencia. Podemos restaurar la gracia perdida obrando Dios y cooperando nosotros por los méritos de Jesucristo Señor nuestro y volver á hacernos participantes de la naturaleza divina. ¿Qué debemos hacer en vista de estas verdades tan consoladoras sino decir como el Hijo Pródigo: me levantaré, me encaminaré á mi padre y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra tí y si ya no soy dig-

no de ser tenido por hijo; consideradme como á uno de vuestros esclavos? Volvámonos á nuestro Dios Todopoderoso con entera confianza, con la confianza que debemos tener en que es nuestro Padre, porque si nosotros hemos perdido lo que teníamos de hijos, Dios no ha perdido lo que tiene de Padre; en su pecho paternal está el afecto que se interesa por nosotros. No quiere ser nuestro juez, convierte su sentencia en perdon, quiere que sus hijos vuelvan en sí y no quiere que perezcan. Si pudiéramos lograr hacernos amigos de un rey pederoso ¿cuántos esfuerzos haríamos para conseguirlo y por qué dichosos nos tendríamos? Pues si nosotros lo queremos y procuramos, no ya amigos, sino hijos, podemos hacernos de un Dios Todopoderoso. ¿No es verdad que son inmensos los consuelos que nos proporciona la contemplacion de la Omnipotencia de Dios y que cuanto ahondamos mas en ella, hallamos mas motivos de consuelo, de confianza, de un gozo santo, de unos deseos de honrar y servir al Señor de los señores por amor, por gratitud, por la esperanza de gozarle en su gloria? ¿No es verdad, segun lo poco que he acertado á esponeros y lo mucho que dejo á vuestra consideracion, que la Omnipotencia de Dios; este atributo divino que la fe acorde con la razon nos enseña que es propio de Dios, confirma y robustece nuestra misma fe; destierra de nuestra alma todas las inquietudes y ansiedades que pudieran perturbarla cuando se trata de los arcanos de Dios y sus obras maravillosas, y da ánimo y fervor á nuestras esperanzas? Pues gloriémonos en la creencia de un Dios Omnipotente y glorifiquémosle en cuanto nos sea posible; porque aunque es verdad que para nada necesita de nos-

otros, nosotros necesitamos de él para todo y todo lo recibimos de él. Aunque para nada necesita de nosotros, es muy justo y conveniente que nos humillemos bajo su mano poderosa, y reconozcamos su imperio, su potestad, su dominio y que en él y por él vivimos, nos movemos y somos.

No quiero concluir sin hacer una ligera reflexion sobre la doctrina que hemos espuesto acerca de la Omnipotencia de Dios y que creemos como católicos cristianos. Dios lo puede todo, puede todo lo que quiere; pero hemos dicho que no puede pecar ni hacer cosa alguna que sea injusta ó repugnante, porque no puede quererla y porque si la hiciese sería un débil, un miserable, un ser imperfecto, dejaria de ser Omnipotente y por consiguiente dejaria de ser Dios. Sin embargo los hombres, el comun de los hombres se forma una idea muy distinta del poder. Se cree el poderoso autorizado para oprimir al débil y miserable, para resistir á todo cuanto se le opone, para entregarse con libertad y sin freno á los placeres ilícitos. El llevar por las poblaciones y los campos el terror, la devastacion, el estrago... el entregarse á todo género de licencias; en una palabra, hermanos míos, y vosotros lo sabeis bien, el poder pecar y cometer arbitrariedades y ocuparse sin hallar resistencia en cuanto á uno se le antoja es lo que se llama en el mundo ser fuerte y poderoso. Huid de ese poder que no es semejante, que es enteramente opuesto al poder de Dios; de ese poder que os hace esclavos de vuestras viles pasiones. *Cum infirmior tunc potens sum*, decia de sí mismo el Apóstol. Quanto mas sujetemos y reduzcamos nuestra carne con sus concupiscencias á la servidumbre del espi-

ritu seremos mas poderosos y mas fuertes; cuanto menos fuerzas tengamos para obrar el mal, cuanto menos abusemos de nuestra libertad y nos sujetemos mas á la ley santa del Señor y cumplimiento de su divina voluntad tanto mas gozaremos del verdadero poder y seremos fuertes y poderosos segun Dios. Dejemos pues, y pidámoslo así de veras al Señor, mas que todos los bienes de la tierra, dejemos de ser hijos y servidores del mundo; no importa que nos tengan por insensatos y que crean que nuestro fin ha de ser sin honra, los que se tienen por grandes y poderosos se desengañarán algun dia á pesar suyo, y envidiarán nuestra suerte y nuestra entrada entre los santos y elegidos de Dios. Dejemos de vivir segun los sentimientos de la carne y de la sangre: vivamos segun el espíritu, segun Dios, como nos lo manda un Dios Todopoderoso, que tiene poder para castigarnos para siempre con terribles tormentos, y en recompensa de nuestra sumision y obediencia nos dará el mismo Dios Omnipotente todo cuanto tiene para que lo gocemos con él por toda la eternidad en la gloria. Amen.

F. L. G.

DIA III.

DE LA SIMPLICIDAD DE DIOS.

Dios es un ser simplicísimo; y cuanto mas puros seamos, seremos mas semejantes á Dios.

Accedite ad eum et illuminamini.

Llegaos á él y seréis iluminados.

SALM. 32, v. 6.

La fe y la misma razon nos enseñan que Dios es lo mas grande, lo mas perfecto y excelente que podemos encontrar ó imaginar; el conjunto de todas las perfecciones, de modo que no haya ni pueda haber alguna que no se halle en Dios. Es eterno é invariable. «Tú, Señor, dice el Real Profeta, en el principio fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, pero tú permaneces: y todos se envejecerán como un vestido: y como una ropa de vestir los mudarás y quedarán mudados, mas tú el mismo eres y tus años no se acabarán.» Suyo es todo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Suyo es el reino y él es sobre todos los príncipes. Suyas son las riquezas y la gloria y en su mano está la virtud, el poder, la grandeza y el imperio, el dominio de todas las cosas. El es el que da á todos el

ser, la vida y todo cuanto tienen. A todos da el principio de su ser, y él conserva su perpetuidad: antes de que hubiese mundo él mismo fue para sí todo lo que es el mundo. Cuanto existe lo ha criado con sola su palabra, lo gobierna con su Providencia y lo perfecciona y completa con su virtud. No puede ser visto, porque es mas esclarecido que la vista, mas perspicaz, es superior á todo lo que alcanzan los sentidos, es finito, es inmenso, es simplicísimo y él solo puede conocerse á sí mismo. La capacidad de nuestro entendimiento es demasiado estrecha para que podamos conocer lo que es Dios. El que cree conocer su grandeza, se engaña y disminuye muchísimo el concepto que debemos formarnos de Dios.

Pues si Dios es tan perfecto, tan grande que no podemos comprenderle, si su divina sustancia es simplicísima é invisible sin que podamos percibirla por ninguno de nuestros sentidos ¿por qué nos ocupamos y tratamos de conocer á Dios, dice S. Cirilo de Jerusalen explicando la doctrina cristiana? Acaso, responde el mismo Santo, porque yo no pueda beber toda el agua que lleva un rio ¿he de dejar de tomar de ella toda cuanta necesite para mis usos y mi comodidad? Porque no pueda fijar mis ojos en el sol ¿no he de mirar á la luz que emana de él y que necesito para ver? Si entro en un gran jardin en donde hay grande abundancia de todo género de frutas, porque no pueda comerlas todas ¿he de salirme sin probar ninguna? Vemos las obras grandes y admirables que Dios ha hecho; nuestra alma, nuestra razon, la fe con que el mismo Dios ha querido ilustrarnos nos dan á conocer las perfecciones de Dios, al menos en cuanto es posible en este lugar de prueba y de

destierro y en cuanto pueden servirnos para irnos acercando y asemejando á Dios , sirviéndole del modo que quiere que le sirvamos. Siendo perfectísimo , reuniendo en si todas las perfecciones imaginables debe ser simplicísimo, espiritual, exento de toda materia, y esta es la perfeccion de Dios, uno de sus atributos y acerca del cual debemos ocuparnos en este dia. Veamos que Dios es simplicísimo y espíritu puro : veamos que cuanto mas puros seamos seremos tanto mas semejantes á Dios. Ved, hermanos míos, descubierto el plan de mi discurso, que para que sea cuál yo deseo y ceda en honra y gloria del mismo Dios y provecho de nuestras almas debe ir acompañado de la mocion divina que da el querer y el obrar ; debe ir acompañado de la gracia de Dios, sin la que mis palabras pasarán como pasa el viento sin hacer mas que una impresion pasagera. Dignaos, Señor, favorecernos con ella por la intercesion de vuestra Santísima Madre á quien recurrimos diciéndola :

Ave María.

Accedite.....

Acostumbrados nosotros á no ver ni percibir sino los objetos corporales y sensibles no podemos formarnos la idea de lo que es una sustancia simple, exenta de toda materia, de lo que es un espíritu y mucho menos de lo que es el Ser simplicísimo, el Espíritu purísimo, que es Dios,

De aquí es que gobernándose los hombres por los sentidos corporales cayeron en los errores mas groseros de la idolatría y atribuyeron á Dios no solo la forma de hombre sino las figuras mas raras y monstruosas. La razón sin embargo, nos dicta y nos convence de que debemos escluir de Dios toda imperfeccion, todo lo que sea materia que pueda alterarse ó corromperse, toda mezcla y composicion de partes distintas, y la fe nos enseña que Dios no tiene cuerpo, que no tiene materia, composicion ni figura alguna, que es espíritu: *Spiritus est Deus* (Joan., cap. 4) y un ser simplicísimo sin que podamos conocer esta espiritualidad y simplicidad, porque tratando de Dios no nos es dado conocerlo que es, sino lo que no es: no podemos penetrar ni percibir sus infinitas perfecciones y solo podemos escluir de él toda imperfeccion. Y como el ser compuesto, el tener partes, materia ó composicion alguna es una imperfeccion, debemos escluir la de Dios. Segun esto cuando en la Sagrada Escritura se habla de los miembros y sentidos de Dios y se le atribuyen los miembros y sentidos corporales que tenemos los hombres, como ojos, manos, brazos, oidos, pies y demás, es en un sentido figurado acomodándose á nuestro modo de entender y no porque así sea en realidad. Cuando se le atribuyen ojos es para darnos á entender que todo lo ve y lo conoce. Cuando se nos dice que tiene oidos es para significarnos que todo lo oye. Se nos habla de sus manos y del poder de su brazo para darnos á entender que es autor de todo lo criado y que obra todas las cosas, sin que haya quien pueda resistirse á su poderosa virtud. Cuando se nos dice que tiene pies, se nos significa que lo llena todo y que no hay lugar alguno en que

Dios no esté. No tiene Dios necesidad de miembros para obrar, porque todas las cosas están sujetas á su arbitrio, todas le sirven, todas las tiene presentes y dependen de su voluntad; pero no podemos esplicarnos de otro modo para conocer á Dios sino hablando segun nuestro modo de entender y como hablamos de los hombres. Tambien decimos que Dios es grande, bueno, justo, misericordioso y otras muchas cosas con que espresamos sus perfecciones y atributos, pero en Dios todo es una sola cosa. «Dios», dice san Bernardo, no tiene esto ni aquello, ni estas ni aquellas cosas. *Es el que es* y no las cosas que es: pero Simple, Integro, Perfecto, nada adquiere con los tiempos, ni con los diversos lugares, nada pierde en ellos ni con ellos, no tiene cosa que pueda dividirse ni que pueda unirse á su ser. Es uno, pero no es unido. No consta de partes como el cuerpo; no se diferencia en afectos como el alma. En Dios no es una la sustancia por la que es y otra la potestad por la que obra; no es una cosa la ciencia por la que sabe y otra la esencia por la que es, porque él es todo lo que tiene. Así se nos explica y así es como conocemos del modo mas posible lo que nos enseña la fe que Dios es un Espíritu puro, un ser simplicísimo sin mezcla, ni composicion alguna.

Ahora bien, hermanos míos, nosotros somos demasiado imperfectos, demasiado terrenos, demasiado materiales y apegados á los sentidos, y debemos aspirar á imitar las divinas perfecciones, á hacernos semejantes á Dios en cuanto es posible á una criatura con la ayuda de la divina gracia: á retratar en nosotros la semejanza divina como nos lo encarga Jesucristo: *Sed perfectos así como lo es vuestro Padre celestial*. El compendio de la religion es imitar á quien ama-

mos y veneramos. Cuanto mas semejantes seamos á Dios, dice san Agustin, tanto mas cercanos estaremos á él. No hay distancia mayor que la desemejanza, y así nuestra alma es tanto mas desemejante del ser incorpóreo, eterno inmutable, cuanto mas apetece y mas apego tiene á las cosas temporales y mudables.»

Dios es incorpóreo y simplicísimo; pues adorémosle en espíritu y verdad, y mas que todos los bienes terrenos de que no necesita, ofrezcámosle nuestra alma con todos sus afectos y deseos. Separémonos en cuanto nos sea posible de todos los cuidados y afanes de la tierra, no tengamos apego ni unamos nuestro corazon á los bienes terrenos. Aunque vivamos en la carne, no caminemos ni obremos segun la carne, segun los instintos y sugestiones de la carne cuya ley, repugnante siempre á la ley del espíritu, nos impele al pecado; caminemos y obremos segun el espíritu, segun el hombre interior criado segun Dios, y que de dia en dia debe renovarse y conformarse con la imagen del mismo Dios que le dió el ser. *Andad segun el espíritu*, nos dice el apóstol San Pablo, *no os dejéis llevar de los deseos de la carne. Si vivís segun la carne sereis infelices y morireis desgraciadamente; y si procuráis mortificaros y vivir segun el espíritu tendréis una verdadera vida.* Si queréis gozar una tranquilidad gustosa, evitar el mal y echar de vuestro corazon todo veneno, dejaos conducir por el espíritu de Dios, seguid sus inspiraciones y no obedecereis ni cumplireis los deseos de la carne ni sus concupiscencias; porque las malas inclinaciones de la concupiscencia que heredamos de Adán arrastraron el alma al amor de las cosas terrenas y malas; pero el Espíritu de Dios por el contra-

rio quiere sujetar todos nuestros apetitos á la ley de la razón y condena todos los deseos deshonestos. Tomad, pues, á este espíritu por vuestra guía, y desde el instante que lo siguiéreis no estareis debajo de la servidumbre del pecado. La fornicacion, la deshonestidad, la impureza, el adulterio, la idolatría, los emponzoñamientos, las enemistades, las quejas, los celos, el deseo de venganza, las disputas, las disensiones, los cismas, las envidias, los homicidios, los excesos en comer y beber y otros semejantes monstruos son las obras de la vida carnal, que como os lo he dicho, y os lo vuelvo á decir, cierran la entrada del cielo; pero considerad los frutos de la vida segun el espíritu de Dios y vereis que estos son una caridad ardiente, un gozo que nada puede alterarlo, un sosiego profundo en el espíritu, una paciencia admirable en las adversidades, una dulzura de corazón que jamás se enoja, un amor fácil que á todos se acomoda, una bondad siempre pronta para servir á su prójimo, una gran benignidad en las injurias, una fe perfecta, una santa modestia, una continencia rigurosa y una castidad sin mancha. Esta vida pura y espiritual no solo es la mas honesta, sino tambien la mas útil y la mas libre, porque es una esclavitud vergonzosa el seguir los movimientos de la concupiscencia de la carne..... Vivamos, pues, del Espíritu Santo que habita en nosotros, caminemos por las sendas del espíritu, no nos dejemos arrastrar de la vanagloria y propia estimacion; no nos puncemos los unos á los otros ni reine entre nosotros la envidia, sino estemos unidos por la fe á aquel que es la fuente de toda perfeccion. Así, hermanos míos, así nos recomienda el Apóstol la vida espiritual y pura y con tanto celo nos exhor-

ta á vivir segun el espíritu, una vida pura y exenta de los deseos y concupiscencias terrenas y carnales.

¿Queremos unirnos á Dios, queremos como es nuestro deber ser un espíritu con Dios? Pues vivamos segun su voluntad y no segun nuestras depravadas inclinaciones, dice el padre san Ambrosio. El que se une con entera voluntad á Dios y no tiene otra voluntad que la suya, es un espíritu con él, dice el Apóstol: *Qui adhæret Domino unus spiritus est*. El que vive segun los apetitos de la carne no puede ser otra cosa que carne, un hombre terreno, animal insipiente y semejante á los jumentos cuyo fin será una muerte y condenacion para siempre. Luego cuanto mas puros seamos, cuanto mas nos sujetemos á vivir segun la ley del espíritu, cuanto seamos mas espirituales, sin dejar de vivir envueltos en los lazos de la carne, seremos mas semejantes á Dios, que es un espíritu puro y simplicísimo. Sin dejar de tener cuerpo seremos un espíritu con Dios, y para esto, segun el padre san Ambrosio, no tenemos necesidad de otra cosa que vivir segun los preceptos y voluntad de Dios.

Aspirando á vivir segun el espíritu y á servir á un Dios simplicísimo sigamos la simplicidad y sencillez, aquella sencillez que hizo tan recomendable al santo Job. *Erat vir ille simplex*. Que aparezca esta santa simplicidad en nuestra alma, en nuestro corazon, en nuestras palabras, y en nuestras obras. En nuestra alma por la verdad que debemos decir siempre huyendo de todo fraude, disimulo y mentira; en nuestro corazon por la caridad que debemos tener con todos; en nuestras palabras por la ingenuidad de nuestras conversaciones, y en nuestras obras por la verdadera

justicia con que siempre debemos obrar. No olvidemos jamás aquellas palabras de Jesucristo. *Estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ*. Sed prudentes como las serpientes y simples como las palomas. Y aquellas otras en que nos dice que si nuestro ojo fuese simple, todo nuestro cuerpo será resplandeciente. Huyamos de todo lo que sea doblez de corazón; de esas reservas y engaños que se disfrazan con el nombre de política del mundo. Sea franca nuestra conversacion y digamos siempre sí ó no como nos enseña Jesucristo. Aborrezcamos la hipocresía, vicio que tan altamente condenó y reprobó Jesucristo en los fariseos, quienes querian aparecer justos á la vista de los hombres y estaban llenos de inmundicia en su corazón, llenos de iniquidad, semejantes á los sepulcros dorados por de fuera y llenos de huesos y corrupcion en su interior.

Sobre todo, hermanos míos, si hemos de servir á un Dios que es espíritu puro, que es simplicísimo y exento de todo lo que pueda llamarse composicion y corrupcion de partes, si hemos de hacernos semejantes á él, seamos limpios, puros y castos, y huyamos de toda impureza é inmundicia, de esos vicios de la carne que ni aun es lícito nombrar, porque el pronunciar su nombre mancharía las bocas santas. De esos vicios que tanto nos envilecen y deshonran, que tanto irritan á Dios, que nos hacen tan carnales y terrenos, y que Dios castiga con tanto rigor que por ellos ha venido su ira tantas veces sobre la tierra. Os diré mas, porque así nos lo ha dicho el mismo Jesucristo nuestro Redentor y Maestro: Sin ser limpios y puros de corazón no podeis ver á Dios: *Beati mundo corde quoniam, ipsi deum videbunt*. Ver á Dios: ved aquí el fin con que le

amamos y servimos: ved á lo que encaminamos nuestros deseos y toda la felicidad que podemos apetecer: ¿Qué podrá ya desear el que goza de la vista de Dios? ¿Y de qué le sirve todo lo demás al que no pueda llegar á ver á Dios? ¿Qué podrá satisfacer al que no llena el mismo Dios? Queremos ver á Dios, trabajamos y nós esforzamos por ver á Dios ¿quién hay que no lo desee? Pues veamos lo que Jesucristo nos dice: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* Es necesario ser limpios de corazón. ¿Para qué desees que salga el sol, si tienes los ojos enfermos, dice san Agustín? Ten los ojos sanos y la luz te servirá de gozo; pero si los tienes enfermos la misma luz te servirá de tormento. Con un corazón que no sea limpio no te se permitirá ver á Dios, por mas que lo descas. Serás rechazado, serás escludido, *non videbis*, no verás á Dios. Pues, amados míos, nuestro interés, nuestra felicidad eterna, y nuestra dicha y tranquilidad temporal tambien exige de nosotros y nos inclina á ser puros y limpios, á huir de la inmundicia y corrupcion.

Dispensadnos, Dios mio, esta gracia que os pedimos con toda la sinceridad de nuestra alma, hacednos participantes de este don. Haced que seamos sencillos, limpios, que vivamos, no sumergidos en el cieno de una vida animal, sino segun el espíritu, segun vuestra santísima voluntad, para que haciéndonos así semejantes á vos os veamos y gocemos despues por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

DIA IV.

DE LA INMUTABILIDAD, ETERNIDAD E INMORTALIDAD DE DIOS.

Dios es Inmudable, Eterno é Inmortal, y debemos nosotros ser constantes en servirle, apeteer los bienes eternos mas que todo lo terreno, y evitar la muerte que nos da el pecado.

Accedite eum et illuminamini.

Llegaos á Dios y seréis iluminados.

SALMO 33, v. 6.

Por mas lisonjeros y agradables que nos parezcan los objetos del mundo; por mas que ocupen nuestro corazon las grandezas de la tierra, perderán pronto su hermosura, dejarán de ser, se reducirán al polvo, perecerán, volveremos la cabeza para mirárlas y no las hallaremos, ya no existirán. No hay hermosura que no se marchite, no hay fortaleza que no se destruya, todo se disipa, se altera, se corrompe, todo perece y solo Dios es Inmudable y Eterno. Mis dias; dice el santo Rey profeta, han pasado con la misma celeridad que la sombra y estoy debilitado y marchito como el heno ya segado: pero vos, Señor, permane-

ceis siempre el mismo. Vos fundásteis la tierra, y los cielos son obra de vuestras manos. Ellos sin embargo, perderán algún día su lustre y esplendor, se envejecerán como un vestido; pero vos, Dios mío, permaneceréis siempre el mismo. Dios no puede mejorarse, porque es perfectísimo; ni puede deteriorarse porque es Inmudable, Eterno, Inmortal, y esta prerogativa es propia solamente de la naturaleza divina. Solo Dios es el bien inmudable, la hermosura siempre antigua y siempre nueva. Todas las cosas que ha hecho, dice san Agustín, son buenas, porque han sido criadas por él; pero son mudables porque no de él, sino que han sido criadas de la nada. Siendo Dios Inmudable se sigue por una consecuencia natural que es Eterno y que la muerte no puede tener parte en él.

Contemplemos en este rato sobre estas divinas perfecciones; regocijémonos en tener un Dios invariable que nunca ha de morir: y resolvámonos á ser constantes en servirle sin apartarnos de su ley; á procurar los bienes eternos y dirigir nuestros deseos y todas nuestras ansias á la eternidad; y evitar la muerte del alma, la muerte que nos da el pecado privándonos de la gracia y de la gloria. Tales son, amados míos, los afectos y propósitos que naturalmente emanan de la consideracion de la Inmutabilidad, Eternidad é Inmortalidad de Dios y los que quisiera producir en vosotros en mi discurso, como tan útiles y provechosos para las almas. Recurramos para esto al mismo Dios que nos favorezca con sus gracias, y pidámoslas por la intercesion poderosa de su Santísima Madre.

Ave María.

Accedite.....

Mas bien que detenerme á probaros del modo posible y á esplicaros la Inmutabilidad de Dios con los testimonios y razones con que nos la esplica la Sagrada Escritura y santos padres he dispuesto ocuparme acerca de nosotros mismos y en procurar que estas divinas perfecciones, tales como las reconocemos en Dios, como fieles y católicos cristianos, nos sirvan de un poderoso estímulo para servirle y para proporcionarnos una dichosa eternidad; he dispuesto tratarlas de modo que nos sirvan de una leccion de salud y de vida y que no nos paremos en una consideracion estéril que no produzca frutos de santidad en nuestras almas.

La idea de Dios lleva consigo la de ser inmutable, porque siendo un ser perfectísimo escluye toda imperfeccion y sería imperfeccion el estar sujeto á alteracion ó mudanza. Dios siempre es el mismo, nos dice con frecuencia la Sagrada Escritura. Yo soy el Señor, y no me mudo, nos dice el mismo Dios por Malaquías. No es Dios como el hombre para que mienta, ó como el hijo del hombre para que se mude, se dice en el libro de los números. No hay trasmutacion en él, nos dice Santiago, ni la menor sombra de vicisitud. Es el padre de las luces, la fuente y el autor de toda luz, y como el sol no puede padecer oscuridad alguna ni perder de su luz por que se interponga nube ó estorbo alguno, así Dios no está jamás espuesto á padecer la menor sombra de mudanza, ni hay cosa que pueda alterar su divina esencia.

El mudarse Dios manifestaría falta de ciencia y conocimiento, falta de poder, ligereza, inconstancia, y nada de esto podemos admitir en Dios. No se muda Dios cuando comienza á criar alguna cosa en tiempo, porque las obras nuevas, esplica san Agustin, no manifiestan un nuevo consejo y deliberacion, sino el consejo y deliberacion eterna de Dios de obrar en tiempo lo que tiene en su mente desde la eternidad. No debemos pensar de Dios de un modo cuando cesa de obrar, y de otro cuando obra, dice el mismo santo. En su descanso no debemos sospechar cansancio, pereza, desidia ó flojedad, ni en sus operaciones trabajo, conatos ó industria. Sabe obrar descansando y descansar obrando. En él la voluntad subsiguiente no la alteró ni mudó otra voluntad suya precedente, porque con una sola voluntad simplicísima, sempiterna é inmutable ha hecho que las cosas que ha criado no existiesen cuando no las dió el ser, y que existiesen después cuando han empezado á ser.

De un modo semejante se esplican los diversos movimientos y alteraciones de ánimo que en la Sagrada Escritura se atribuyen á Dios y que indican alguna mudanza, como la ira, la penitencia, el celo... Alteraciones y movimientos que no hay en Dios, pero que nos es indispensable usar de tales términos, y la misma Escritura Sagrada los usa para esplicarse segun nuestro modo de hablar y segun el modo humano con que nosotros podemos entender.

Siendo Dios inmutable y por lo mismo que le confesamos inmutable, le reconocemos por Eterno, que no ha tenido principio, ni tendrá jamás fin. Permanecerá para siempre y aun mas allá, y su solio durará de generacion

en generacion. Los años de Dios son la eternidad. Eternidad que nosotros no podemos comprender porque no es una duracion sucesiva de tiempo, un agregado de dias y dias, sino un punto indivisible sin ayer ni mañana, sin principio y sin fin. De aquí se conoce que Dios es Inmortal con una inmortalidad que la tiene de sí mismo y no comunicada como él ha querido comunicarla á los ángeles y á las almas de los hombres. No puede morir, destruirse, aniquilarse, porque entonces sería mudable y esta idea repugna á la esencia de Dios.

Gloriémonos en nuestro Dios, y démosle á él solo el honor y la gloria como á Rey inmortal de todos los siglos y publiquémosle Inmudable, Eterno é Inmortal. Pero no basta que reconozcamos y alabemos en él estas sublimes perfecciones, es preciso que las imitemos y retratemos en nosotros del modo que nos sea posible, y he aquí, amados míos, lo que debe formar nuestra ocupacion, á lo que deben encaminarse nuestros deseos, y lo que solamente puede hacer nuestra dicha y felicidad. Dios es inmudable: pues seámoslo nosotros en la estabilidad y firmeza de nuestros propósitos y santas resoluciones, en la constancia de nuestra voluntad en cumplir sus divinos mandamientos, en amarle y servirle como á nuestro Dios y Señor. No nos mudemos sino para hacernos mejores, para perfeccionarnos. No imitemos á los pecadores cuyo carácter es la inconstancia, la ligereza, la poca estabilidad. El hombre santo, dice el Eclesiástico, permanece en la sabiduría como el sol; pero el necio se muda como la Luna. Sus pensamientos y resoluciones son versátiles como la rueda de un carro. No seamos semejantes á las nubes que se dejan llevar de todo viento, ni á las cañas agitadas por el aire

que se inclinan á todos los lados. Sujetemos nuestra alma á Dios; él es nuestra salud y refugio, él es nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro defensor y así nada podrá turbarnos. Pongamos en él nuestra gloria, nuestra salud, nuestro apoyo y nuestra esperanza; derramemos en él nuestro corazón y nada nos perturbará, porque nada nos saltará, ni habrá cosa por que debamos inquietarnos. Fijando nuestras almas en la contemplacion y amor de Dios en cuanto nos sea posible en este lugar de tentaciones y de pruebas y peligros; no apeteciendo sino servir y agradar á Dios, no teniendo otra voluntad ni queriendo otra cosa que aquello que Dios quiera de nosotros ¿qué impresion podrán hacernos las persecuciones, las pérdidas, las enfermedades, la pobreza y todo lo que el mundo llama calamidades y desgracias? ¿No lo miraremos todo con una serenidad imperturbable? ¿Habrà gozo que pueda compararse con nuestra tranquilidad interior aun en medio de las mayores contradicciones y de los mas crueles suplicios? Pues, hermanos míos, aspiremos á esta inamovilidad, á esta fortaleza de ánimo de que nos dejaron tantos ejemplos los santos; uniéndonos á Dios y no separándonos del cumplimiento de su voluntad por nada de cuanto pueda darnos el mundo. Ved á lo que debe conducirnos la contemplacion de la Inmutabilidad de Dios. ¿Y cuánto debe ayudarnos para esto mismo el pensamiento, la idea sola de la eternidad?

La eternidad, hermanos míos, he aquí el pensamiento que aflige y atormenta á los malvados y perversos; lo que quisieran borrar de su imaginacion, el torcedor de sus conciencias y por lo que vociferan sin cesar para engañarse á sí mismos y engañar á otros; que somos semejantes

á las bestias y que coneluímos con la muerte sin que nos quede cosa alguna que esperar despues. La eternidad, he aquí el consuelo y las delicias de los justos, la idea que los tranquiliza en todas sus desgracias y la medicina contra todos sus males é inquietudes. Dios es eterno y ha querido que nuestras almas vivan para siempre; nos ha criado para la eternidad y en nosotros está el proporcionarnos con la ayuda de Dios una eternidad dichosa en su compañía, ó una eternidad desgraciada entre los males y tormentos del infierno. Unamos, pues, nuestro corazon á la eternidad de Dios: despreciemos los bienes terrenos, temporales y perecederos de esta vida; y anhelemos y suspiremos por los bienes eternos é invisibles que ha preparado Dios para los que le aman. El alma que antepone los bienes temporales á los eternos no está sana, está enferma, tiene corrompido y estragado el gusto, dice el padre San Agustin. Corramos con gusto por el camino de los mandamientos de Dios; no sean parte para detenernos ó separarnos de él los trabajos, las tribulaciones, los desprecios y mofas de los que quieren perdernos; no desfallezcamos por cosa alguna, teniendo en consideracion que los males y tribulaciones momentáneas de esta vida, producen un peso grande de gloria en nosotros, segun la palabra del Apóstol. No nos paremos á considerar las cosas que vemos, sino las que no vemos, porque las que vemos son temporales, caducas y perecederas y las que no vemos son eternas. Desengañémonos y convenzámonos de que no hay sobre la tierra cosa alguna que merezca nuestra atencion y mucho menos nuestro afecto, porque todo quanto en ella se aprecia no es mas que un falso y frágil resplandor. Las riquezas del cielo son eternas

aquel tesoro indefectible de gloria, aquel torrente de deleites jamás se acabará. Y sin embargo de ser ellas tan preciosas y duraderas ¿qué es lo que nos cuestan? Unos pequeños sacrificios, el someternos gustosos á la voluntad de un Dios Eterno que quiere hacernos participantes de sus glorias y eternas delicias. Llevemos pues, nuestros pensamientos y nuestros deseos por cima del tiempo, subamos hasta la eternidad y contemplemos en los años eternos. En aquel Dios que siempre es el mismo y cuyos años nunca pasarán. Recurramos á él y acojámonos á él porque por él y para él hemos sido criados. Digámosle con el Real profeta: Vos, Señor, sois nuestro refugio en todos tiempos. Aun antes que fuesen hechos los montes y criada la tierra y el universo, antes de todos los siglos fuisteis vos, Dios mio, y sereis eternamente. No nos abandoneis en nuestros males... El hombre es como una planta, cuya belleza dura solo una mañana, al salir el sol florece, de allí á poco se marchita y á la tarde se cae mustia y seca. Nuestra vida es como la frágil tela de araña que se destruye de un soplo: el número de nuestros años es muy corto, y si algo mas se dilatan todo es trabajo y dolor. Pero esta misma brevedad es efecto de vuestra bondad infinita, para que no sean tantos nuestros trabajos y suspiros, para que conteniéndonos en los límites de lo justo evitemos los últimos golpes de vuestra ira; para que en esta corta duracion busquemos vuestra eternidad. Vuestra eternidad es nuestro refugio, es todo nuestro consuelo, porque considerando que hemos de permanecer en ella, que hemos de acompañaros en vuestra eternidad, debemos menospreciar todas alternativas y mudanzas del tiempo. Es verdad, que mientras vivi-

mos en el mundo estamos espuestos á muchos y grandes peligros y tentaciones, pero no apartemos nuestra consideracion de la eternidad; contemplemos en un Dios eterno que ha dispuesto premiarnos con delicias eternas, y hallaremos fortaleza para triunfar y salir siempre con victoria. No tendrán ilusion para nosotros, ni nos dejaremos engañar de los bienes temporales y terrenos; aspiraremos únicamente á los del cielo, que es lo que nos mandó Jesucristo.

Así lograremos el sosiego, el consuelo, la paz y evitaremos la muerte. Sí, hermanos míos, la muerte, porque Dios es inmortal y nosotros debemos serlo también. Contemplando en la eternidad y las dulzuras y gozos de la gloria evitaremos el pecado, que es la muerte del alma. Dios es la vida de nuestras almas así como el alma es la vida de nuestro cuerpo. La union de nuestra alma con Dios es su vida espiritual. Pues el pecado quita la vida á las almas, porque las separa de su Dios, rompe la union con Dios, y hace que mueran con una muerte eterna, porque vivirán entre unas penas que nunca tendrán fin, serán atormentadas para siempre por los espíritus inmundos en los infiernos, y esta vida es peor que la muerte. No hay muerte mayor ni peor, dice san Agustín, que una muerte que jamás ha de morir. Verdad es que nuestra alma es inmortal; porque Dios ha querido criarla con esta prerogativa; no puede menos de vivir con algún género de vida; pero es su mayor muerte el haber de vivir separada de Dios y atormentada con eternós suplicios. He aquí la muerte que debemos temer mas que todos los males, mas que la muerte de nuestro cuerpo; la muerte del alma, el pecado que

nos hace morir espiritualmente; y he aquí cómo podemos y debemos ser inmortales.

Inmudable, Eterno é Inmortal es nuestro Dios y nosotros lo seremos también siendo fieles y constantes en servirle y cumplir su santa ley; en despreciar los bienes de la tierra y levantar nuestros deseos á los bienes del cielo y en huir y apartarnos del pecado, que es el que da la muerte á nuestras almas. ¿Qué deberemos pues hacer y cómo podrá quedarnos lugar de duda para elegir entre el bien y el mal, la felicidad y la desgracia, lo eterno y temporal y perecedero, entre la vida y la muerte, y una muerte que es eterna? Vos, Señor, sabéis nuestra fragilidad y miseria y que nos degradamos con facilidad, nos abatimos hasta el polvo, nos dejamos arrastrar de lo presente y nos entregamos á los deleites pasageros y engañosos de esta vida. Favorecednos con vuestra gracia para que seamos constantes en amaros y servirlos; concedednos la perseverancia hasta el fin en el bien, libradnos de la muerte eterna. Nada podemos sin vos, y á vos todo os es fácil. Esto es lo que rendidamente os pedimos; lo que deseamos alcanzar mas que todos los bienes y comodidades de la tierra, lo que puede llenar los deseos de nuestro corazón. Dignaos socorrernos y atender á nuestras súplicas para que caminando por las sendas de la rectitud y justicia, lleguemos al fin á la patria de la inmortalidad y del descanso, á la mansion de las delicias eternas y os demos en ella gloria y alabanza como á Dios eterno é inmortal por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DÍA V.

DE LA INMENSIDAD DE DIOS.

Dios está en todas partes, y nos es muy útil el recordar continuamente su divina presencia.

Accedite ad eum, et illuminamini.
Llegaos á Dios y seréis iluminados.

SALMO 33., v. 6.

Entre las innumerables miserias en que incurrió el primer hombre por su pecado y que se transmitieron á sus descendientes, es una la estupidez con que se llega á persuadir que puede esconderse y ocultarse de los ojos de Dios. Así se lo creyeron nuestros primeros padres, segun nos los dice el sagrado testo: *Abscondit. se Adam et uxor ejus á facie domini*: Se ocultó Adán y su mujer de la vista de Dios. Ved, dice el padre san Juan Crisóstomo, lo necios y estúpidos que nos hace el pecado; nos hace creer que podemos ocultarnos del mismo Dios, que está en todas las partes. Este es el error en que incurren comúnmente los pecadores: *A facie tua. abscondar*: Me esconderé de tu presencia, decía á Dios Cain. Y el Señor para evitar un error en materia de tanto momento como es el no creer la verdad de su presencia en todas partes, de la que se derivan tantos bie-

nes para nuestras almas, nos la intima y recuerda tantas veces por su ley y por sus profetas. «Sabed, pues, hoy y tened presente en vuestro corazón, dice en el libro del Deuteronomio (cap. 4), que el mismo Señor es; el Dios que está arriba en los cielos y abajo en la tierra.» «¿Piensas, dice por Jeremías (cap. 23), que yo soy Dios cuando estoy cerca, y que no lo soy cuando estoy lejos? ¿Pues qué, no lleno yo los cielos y la tierra?» «¿En dónde podré yo esconderme de tu espíritu, que á todo está presente, que todo lo penetra y tiene llena de sí á la redondez de la tierra, dice el profeta David? (Sal. 108) ¿A dónde huiré de tu presencia? Si subiere al cielo allí os encontraría; si penetrase hasta el centro de la tierra, allí os hallaría también; aun cuando yo tuviese alas y levantando el vuelo muy de mañana me fuese á habitar en lo mas remoto de los mares, vuestra mano sería la que allí me condujese sin que pudiese desasirme de ella. Querermé lisongear de que las tinieblas podrian ocultarme de vuestra vista sería una ilusión vana, porque las tinieblas y la luz son para vos una misma cosa.» «El Señor, dice Job (cap. 41), es mas alto que el cielo, mas profundo que el infierno, mas ancho que la tierra, mas largo que el mar.» «El cielo es mi asiento, nos dice el mismo Dios por Isaías (cap. 66), y la tierra el escano en que descansan mis pies.» Según esto, decia Salomón cuando edificó el templo de Jerusalén: «Si llenais los cielos y la tierra y no cabeis en ellos ¿cuánto menos cabrá Vuestra Magestad inmensa en esta casa que os he edificado? (3. Reg., cap. 8).» «En Dios vivimos, nos movemos y somos, decia san Pablo á los Areopágitas (Act., cap. 7).» La razón misma nos persuade esta verdad; porque sin

Dios nada podemos concebir; nada existe donde no está Dios. *Está en todas partes, todo y en sí mismo. En todas partes*, porque de ninguna está ausente: *está todo*; porque no solo está presente á la universalidad ó conjunto de todas las cosas, sino tambien á cada una de las partes: *Está en sí mismo*, porque no está contenido por las cosas á que está presente, como si no pudiese estar sin ellas, y lejos de estar él en las cosas, todas las cosas estan en él. Si esto no obstante decimos que *Dios está en los cielos*, no queremos decir que Dios está circunscripto á estar en los cielos, sino que lo decimos conformándonos con el lenguaje de la Sagrada Escritura para dar á entender la sublimidad incomparable y la magnificencia de Dios: y porque en los cielos da á conocer mas las riquezas de su gracia y de su gloria y se da á ver y gozar á sí mismo de los ángeles y de las almas justas. Si decimos que *Dios bajó de los cielos*, no queremos decir que Dios pasa de un lugar á otro, porque estando en todos no puede moverse de uno á otro lugar: hablamos segun el juicio y lenguaje comun de los hombres, para manifestar sus nuevos efectos, algun nuevo modo de darse á conocer ó de existir en la criatura sin mutacion alguna de su ser, como cuando el Hijo de Dios tomó carne, se hizo hombre, y habitó entre nosotros. Dios, pues, está dentro de todas las cosas, fuera de todas las cosas, y sobre todas las cosas; y esto es lo que queremos significar y lo que creemos cuando confesamos que Dios es inmenso y está en todas las partes.

Creyendo y confesando esta verdad, reconociendo esta perfeccion y atributo de nuestro Dios, inferimos naturalmente que estamos siempre en la presencia de Dios. He

aquí una verdad de que no podemos dudar ; pero que olvidamos continuamente. Nos es muy útil el recordarla, hermanos míos ; y considerar que vivimos y estamos siempre delante de Dios. Esta consideracion nos contendrá y refrenará para obrar el pecado y nos ayudará sobremanera para caminar á la perfeccion.

Así voy á manifestároslo en este rato ayudado de la gracia del Señor á quien la pediremos por la intercesion de su Santísima Madre.

Ave María.

Accedite ad eum...

No arriesgo nada en asegurar que todos nuestros desórdenes y pecados provienen de nuestro olvido y desprecio de la consideracion saludable de la presencia de Dios en todas partes. Por aquí empieza á pervertirse el pecador, y puede decirse que es imposible que peque un cristiano mientras tenga presente que está delante de Dios, á la vista de un Dios que es su testigo y su supremo juez.

El Real Profeta forma un extenso catálogo de las iniquidades de los impíos. El impío, dice, se llena de orgullo y de soberbia. Se complace y gloria en el logro de sus inmundos deseos. Sus caminos estan llenos de iniquidades en todo tiempo. Su boca está llena de maldicion, de amargura y de en-

gaño. Se sienta con descanso á poner lazos y asechanzas para dejar caer y hacer morir á los inocentes. ¿Pero de dónde nace tan enorme conjunto de maldades? De que han escluido á Dios de sus almas; de que han llegado á persuadirse que Dios no los ve, y que pueden ocultarse de su presencia. Han dicho en su corazon: *Oblitus est Deus*: Se ha olvidado Dios de nosotros; ha apartado su rostro para no vernos y no se cuida de lo que nosotros hacemos. No consideran que se hallan en presencia de Dios. *Non est Deus in conspectu ejus*. Se han levantado contra mí y me han declarado la guerra aquellos de quienes creí que me podia fiar; por todas partes me veo rodeado de fuertes y terribles enemigos que aspiran á quitarme la vida, decia el mismo Profeta. ¿Y Quiénes eran estos que tan cruelmente perseguian á un varon tan inocente y tan justo? Eran aquellos hombres perdidos y ciegos que no consideraban que tenian presente á Dios delante de su vista. *Non proposuerunt Deum ante conspectum suum*. Vengaos, Señor, y castigad los ultrages hechos á vuestros siervos. ¿Hasta cuándo permitireis que se gloríen los pecadores? ¿Hasta cuándo sufriréis que sobre tantos delitos vomite su inícuu lengua insolencias é impiedades? ¿Por qué habeis de tolerar que añadan las sacrílegas blasfemias con que ultrajan vuestro augusto nombre á las violencias con que continuamente nos estan tiranizando? Ellos, Señor, han abatido á vuestro pueбло y han maltratado á vuestra heredad. Han manchado sus infames manos con la sangre de la viuda, del huérfano y del estrangero. Así se lamentaba el Real Profeta de las iniquidades de su tiempo. ¿Pero cuál era la causa de tan detestables escesos? El mismo Profeta nos la dice: *Et*

dixerunt: non videbit Dominus; porque creen ó quieren persuadirse que nada de esto verá el Señor: que el Dios de Jacob no ve ó no se le da nada de lo que está pasando acá abajo. Por eso hablan continuamente de alentados y de muertes. Los vereis ir y venir desde por la mañana hasta la noche buscando como perros con que saciar la hambre cruel que los devora; los vereis dar vueltas por la ciudad y emboscarse para que no se los escape el justo. ¿Por qué, y de qué nace tanto atrevimiento? Por qué dicen: *¿Quis audivit?* ¿Quién hay que nos oiga? Se atreven á tales crimines porque creen que nadie los ve, que nadie los oye, y nadie los ha de castigar. Mira, dijo el Señor al profeta Ezequiel, mira y examina las obras de los ancianos de la casa de Israel; contempla lo que se atreven á obrar en las tinieblas y cada uno encerrado en su aposento. Dicen: No nos verá Dios. *Non videbit Dominus nos.*

Si pues el olvido de que estamos en la presencia de Dios, el no considerar que Dios nos ve, nos oye, es testigo de cuanto hacemos sin que podamos ocultarle cosa alguna, el no considerar y tener presente que Dios es inmenso, que todo lo llena y se halla en todas las partes es tanta causa para que los hombres se arrogen y precipiten á cometer las mayores iniquidades, el considerar que vivimos y estamos siempre en la presencia de Dios, el recordar continuamente la inmensidad de Dios y que este Señor nos ve en todas partes debe contenernos y refrenarnos para obrar el mal. Si cuando vamos á pecar, dice con razon el padre san Gerónimo, nos detuviésemos á pensar que Dios nos ve y está presente, jamás nos resolveríamos á hacer cosa que no fuese de su agrado. Y en verdad, hermanos míos;

si como lo creemos y es lo cierto, nos persuadiésemos que Dios inspecciona y ve todas nuestras acciones, jamás nos espondríamos á ser reprendidos, jamás pecaríamos ni en público ni en secreto porque si tememos obrar el mal en presencia de los hombres y se busca la oscuridad para cometer el pecado ¿cuánto mas temeríamos pecar delante de Dios de quien en parte alguna podemos ocultarnos? Con esta consideracion opuso el casto José una resistencia tan poderosa y triunfó de las sugestiones impúdicas de su señora. ¿Cómo, la dijo, cómo he de cometer esta accion mala y pecar delante de mi Dios? Aunque podamos escondernos de la vista de los hombres, no podemos ocultarnos de la vista del que jamás se duerme y al que nada podemos ocultar. El es el que nos ha de juzgar y á él es á quien debemos temer. De él y por él y en él son todas las cosas. Está todo en todas partes y aunque no le sentimos ni le vemos, de ninguna parte falta. Los hombres terrenos y carnales tienen vendados sus ojos y no quieren ver, quieren ignorar y desconocer á su Dios y estar lejos y ausentes de él para pasar sus dias en las delicias y torpezas, para hacerse un paraíso de este mundo; por eso quieren olvidarlo y quisieran que no hubiese Dios: *Recede á nobis, scientiam viarum tuarum nolumus*: pero á estos miserables en el momento de su muerte no les queda otra esperanza ni otro paradero que el infierno. *Et in puncto ad inferna descendunt*. Los justos ilustrados por la fe creen y contemplan con placer que Dios los ve, los oye, los observa en todas partes, y esta consideracion los consuela, los sostiene y fortalece. ¿Cómo es posible resolverse á ofender á Dios en su cara y en su misma presencia? ¿*Quomodo faciam verbum*

hoc malum, et peccabo coram Deo? Con esta arma poderosa cobra el cristiano aliento en las tentaciones y peligros; y el mismo tentador, el espíritu maligno huye, se acobarda y se reduce á la nada valiéndonos de la contemplacion de la presencia de Dios. El grande Antonio, este santo contra quien empleó todo su poder y su astucia el demonio, este santo que consiguió tantas victorias y se burló de los espíritus infernales, se valió, para pelear y vencer, de la contemplacion de la presencia de Dios, de la consideracion de que se hallaba delante de Dios. ¿En dónde estabas tú, buen Jesus? decia devotamente á su Dios luego que cesaba de ser atormentado y afligido por el demonio. Y este mismo santo nos enseñó con su ejemplo y nos dejó por escrito, que para vencer al demonio y triunfar de todos los espíritus rebeldes no hay medio mas eficaz y poderoso que el recuerdo continuo de la presencia de Dios, el que se ocupe el alma en pensar en Dios y no se olvide de que siempre está delante de su vista. La memoria de Dios, el tener presente á Dios excluye todos los vicios, dice san Gerónimo. Ni en la tierra, ni en el infierno habrá cosa que pueda vencernos si tenemos presente á Dios. ¿Qué valor, qué fortaleza no se adquiere cuando se pelea en presencia de un general, de un rey, de un poderoso á quien deseamos agrada^r y de quien esperamos algun premio? ¿Cuál será nuestro aliento contemplando que peleamos delante de Dios de cuya generosidad y justicia no podemos tener duda alguna? El Apóstol nos dice por esto, que somos un espectáculo delante del mundo, de los ángeles y de los hombres; para darnos á entender que peleamos con nuestros enemigos y debemos esforzarnos como que Dios nos

ve y estamos rodeados de ángeles y de toda la milicia celestial. *Ponme, Señor, junto á tí y que pelee contra mí la mano de quien quiera*, decia el santo Joh. En nuestras tentaciones y combates tengamos presente que Dios está á nuestro lado, que nos ve, que nos oye, que nos asiste; sin esta consideracion quedaremos fácilmente vencidos, pero con ella pelearemos con valor y seremos coronados. Tengamos presente que nos hallamos siempre delante de Dios y estando nuestra alma ocupada de esta santa consideracion huirán y se dispersarán avergonzados nuestros enemigos y todos los que nos aborrecen y buscan nuestra ruina. Como se desvanece el humo con el viento se desvanecerán, y como la cera se derrite delante del fuego, así se disiparán nuestros enemigos si nos hallan en la presencia de Dios; ocupados en tener á Dios presente á nuestras almas, y nosotros además, nos llenaremos de alegría, de placer y regocijo, porque la consideracion de la inmensidad de Dios no solo nos refrenará y contendrá para cometer el pecado sino que nos confirmará en virtud y conducirá á la perfeccion cristiana.

Buscad siempre el rostro de Dios, nos dice el Real Profeta, buscad al Señor y sereis fortificados. ¿Cuál es el rostro del Señor, dice san Agustin, sino la presencia de Dios? Procurad estar siempre en su presencia y le amáreis; amándole os unireis á él, y ¡qué bien tan grande es el estar unido á Dios! El apóstol nos dice *Mihi adhærere Deo bonum est*: Para mí es un bien el estar unido á Dios; y no nos declara cuál es este bien, porque este es el mayor de los bienes, el origen de donde se derivan todos los bienes, el que nos conduce á la perfeccion y á la gloria. El tener á Dios

presente y hacer todas nuestras obras como que estamos á su vista es una imitacion de la vida de los ángeles que estan viendo siempre en los cielos el rostro de Dios: y como los ángeles le alaban y bendicen sin cesar, así el hombre que se conserva en la presencia de su Dios le alaba y bendice, se abstiene de todo lo malo y camina de perfeccion en perfeccion. El Señor está á su diestra y no tiene por que afligirse ni asustarse; está como un guerrero fuerte dispuesto para defenderle, tiene sus ojos fijos en él y él le da la inteligencia y le instruye acerca del camino por el que ha de andar, y aparta tambien los lazos y peligros en que pueden tropezar sus pies.

Por eso en la Sagrada Escritura para darnos á conocer la santidad de los mayores justos y hacernos el completo elogio de el inocente Abel, de Henoch, de Noe, de Abraan, de Job, de David, de Jonás, y otros varones eminentes en virtud se nos dice que anduvieron delante de Dios, que vivieron teniendo presente que se hallaban delante de Dios, y nada mas encargó el Señor al patriarca Abraan para que llegase á ser perfecto. *Ambula coram me et esto perfectus.*

Esta consideracion de la presencia de Dios es el medio mas á propósito para aprovechar en la vida espiritual, porque se obra con tanta mayor justicia, con tanto mayor fervor, con mas amor, cuanto se tiene mas presente que se obra delante de Dios, y de aquí nace el deseo de agradarle, de no hacer cosa que ofenda á su vista, de hacerse digno de su infinito amor. Por eso nos dicen los santos Padres, que la consideracion de que la Magestad de Dios está presente, la memoria continua de que estamos á la vista de Dios es el camino para la perfeccion cristiana, y como dice san

Gregorio Nacianceno, no debemos cuidarnos tanto de guar nuestro espíritu como de acordarnos de Dios. No hay cosa mas propia de un cristiano, dice san Basilio, que proveerse de tener siempre delante de su vista á Dios. Donde hay olvido de la presencia de Dios las manos se paran y la lengua no acierta á hablar; pero la memoria de su divina presencia da actividad á las obras y sacundia á las palabras, dice santo Tomás de Villanueva. ¿Cómo, dice san Bernardo, cómo podrá ser tibio y negligente aquel que no deje de mirar á un Dios que le está siempre mirando, que sabe que tiene sobre sí los ojos de un Dios que no solamente ve sus obras, sino que á toda hora y en todos los instantes ve y escudriña hasta los mas recónditos pensamientos de su alma? La memoria de la presencia de Dios, dice San Juan Crisóstomo, hace que elijamos siempre lo bueno, que lo perfeccionemos y que nos encaminemos á nuestro verdadero fin. Teniendo presente á Dios no podremos menos de mirar con desprecio los bienes y delicias terrenos, y suspiraremos por los bienes del cielo.

Pues, Amados míos, dejemos ya de ser necios é insensatos; acerquémonos á Dios y seremos iluminados; consideremos sin cesar que estamos en su presencia, renunciemos á las obras de tinieblas y obremos siempre como que estamos á la luz y la vista de Dios de quien jamás podremos ocultarnos. Si como el hijo pródigo nos hemos apartado de nuestro padre buscando una region lejana y hemos vivido en la destemplanza, los vicios y desórdenes sin pensar que Dios nos veia y persuadiéndonos que no se cuidaba de nosotros, confesemos ya nuestros pecados y digamos humillados á sus pies: Padré, creimos huir y ocultar-

nos de Vos; no pensamos en Vos cuando nos resolvimos á cometer nuestras culpas, pero nos avergonzamos, nos arrepentimos y os pedimos perdon de haber tenido la insolencia de haber pecado contra Vos: *Pater, peccari in cœlum et coram te*. Quiero y pido mas de vosotros, y es: Que no solamente tengais presente que Dios está á vuestra vista, sino que procureis que habite en vosotros, porque aunque está en todas partes, no habita en todos sino solamente en aquellos que son templo suyo por medio de la gracia santificante y la caridad. En aquellos de quienes Jesucristo nos dice: Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él y haremos mansion en él. Dios, dice el Apóstol, es la caridad y el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios permanece en él. Hagamos pues, que Dios que está en todas partes por su presencia, esté de un modo especial en nosotros por su divina gracia. Hagamos todos los esfuerzos para vivir en su gracia para que podamos ser un templo en que habite el Señor. Este templo que somos nosotros mismos en que el Señor quiere habitar y dárseos bajo las especies sacramentales con tanto fruto y provecho de nuestras almas, limpiémosle con esmero, adornémosle y consagrado una vez á Dios no le manchemos mas con el pecado. El que es justo que se justifique mas, y el que es santo que se santifique mas para que Dios habite mas y mas en él, porque aun en los que habita no habita de un modo igual. Hagamos porque Dios nos posea enteramente, que sea todo suyo; no le reservemos nuestro corazon ni nuestros afectos y siendo todos suyos despues de contemplarle en esta vida oculto é invisiblc se nos dará á ver cara á ca-

ra, le veremos como en sí y será nuestro gozo y nuestra eterna felicidad en la gloria en que con los ángeles y santos le alabaremos y bendeciremos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA VI.

DE LA CIENCIA DE DIOS Y SU PROVIDENCIA.

La ciencia y providencia de Dios debe engendrar en nosotros, cautela y confianza.

Accedite ad eum et illuminamini:

Llegaos á él y sereis iluminados.

SALM. 33, v. 6.

Levantad mas la voz, decia el profeta Elías á los sacerdotes de Baal, que le llamaban con voces descompuestas desde la mañana hasta el medio dia. Vuestro Dios tal vez está hablando, estará en la posada; ó de camino, ó acaso se habrá dormido y no os oirá. Así se burlaba este profeta de la locura y necedad de los que adoraban por Dios á una estatua y del loco empeño con que la pedian que enviase fuego del cielo para que consumiese su sacrificio. ¿Qué respeto, qué veneracion, qué temor, qué confianza puede tenerse en unos dioses, obras de las manos de los hombres, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, pies y no andan, manos y jamás las mueven para obrar? No es así nuestro Dios, el Dios vivo y verdadero, el Dios de la eternidad, el Dios de toda sabiduría. El ve todas las cosas que ha hecho. El, segun la frase de Job, ve los fines del

mundo y mira todas las cosas que hay debajo del cielo. Todo lo penetra y ni aun los pensamientos mas ocultos le son desconocidos. Para nuestro Dios no hay pasado, ni futuro; todo está presente y todo se halla claro y descubierto á sus ojos; no hay cosa alguna que pueda ocultársele, porque todo lo sabe y lo conoce. Suyas son las bestias que viven en las selvas, los bueyes y los animales que pacen en los montos; él sabe el número y la morada de las aves del cielo, como dice el real Profeta. Aunque el Señor es excelso, nos dice el mismo, mira las cosas bajas, y conoce desde lejos las que á nosotros nos parecen altas y elevadas. El lee nuestros pensamientos aun antes que lo formemos; conoce los caminos y los medios que tomamos para el logro de nuestros deseos; penetra todas nuestras intenciones antes que salga de nuestra boca una palabra que pueda descubrirlas; cuanto hemos hecho y habremos de hacer en adelante, aun lo mas recóndito, todo le es notorio. ¿Y qué mucho; dice extasiado el mismo santo Profeta rey, si él es el que nos ha formado y somos hechura de sus manos? Su conocimiento es maravilloso y muy superior á nuestros alcances; es de una estension infinita que nosotros pretenderemos en vano comprender. En todo lugar, dice el sagrado libro de los Proverbios; los ojos del Señor ven y contemplan á los buenos y á los malos. Todo lo ven sus ojos, dice el Eclesiástico, son mas perspicaces y penetran-tes que la luz del sol, ven todos los caminos de los hombres, lo profundo del abismo y lo mas secreto de los corazones. Así como antes de criar las cosas le eran conocidas; así despues las ve y tiene presentes á todas. ¿Quién pues, dice el Apóstol, se atreverá á medir la altura de las riquezas de

la sabiduría y ciencia de Dios? No podemos decir que Dios conoce las cosas porque existen, sino que por el contrario, dice san Agustín, las cosas existen porque Dios las conoce. No ignoró lo que había de criar; porque lo supo lo crió, y no porque lo crió lo supo; ni lo supo de un modo antes de criarlo y de otro despues de haberlo criado. No se aumentó en cosa alguna su ciencia despues de criadas todas las cosas, sino que habiendo empezado estas á existir como convenia y cuando convenia, aquella permaneció como era. He aquí la diferencia de la ciencia de Dios á la nuestra, dice el mismo san Agustín en su libro de la Ciudad de Dios (11, cap. 10). Este mundo no podria ser conocido por nosotros si no existiese, y por el contrario, si Dios no conociese á este mundo jamás hubiera podido existir. Para Dios no hay cosa futura, dice san Gregorio; ante sus ojos no hay cosa pasada, las cosas presentes no pasan y las futuras no vienen, porque todo lo que para nosotros fue ó será está presente á su vista. Todas las cosas que existen no las conoce desde la eternidad porque existen, sino que por el contrario, existen porque él las conoce. En su eternidad de un modo admirable y que nosotros no podemos comprender, todos los siglos que pasan, permanecen, y todas las cosas que se concluyen, duran y se conservan.

¿Diremos ya segun esta doctrina que la fe nos enseña y que nosotros nos gloriamos de creer como cristianos, que cómo sabe Dios lo que pasa acá abajo, ó que quién sabe si Dios desde los cielos se cuida de entender en lo que hacemos en la tierra? ¿Diremos que nuestro Dios es semejante á los ídolos de los gentiles que tienen ojos y no ven, manos y no obran, oídos y no oyen? No, amados míos. Dios todo lo

sabe, todo lo conoce, todo lo tiene presente, su ciencia es infinita y con esta ciencia nos gobierna, nos rige y conduce segun los deseos de su santísima y rectísima voluntad. De su ciencia se infiere su Providencia admirable, porque conociéndolo todo, sabiéndolo y teniéndolo todo presente, todo lo rige, todo lo dispone con conocimiento, con el acierto propio de su sabiduría infinita, nada sucede sin que él lo sepa y lo disponga, y nada hay, ni aun el mas insignificante suceso del mundo que sea obra de lo que se llama casualidad, acaso ó fortuna.

La ciencia infinita de Dios y su Providencia admirable, he aquí, hermanos míos, lo que hoy venimos á confesar, reconocer y adorar en nuestro Dios y lo que debe engendrar en nosotros para bien de nuestras almas, sentimientos de cautela y de confianza.

Así procuraré manifestároslo para que estas perfecciones de Dios consideradas por nosotros nos sean útiles y provechosas como conduce al fin que nos hemos propuesto al dedicarnos á contemplar en este dia las perfecciones y atributos de nuestro Dios.

Vos, Dios mio, lo habeis dispuesto así por vuestra divina Providencia y faltá que nos ayudeis á continuar la obra á que nos habeis inclinado. Obrad en nosotros con vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre :

Ave María.

Accedite.....

Dios todo lo sabe, lo ve todo, nada le podemos ocultar. El ojo de Dios, hablando segun nuestro modo humano, es muchas veces mayor que toda la tierra y no puedo haber en ella cosa que no vea. ¿Cuál pues deberá ser nuestra modestia, nuestra justicia, moderacion y prudencia cuando nos resolvemos á obrar? ¿Cuál debe ser nuestra cautela conociendo que Dios sabe y penetra hasta nuestros pensamientos mas ocultos, y cómo debemos examinarnos y mirarnos para no ofender á un Dios que sabe y ve todo cuanto hacemos? ¿Quién me ve? dice el impío, como se nos dice en el libro sagrado del Eclesiástico. Estoy en la oscuridad de las tinieblas, las paredes que me rodean me cubren y no hay quien me mire ni me vea. El Altísimo no llegará á conocer mis delitos. No se acuerda el miserable de que el ojo de Dios ve todas las cosas. Aunque las paredes no tengan ventana ni abertura alguna; aunque la habitacion esté cerrada de murallas fuertes y sólidas; aunque no penetren en ella los rayos del sol, ni pueda entrar la luz, Dios está mirando por detrás de la pared, segun la espresion del libro santo de los Cantares: *En ipse stat post parietem nostrum respiciens... prospiciens*. Dios nos ve, sabe, conoce todo cuanto hacemos. Presente está, dice san Bernardo, el ojo de cuya vista nada se oculta. Aun cuando yo no le vea, debo temer la vista de un explorador que

está detrás de la pared mirando y registrando sin que se le oculte nada. Este ojo explorador es el que yo temo. En cuantas cosas hago, dice san Agustín, tú, Señor, te hallas igualmente presente como un constante inspector de todos mis pensamientos, de mis intenciones, de mis afectos y de todas mis obras. Esta consideracion sola, dice san Bernardo, equivale á todas las obras virtuosas en que podamos ejercitarnos. No, no es fácil caer, ni consentir jamás en el pecado si se considera que Dios nos ve y que todo lo sabe. La frecuencia de los Santos Sacramentos, el oír la palabra de Dios, las limosnas, las mortificaciones corporales, los ayunos y todos los ejercicios de penitencia son unos medios y recursos excelentes para preservarse y cautelarse del mal y obrar el bien, encaminándose á la perfeccion y adelantamiento en la vida cristiana, pero es mas excelente que todos el considerar que Dios nos ve y que nada podemos ocultar á su infinita sabiduría; y la razón es; porque las austeridades y mortificaciones corporales contienen y refrenan al cuerpo, al paso que la presencia de Dios, la consideracion de la ciencia penetrante y perspicaz de Dios refrena y contiene tambien al alma, que es el primer móvil de que dependen todas nuestras acciones así interiores como exteriores. ¿Qué importa que podamos ocultar nuestras obras y nuestros pensamientos y deseos á los hombres, si no podemos ocultar nada á Dios y por su ciencia infinita hemos de ser juzgados?

Terrible fue la tentacion y muy difícil el aprieto en que pusieron á la casta Susana los dos ancianos y jueces del pueblo judío: nada omitieron de cuanto podia ser más á propósito y eficaz para el logro de sus torpes deseos; y cuanto mayor

era su dignidad y mas atroces las calumnias con que amenazaron vengarse de ella, si no consentia en sus torpezas, tanto mas crecia el peligro y la esposicion á caer en el pecado. ¿Cuál fue en tales angustias la resolucion de esta generosa muger y de qué medio se valió, cuando todo la compelia á pecar, para librarse del pecado? Para conservar su honestidad y pudor se espuso á un manifesto y evidente peligro de perder su buena fama y reputacion, las muchas riquezas de que su marido era dueño y su misma vida; y sin embargo todo lo despreció. ¿De dónde sacó tanta virtud esta muger sin defensa alguna en lo humano, tanta fortaleza para despreciar su misma vida y tanta constancia para conservar su honestidad y cumplir las leyes divinas? Ella misma nos lo manifiesta en su respuesta: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini*. Mas quiero caer en vuestras manos y perderlo todo sin cometer obra alguna prohibida que atreverme á pecar delante de Dios. Tuvo presente que aunque en aquel lugar oculto estaba fuera de la vista de los hombres, no estaba fuera del alcance de la vista de Dios, y esta consideracion la infundió valor para no pecar estando en la presencia de la Magestad divina. El Señor tambien recompensó su virtud haciendo que su inocencia, su honestidad y su pureza se hiciese pública á todo el mundo con tanta gloria de esta ilustre muger, de su esposo y de todo el pueblo que volvió su furor contra los ancianos impúdicos.

¿Cuáles serian las medidas de la Señora de José para ponerle en la ocasion de pecar? ¿A quién tendria que temer y qué no podria prometerse siendo un criado de la violenta pasion de su misma señora? Adelantos, regalos,

delicias, cuánto podía apetecer, todo estuvo pronto. No tengo por tan admirable, dice san Juan Crisóstomo, que se conservasen sin lesión alguna los tres niños en el horno de Babilonia y que no los molestase en lo mas mínimo aquel fuego devorador, como el que José pudiese librarse del peligro á que le espuso su señora. La larga ausencia de su señor, el secreto de su casa en que nadie penetraba, las palabras y ofrecimientos de una muger ciegamente apasionada y con todos los elementos para lograr su pasión, la furia de la misma si no era condescendiente... Y entre tantos lazos y asechanzas el jóven José se conserva puro y casto. ¿De dónde una virtud tan grande y una resistencia tan tenaz y poderosa? De que tuvo presente que nada podía ocultar á su Dios, y el considerar que Dios lo sabe y conoce todo sin que haya cosa alguna que pueda ocultársele le sirvió de freno para no ofender á su Dios ni manchar su castidad. *¿Quomodo faciam verbum malum hoc, et peccabo coram Deo?* Acometido por todas partes con tantos dardos, dice san Basilio, opuso á todos y se defendió contra todos con un solo escudo, con la memoria de su Criador; teniendo presente que Dios lo sabe todo.

Ved como la ciencia infinita de Dios, el considerar que Dios lo sabe y conoce todo, que no hay cosa oculta á sus ojos debe engendrar en nosotros una cautela grande para retraernos de pecar, porque si podemos evitar la vista de los hombres y ocultar al mundo la infamia que merecen nuestros crímenes, la vista de Dios, ni vivos ni muertos podremos evitarla. Teniendo presente que cuanto hacemos lo sabe y ve Dios, nos contendremos, nos cautelaremos de ofenderle y como Susaná y José lo sacrificaremos todo antes que

consentir en pecar en su presencia. Nuestros enemigos tambien se confundirán y huirán aterrados viéndonos cubiertos con este escudo y armados de una arma tan poderosa. Caerán por tierra y se harán pedazos, se disiparán las pasiones mas violentas teniendo presente nosotros que Dios nos ve y nos está observando siempre, como el ídolo Dagon cayó y se hizo pedazos á la presencia del Arca Santa; y fugitivos y dispersos los que procuran nuestra ruina, vencidos nuestros enemigos con la consideracion de que Dios sabe y es testigo de todas nuestras obras, nos escitaremos al amor de Dios, al respeto, veneracion, reverencia, conformidad, modestia, sufrimiento y á la práctica de todas las virtudes cristianas. El continuo pensamiento y recuerdo de que Dios sabe cuanto hacemos y está en medio de nosotros es el alimento con que se nutre el fuego del amor divino, de la caridad que todos debemos tener y sin la que nada somos ni merecemos para con Dios.

Me dilato y estiendo á mas de lo que me he propuesto, amados míos. Reconozcamos y confesemos que la ciencia infinita de Dios, el contemplar que nuestro Dios sabe todo cuanto hacemos debe servirnos de cautela para guardarnos de pecar y ofenderle, y que si pecamos, si no adelantamos en el camino de las virtudes y del amor de Dios es porque no meditamos esta interesante verdad de que Dios lo sabe todo; porque no nos detenemos á reflexionar sobre la ciencia infinita de Dios.

Ahora bien, amados míos, así como la ciencia de Dios debe engendrar en nosotros sentimientos de cautela y temor al pecado, así su divina Providencia debe alentarnos y llenarnos de una santa confianza. Dios todo lo sabe; pe-

ro no es esto bantante. Dios con su infinita sabiduría todo lo ordena, todo lo arregla y dispone, todo lo conduce á sus admirables fines, todo lo rige y gobierna, y esto es lo que llamamos Providencia divina. Nada sucede sin que Dios lo sepa y conozca, y nada sucede tampoco sin que Dios quiera y disponga que suceda. Así como confesamos y reconocemos en Dios esta providencia, así caeríamos en la mayor temeridad si nos propusiésemos indagar los medios y caminos de que se vale para el régimen de sus criaturas y pretendiésemos hallar faltas en lo que no podemos percibir ni nos es dado penetrar. Vocifere y blasfeme el impío, ya que así le agrada y se persuade acallar con esto el grito atormentador de su conciencia, vocifere que Dios no se cuida de lo que pasa en la tierra y que no toma interés alguno por lo que hacen los hombres: así se labra su ruina, se apresura á correr hácia los precipicios, se cierra todos los caminos y no le queda otro recurso en los males frecuentes de esta vida que la rabia y desesperacion. El cristiano que cree que no cae de su cabeza un cabello sin que Dios lo disponga, que todo lo dispone y ordena su Dios en número, peso y medida, que tiene y reconoce á Dios por su protector y por su padre ¿qué mina de consuelos no descubre en estas sacrosantas verdades? ¿Cómo se dilata su corazón en todas las alternativas de esta vida recordando que todo cuanto le sucede lo dispone su Dios, su Padre, su mejor amigo y favorecedor? Con razon nos dice el Espíritu Santo que no contristarà al justo nada de cuanto le suceda. Sabiendo que todo lo dispone nuestro Dios besaremos su mano en la salud y en la enfermedad, en la abundancia y en la pobreza, cuando nos envia bienes y cuando

nos envia males. Siempre nos ama, siempre nos trata como á hijos, él sabe lo que nos conviene y lo que nos es mejor en este lugar de destierro. ¿Murmuraremos y nos quejaremos en nuestras enfermedades, en nuestras persecuciones, en nuestros peligros, en nuestra miseria y en el estado en que el Señor ha querido ponernos en el mundo? No, hermanos míos. El sabe bien lo que quiere de nosotros, él nos cuida como á hijos suyos, él sabe lo que nos conviene y á lo que ordena esos que nosotros llamamos contratiempos y reveses de la fortuna. Y también nosotros lo sabemos y no nos es lícito ignorarlo sabiendo que vivimos bajo la Providencia de nuestro Dios. Un Padre no quiere jamás el mal de sus hijos, y mucho menos un Padre que es todopoderoso. Lo que nuestro Dios nos dé aquello mismo es lo que nos conviene. ¿Por qué dudamos, por qué nos llenamos de espanto y de temor en los males del mar proceloso de este mundo, sino porque tenemos poca fe? Sea el que fuere el estado en que nos hallemos Dios nos pone en él, nuestro Dios infinitamente sabio y siempre atento á nuestro bien, ¿pues qué debe afligirnos? ¿Qué se os puede decir que sea mas propio y eficaz para consolaros y llenar vuestras almas de una santa confianza en todas las alternativas de vuestra vida? ¿Qué debemos hacer sino arrojar y depositar en Dios todos nuestros cuidados, puesto que él cuida de nosotros y se interesa por nosotros con el amor de Padre? Mejor es esperar y confiar en Dios que confiar en los hombres aunque sean poderosos y príncipes de la tierra. Ninguno que ha depositado su confianza en el Señor ha sido confundido. El justo, dice el Espíritu Santo (Prov., cap. 28), á la manera de un león vi-

virá siempre confiado y sin temor alguno. ¿Y por qué ha de temer si el Señor es su protector, su refugio y su fortaleza? La confianza que ponemos en las cosas de la tierra es caduca y de ningun valor, dice san Agustín. ¿Esperas en el dinero, en los honores, en la dignidad de alguna potestad humana? ¿Esperas en algún amigo poderoso? Pues en estas esperanzas, ó mueres tú, ó todo se acaba y vives con la esperanza en la que al fin vienes á morir. Bienaventurado, dice san Basilio, el que se deshuda de todas las esperanzas y afectos de la tierra, que al fin no son sino ilusiones y sueños de los que estan despiertos, y coloca toda su confianza en Dios. Como es digno de lástima y de execración el que pone sus esperanzas en los hombres, así es digno de toda alabanza el que se pone todo en manos de su Dios. Si una vez, hermanos míos, si una vez comprendemos esta verdad y nos entregamos todos á la voluntad de Dios, á lo que su divina Providencia haga y disponga de nosotros, viviremos en paz y descansaremos tranquilamente en él. Sean bienes ó males los que nos envíe, todo lo recibiremos con gusto, porque todo lo ordena á nuestra eterna felicidad. Confíemos pues en la Providencia infinita y siempre rectísima de nuestro Dios. No nos angustiemos en los sucesos desagradables de esta vida ni nos olvidemos de Dios en nuestra prosperidad. Tengamos presente siempre su Providencia y recibamos como venido de Dios todo cuanto nos dé y cuanto nos suceda. No habrá males para nosotros ni tendrá el mundo ni el infierno cosa alguna con que alterar nuestro reposo, viviremos en una dulce confianza. Y viviendo siempre en la presencia de Dios; convencidos de que Dios sabe y penetra hasta nuestras intenciones más se-

cretas, estaremos alerta y vigilantes para no ofenderle, siempre con cautela para apartarnos del mal y obrar el bien. Con esto solo será nuestra vida pacífica, recta, santa y nos servirá de una preparacion para entrar despues en la gloria. Amen.

F. L. G.

DIA VII.

DE LA BONDAD, MISERICORDIA Y JUSTICIA DE DIOS.

*Alabemos la Bondad y Misericordia de Dios y
acojámonos á ella.*

Accedite ad eum et illuminamini.

Acercaos á Dios y sereis iluminados.

SAL. 33, v. 6.

Dios es el sumo bien, el bien por esencia, el bien infinito. Un ser á quien reconocemos como perfectísimo no puede menos de ser bueno por su misma esencia y naturaleza y si tal no fuera dejaria de ser Dios. Quanto vemos son otras tantas señales de su bondad. El, sin tener necesidad de nada y bastándose á si mismo, crió por su voluntad todas las cosas que existen y las comunicó su bondad é hizo participantes de sus bienes á las criaturas, y especialmente á los ángeles y los hombres. El sostiene y conserva las cosas que ha criado y atiende con especialidad á aquellas criaturas á quienes dotó de inteligencia y quiso hacer espirituales é incorruptibles. De él emana todo bien, todo don y toda gracia y no puede hacer mal alguno.

¿En qué consiste, á pesar de esto, que vemos tantos hombres perversos; tantos cuya vida enemiga de la sujecion y obediencia que debemos á Dios, nos hacen conocer su maldad; en qué consiste que tantos hombres se condenan para siempre y van á sumergirse en el infierno para ser infelices por toda una eternidad? ¿En qué consiste que unos hombres se salven y tantos otros se condenen? ¿Cómo hemos de conciliar con esto la bondad infinita é inmensa de Dios? ¿Le acusaremos de que es autor de la maldad ó de que comete injusticias? El pensarlo solo, dice el apóstol en su carta á los romanos, sería un gravísimo pecado. Todos sus caminos son justicia y verdad y él es el que juzga la justicia de los hombres. El puede hacer cosas contrarias al juicio humano, que en verdad, es estremadamente imperfecto; pero no puede hacer cosas contrarias á su bondad y justicia, y no es razon bastante para condenar una cosa el que no la entendamos. No pasemos á sondear y escudriñar los juicios de Dios. Yo no puedo resolver estas dificultades, continúa el mismo san Pablo, sino con las palabras que dijo Dios á Moisés: *Yo haré gracia á aquel á quien querré hacerla, y usaré de misericordia con aquel con quien querré usar de misericordia.*

Si el hombre no hubiera pecado, dice Tertuliano, no hubiéra visto en Dios sino bondad; pero por el pecado del hombre experimenta tambien su justicia. Por el pecado original quedamos todos envueltos en la masa de condenation y perdicion como descendientes de Adán nuestro primer padre rebelde y desobediente. Dios, sigo esplicando con el mismo Apóstol este arcano de nuestra religion. Dios usa de misericordia con unos y endurece á otros, esto es, per-

mite que caigan en la dureza y obstinacion del corazon y los dejâ en ella porque así le agrada; no imprimiendo en su voluntad alguna malicia, sino no dándoles la gracia que podria ablandar su dureza, la que no tiene obligacion alguna á dar. ¿Se atreverá alguno á preguntar, que si es Dios justo obrando y gobernándose así? ¿Podremos decirle que por qué elige á unos y endurece á otros por sola su voluntad? ¿Qué por-qué se queja de que los hombres se pierdan, siendo así que nadie se atreve á resistir á su voluntad? ¡O hombre temerario! ¿Quién eres tú para que te atrevas á contradecir á Dios y á pedirle cuenta de lo que hace? Los hombres estan en su mano como el barro en las manos del alfarero. ¿Y quién ha oido decir hasta ahora que la tierra diga al alfarero, por qué me das esta forma y no la otra? ¿No tiene él la facultad de hacer de ella los vasos que le parezca, ya para usos honrados ó ya para usos viles y bajos? ¿Qué género de orgullo é insolencia es este? No se le ha de pedir cuenta alguna de su trabajo á ningun artífice, antes se le deja á su libre disposicion, y tú has de ser tan atrevido é impío que quieras examinar los motivos de las obras de Dios?

Ved aquí, hermanos mios, segun la doctrina del Apóstol y la que nos enseña la iglesia nuestra Madre, otra señal de la bondad de Dios en aquello mismo que nosotros hallamos mas opuesto y en lo que no acertamos á conciliar con un Dios infinitamente bueno. De los hombres sumergidos todos en la misma perdicion y de una masa corrompida, enemigos suyos y escluidos justamente de su herencia ha elegido y predestinado desde la eternidad á muchísimos para su gloria, para hacerlos eternamente felices y salvar-

los de los castigos que han provocado contra sí, y los ha elegido por sola su bondad y misericordia, por su voluntad santísima y sin que haya mérito alguno por parte de los hombres.

No trabajemos en vano buscando motivos para aquietarnos en nuestros vicios, culpando á un Dios infinitamente bueno de que no nos da su gracia para salir de ellos. Dios es justo y en el día de la cuenta nada le podremos echar en cara ni podremos culparle de nuestros escesos. Siempre será verdad que nuestra perdicion es toda obra enteramente nuestra y que de parte de Dios hemos tenido los auxilios necesarios para salvarnos. Adoremos los altos é incomprensibles juicios del Señor; alabemos su bondad y su misericordia y acojámonos á ella temerosos de su justicia.

Tal debe ser nuestra resolucion y á esto quisiera inclinar vuestros ánimos en este rato, Acerquémonos á Dios y seremos iluminados; contemplemos la bondad de un Dios que tanto nos ama y aprenderemos la ciencia de los santos, á amarle, porque el nos amó primero. Nada podremos, Señor, sin los auxilios de vuestra misericordia y os lo pedimos rendidamente por la intercesion de vuestra Madre,

Ave Maria.

Accedite.....

Todas las obras del Señor deben bendecir y alabar su bondad, porque cuanto bueno tienen, cuanto bueno hay en los cielos y en la tierra todo emana de Dios. Quanto remos

en el mundo nos manifiesta su bondad y todo es un efecto de su bondad infinita. En el orden de la naturaleza hallamos tantos seres que quiso criar y que conserva para bien de estos y sin que de ellos reciba bien alguno, ni se aumente su poder ni su felicidad. Los elementos, los astros, los animales, las aves, todo lo crió, y para mayor prueba de su bondad y amor á los hombres, á esta obra predilecta de sus manos que quiso criar á su imagen y semejanza, todo lo puso bajo el dominio y á la disposicion de los hombres. La tierra produce sus frutos y hace que salga su sol para todos y que llueva sobre las posesiones y sembrados de los justos y de los injustos. En el orden de la gracia ¿cuántos bienes no derrama incesantemente sobre los hombres? Siendo todos hijos de ira y de maldicion, reos de muerte y condenacion eterna por el pecado de Adan en quien todos pecamos, á los que se salvan los salva por su gracia, por su bondad, y si podia decir el Real Profeta que la tierra estaba llena de la misericordia y bondad de Dios ¿cuánto mas podemos decirlo nosotros despues que el Señor envió á su mismo Hijo para reconciliarnos con él, para quitar el pecado y borrar el decreto de condenacion, para restituirmos á la posesion de hijos, á la herencia del reino de Dios y sacarnos de la esclavitud y del destierro á costa de su sangre y de su vida? Misericordia y efecto de la bondad de Dios es el que hayamos salido de las tinieblas de la idolatría y tenido la dicha de nacer bajo la ley santa del Evangelio, en una nacion en que se conoce y adora al verdadero Dios y se profesa la religion que quiso revelarnos, y de unos padres cristianos que nos han instruido y educado segun la ley del mismo Dios.

Y conviene para que podamos salvarnos. ¿Cuántos nacen todos los días en naciones infieles y bárbaras y que no conociendo á Dios ni le adorarán ni tendrán medios para salvarse? *Misericordiæ Domini quod non sumus consumpti.* Si entramos cada uno á examinar el órden y curso de nuestra vida ¿cuántos beneficios y favores especiales hemos recibido de Dios? En todos los días de nuestra vida, podemos decir con el santo rey David, hemos recibido pruebas de su misericordia; y podemos llamarle con el Apóstol, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación. Cuando nosotros nos hemos empeñado en apartarnos de Dios, y en desoir su voz, en correr á los vicios, entregarnos á los placeres y volverle la espalda despreciando sus gracias y llamamientos ¿qué ha hecho con nosotros nuestro Dios? Como un padre se compadece de sus hijos, así nuestro Dios se ha compadecido de nosotros en medio de nuestros escesos; ha multiplicado su amor y sus esfuerzos para atraernos á él como multiplica un padre sus cuidados con un hijo enfermo; ha dejado las noventa y nueve ovejas dóciles de su rebaño por buscar la extraviada corriendo hasta encontrarla y la ha puesto sobre sus hombros despues hasta unirla á las demás ¿Qué son sino llamamientos de un padre amoroso que solicita nuestro bien y nuestra correspondencia, desvelos y cuidados del Pastor divino que nos busca en los extravíos y precipicios, esos gritos que sentimos en lo interior de nuestra conciencia; esos tedios que nos devoran, esas inquietudes que nos afligen, esos temores que nos turban, esas enfermedades que nos postran y detienen en la carrera del pecado, y tantos auxilios, tantos beneficios, tantos ejemplos, tantos remordimientos cómo espe-

rimentámos cada día? ¿Qué son también, sino efectos de la bondad y misericordia de nuestro Dios, la tranquilidad y el gozo que sentimos en las buenas obras, los consuelos interiores que experimenta nuestra alma cuando obra bien y es dócil á las inspiraciones de su Dios? Y cuando nos volvemos al Señor, cuando despues de años enteros gastados en ofenderle, consumidos los mejores dias de la vida en la dissipacion, en los placeres, en el olvido de su ley y el abandono de cumplir sus preceptos, cuando en los momentos últimos de la vida imploramos su piedad y misericordia ¿no nos perdona todas nuestras culpas y se olvida de todas nuestras iniquidades, nos recibe con los brazos abiertos como el padre del hijo pródigo y celebra con convites nuestra vuelta á él; como si el bien fuera suyo, y nos perdona y promete su reino como al buen ladrón? Cada uno por experiencia propia en medio de tantos peligros y precipicios por donde hemos corrido ¿no podemos decir que el Señor por su bondad y misericordia ha sacado á nuestra alma de lo profundo del infierno en que se habia sumergido; y que sus misericordias y consideraciones son sobre todas sus obras? ¿Con qué paciencia nos ha sufrido, nos ha esperado; nos ha llamado y vuelto á llamar; nos ha recibido en el momento que nos hemos vuelto á él; y con qué abundancia de consuelos en la tierra y de gozo en el cielo premia los servicios que le hacemos?

¡O bondad infinita! ¡O amor inmenso de nuestro Dios! ¿Quién no se rinde, quién puede ser ingrato, quién puede ser tan duro que no quiere correspondér y amar á un Dios que nos ama primero y que no desea sino colmarnos de bienes y beneficios, á un Dios tan bueno y tan misericor-

diosot. Cantemos eternamente sus misericordias, publiquémos por todas partes los favores que nos ha dispensado: no ya los que dispensa á todos, sean fieles ó infieles; justos ó injustos; no ya los que desde el origen del mundo ha dispensado á los patriarcas, profetas, á su pueblo escogido hasta llegar á nosotros, de que estan llenos los libros santos y que no pueden poner en duda los impíos; no ya los que derrama sobre las almas justas, sobre sus amigos y aquellos que le sirven fielmente con amor y respeto; sino tambien, lo que es mas extraño, lo que es propio de nuestro Dios, lo que hace que brille y resalte su bondad; lo que no creeríamos si no lo experimentásemos, los repetidos favores que dispensa y los auxilios con que favorece á los pecadores, á sus mismos enemigos, á los que no le hacen ni corresponden sino con ingratiitudes y desvíos, á los que le persiguen, al hombre vil y miserable insecto que se revela contra su Dios. Poderoso es para destruirle y aniquilarle en el mometo; pero es bueno y misericordioso tambien y le sostiene, y le espera, le llama, le busca, le perdona, le premia. Alabemos sin cesar al Dios de las misericordias, bendigámosle y reconozcamos que vivimos y no hemos sido confundidos y condenados mil veces por su misericordia. *Misericordiae Domini quod non sumus con-*
sumpti.

...Efecto deplorable de la corrupcion del hombre. Alaba y bendice la misericordia de su Dios que confiesa, reconoce y experimenta, pero abusa y se vale de esta misma bondad y misericordia de su Dios para continuar pecando y dilatar su conversion; porque Dios es bueno y le recibirá en sus brazos y volverá á su amistad en el dia que le invoque.

Desorden que lamentaba y reprendia el Apóstol. Confesando que los juicios de Dios son rectos, que penetra los corazones y que no dejará pecado alguno sin castigo; os tranquilizais con decir, decía escribiendo á los romanos, que no obstante esto, es muy clemente y lleno de bondad y que nos admite á su gracia luego que recurrimos á él. ¡Infeliz de tí! ¿Tienes por ventura un alma tan mala que te valgas de la misma bondad y misericordia de Dios para ofenderle? ¿Eres tan necio que te burles y desprecies así las riquezas de su misericordia y bondad con que sufre la ingratitud de los pecadores? ¿Ignoras acaso, que es justo y que si difiere el castigo de tus pecados no es porque no los conozca, ni porque deje de hacer caso de ellos, sino para darte tiempo á que te conviertas y hagas penitencia? ¿Qué es lo que haces manteniéndote obstinado en tus malos hábitos y cerrando tu corazón á todas las inspiraciones que te envía, sino amontonar con esta serie continua de sacrilegios un funesto tesoro de cólera y de indignación que te perderá en aquel terrible día en que viniendo Dios á juzgar á los vivos y los muertos ha de dar á cada uno según sus obras?

Si, hermanos míos, Dios es infinitamente bueno y misericordioso y por lo mismo que es bueno no puede dejar de ser justo y rectísimo. Sus juicios estan llenos de verdad y de justicia. Ante los ojos de Dios no hay pobres ni ricos, no hay grandes ni pequeños, no hay distinciones ni privilegios de nobleza, de nacimiento, de amistad. Dios es justo y ni podemos ocultarle cosa alguna, ni ganarle con donas y promesas, ni ablandarle con adulaciones ni con lágrimas fingidas, ni sorprenderle con astucia; tiene siem-

pre la balanza derecha y en fiel y ofendelá su justicia: el que crea que aprobará en unos, aquello que condene en otros: observad el mismo orden en dar las penas y en distribuir los premios y las gracias. ¡Qué consuelo tan grande, hermanos míos, el haber de ser juzgados todos por un Dios esento de toda pasión y en un tribunal en que no habrá otros méritos que las virtudes, ni otros defectos que los pecados, en que cada uno recibirá premio ó castigo según hubieren sido sus obras!

Y, ¿quién se atreverá á entrar en juicio y contendá con Dios, si en su presencia no habrá viviente que pueda justificarse? ¿Quién entrará en juicio con Dios, quando descubrirá manchas aun en los mas justos y purificados? *Accedite ad eum et illuminamini*: Llegaos á Dios, hermanos míos, y seréis iluminados. En la justicia de Dios hallareis que nada quedará olvidado y sin castigo, así como no habrá cosa buena que no reciba su recompensa; y en su bondad y misericordia hallareis la prontitud con que oye al que le invoca y perdona al que se arrepiente. La bondad y misericordia infinita de nuestro Dios nos dará aliento para no desmayar, para no perder nuestra confianza y para volvernos á él como el hijo pródigo implorando su piedad; pero su justicia debe contenernos para no abusar de la divina misericordia y acopiarnos por nuestra dureza á impenitencia un tesoro de ira y de indignacion para el día en que habemos de darle cuenta de todas nuestras obras! Alábelmos pues y cantemos las misericordias de nuestro Dios; pero temamos sus castigos y los rigores de su justicia; aquietémonos en todos los trabajos de esta vida como enviados por un Padre amoroso y justísimo; qué sabe lo que nos cor-

viene. No nos adormecemos en el vicio en la confianza temeraria de que Dios es bueno y no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; porque tambien es justo y no ha de quedar cosa de que no nos pida una estrecha cuenta; no ha de quedar ofensa alguna sin el merecido castigo. No lo dilatemos pues; y esto es lo que debemos inferir prudente y racionalmente de la contemplacion de la bondad y misericordia de Dios y de su justicia; acojámonos á la misericordia de Dios. Acerquémonos con confianza al trono de su gracia para que nos proteja con su misericordia y con los auxilios oportunos. Aplaquemos á nuestro Dios que debemos temer como á juez. Acojámonos á la bondad de un Padre antes que lloremos la sentencia de un Señor! Mas quiere la misericordia, que el sacrificio; mas quiere que el pecador se arrepienta y viva, que el que se endurezca y muera para siempre. ¿Abusaremos de tantos beneficios como hemos recibido de nuestro Dios? ¿Seremos tan necios que no temamos su ira y los rigores de su justicia?

No, Dios mío, cuanto mas os conocemos, cuanto mas nos acercamos á vos, mas obligados nos vemos á servirlos y entregarnos todo nuestro corazón y toda nuestra alma. Nada hay en nosotros que sea digno de vos. No hay sino ofensas y vicios con que nos hemos burlado de vos; pero esa bondad, esa misericordia con que nos habeis sufrido; tantos beneficios y llamamientos con que nos habeis ilustrado; ésta misma solemnidad en que apartando por algunos dias nuestra consideracion de las cosas terrenas nos ocupamos algunos momentos en contemplaros y considerar vuestras infinitas perfecciones; ¡Ojalá las contemplásemos.

con mas frecuencia! nos alienta á acogernos á vuestra misericordia, á esa misericordia tan grande para todos los que os temen, á esa misericordia manantial de gracias y que desarma vuestra justicia, á esa bondad y misericordia sin la que nadie se salva. Tened, Señor, compasion de nosotros segun vuestra grande misericordia y haced con ella que desde ahora reconocidos de nuestra ingratitud y temeridad os sirvamos y adorèmos en esta vida y os gocemos despues en la otra por los siglos de los siglos. Amèn.

F. L. G.

DIA VIII.

DE LA UNIDAD Y TRINIDAD SANTISIMA.

Debemos someter nuestro entendimiento á lo que nos enseña la fe y reformar por la gracia en nuestras almas la imágen de la Santísima Trinidad.

Accedite ad eum et illuminamini.

Llegaos á Dios y seréis iluminados.

SALN. 33, v. 6.

Nada tiene que hacer hoy con nosotros el incrédulo y el impío. El arrogante y soberbio que quiere medir la altura y profundidad de Dios por su escasa razón y que no quiere reconocer en Dios sino aquellas perfecciones y atributos que están á sus alcances, no es á propósito para someterse á los misterios de Dios, ni para venerar á un Dios y tres personas distintas, á un Dios simplicísimo, Uno en esencia y Trino en personas, á un Dios cuya esencia, naturaleza, sustancia y divinidad es una sola, y en quien hay tres personas distintas que son Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Misterio incomprensible, hermanos míos; propiedad de Dios que jamás hubieran reconocido los hombres si el mis-

mo Dios no se hubiera dignado manifestarla. En vano intentará nuestra razon profundizar en un arcano que la es impenetrable y de que no puede alcanzar sino aquello que Dios quiera descubrirla. Cuanto podamos decir para aclarar, explicar ó conocer la unidad y trinidad de Dios guiados por la razon dista infinitamente de esta trinidad divina y santísima que hay en Dios y que en nada se opone á su unidad en esencia. Trabajaremos en vano para conocerla hasta tanto que entremos en el santuario de Dios y tomemos por guia la fe y nos sometemos á creer lo que el mismo Dios ha querido revelarnos. ¿Y qué es lo que podrá oponernos la razon contra un misterio de Dios; contra un misterio que no alcanza á conocer ni explicar, sino esfuerzos de su impotencia; de su miseria y pruebas que nos manifiesten la inmensa distancia que hay del Criador á la criatura? ¿Qué podrá oponer el orgullo de sabiduría humana cuando se trata de los arcanos de Dios y de las verdades que Dios ha querido revelar á los hombres? Habiéndolas revelado el mismo Dios ¿dejarán de ser verdades porque el hombre no las comprenda ni sepa explicar? Un Dios uno y trino; un Dios con una esencia simplicísima y que no obstante hay en él tres personas distintas; he aquí, amados míos, lo que después de haber contemplado los atributos de Dios reconocemos y confesamos hoy en Dios, porque Dios así nos lo ha revelado; lo que sin Dios manifestarlo jamás hubiéramos creído ni aun imaginado; lo que la razon humana no comprende; pero ved aquí la diferencia del incrédulo y el impio soberbio y orgulloso, al cristiano dócil y sumiso á lo que Dios ha revelado. El primero se burla de esta perfeccion y atributo de nuestro Dios y no quiere creer lo que no acierta á

entender; y el segundo venera y acata los misterios de su Dios y somete su razon y entendimiento á lo que le enseña la fe. ¿Qué deberemos hacer en un asunto en que la razon no es suficiente y por lo mismo no es juez competente para decidir? No ponernos á escudriñar ni obstinarnos en negar lo que no comprendemos, sino someternos á lo que Dios nos ha revelado y la Santa Iglesia nos enseña; sujetar nuestro entendimiento á la fe.

He aquí, hermanos míos, en lo que quiero confirmaros en este rato porque sé que hablo con cristianos fieles y sumisos á las verdades de nuestra religion adorable; y para que la verdad de este misterio y su contemplacion nos sea útil y provechosa me extenderé tambien á escitaros á que reformeis por la gracia la imágen de la Santísima Trinidad que el Señor ha impreso en vuestras almas.

Si conseguimos este fruto de estos santos ejercicios y de las consideraciones en que nos hemos ocupado en todo este santo Octavario, nada mas necesitamos, porque hablando el Señor en nuestras almas su divina imágen sin mancha ni deformidad, las reconocerá por suyas y admitirá á sus gozos eternos, que es todo cuanto podemos apetecer. Venid, Señor, en nuestra ayuda, favorecednos con vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre :

Ave Maria.

Accedite...

El mundo todo es obra de la Santísima Trinidad y nosotros somos templos suyos consagrados por el bautismo que

hemos recibido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Estos no son solamente tres nombres distintos ó significan sólo distintas operaciones de una sola persona; sino que son tres personas subsistentes y con sus propiedades distintas. Una sola es la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; uno es su poder; una su voluntad; una es su operación; pero el Hijo es persona distinta del Padre; y Espíritu Santo es otra persona distinta del Padre y del Hijo. El Padre es Omnipotente; eterno; inmenso; simplicísimo; el Hijo es igualmente Omnipotente; poderoso; eterno con todos los atributos y perfecciones que reconocemos en el Padre; y nada de cuanto tiene el Padre y el Hijo falta al Espíritu Santo. Sin embargo no son tres omnipotentes, tres eternos ni tres inmensos sino solamente un solo Omnipotente; un solo Eterno y un solo Señor. El Padre es Dios; el Hijo es Dios; el Espíritu Santo es Dios; pero no son tres dioses sino solamente uno. Un Dios; trino en personas y uno en esencia. Esta esencia y naturaleza divina no es menos en cada una de las personas que en todas; ni es mayor en todas que en cada una de ellas. En estas tres divinas personas no hay mayor ni menor; ni hay primera ni posterior; son iguales y solamente se distinguen en sus propiedades personales. El Padre es ingénito; el Hijo fue engendrado por el Padre desde la eternidad; el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. En vano buscaremos en el cielo ó en la tierra cosa comparable con que aclarar este misterio; pero en vano también se resiente nuestra razón á sí misma y creer.

« Dios nos ha hablado, ¿no debe ser creído? ¿Y será razón para no creer el que no comprendamos las misteriosas

verdades que ha tenido á bien manifestarnos? ¿Puede Dios engañarse ó tiene algun interés en engañar á los hombres y hacer caer en errores á sus criaturas? ¿Pedimos razon á los reyes y poderosos de la tierra de sus disposiciones y entramos en averiguacion de si lo que ordenan es ó no conveniente? ¿Exigimos que se nos manifieste el por qué y para qué con todas las razones y motivos que tienen para sus providencias? ¿No nos sometemos, obedecemos y respetamos? Pues ¿por qué no hemos de someter nuestro entendimiento á lo que nos dice un Dios infalible y infinitamente sabio, bueno, poderoso??? ¿No es una estupidez y locura querer medir la grandeza de Dios por la estrechez de nuestra razon? ¿No ha de ser Dios mas que lo que nosotros podemos comprender? Hallamos repugnancia en lo que nos enseña la fe acerca del misterio de la Santísima Trinidad y no acertamos á comprender como puede ser una sola la esencia y tres las personas divinas, ¿y cuántas cosas hallamos que nos repugnan, que tenemos por imposibles y que sin embargo son verdaderas? Aun de lo que todos los días vemos y palpamos, ¿qué es lo que comprendemos? ¿Cuántas cosas se ocultan á nuestro entendimiento? ¿Cuántos misterios hay en la naturaleza que no se han descubierto á pesar de las continuas investigaciones de los sabios? ¿Hemos comprendido la naturaleza de la luz? ¿Hemos penetrado los arcanos de la vegetacion? ¿Se sabe cuál es la causa del flujo y reflujo del mar, y se saben otras infinitas causas que ignoramos y cuyos efectos experimentamos continuamente? ¿Negaremos lo que vemos y palpamos? ¿Que existió la luz, que vegetan las plantas, que sube y baja el mar en determinados periodos? En las artes y máquinas ¿cuántos secre-

tos hay conocidos de solos los profesores? ¿Y negaremos los efectos que vemos y presenciarnos porque no conozcamos su mecanismo ni los modos con que se elaboran y producen? ¿No ha de haber más verdades que las que nosotros podamos comprender? Pues cuando un Dios hace merced á sus criaturas de revelarlas lo que jamás hubieran imaginado si él no se lo revelara, ¿caerán en la ingratitud y en la insensated de negar lo que Dios le dice porque no lo comprenden? ¿Qué debemos hacer si no reconocer nuestra pequeñez, nuestra nada, la distancia infinita que hay de Dios á nosotros y humillarnos, someternos, adorar en silencio sus juicios y creer, porque Dios nos lo dice y Dios no puede engañarse ni engañarnos?

«Sí, amados míos, Dios nos lo dice y aquí desaparecen para un cristiano todas las dudas y ansiedades. Nada más necesitamos que saber que Dios nos lo ha dicho y propuesto para hacerle el sacrificio de nuestro entendimiento. Nos lo dice en su Evangelio, en las Escrituras Santas que se dignó darnos por hombres inspirados para que nos sirviesen de regla de nuestra fe y de nuestras costumbres. Nos lo dice por su Iglesia asistida constantemente por el Espíritu Santo que no puede engañarse ni exponer á errórarlos fieles. Nos los dice por sus gracias y por todos los favores del cielo que recibimos y pedimos y se nos conceden en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. No, no somos estúpidos, ni puede culparse nos de ignorantes en someter nuestro entendimiento á lo que la fe nos enseña: antes bien cuanto mas nos acercamos á Dios, cuanto más contemplamos sus misterios hallamos que es muy justo, muy racional y prudente el creer y someternos á las verdades que ha

revelado á la Iglesia y que está nos proponiendo. Hallamos mas; hallamos un gozo, una tranquilidad, una consolacion interior que sentimos y no sabemos explicar poniéndonos á lo que la fe nos enseña; á la doctrina del mismo Dios que despues de criarnos quiso tambien instruirnos.

Justo es que sometamos nuestra razon á la verdad importante del misterio de la adorable Trinidad. Pero debemos hacer mas, hermanos míos.

El cristiano que contempla á su Dios con docilidad y sumision, lejos de hallar dudas y dificultades descubre manantiales abundantes de consuelos y esperanzas. Halla impresa en su alma la Imágen de la Santísima Trinidad. Y ved á lo que quisiera hoy inclinarnos y haceros resolver: á que reformeis en vuestras almas por medio de la gracia la imágen de la Trinidad adorable impresa en vosotros y lo que despues de creer en este misterio debe formar todo nuestro estudio y ocupar todo nuestros deseos. La beatísima y sempiterna Trinidad, dice el Padre San Bernardo, crió al alma racional á su imágen y semejanza y la dotó de memoria, entendimiento y voluntad, las que siendo tres operaciones ó facultades distintas, no son tres vidas, sino una sola vida; ni tres almas sino una sola alma; y por consiguiente una sola sustancia y no tres sustancias. La crió, para que permaneciendo en Dios y conservando su divina imágen fuese dichosa con la participacion de los dones del mismo Dios; y se hiciese miserable borbando esta imágen, apartándose de él, donde quiera que fuere. Esta trinidad criada, el alma se aparta de su Dios y borra la imágen de la Trinidad Santísima por la sugestion, por la delectacion y el consentimiento. Se forma

otra trinidad horrible y asquerosa; á saber: la enfermedad, la ceguedad y la inmundicia. Su memoria queda impotente y débil; su entendimiento tenebroso y su voluntad impura. La memoria que conservándose en Dios el alma, se ocupaba en pensar en el poder divino y la magestad de Dios; apartándose de él, se afea y envilece ocupándose de pensamientos ociosos; de afanes y cuidados terrenos sin acordarse de las cosas eternas. El entendimiento dado por Dios para conocer con su gracia el bien y el mal y discernir entre lo verdadero y lo falso se obceca y envuelve entre tinieblas juzgando lo malo por bueno y lo perjudicial por útil. Jamás se engañaría sino se apartase de la luz con que fué iluminado por Dios y conservase su divina imagen. La voluntad que debía amar solamente á Dios por su iniquidad se convierte á amar las cosas terrenas por la concupiscencia de la carne; la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. ¿Qué mayor desgracia puede darse que la de un alma que pereciendo y perdiéndose su memoria, su entendimiento y su voluntad peca toda entera? Afeada y borrada la imagen de la Trinidad Santísima en el alma porque ni se acuerda de su Dios; ni se ocupa en conocer á Dios, en amar á Dios y se sumerge en los afectos y cuidados terrenos ¿la conocerá Dios por suya? Y si Dios no la reconoce por suya ¿la quedará alguna cosa que esperar de Dios? ¿Hay maldición mas temible que estas palabras de Dios: *No os conozco*?

¿Qué es pues, amados míos, lo que debemos hacer, segun esto, sino renovar en nuestras almas, la imagen de la Trinidad Santísima procurando que nuestros cuidados, nuestros pensamientos, nuestros afectos y deseos se vuel-

van hacia Dios? ¿Qué debemos hacer (sino) probar que nuestra memoria se ocupe de Dios y de la eternidad y nuestro entendimiento busque la verdad sólida que solo se halla en Dios y nuestra voluntad apetezca al sumo bien que es Dios? La fe, la esperanza y la caridad, he aquí los medios de renovar en nuestras almas la imagen de un Dios trino y uno y de recobrar la bienaventuranza que hemos perdido como nos lo enseña el mismo padre san Bernardo. Por la fe se ilumina nuestro entendimiento, por la esperanza se alienta y fortalece nuestra memoria y por la caridad, por el amor se purga nuestra voluntad, por aquella caridad unida con un corazón puro, una conciencia buena y una fe no fingida. Pues ejercitémonos en estas tres divinas virtudes, en creer en Dios, en esperar en Dios, en amar á Dios.

La trinidad de nuestra alma, dice el Padre san Agustín, no es imagen de Dios porque se acuerda de sí misma, se conoce y se ama á sí misma, sino porque puede acordarse, conocer y amar á aquel por quien ha sido criada. Cuando así lo hace, obra con rectitud y con acierto; si pero cuando no, aunque se acuerde, se conozca y se ame á sí misma obra con necedad y torpeza. Este es todo el estudio de un cristiano; acordarse, conocer y amar á su Dios y Criador; ejercitarse en la fe, la esperanza y la caridad. Esto es lo que debemos pedir constantemente al Señor y la gracia que con más eficacia debemos implorar por medio de estos cultos; el que creamos en él, esperemos en él y le amemos con todo corazón y con toda nuestra alma renovando así la imagen de la Trinidad Santísima que llevamos impresa y que tantas veces hemos afeado con nuestras culpas y desórdenes.

Pará esto, hermanos míos; hoy mas que nunca, *acérquemonos al Señor y seremos iluminados*; entreguemos nuestra alma al Señor y hagámosle el único depositario de todos nuestros afectos. Por mas que contemplemos y hablemos de Dios, aunque nos detengamos á estudiar y profundizar en cuanto nos sea posible sobre sus perfecciones y atributos, despues de nuestro estudio y nuestras fatigas nada habremos hecho. A Dios se le conoce por la esperiencia; por el amor. A la manera que el que no ha pisado ni visto un pueblo ó una provincia, por mas que examine un mapa no puede dar noticias sino muy escasas en comparacion de los que han vivido en él, así hermanos míos, el hablar de Dios, el estudiar las perfecciones de Dios con el entendimiento y la lectura solamente es muy poco; nada vale; para conocerle bien es necesario entrar en él, amarle porque amándole nos unimos á Dios y Dios se une á nosotros. *Acerquémonos á Dios* por medio de este amor; por la caridad que es el complemento de toda su ley. ¿Qué pronto se disiparán nuestras dudas; nuestras inquietudes y turbaciones si amamos de veras á Dios! ¿Con qué diferencia miraremos todas las cosas si amamos á Dios! ¿Qué pronto se desvanecerán todas las ilusiones que nos cercan si amamos á Dios! *Seremos iluminados*. Sí, y un alma fiel y sencilla que ama á su Dios sabe mas de Dios que los presumidos de sabios que buscan la ciencia en el estudio. ¿Qué consuelo, hermanos míos, el poder todos conocer á Dios por un medio tan sencillo! Però hay mas; tambien podemos gozarle por este mismo medio: amándole con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Así renovaremos en nuestra alma la imágen de la Santísima Tri-

nidad, someteremos con gusto nuestro entendimiento á las verdades que nos enseña la fe, se alentará nuestra esperanza, viviremos en la paz en esta vida, y conservando la imágen de Dios, Dios nos reconocerá por suyos y nos dará entrada en su gloria.

Dadnos, Señor, esta caridad; el que os amemos, porque amándoos nada de cuanto nos mandais nos será difícil. Esta es la principal gracia que os pedimos, porque sin ella nada somos, ni valemós. Concedednos también la paz en nuestro reino y entre todos los príncipes cristianos; la prosperidad en nuestros negocios, la salud en nuestras familias, el sócorro de todas las necesidades comunes y particulares, el bien de la Iglesia y del Estado, la fecundidad de nuestros campos y conservacion y aumento de los frutos temporales. Concedednos las gracias que os hemos pedido en este santo Octavario si nos convienen para nuestra salvacion. Y sobre todo, Dios mio, dadnos el que renovemos en nuestras almas vuestra divina imágen rectificando nuestra memoria, entendimiento y voluntad, para que conociéndoos y amándoos en esta vida, cuando os plazca sacarnos de ella, os conozcamos sin enigmas ni dificultades; os veamos cara á cara y gocemos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

NOVENARIO

De Dolores de María Santísima.

DIA I.

LA PROFECIA DEL SANTO SIMEON.

Este dolor martirizó á María Santísima toda su vida: lo sufrió con la mayor resignacion, y nos obliga á imitarla para nuestra dicha y felicidad.

Oppressit me dolor meus.

Me ha oprimido mi dolor.

Jon., cap. 16, v. 9.

Virgen delorosisima ¿de dónde á vos tanta pena, tanto desconsuelo, tanta afliccion y tristeza?... ¿No sois la alegría de los cielos y de la tierra, la aurora de la mañana, la estrella del firmamento, el gozo de los justos, la vida, la dulzura y esperanza nuestra?... La Iglesia santa se complace en saludaros mas pura y resplandeciente que el sol,

:

mas hermosa que la luna, mas graciosa que los querubines y serafines... Os llama Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de todos los santos. Pero viéndoos ahora tan atribulada, tan oprimida y llena de amargura, quiere que los fieles no vean en vós, mas que á la SANTISIMA VIRGEN DE LOS DOLORES. Somos convocados á este santo templo á tomar parte en vuestros padecimientos, á contemplar vuestras virtudes en el tiempo de vuestra desolacion, á aprender en vuestros dolores inmensos el arte divino de merecer la gracia y la gloria que Dios ha prometido á los que lloran y os imitan en vuestra paciencia, en vuestro sufrimiento y en vuestra absoluta resignacion en la voluntad divina. La fe nos dice, que los trabajos, las penalidades, los dolores y aflicciones que despedazaron vuestro corazon encierran los tesoros de riquezas en que abundan las almas justas: que ellos son aquella piedra preciosa en cuya comparacion nada valen las cosas del mundo entero; que son la semilla del mérito, la cruz que fructifica virtudes cristianas, la escuela en que se forman los hijos de vuestro Jesus divino. En vós, Reina de los mártires, se ven como en un espejo tersísimo todos los dolores que hizo sufrir á nuestro Redentor la sangrienta fiebra del pecado: fuisteis omnipotentemente atormentada; inmensos fueron vuestros dolores; no es posible contemplarlos sin bendeciros, sin alabaros y sin desear participar de ellos para hacernos dignos de vuestro amor.

Estos son los sentimientos de los piadosos fieles que en su devocion han dispuesto celebrar el novenario en que debiéndose mencionar vuestros principales dolores debe verso

en ellos como personificada toda la religión que nos trajo del cielo el Hijo de vuestro amor, y podemos sacar de vuestros ejemplos las gracias que necesitamos para amar la cruz, y gustar sus frutos. Para que así sea, yo reclamo vuestra atención, amados míos: yo os convido no á derramar lágrimas estériles de natural compasión, sino á estrechar vuestros corazones con el de aquella Madre afligida que despedazada por la terrible profecía del santo Simeón prorumpió con mas razón que el paciente Job en esta sentida expresión: *Me ha oprimido mi dolor. Oppressit me dolor meus!* Este dolor penetró el alma de María Santísima; y la estuvo martirizando toda su vida, como os lo voy á probar en este día. En los siguientes vereis acrecentarse sus dolores, como las olas del mar. Os haré notar que *el corazón de Jesús era el de María, y el de María el corazón de Jesús*, como lo dijo la misma Virgen á santa Brigida, y de aquí podremos colegir la inmensidad de los dolores que afligieron á esa Madre de la divina gracia en los lances críticos en que la puso la divina Providencia para servirnos de ejemplo y poder aprender en ella y por ella el camino que ha trazado nuestro Dios en su sabiduría misericordiosa á los mortales, para que con facilidad puedan llegar al término feliz de su vida llenos de santidad y de gracia, llaves seguras de la gloria. Felices y dichosos mil y mil veces los ministros sagrados que acierten á hablar de los dolores de María Santísima con la unción que lo hicieron los santos Padres: porque ellos serán en este caso los escogidos del Señor para obrar vuestra santificación, y proporcionar los frutos del sufrimiento, de la paciencia, del amor divino, y de la gracia que Dios concede á los que

viven y mueren resignados en su santísima voluntad, como esa Virgen dolorosa que tenemos á la vista.

Haced, Virgen adorable, que yo sea uno de los siervos fieles destinados á dispensar la divina palabra, según los designios del Dios por quien tanto padecisteis. Que no salga de mis labios una sola palabra mia. Que todas las que pronuncie sean de vuestro santísimo Hijo, inspirada por el Espíritu Santo, de quien sois amada Esposa. Que de vuestros dolores inmensos, salga un rayo de luz divina que á todos nos ilumine con la virtud de la gracia que hace justos de pecadores, y nos señale por vuestros esclavos y verdaderos devotos. Os lo pedimos llamándoos llena de gracia como el ángel que os saludó diciéndoos:

Ave María.

Oppressit me dolor meus.

María Santísima fue un engendro feliz del amor divino. Dios la sacó de los tesoros de su omnipotencia para amar, bendecir y glorificar sus divinos atributos con las veras de una alma poseida por el Espíritu Santo, y destinada para la incomprensible dignidad de Madre del Unigénito del Padre. Esta pura Criatura no pudo ser mas agraciada, mas santa, ni mas perfecta, que lo que fue, según el doctor angélico: Amaba, quería y obraba con el corazón de su

amable Jesús, porque reflejaba en el suyo de un modo tan singular, que no se detienen los santos Padres en decir que el corazón de esta Virgen era un eco, una vibración, ó un espejo en que dejaba verse el de su Santísimo Hijo. Inferid de aquí cuál sería la unión de Jesús y de María, y preparaos para comprender en lo posible los efectos que produjo en esta Virgen pura el amor tierno que tenía al fruto bendito de su vientre en quien tenía todas sus delicias y toda su gloria. Nace en Belén el Salvador del mundo: y ¡cuánto amor y caridad lo adoró su tiernísima Madre! Lo adoran los pastores y los reyes magos: y ¡qué gozo experimentó en estos grandes y misteriosos sucesos este *vaso insignie de devoción*! Pero sabe que su precioso Hijo vino á sufrir y padecer, á enseñarnos el camino estrecho que conduce á la vida, á ser todo lo que de él predijo el profeta Isaías; y ya su santísima alma prevenida con estas especies se preparaba para seguir á su amado por la senda de las tribulaciones en que se acrisolan y perfeccionan las virtudes; según el apóstol. Recibe órdenes del cielo, y como no tenía mas voluntad que la del Padre celestial, de quien se llamaba sierva y esclava; no pensaba mas que en cumplir las y en agradar al Dios que se dignaba hablar á su corazón. Se le dice que presente á su Santísimo Hijo en el templo, y lo ofrezca al Señor con todo el ceremonial de la ley; que lo sacrifique y ponga sobre la pira de la indignación divina como víctima expiadora de nuestros pecados; que lo destine pública y solemnemente á la pasión mas dolorosa y á la muerte mas cruel, y esta Virgen nacida para amar á su Dios no vacila ni se detiene. Coge en sus brazos á su divino Jesús, centro de su placer, de su alegría, de su glo-

ria, y con una fe superior á la de su Padre Abraán, lo presenta y ofrece al Señor por la salud del mundo, siendo el primer *sacerdote* de la ley de gracia, como lo dice san Epifanio. Es verdad que en este gran suceso fue inundada de gozos celestiales el alma de esta Virgen al ver que el Hijo de sus entrañas engendrado en la eternidad era reconocido, alabado y glorificado por el santo Simeon, por la profetisa Ana, por los varones píos, justos y santos, y por las mujeres fieles y devotas que asistieron al templo, por especial providencia del Eterno, segun san Ildefonso. Pero tambien lo es, que Dios tenia determinado que esta Hija de su amor no saliese del templo santo sin llevar su alma traspasada con la espada del dolor mas acerbo que se ha sentido en el mundo. El santo Simeon inspirado por el Espíritu Santo bendijo á la sagrada familia, y en seguida dijo á esta Virgen adorable. — Señora: este Niño que ahora os causa tanta alegría, ha de ser la ruina y la resurrección de muchos en Israel. Vuestra alma será traspasada con la espada del dolor mas agudo, porque vais á ver á vuestro divino Hijo tratado con la mayor crueldad é ignominia: será afligido por la mano de Dios, y por la malicia de los hombres, que lo prenderán como á un facineroso; que lo azotarán; lo coronarán de espinas; lo sentenciarán como á un criminal; y lo crucificarán en medio de dos ladrones poniéndolo á la vista y afrenta de todo el mundo en ese monte misterioso que domina á Jerusalem. Será la señal de contradicción, y el blanco al que dirigirán sus tiros los pecadores que vienen á buscar para salvarlos. Vuestro corazón será atormentado del modo mas cruel que puede imaginarse. Acabais de ofrecer al dolor, á los tormentos y á la muerte mas ignomi-

niosa al Hijo de vuestro amor, y ahí lo tenéis para criarlo con destino al fin que os anuncio de parte del Dios que acaba de mover mis labios para vuestra inteligencia.

¡Qué impresión tan desgarradora y martirizante produjeron en esa Virgen dolorosa estas palabras proféticas del santo Simeon! Si su corazón se alegraba y lloraba de gozo al ver alabar, bendecir y glorificar á su adorado Jesús, su bendita alma fue inundada de pena y dolor al considerar que aquel Hijo de sus entrañas, que era su vida, su alma, su corazón y su todo, estaba destinado á sufrir y padecer los mas atroces tormentos, las injurias y baldones mas ignominiosos, las afrentas, escarnios y burlas mas sóeces y atrevidas. María Santísima veía á su divino Jesús con las luces de la fe, como lo vió Isaías; hecho un varón de dolores; el oprobio de los hombres y la abyección de la plebe, sin hallar en su santísimo cuerpo una parte sana, y fue tan inhumano; tan cruel y desapiadado el dolor que semejante vista causó á esta afligida Madre, que mientras vivió jamás dejó de atormentarla; como se reveló á santa Brígida. Yo rebajaría los dolores inmensos que sufrió esta Virgen desolada si los comparase con los que afligieron á Jacob cuando vió los vestidos ensangrentados de su amado José á quien lloraba creyéndolo despedazado por una fiera; con los de la madre de Tobías inconsolable por haber dejado peregrinar al hijo que Dios le había dado para que le sirviera de báculó consolador en su vejez; con los de Resa al pie de las cruces en que pendían sus hijos; con los de David llorando á su querido Absalon, con los de la sábia Tecuites, con los de Agar viendo morir de sed á su desgraciado Ismael, con los de Helí postrado en tierra al oír que el arca santa que-

daba en poder de sus enemigos; ó con los de Raquel llorando la pérdida de sus hijos. Todos estos dolores, son dolores muy leves y diminutos para poder ponerlos en parangón con los que afligieron á la Madre de Dios cuando vió á su Santísimo Hijo en su tierna infancia como lo vió despues en el Calvario. Escrito está en el Eclesiástico, que á proporcion de la pénétracion de un trabajo es el dolor: *Qui addit scientiam, addit et laborem* (1). Infeliz Baltasar si desde su niñez hubiera visto desnudos aquellos puñales que le habrian de penetrar el pecho algun dia. Desgraciado Aman si siempre hubiera tenido á la vista el palo en que fue ahorcado. Infeliz Abimelec si á todas horas hubiera tenido presente aquel péñasco que acabó con él junto á la torre de Tebes. Infelices sobre toda ponderacion todos los que han muerto desastrosamente, si desde el uso de su razon hubieran tenido ciencia cierta de sus fines trágicos; porque su memoria hubiera sido mas cruel y atormentadora que su misma muerte. Pues este dolor, que parece incomprendible, fue el que devoró constantemente las entrañas de esa Madre afligidísima, que tanto escita nuestra compasion en estos momentos. Llevaba en sus brazos á su Niño Jesus, verdadero Dios y verdadero hombre; lo recostaba sobre su pecho; lo llevaba de la mano, y le hacia mil caricias; pero como veia con las luces de la fe mucho más que con las de la naturaleza, no miraba en las gracias naturales de su hermoso infante más que los crueles tormentos que habria de sufrir y padecer, como lo dice el abad Ruperto. Des-

(1) Ecles. i. 4.

pues del euchillo de dolor que atravesó su corazón cuando el santo Simeon le manifestó el fin trágico de su divino Hijo, siempre lo miró esta Virgen despedazado, cubierto de llagas, maltratado, escarnecido, crucificado y hecho de peor condicion que un leproso. A todas horas veía María Santísima al Hijo de su amor, como una víctima destinada para aplacar la ira de la divina Justicia infinitamente ofendida. Veía crecer á su Jesús divino para las penurias y dolores mas acerbos: al besar su divino rostro sabia que habia de ser escupido, herido y abofeteado: al ver aquellas manos destinadas á llenar de bienes al mundo, tenia seguridad de que habian de ser taladradas con los clavos; al contemplar en fin la hermosura del mas agraciado de los hombres no podia prescindir de que habria de ser conducido á la muerte sin piedad. Cuantas mas gracias notaba en su Santísimo Hijo mas sentia los dolores, los tormentos, los oprobios y afrentas que habria de padecer. Pudo muy bien decir, con Jeremias:—La prenda que el Padre celestial me ha dado para mi consuelo se me ha convertido en un león del bosque que me roe y traspasa el corazón sin cesar. *Fasta est mihi hereditas mea quasi leo in silva* (1).

¡Qué dolores estos, amados míos! Solo puede apreciarlos el que sea capaz de comprender lo que esta Virgen amalia á su divino Hijo. Ellos martirizaron de continuo á esta Madre del Amor Hermoso. Puede asegurarse que cada respiracion de esta Virgen dolorosa fué un verdadero martirio en que hubiera perdido la vida si el Omnipotente no la conservara

(1) Jerem. i. c. 12.

para presentarnos en ella como en compendio; la religión santa que nos trajo Jesucristo del cielo para nuestra dicha y ventura. En vano se cansarian las potestades angélicas en consolar á esta celestial Noémi viendo á su Hijo sin figura de hombre apurar toda la amargura del cáliz que le preparó el cielo como precio de la salvacion del mundo. Sentia María Santísima mas que todas las criaturas capaces de sentir y veia á su divino Hijo caminar como una oveja silenciosa al monte de la mirra en que habria de consumir su sacrificio; y no; no podría decir á cuantos quisieran consolarla mas que estas dolorosas palabras: Me ha oprimido mi dolor. *Oppressit me dolor meus*. El ángel consolador que favoreció á Elias tiranizado por Jezabel; á Israel perseguido por los reyes de la Siria; á Eliseo puesto en peligro de caer en poder de sus enemigos; á Daniel amenazado de leones; á los tres niños rodeados de llamas en el horno de Babilonia; y á Judit espuesta á los desafueros de un príncipe sensual; no se atrevió á calmar los dolores inmensos que atribularon el corazón de la Reina de los mártires en los dias de su amargura. Veia al Hijo de su amor cubierto de una plaga incurable; atormentado hasta lo infinito, y doblando su cerviz al golpe omnipotente que iba á descargar sobre él la mano del Eterno Padre; y ¿de qué podrían servirla en este lance tremendo los ángeles del cielo? ¿Qué son las criaturas todas al lado del Criador? ¿A todos dice esta Virgen lo que Job á sus amigos. Me ha oprimido mi dolor. *Oppressit me dolor meus*. El amor que tenia á su divino Hijo era en cierto sentido infinito, segun santo Tomás... lo amaba mucho mas que á su propia vida... le hubiera sido suave, dulce y delicioso morir mil y mil veces entre todos

los tormentos posibles en prueba del amor que tenía al amado de su alma; y su corazón jamás podía descansar mas que en el de Jesús adorado; fuente perenne de gracias, de virtudes y de gloria. Jesús y solo Jesús ocupaba toda su alma; era el objeto pleno y perfecto de todas sus potencias y sentidos y... siempre lo veía atropellado por las furias infernales... arrastrado y llevado como un sedicioso á los tribunales compuestos de sus mas feroces enemigos; condenado por un pueblo amotinado sediento de sangre divina; desollado, cubierto de llagas, saturado de oprobios; blasfemado, cargado con el leño ignominioso; desnudo y crucificado, hecho el objeto de la indignación divina, y obligado á dar aquel grito misterioso con que dijo atribulado á su Eterno Padre. *Dios mio: Dios mio: ¿porqué me has desamparado?* Así vió esa Virgen dolorosa á su glorioso Jesús por espacio de treinta y tres años, y no, no es posible comprender los dolores que en este tiempo afligieron su bendita alma. Ni aun las glorias de su querido pudieron jamás consolarla. Habia nacido para amar y padecer, y en los trabajos, en las angustias, en las penalidades, aflicciones y desconsuelos era en donde siempre buscaba al hijo de sus entrañas para sufrir y padecer por él y con él. No va con los apóstoles á ver las glorias del Tabernáculo: no participa de los aplausos con que las turbas bendicen á su Hijo: no asiste á la casa de Marta y de Maria cuando en ella resucitó Jesús á su amigo Lázaro, ni á la del príncipe Jairo cuando volvió á la vida á su hija ya difunta. Tampoco se lee que María Santísima acompañase á su divino Hijo cuando entró triunfante en Jerusalem. Los espectáculos de luto y de aflicción son los destinados á la santísima Virgen de los Dolores:

en ellos debe triunfar su amor; en ellos deben acrecentarse sus virtudes; en ellos deben perfeccionarse sus méritos. Un Hijo pobre, desnudo; bañado en sus lágrimas, desterrado; hecho la irrisión y la burla; sentenciado á muerte; amarrado entre prisiones; oprimido con el peso enorme de la cruz; desfigurado á fuerza de tormentos, anegado en sangre; y espirando en un patíbulo entre los criminales... Este es el teatro en que miró Maria á Jesus desde el momento en que el santo Simoon atravesó su bendita alma con las palabras que fueron la espada del dolor que debíamos contemplar en este día, como verdaderos devotos de esta Virgen, y fieles hijos de la iglesia santa. ¿Pueden comprenderse, ni aun imaginarse los dolores que afligieron á esta Madre amorosa en la situación amarga en que la puso el Omnipotente? Reflexionadlo, mientras os digo que Maria Santísima representando en su sagrada persona toda la religión cristiana; es la maestra y doctora que nos enseña á sufrir y padecer; á recoger los frutos de la paciencia; del amor divino y de la gracia que Dios concede á los que como ella viven y mueren resignados en la divina voluntad.

Sobre toda ponderacion afligida y atormentada vivió esta Virgen dolorosa desde que Dios le declaró por medio del santo Siméon la suerte que habia deparado al Hijo de su amor. Son indecibles las penas que atribularon á esta Madre desconsolada; pero en medio de ellas tuvo resolución para decir al Eterno Padre: Dios mio: yo os ofrezco gustosa al precioso Hijo de mi amor; con él os ofrezco también mi alma, mi vida; mi corazon; mis potencias y sentidos con firme propósito de amaros y servirlos. Si mis

dolores os agradan, aumentádmelos. *Fiat voluntas tua.* O amor inmenso, esclaman todos los santos Padres! O caridad incomprensible de la que conociendo lo que era Jesus, y amándolo como lo amaba, lo ofrece y sacrifica al Eterno Padre para que sea engrandecido su santo nombre, y los hombres queden redimidos! Si los santos se confunden y los mismos ángeles se humillan, al ver tanto dolor y tanto mérito en esta Reina de las virtudes: ¿que podré yo decir para que la ameis y la imiteis en su paciencia, en su resignacion en la voluntad divina, y en sus perfecciones evangélicas? Os diré que en esta santísima Virgen está representada, viva y en accion toda la religion cristiana, y que los que la contemplen la amen y sigan sus pasos serán virtuosos en la vida, santos en la muerte, y felices despues de ella. Propongámonosla todos por ejemplar y modelo de las virtudes que deben adornar nuestras almas. Convenzámonos de que los dolores de esta Virgen fueron los manantiales fecundos de sus méritos y de su gloria. Pidámosla fervorosos que nos ilumine para seguirla en los caminos de su tribulacion, para que acompañándola en sus virtudes tengamos la dicha inefable de ser eternamente felices con ella en la gloria, que á todos deseo. Amen.

DIA II.

LA HUIDA A EGIPTO.

Maria santísima ve amenazado de muerte á su Santísimo Hijo, y es traspasado su corazón con esta segunda espada de dolor para que la imitemos en su paciencia y sufrimiento.

*Dolor meus super dolorem... in me-
cor meum maternum.*

*Mi dolor es sobre todo dolor, mi co-
razón está lleno de amargura.*

JEREM., CAP. 9; v. 16.

¡Qué angustiado debería estar el corazón de la hija de Sion representada en esa sagrada imagen de la Santísima Virgen de los Dolores!... ¡Quién puede mirarla con ojos enjutos... ó contemplarla sin sentir conmovidas sus entrañas, triste su alma y en aflictiva espectación sus potencias y sentidos?... En ella se ven señales de una aflicción tormentosa, de una tribulación martirizante, de un dolor acerbo, que la penetra, consume y atribula hasta lo infinito... Isaías vió en espíritu una nave despedazada, sin ve-

las, sin remos y sin timon, agitada de recios huracanes en medio de un mar tempestuoso y sorprendido; no pudo dejar de esclamar: — ¡Pobre nave! ¿De donde te vendrá el socorro que necesitas; si te hallas sola y entregada á la furia de los elementos empeñados en sumergirte? *Pauperkula tempestate convulsa absque ulli consolatione* (1). Esta nave en borrasca es la afligidísima María á quien el santo Simeon anunció la tempestad mas desecha, la perspectiva mas aterrante, el porvenir mas angustioso que cabe en la imaginación del hombre; ó en la comprensión del primer ángel del cielo. Ayer se abrieron los ojos de esta Virgen pura para ver al Hijo de su amor como un leproso, herido por la mand de Dios, despedazadas sus carnes virginales, cubierto de llagas, y tan desfigurado, que parece había perdido la forma de hombre, como lo había vaticinado el profeta. Ayer cubrieron las olas de la tribulación á esta nave mística: pero como unas olas se suceden á otras olas, y el mar brama y levanta sus aguas hasta las nubes, hoy somos convocados á este santo templo á contemplar á esta Virgen inocente en su segundo dolor; en el supremo esfuerzo que hizo el inferno coligado con las potestades de la tierra para quitar la vida á Jesús, y confundir á su Santísima Madre.

¡Aparece un ángel á José, y le dice: *Apresúrate, hays al Egipto con el Niño y con su Madre; porque Herodes ha de buscar á Jesús para quitarle la vida* (2). ¡Qué orden está para el varón justo! Al momento se acerca á María Santi-

(1) Isai., cap. 63, v. 11.

(2) Maht., c. 2, v. 13.

sima ocupada en acariciar al Hijo de sus entrañas, y la dice lleno de susto, de pavor y sobresalto: Huyamos pronto de aquí, querida Esposa: marchemos con el niño que nos ha confiado el cielo y salvémoslo; porque Herodes ha jurado matarlo, y está en grande peligro su preciosa vida. No hay que detenerse: esta comarca va á ser inundada de sangre virginal: millares de inocentes van á ser pasados á cuchillo en odio á nuestro divino Infante: dejemos nuestra patria, y dirijámonos al Egipto con nuestro Jesus, pues que esta es la voluntad del cielo. ¡Qué multitud de dolores llevaron estas palabras de José al corazón de la mas tierna y amante de las madres! ¡Jesus, amenazado de muerte violenta en su lactancia, y perseguido por los mismos á quienes vino á dar la vida... y precisado á huir para evitar el golpe de un hombre, semejante á una pavesa que se lleva el viento, como lo dice el santo Job! Dios mio: Vos solo sabeis lo que en este lance sufrió el alma de vuestra hija predilecta; lo que ejecutó su amor por salvar la vida de su amado; los sobresaltos, los temores, los sustos, penas y aflicciones que la mortificaron cuando dejó su amada Sion, y corrió en precipitada fuga con su precioso Hijo á la nacion idólatra en que fueron tan maltratados los descendientes de Abraán, de Isaac y de Jacob. Ya, Señor, debio anunciar á los fieles que me escuchan, la atrocidad del dolor que afligió á María Santísima cuando vió amenazada la vida del Hijo de su amor por un bárbaro idumeo, y necesito de vuestra gracia, para hacerlo con edificacion. Ilustradme para que pueda hacer entender á mis oyentes, que la segunda espada de dolor que atravesó el alma de vuestra Santísima Madre la llenó de tribulacion poniéndola en el

caso de poder decir con Jeremías : Mi dolor es sobre todo dolor, mi corazón está lleno de amargura. *Dolor meus ex- per dolorem, in me cor meum mœrens.* Y vos, Virgen angustiada : bien veis que todos deseamos tomar parte en vuestras penas y desconsuelos : que los suspiros, la ternura y el amor nos acompañen en la contemplación de vuestros padecimientos : y que al anunciarlos los ministros del santuario no usen de otra elocuencia que de la que les inspira su dolor. Alcanzados la gracia que forma el carácter de vuestros devotos siempre propensos á bendeciros con la salutación angelical,

Ave Maria.

Dolor meus super dolorem, in me cor meum mœrens!

Adoremos los juicios del Señor, y bendigamos la sabia Providencia con que afligió á esa paloma inocente y sin mancha, segregada de los pecadores y mas elevada que los cielos. Guíenos la fe, é ilústrenos su luz divina en la contemplación del diluvio de penas y aflicciones que descargó el Omnipotente sobre esta Virgen angustiada, y pongámonos al lado de los Santos Padres para pensar como ellos pensaron de los acerbísimos dolores que traspasaron el al-

alma de esta triste Noémi, que no quiere que hoy la llamemos llena de gracia, sino oprimida con el exceso de su incomprensible amargura. Ella, dice, que su dolor es sobre todo dolor, y que su corazón está lleno de sentimiento y de angustia. Ve amenazado de muerte al Dios que nació en Belén... su amor infinito le hace percibir en el menor ruido que sentía las espadas de los soldados de Heródes encargados de cortar la cabeza al precioso Niño que vino á dar la vida al mundo... todo la inquieta, todo la sobresalta, no puede olvidar la profecía del santo Simeón, sabe que una espada de dos filos ha de traspasar su bendita alma al ver padecer y morir al Hijo de sus entrañas, y á todos los momentos teme que sea llegada la hora suprema de sus mayores penas, dolores y desconsuelos. Tan apenas acierta á prepararse para el viaje que se le manda emprender á la tierra de los ídolos y de la supersticion toma sin embargo y estrecha en sus brazos al Hijo de su amor, ... *No, no lo dejaré*, dice con la Esposa de los Cantares, y fiada en la Providencia deja la tierra santa de Israel y camina presurosa por los páramos y arenales interminables que median entre la Palestina y el Egipto. Los frios, la intemperie de la estacion mas rigurosa, los llantos del que vino del cielo á la tierra para lavar con sus lágrimas y con su sangre los pecados de los hombres... Ah! y con cuánta razón podía decir en esta ocasión la más afligida de las madres: *mi dolor es sobre todo dolor!* Al ver á su Santísimo Hijo sin tener cama en que recostarlo, sin abrigo, ni alimentos con que atenderlo, sin un portal como el de Belén para guarecerse, y sin lo más necesario para asegurar la vida del Dios hecho hombre para padecer y morir por nosotros.

¿No serían excesivos los conflictos de esta Virgen dolorosa, sobre toda ponderacion angustias, sus penas, sus tormentos y desconsuelos? ¿No podría valerse de las expresiones del santo Job para decir, que su felicidad se habia convertido en desgracia, su gloria en confusion, su cítara en llanto y sus cánticos en lamentaciones? (1).

y Sale Agan echada de la casa de Abraam con su querido Ismael. Al atravesar el desierto observa que su Hijo van á perecer de sed y por no verlo morir, lo pone alopiede unárbol y se entrega á la penuria de un dolor vehémentea perecia ángel la consuela, le muestra unálfuente de agua cristalina, atiende á su Niño y alegre y contenta camina con él hácia su destino (2). No se lee en la Sagrada História que los ángeles bajasen del cielo á consolar á esta Virgen dolorosa en su peregrinacion hácia la tierra de los Faraones, pero sí leemos en ella que el Hijo del Altísimo vino á ser desobedecido, perseguido y despreciado, el varon de dolores que sabe lo que es flaqueza (3). Sabemos que el cielo se declaró por los trabajos y privaciones y angustias de la Sagrada Familia; que en ella reunió el Omnipotente todas las aflicciones que su justa cólera descargó sobre la culpa del hombre para destruirla, y que Jesus en los brazos de su afligida Madre fue profigurado en el inocente Isaac conduciendo al monte la leña en que debia ser sacrificado y en Johán arrojado al mar y tragado por una ballena y en Abraam

(1) Job., c. 21, v. 12.

(2) Genes., c. 24.

(3) Isai., c. 53, v. 3.

y Jacob peregrinando; en el Santo Job transido de dolor, y en David fugitivo de Sathien: los páramos de Idumea. Sabemos que esta Virgen purísima amaba á su Jesus divino con un amor superior al de los serafines y querubines: con un amor que la hacia desear sufrir todos los tormentos y martirios imaginables por evitar el menor quebranto en el amado de su alma; que superó en ternura, en violencia y en estepcion al de las madres mas apasionadas de sus hijos; como dice san Anselmo (1); y de aquí inferimos con los santos Padres, que esta Reina de los mártires al ver padecer y sufrir al Hijo de sus entrañas las incomodidades y penurias de un viaje presuroso y largo, espuesto á las inclemencias de un invierno riguroso y lleno de toda clase de peligros, sintió en su corazón mucho mas que Abraham determinado á sacrificar á su querido Isaac (2); mas que la Macabea que vió en un solo dia martinizados y muertos siete hijos por el mas cruel de los tiranos (3); mas que Jacob cuando deseaba penetrar los senos de la tierra para llorar en el infierno á su predilecto José (4). La dolorosa María conocia las perfecciones de su unigénito Hijo; lo adoraba como á su Dios y Señor: sabia que los cielos y la tierra con todas las cosas que hay en ellos habian salido de los brazos; y que á él le debian su conservacion, quíen es el Príncipe de la paz, el padre del futuro siglo, el deseado de las gentes, el autor y consumidor de todo, y el vencedor

(1) L. de Exalt. Virg. c. 4.

(2) Genes., c. 22.

(3) Machab. 1., c. 7.

(4) Genes., c. 37.

del pecado y del infierno; y no obstante estas gloriosas prerogativas con que lo anunciaron los profetas, lo veia reducido á la condicion de un niño cubierto con todas las miserias de su edad; lo veia quejarse y llorar, temer, sufrir, huir de sus enemigos, carecer de las comodidades de las aves, que tienen sus nidos, y de las que disfrutan las raposas que habitan en sus cuevas; como despues lo dijo el mismo divino Maestro (1). Lo veia en los brazos de la pobreza espuesto á toda clase de privaciones; y presintiendo que estas oleadas de adversidad serian precursoras de otras mas fuertes y terribles sufria y padeia esta Virgen dolores tan acervos, angustias tan afflictivas, y tristezas tan profundas que hubiera sido para ella un alivio incomparable el perder su vida en su tribulacion. Deseaba con mas ardor que David el morir por su divino Absalon, el mas hermoso, rubicundo y agraciado de los hombres; pero negándosele este consuelo crecian estrordinariamente su amor y su dolor sufriendo su corazon asaltos tan crueles, que si no sostenida el poder del cielo hubiera muerto mil y mil veces á la violencia de su dolor. El Omnipotente necesitó obrar un milagro continuado para que no muriese Maria Santísima en los dias de su afliccion; quiso llenar su alma de amargura; hacerla semejante á su Santísimo Hijo; y ofrecer en ella á los mortales ejemplos de paciencia y de humildad, de sufrimiento, de amor y de resignacion en la voluntad divina. ¡Oh si nosotros la imitáramos en las virtudes con que sufrió la tormentosa

(1) Math., c. 2, v. 20.

tempestad que la depuró el cielo: cuando dejando su amada Sion, tomó en sus brazos al Hijo de su amor, y lo condujo por tierras ásperas, ingratas y peligrosas al país de los padecedores! En este caso, felices sobre toda ponderacion seríamos los que hacemos el presente Novenario! El sería para nosotros lo que fue el ángel Rafael para Tobías, lo que el arca de la alianza para los que á su presencia pasaron á pie enjuto el río Jordan, lo que la vara de Moisés, obradora de tantos prodigios y maravillas.

Fijemos nuestra consideracion en esa Virgen dolorosa; acompañémosla en sus angustiosas aflicciones; no la perdamos de vista en su tribulacion. Ella camina con su Niño Jesus en medio de la oscuridad de la noche, por breñas desconocidas, sin otros recursos que los de la divina Providencia pronunciada por los trabajos y adversidades de la sagrada familia. Caminemos tambien nosotros abrazados á la Cruz de Jesucristo; trepemos con su virtud por el monte de la mirra y de los agenjos, simbolo de este mundo lleno de amarguras; confiemos en la bondad del Dios que ha ofrecido su gracia á los que la desean y piden con rectitud de conciencia, y no dudemos de que conformando nuestra vida con la de esta Madre de la gracia seremos consolados como ella y como su Santísimo Hijo, despues de beber el amargo cáliz de la tribulacion que el Médico celestial ha propinado á los justos para sanarlos de las enfermedades de los pecados, para fortalecer sus almas en este valle de lágrimas, y conducirlos por las sendas de su Evangelio santo á la patria de los gozos interminables. Verifiquemos los ejercicios de esta santa novena con el espíritu religioso que en ella se previene: acompañe nuestro corazon á nuestra lengua,

nuestras obras á nuestras palabras; nuestras almas á nuestros cuerpos llenos de compostura y de devoción, y no salgamos de este santo templo sin sentirnos inclinados, propensos y decididos á amar, á seguir y á imitar á esa Virgen dolorosa hecha un mar de penas y descónsuelos al ver al amado de su alma perseguido de muerte, entregado á las penurias de un viaje peligroso y de un destierro atrevidor, y mas atribulada que la madre de Tobías, que la de Samuel, y que todas las madres sensibles que ha habido ó puede haber en el mundo. Convenzámonos de que Maria Santísima padeció muchas mas tribulaciones, dolores y aflicciones que todos los mártires, que todos los hombres capaces de dolor, como lo repiten los santos Padres. Hagamos comparaciones y desde luego hallaremos, que esta Virgen fue la piedra de contradicción, el blanco á donde el Omnipotente dirigió los tiros de su rigor y las saetas de su justicia. *Clamaron los justos á Dios, y el Señor los oyó benigno*; dice el Salmista (1). Clamaron Noé, Abraán, Isaci, y Jacob, y el Señor los consoló, librándolos de los peligros en que se vieron. José entre cadenas, Daniel en el lago de los Leones, David delante del gigante Goliath, y Ezcéquías en el lecho de la muerte, acudieron al Dios de la consolacion, y todos fueron atendidos y consolados; todos con los Tobías, con los Macabeos, y otros miles pudieron decir: *bon veritas: Clamaron los justos á Dios, y el Señor los escuchó benigno*. Pero Maria Santísima, esta Virgen dolorosa, no fué comprendida entre los justos que claman á Dios y en-

(1) Isai., c. 39, v. 14.

encuentran consuelo en su bondad: Fugitiva por tierras es-
 trañas con el Hijo que era su vida; su alma; su corazón y
 su todo; contemplábalo hecho el rigor de las desdichas;
 la víctima expiadora de nuestros pecados; el objeto de la
 indignación divina y el destinado á traspasar el corazón de
 su Madre con la espada que le anunció el santo Simeón; y
 en lance tan angustioso se dirigía á su Dios; clamaba en su
 tribulación; pedía socorro para su Hijo. Pero el cielo sor-
 do á sus clamores la llenaba de amargura; la afligía; ha-
 cía que su corazón rebosase con las aguas del dolor; por
 esta Virgen parece que dijo el real Profeta: — He clamado;
 Señor, en medio del día; y no habéis querido escuchar-
 me: — *Clamabo per diem et non exaudis.* De aquí la multi-
 tud de dolores que experimentaba esta Reina de los márti-
 res en la huida á Egipto. Véase con su Santísimo Hijo
 perseguida por los hombres, por los elementos; y por el
 mismo Dios; y en los escases de su dolor decía desconsola-
 da: — Dios se ha olvidado de mí: *Dominihs oblitus est mei* (1).
 Ved si en medio de tantas penas tendría razón para decir
 con el santo Job: — *Mi dolor es sobre todo dolor; mi cora-
 zon está llená de amargura. Dolor meus super dolorém; in me-
 cor meus marehs.* Y ved también si los devotos de esta Vir-
 gen angustiada tenemos motivos poderosos para compade-
 cerla y unirnos en sus dolores para hacer los nuestros mé-
 ritorios. El Niño que sufre y padece en los brazos de esa
 Madre amorosa; es el Dios que nos sacó del Egipto; y nos
 libró de la dura servidumbre de Faraón; el que alimentó á

(1) Ps. 33, v. 18.

nuestros padres con el maná en el desierto, dejando sumergidos en el mar á sus enemigos; el que sacó agua de las piedras; el que arruinó á Geon, rey de los Amorreos; y á Og, rey de Basán; el que nos introdujo en una tierra deliciosa que manaba leche y miel; el que subyugó á su imperio treinta reyes y muchas naciones con mano fuerte y poderosa. (4). Tal es el tierno Infante que huye perseguido en los brazos de su dolorosa Madre por evitar la muerte con que lo amenaza el cruel Herodes. Esta Virgen desconsolada que oyó á los pastores decir, que los ángeles del cielo daban gloria á Dios en las alturas y anunciaban paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; llevaba á su divino Hijo Jesús con mucho más amor y cuidado que Agatá á su querido Ismael; lo veía sufrir y padecer; sabía que por su causa corrían arroyos de sangre inocente en la Judea; que el quichillo era clavado sin piedad en los niños asidos de los pechos de sus madres; que en Sion resonaban los lamentos de Raquel porque allí había nacido su Jesús divino; que este Dios-Hombre inauguraba su venida al mundo con la desolación mas espantosa y con los mas trágicos sucesos como el diluvio de calamidades que le atribulaban; y con otras muchas mayores que presentia María Santísima en su huida al Egipto no vió mas que motivos para temer; razones poderosas para sufrir y padecer, la espada de dos filos destinada á herir de muerte á su divino Hijo; y llenar de angustia y de dolor su bendita alma. Esta Virgen dolerosa. No Pero, señores, yo no hago mas que vagar, y no acierto;

ni puedo áccptar á explicar lo inesplicable; ni hacer os comprender el dolor que affligió su corazón cuando temiendo el furor de Herodes huyó con Jesus al Egipto, temerosa, sobresaltada, llena de pavor y cubierta de una angustia tan penosa, que ninguna inteligencia criada, ni aun los mismos ángeles son capaces de comprenderla;

o Fortuna es sin embargo el no necesitar de un conocimiento esplicito, esencial ó *quidditativo* de todo lo que padeció esta Madre del dolor en su huida y destierro en el Egipto. Bástanos saber lo que nos dice la Iglesia y lo que rezamos y decimos en las oraciones de esta santa Noventa; lo que los instintos religiosos y la piedad nos inspiran, para que alabemos, bendigamos y glorifiquemos á esta Hija del Eterno Padre; á esta Madre del divino Verbo; y á esta Esposa del Espíritu Santo, que aumentando sus méritos con sus dolores nos enseña á tener fe en la divina palabra, por grandes y sensibles que aparezcan las contradicciones que la combaten, á esperar en la divina Providencia que vela sobre los justos, y á amar al que en su bondad y en su sabiduría y en su misericordia nos proporciona las adversidades, los trabajos y las aflicciones necesarias para confortarnos con Jesus y con María, y llegar como ellos por los caminos del dolor y de la tribulación al reino de los cielos.

Que sea así, Virgen dolerosísima: alcanzadnos la gracia de meditar en vuestro *segundo dolor*, la huida á Egipto con vuestro Santísimo Hijo, y no permitais que salgamos de este santo templo sin llevar impresa en nuestras almas una idea de la aflicción con que os hirió la mano de Dios cuando viendo padecer á vuestro Santísimo Jesus tuvisteis tanta

razon para decir:— *Mi dolor es sobre todo dolor, mi corazon está lleno de amargura.* Penetre en nuestros corazones la luz de la fe viva, que es la vida de los justos, para poder percibir con ella la grandeza de vuestros dolores, y el mérito de vuestras virtudes, y sea para nosotros la Santísima Virgen de los Dolores la estrella que nos guie en el mar proceloso de este mundo, y lleve al puerto de la felicidad eterna en la gloria. Amén.

A. M.

DIA III.

DEL NIÑO PERDIDO.

Maria Santísima perdió á su Santísimo Hijo, lo busca con diligencia traspasada de dolor; lo encuentra en el templo y nos instruye en los ejercicios de la milicia cristiana.

Dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus ex mei.

Me ha desamparado el Señor y el Señor se ha olvidado de mí.

ISAÍ., C. 49 v. 14.

Profetás santos, que atropellando las distancias de los tiempos visteis en espíritu á la Madre del ángel del gran Consejo, príncipe de la paz y Padre del futuro siglo, llamado *Hijo del Altísimo*: ¿podreis decirnos en estos momentos, de quién es esa triste y dolorosa imagen que tenemos á la vista? Moisés, que contemplaste á la hija de las gracias entre las voraces llamas de la zarza que ardía sin quemarse... Aaron que la viste figurada en la vara florida llena de frutos... Gedeon asombrado á la vista del vellocino

entre el rocío sin humedecerse; esforzada Déjora; hermosa Raquel; Ester amable; valiente Judith; y, almas inspiradas que pintásteis á la gloriosa *Maria* con el pincel divino presentándonosla bajo los símbolos de la *aurora de la mañana*, de la *rosa de Jericó*, de la *torre de marfil*, de la *casa de oro*, y de la *muger vestida del sol*, *coronada de estrellas con la luna á sus pies*; ¿reconoceis en esa imagen á la que saludásteis llenos de gozo en vuestras bellas inspiraciones? ¿Es ella la nube veloz sobre la que habia de subir el Señor para subyugar á las naciones y sujetar las potencias de la tierra? Será sin duda la misma, y todos lo creemos así: pero miradla... ella es la personificación del dolor, de la tristeza, de la aflicción, del sentimiento, del desconsuelo y de la pena mas profunda. No vemos en esa Virgen desolada vestigio alguno de grandeza, de poder, de brillantez, ó de magnificencia. Es ciertamente aquella agraciada doncella, que semejante al lirio de los valles adorna los campos, embelesa á los moradores del desierto, y es como el jardín lleno de aromas que recrea á cuantos respiran el aire purificado con la virtud de su inocencia... pero nosotros la vemos hoy traspasada con el cuchillo que la anunció Simeón; cuchillo mas agudo que el que traspasó al desdichado Eglon, rey de Moab; mas penetrante que aquel con que Joab quitó la vida al infeliz Amasa; mucho mas cruel que el clavo que Jael hincó en las sienes de Sisara. Ahí está... un profeta dijo; *que no habia visto justo abandonado*: Pero ella dice con Isaías: *Me ha desamparado el Señor; el Señor se ha olvidado de mí. Dereliquit me Dominus; Dominus oblitus est mei...*

Si, Señores: María Santísima sufre un golpe omnipoten-

te de dolor acerbísimo. El cielo la oprime hasta lo infinito. Ha perdido á su divino Jesús; lo busca diligente por todas partes y no lo encuentra; corre como la Esposa de las Cantares, por las calles y plazas de Jerusalén; á todos pregunta por su amado; nadie le da razón de lo que desea saber; y su alma se llena de amargura; se desconsuela; tan apenas tiene aliento para decir atribulada: *Me ha desamparado el Señor; el Señor se ha olvidado de mí.* ¡Qué dolor este, amados míos! Es el *terceró* que sufrió esta Reina de los mártires, y de él debo hablaros en este breve rato. Para hacerlo con provecho de vuestras almas, os haré ver: que se afrencia la tempestad en que se ve esta pobre nave que vió Isaías en medio de un mar alborotado: que las últimas olas superan á las primeras, y anuncian otras mayores; que sigue siendo esta Virgen dolorosa la representación de la Iglesia militante hostilizada por las potestades infernales; probada por el cielo, y sostenida por su celestial Esposo; que reina, impera, triunfa y llama á los hombres todos desde el árbol de la Cruz en donde ha fijado el trono de su magestad.

Haced, Virgen adorable, que todos prestemos nuestros oídos á los llamamientos de vuestro preciosísimo Hijo. Alcanzadnos la gracia necesaria para sentir su pérdida; como vos la sentisteis consolida en los días de vuestra tribulación; y no permitais que vuestros devotos sigan desacordados á los impíos que quieren vivir sin la vida de la fe, sin los adornos de la gracia, sin la belleza de las virtudes que reconoció en vuestra bendita alma el ángel que os dijo:

Ave María.

*Dereliquit me Dominus, Dominus oblitus est
mei.*

No hay en la historia de los sucesos humanos similares conque poder explicar lo que sufre y padece esa Virgen llena de pena y amargura. No son capaces las inteligencias criadas de fingir una tragedia comparable con la que contemplamos los fieles en esa Madre del dolor atormentada por el brazo del Omnipotente. Somos muy pobres y limitados para hablar de los juicios del Señor, de los decretos eternos, y de los secretos incomprensibles de su divina Providencia. En estas materias nos es preciso escuchar la voz del cielo: decir á Dios, como Samuel, que nos hable para que su divina palabra nos haga inteligentes; que nos eleve de la tierra para percibir en la region de la fe, las verdades que en ella se nos manifiestan. Dejemos pues el terreno ingrato, estéril; funesto y pernicioso de las pasiones en que se ven arrastrados los hijos de la carne; y trasportémonos á la hermosa tierra de Jesén; la religion santa, en que brilla sin intermision la luz indeficiente que ilumina á todo hombre que viene al mundo, como lo dice el Evangelista. Ya hemos entrado al santuario en que habita la divinidad: la tierra que pisamos es tierra santa: se nos manda, como á Moisés, descalzarnos de los afectos carnales y terrenos, adornarnos con la armadura de la fe, hacernos nuevas criaturas con la gracia que nos transforma en queridos hijos de Dios, y acercarnos con temor reverencial y profundo respeto á aquel sagrado tabernáculo de donde sa-

len torrentes de luces celestiales que comunican secretos que no es dado al hombre revelar. Postrémonos como los ancianos del Apocalipsis ante el Cordero inmaculado que descubre nuestra fe desde aquel altar santo, adorémoslo, y confiados en su bondad inmensa digámosle como los apóstoles: Señor, aumentanos la fe. *Augme nobis fidem* (1): Señor, reveladnos lo que padeció vuestra Santísima Madre cuando traspasó su bendita alma el *tercer cuchillo de dolor* con que la afligiste para gloria suya y utilidad nuestra. Concedednos el don de inteligencia necesario para percibir en parte la tribulación de esa Virgen dolorosa cuando inopinadamente se vió sin el Hijo de su amor, y penetrad nuestros corazones con un rayo de luz divina que nos haga dignos de contemplar á María Santísima como la contemplaron los santos Padres en los días de su amárgura. Sin esto, ni yo podré hablar con dignidad de los dolores de esa Virgen atribulada, ni mis oyentes escucharme con provecho de sus almas.

Ya el Dios de las misericordias nos ha escuchado benigno, amables oyentes: nos ha concedido lo que le hemos pedido; nos ha colocado en los retretes de la Iglesia de los santos, en que deja oírse la apacible voz de la verdad, y hoy os convida para que la escuchéis dóciles y atentos, la depositéis en vuestros corazones, la retengais con la paciencia y la meditacion, podais formar una idea competente de lo que esta Virgen angustiada padeció en el cruel invierno de sus dolores tormentosos, y recojais los frutos de

(1) Luc., c. 17, v. 5.

vida eterna en el día de las recompensas. Atended : el profeta lleno del espíritu del Señor nos habla de esa Virgen afligida: nos la representa en la nave zozobrando que vió en medio de un mar agitado y turbulento : las olas de la tribulacion la penetran , la cubren , la inundan ; la sumergen ; la abisman... oigamos á los santos Padres , y veamos lo que nos dicen de este terrible naufragio. Cuando el santo Simeon anunció á esta Virgen la tempestad que habria de preceder al día claro de nuestra redencion, fue envuelta esta nave mística en un violento torbellino de penas capaz de hacerla desaparecer de la tierra de los vivientes : vió esta Virgen adorable al Hijo de su amor destinado á sufrir los mas atroces tormentos , á ser el blanco de los tiros infernales de sus enemigos , á ser blasfemado , despedazado , burlado , deshonrado , herido por la mano de Dios y hecho de peor condicion que un leproso ; como lo dice Isaías: vió á su Jesus divino preparado para morir afrentosamente en la cruz de los infames confundido con los facinerosos ; estrema y angustiadamente , se vió obligada á esclamar y decir con el paciente Job : *Oppressit me dolor meus. Me ha oprimido mi dolor.* Esta fue la primera oleada que sufrió esta nave celestial y divina en la tempestad que levantó contra ella la mano de Dios para gloria suya y utilidad nuestra. Ella bastaba para acabar con María ; pero aquí intervino el milagro empezado de conservar la vida al través de mil y mil golpes mortales , de que muriere viviendo entre los dolores mas angustiosos , y fuese la representacion de la Iglesia militante figurada en la barquilla siempre combatida y jamás vencida de que nos hablan los libros santos. Pero entonces aun no se veia la nave en borrasca furiosa , sin su

timón, sin sus velas, sin sus remos, y sin su brújula. El temor de peligros lejanos, la consideracion de futuros padecimientos, y la perspectiva de penas y aflicciones distantes, atribulaban estremadamente el corazón de María Santísima y su alma era traspasada con un cuchillo de dolor mortificante, pero en medio de su aflicción tenia en sus brazos á su hermoso Jesús, y Jesús con sus caricias, con sus gracias y con su gloria llenaba de gozo á su Santísima Madre, y la indemnizaba de sus dolores y aflicciones; el bien presente ahogaba en cierto modo las impresiones de las desgracias remotas; la risa inocente del Hijo del Altísimo, y el beso celestial que imprimía en el rostro virginal de su Madre llevaba consigo una dulzura celestial y divina superior á nuestra comprensión. Pudiera decirse que con Jesús, vida, alma, corazón, gracia y gloria de esa Virgen admirable, se hacia tolerable la tempestad, y ven- cibles las olas horribles que combatian la nave que nos ocupa. Verdad es que una segunda oleada cubrió de amargura á María viendo perseguido con furor y rabia al Hijo de sus entrañas, y precisado á huir temblando y pavoroso de Israel al Egipto, y que al considerar á su Dios y Señor entregado al dolor, á la penuria, al rigor de las misé- rias, y al extremo de huir como acobardado de un hombre como Herodes, se afligió y dijo con Jeremías: *Dolor meus super dolorem, in me cor meum mœrens: Mi dolor es sobre todo dolor, mi corazón está lleno de amargura.* Pero Jesús estaba con su Madre, la llenaba de consuelo; la nave aun conservaba el velamen con todo lo necesario para surgir por el mar tempestuoso de las tribulaciones. María con su Santísimo Hijo tiene á su Dios; y con él, dice san Pablo ¿á quién

hay que temer? A nadie. Pero ahí viene la tercera oleada mucho mas fuerte que las anteriores... cubre la nave, quita de ella á Jesus .. queda sola María... se ve en un barco desarbolado sin tener á quien acudir en su conflicto... se aflige, se desconsuela, reflexiona sobre su situacion lastimosa, y dice en su mayor penuria: *Dereliquit me Dominus, Dominus oblitus est mei: Me ha desamparado el Señor, el Señor se ha olvidado de mí...*

... María Santísima sin su divino Hijo! Jesus perdido para su Madre, y esta buscando dolorosa al amado de su alma! Tres dias sin hallar su vida, su alma y su gloria! Angeles santos: ¿podreis decirnos lo que en este lance padeció el corazon de esta hija de las gracias? ¿Habeis comprendido la fuerza de *este tercer cuchillo de dolor* clavado en el alma de esta Virgen incomparable? No es posible. El cauce inagotable de las misericordias del Eterno se ha cerrado para esta Virgen desolada y su dolor es irremediable. Las antiguas alegrías, aquellas palabras dulces, aquellos ósculos de amor con que la trataba el Jesus de su alma, han desaparecido como la suave brisa de la mañana; y su corazon de amor y de dulzura se ha convertido en corazon de dolor, de amargura, de hiel, de ágenjo y de trabajo: *Circumdedit felle et labore*, pudo decir con Jeremías (1). Ha perdido á su divino Hijo, y con él, ha perdido juntamente todos los bienes con que la enriqueció el cielo: María Santísima busca como gallina amorosa á su Jesus adorado, y no lo encuentra, clama en su dolor y nadie la contesta... re-

(1) Tren., cap. 3, v. 5.

curro al cielo, y el cielo se hace sordo á sus clamores... se vale de todos los resortes de su caridad para unirse con su celestial Esposo... todo en vano: se aumenta su aflicción hasta lo infinito; mira al Eterno Padre; lo invoca con toda su alma; implora su consuelo; demanda su piedad; no parece el Hijo de sus entrañas, y esta Virgen pura rompe su silencio para decir: *El Señor me ha desamparado; el Señor se ha olvidado de mí.* Entonces abismada en un mar de penas, veía como ajadas y marchitas todas las prerogativas que decoran su excelencia; rehusaba los gloriosos títulos de *Hija de David; luz de Israel; estrella de Jacob; vara de Jesé; urca de la nueva alianza; primogénita del Altísimo; y Esposa del Espíritu Santo.* María Santísima sin su Hijo precioso no quiere que le tengan por la Judit valiente que cortó la cabeza al infernal Holofernes; por la esforzada Débora que derrotó las tropas del impío Sisara; ni por la Ester hermosa libre de la ley fatal que dictó el Omnipotente contra los descendientes de Adán. Ha perdido el fruto bendito de su vientre; y ¿cómo ha de consentir que la llamen Lia fecunda, caritativa Sara, bella Raquel, Abigail prudente, compasiva Tecuitis, ó casta Abisac? Busca diligente á su Jesús amado; no lo encuentra, ¿pueden cuantificarle en tan dolorosa aflicción las figuras enigmáticas con que los libros santos nos la presentan como el lucero de la mañana, como la aurora precursora de sol de justicia, como la torre inaccesible de David, como un escuadrón formado en orden de batalla, como la luna llena, como la mirra escogida, como el lirio entre espinas, y como un vaso de honor? Se ha perdido el Niño Jesús; lo busca desconsolada su afligida Madre; no lo halla, y su corazón se

consume de dolor, dice san Bernardino. Levanta sus ojos al cielo tan fecundo en lluvias oportunas; pero lo halla de bronce. El Dios que envió un ángel para que descubriese á Agar un pozo de agua; que usó de igual piedad con Elías en el torrente *Carith*; é hizo lo mismo con Manasés en la fuente de Siloe, opone una densa nube entre el cielo y la tierra para que no sean escuchados los clamores de esta Virgen embriagada de amargura. María Santísima está abandonada al más acerbo dolor, el Señor la ha desamparado, se ha olvidado de ella; aun esto es poco: la mira como enemigo; *letendit arcum suum; quasi inimicus*.

A quién te compararé, Virgen, hija de Sion, en el día de tus desgracias? Acaso, al diluvio universal que inundó la tierra y casi la redujo á la nada: á la triste paloma, que no encontró en dónde fijar el pie: ó á Jerusalem empapada en la sangre de sus habitantes, rodeada de enemigos, amenazada de muerte oprobiosa, y hecha el ludibrio de las gentes que la miraban con desden por ver sus vírgenes pálidas, el santuario sin culto, los sacerdotes llorando, y todo en la más espantosa confusión? No; no son estos similares los más propios para formar comparaciones con María Santísima en los días de su dolor. Ha perdido á su divino Hijo: busca quien la consuele, y no encuentra consolador: su dolor se parece al mar, su desamparo no tiene semejante: *Magna est volut mærg contritio tua*. Las amarguras de esta Virgen dolorosa en la pérdida de su divino Hijo exceden á las del resto de los vivientes, como el gigante excede á los pigmeos; su dolor es un dolor gigante, un dolor superior segun san Gerónimo. Los dolores de los mártires fueron como rios y fuentes; el de Maria como un

mar inmenso. Las aguas de los rios son dulces; las del mar muy amargas. Los justos en sus mayores tormentos fueron consolados con visiones y favores celestiales; sus dolores comparados á las aguas de las fuentes eran dulces: pero María santísima separada del Hijo de su amor ningun consuelo tenia, sus dolores semejantes á las aguas del mar eran amarguísimos, combatian su corazon con tenacidad furiosa, la despedazaban, la llenaban de tribulacion, la idea de que habia perdido á su príncipe, á su esposo, á su Padre, á su Hijo y á su Dios era la mas aflictiva que puede imaginarse. Si no hay quien pueda sondear los abismos del mar, tampoco hay entendimiento criado que sea capaz de concebir los dolores y aflicciones de esa Virgen atribulada en los dias en que perdio á su divino Hijo. Es necesario concluir, que el *tercer dolor* que afligió su bendita alma es el mas profundo y penetrante; muy superior á los que la habian atormentado: pero que pronosticaba otros mayores. Esta Virgen veia arreciarse la tempestad: puede decirse que no habia atravesado mas que un brazo de mar; que en lo mas profundo del Océano de amargura á que era conducida tendria que sufrir borrascas mas deshechas, aflicciones mas profundas, dolores mas acerbos, y tormentos mas desgarradores. Ya lo vereis en las pláticas siguientes. De esta quiero que saqueis en líquido; que si Noemi perdió á su Esposo; la Sunamitis á su Hijo, José á su Padre, Ana á Tobías y David á Absalon; Dios estaba con ellos; Dios no los habia abandonado; con su auxilio los mismos tormentos del infierno perderian su fuerza y actividad, y no podrian afligir demasiado: pero que María Santísima habiendo perdido al Hijo que, por no tener Pa-

dre en la generacion temporal; era todo de su Madre, experimentó que el Padre Eterno la habia abandonado en sus aflicciones; que se habia olvidado de su Hija predilecta; que se complacia en verla sumergida en un mar de amargura. María Santísima vió que el Dios que habia preparado una viuda caritativa para socorro del perseguido Elías; un Etíope para sacar á Jeremías del pozo inmundo en que lo arrojaron sus compatriotas, y un Rey extranjero para que protegiese al fugitivo David, cierra sus oídos para no oír los clamores de esta Virgen; la desampara, la abandona, se muestra su enemigo, la deja que diga traspasada de dolor: El Señor me ha desamparado, el Señor se ha olvidado de mí. *Dereleftit me Dominus, Dominus oblitus est mei.*

¿Pueden imaginarse penas superiores á las que afligen á esa Virgen la mas pura, la mas santa, la mas perfecta y la mas querida de la Santísima Trinidad? Arrollada por el furor del Omnipotente la Madre de la gracia que con su santidad quebrantó la cabeza á la infernal serpiente; y dió al mundo un Redentor glorioso... ¡Tratada esta Hija primogénita del Altísimo con mas crueldad que todos los atormentados del mundo siendo su verdugo el mismo Dios...! La depositaria de los tesoros del poder divino reducida al estremo de dolor en que nos la representa esa sagrada imagen...! No os escandaliceis; amados míos. Respetad con la mas profunda veneracion los juicios de Dios: bendecid y glorificad los designios de su divina Providencia; y entended para vuestro provecho, que la Madre debió ser una copia de su Hijo; *cruciformis*, como la llama san Epifanio. Estad, en que Maria Santísima figurada en la nave que vió Isaías víctima del mar mas borrascoso y turbulento

representa la Iglesia militante espuesta á los vaivenes, persecuciones, contradicciones, penurias, calamidades, trabajos y desgracias con que la vemos caminar hácia su destino; eterno sin que las olas de las tribulaciones sean capaces de sumergirla en el profundo, y hacerla perecer. Mirad á esa Virgen dolorosa : Contempladla en su afliccion : medita su desamparo... pero no olvideis, que en sus dolores hay un manantial fecundo de méritos ; que en sus penas ha depositado Dios las mayores gracias ; que la Iglesia santa no nos propondria con júbilo y alegría los misterios gozosos de esta Virgen ; sin los dolorosos que nos ocupan en este santo novenario. Sigamos á Maria Santísima por los caminos de sus dolores ; tengamos paciencia , sufrimiento , virtud y santidad en todas las adversidades , calamidades , trabajos y contratiempos de esta vida ; y hagámonos cargo de que sin pelea , no hay victoria ; sin victoria , triunfo ; y sin triunfo , premio y corona. Convino que Jesucristo padeciese , muriese en una cruz y fuese víctima y holocausto para redimirnos ; y entrar de este modo en la gloria ; como lo dijo el mismo Señor á los discípulos de Emaús ; y este es el camino por donde fue su Santísima Madre , y por el que deben ir todos sus devotos para participar del gozo inefable que tuvo esta Virgen cuando halló á su Niño perdido en el templo disputando con los doctores y enseñando á los hombres todos á ser hijos dignos del Padre celestial. Agrupémonos al rededor de esa Virgen afligida : acompañémosla en sus dolores ; imitémosla en sus virtudes ; y ella nos ayudará , nos protegerá , y nos alcanzará la gracia , llave de la Gloria. Amen.

DIA IV.

CUARTO DOLOR.

Maria Santísima encuentra á Jesus caído con la Cruz á cuestas en la calle de la Amargura y sufre penas incomprensibles.

*Et bajulans sibi crucem, exivit in eum,
qui dicitur Calvaria locum.*

Y llevando la Cruz á cuestas, salió para
aquel lugar que se llama Calvario.

JOAN., c. 19, v. 17.

Nuevas olas de amargura combaten el corazón atribulado de esa Virgen dolorosísima... Esta nave mística entregada al furor de un mar borrascoso agitado por la mano de Dios, sufre el naufragio mas terrible que pueden imaginar los hombres, y comprender los ángeles... Por nada pueden reputarse los dolores que han afligido á esta piadosa Resca; á la vista del *cuarto dolor* que hoy debemos meditar, según el orden del presente Novenario. Entendedlo bien, almas compasivas. Los cuchillos penetrantes que han atravesado

el alma sensible de esta Madre amorosa con la desgarradora profecía de Simeon, con la infernal persecucion de Herodes, y con la pérdida tormentosa del Hijo amado, que era su vida y su gloria, son muy poca cosa, son *nada* en comparacion de la espada de dos filos que clava hoy el brazo del Omnipotente en las entrañas de esta Virgen angustiada. Ya la nave en borrasca que vió Isaías, ha salido de las costas.... Los huracanes furiosos de la tribulacion la han llevado á lo mas alto del piélago.... En él todo es amargura; todo confusion sin esperanza; todo dolor irremediable; todo afliccion la mas profunda...! Yo no sé cómo explicar la grandeza del dolor que siente hoy esta Virgen santa: no acierto á escoger lo que los santos Padres han dicho y escrito sobre la fuerza del golpe que hiere en este dia á esta Madre desconsolada: soy hombre miserable, carnal y terrenal: y si los ángeles de paz lloran amargamente al ver lo que hoy pasa con Jesus y con MARIA... Yo, ¿qué podré decir del golpe omnipotente que descargó el cielo con su furor sobre el Hijo del Altísimo, y sobre su amorosísima Madre...?

El dolor que hoy se ofrece á nuestra contemplacion no cabe en el alma; ni puede fiarse á la lengua; porque no hay expresiones, ideas, ni conceptos con que explicarlo. Los escritores sagrados tuvieron palabras para pintar las aflicciones de Abraán, de Agar, de Jacob, de la compasiva Tecuites, de Raquel, de Resa, de David y del pueblo de Israel abandonado por Dios en manos de sus enemigos; pero callaron... No supieron hablar del dolor de Jesucristo y de su Madre cuando se miraron ambos en la calle de la Amargura. «Señora, dice san Juan á María, segun el doctor será-

fico (1)... Señora: vuestro Hijo se halla en la mayor tribulacion: azotado cruelmente, saturado de oprobios, escarnecido, maltratado, coronado de espinas, y sentenciado á morir crucificado en medio de dos ladrones; camina con la cruz á cuestas al monte Calvario; y la poblacion abiertamente pronunciada contra su Libertador lo escarnece, lo atormenta y lo aflige, y no halla quien lo consuele! ¿No escuchais las voces tumultuosas de ese pueblo frenético que va á consumir el delito mas atroz que pueden cometer los hombres? Pues ellas nos indican la carrera dolorosa que lleva nuestro Hijo, y mi divino Maestro...! Va con la cruz al monte de la Mirra para ser sacrificado en ella. *Bajulus sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvarie locum.* ¿Qué noticia esta para la Madre del Amor divino! Fue mas fatal que la que dieron á Job diciéndole que habian perecido sus haciendas y sus hijos (2): mas dolorosa que la que sobre-cogió á Jacob cuando le dijeron que una fiera habia devorado á su querido José (3): mucho mas terrible que la que tuvo David de que su Absalon amado pendia de un árbol despues de haber sido alanceado y muerto inhumanamente (4). Al oirla esta Virgen santa, salió de su retiro como cierva herida y despojada, en busca del Hijo de su alma! Se dirige con mas ansia que la Esposa de los Cantares tras el amado de su corazon... Oye el estruendo y alaridos de la

(1) Lib. Medit. vitæ Crist., c. 77.

(2) Job, c. 2.

(3) Gen., c. 67.

(4) 2. Reg., c. 48.

vil canalla... Observa el tumulto y la confusión... Descubre con sus ojos á su Jesús adorado agoviado con la cruz; caído en tierra sin haber quien lo ayude á levantar, hecho el oprobio y ludibrio de las gentes...! Avanza por medio de la muchedumbre... Llega á juntarse con el Hijo de su vida... Se miran Jesús y María... ¿De qué especie sería el dolor que en esta ocasión atravesó las almas mas preciosas que salieron de las manos de Dios? ¿Hay quien no conozca que esto es incomprensible é inesplicable? A hablaros de esta incomprensibilidad he subido yo á este púlpito. No: no es posible explicar la grandeza del dolor que afligió á esta Virgen soberana cuando vió á su Santísimo Hijo con la cruz á cuestas en la calle de la Amargura. Así os lo voy á demostrar confiado en que vuestra devoción á esta Virgen dolorosa será confirmada con las palabras que salgan de mis labios en este breve rato.

Madre afligidísima: dignaos inflamar nuestras almas para seguimos en el mar proceloso de vuestros dolores. Concedednos la gracia de sentir la parte posible del dolor que hoy os atribula. Mirad á la piedad con que humillados en vuestra presencia os saludamos con la oración de vuestros triunfos, de vuestras virtudes, de vuestros méritos, de vuestra excelencia y grandeza debida á la gracia con que os habló el ángel del Señor cuando os dijo:

Ave María.

Et bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.

Jerusalén representa un cuadro aterrador... Una escena de horror espantoso...! La opulenta ciudad de los reyes y de los sacerdotes ha cambiado su pompa y magestad, en odio y en venganza. No se oyen en sus calles y plazas los *Hosannas* de los Ancianos, ni el *Benedictus qui venit in nomine Domini*, con que el pueblo bendecía pocos días antes al Rey Eterno que lo visitaba en su mansedumbre. El real Profeta viendo en espíritu lo que hoy contemplamos dijo lleno de asombro y admiración:— «Una cuadrilla de perros rabiosos y una turba insolente ha cercado al Hijo del Altísimo para sacrificarlo...». Jeremías implorando la clemencia de los cielos estremece la tierra con sus tristes lamentaciones... De la tumba de Isaías sale un eco lastimero que dice:— «El deseado de las gentes camina al suplicio con la paciencia que se nota en la oveja que marcha al matadero.» Hoy aparece claro el lenguaje de los profetas: sus predicciones se cumplen: el velo de sus figuras ha desaparecido, y el misterio se despoja de su oscuridad. «El que predica la justicia y da salud á los hombres viene con los vestidos teñidos de sangre, porque está decretado que sea nuestro Salvador.» Jesús: el Santo de los santos, el Hijo del Eterno Padre, la imagen de su sustancia y Creador del universo ante cuya presencia se estremecen los cielos y las potestades todas se llenan de pavor: Jesús... El amable Jesús después de haber derramado en el huerto mi-

llares de gotas de sangre : sufrido hasta cinco mil y mas azotes : coronado de espinas : ultrajado , escarnecido , y puesto al facineroso Barrabás, recibe en sus desollados hombros la pesada carga de la cruz con todos nuestros pecados, como lo dice el Príncipe de los apóstoles (1), y se dirige al Calvario según el Evangelista. *Bajulus sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.*

Nuestro mismo Redentor refiere por boca de David lo que en esta ocasion sufrió de los que le maltrataron. *Me cercaron, dice, como violentos becerros ; como rabiosos toros acometieron contra mí: como un leon que busca la presa para tragársela me quieren despedazar : como abejas á quienes han robado el panal me punzaban y herían* (2). Jesus da principio á aquella triste y sangrienta procesion que hizo llorar amargamente á los ángeles de paz.... horrendas voces de furor y rabia contra la misma inocencia anuncian la salida del Redentor del mundo hácia el lugar de su sacrificio... un infame pregonero publica la sentencia de muerte que acababan de dictar la injusticia de Pilatos y la maliciosa envidia de los escribas y fariseos. Los cielos, la tierra y el infierno tienen orden de vengar en Jesucristo la injuria hecha á la divinidad con los pecados de los hombres, puesto que el Hijo del Altísimo tomó sobre sí nuestras culpas, y cargó con nuestras penalidades, como lo dice el Profeta (3). Ya sale Jesus como el inocente Abel al campo en que la

(1) 1. Petri., c. 2.

(2) Ps. 20 y 117.

(3) Isai., c. 53, v. 4.

envidia le ha de quitar la vida sale como Isaac llevando sobre sus hombros la leña en qué ha de ser sacrificada sale como el justo Noé con el arca que ha fabricado su amor para que nos refugiamos en ella y no perezcamos. La divina justicia usa de su derecho. Va á descargar sobre Jesús un golpe omnipotente que destruya la culpa, y deje el campo libre á la gracia. Jesús como Benjamín camina al Egipto del Gólgota para dar la libertad á sus hermanos. (1) lleva como Josué al escudo con que ha de conquistar la rebelde ciudad de Hai. (2) el arco como Jacob para obedecer á su Padre. (3) la vara como Moisés para abrir camino franco por medio de las aguas amargas de este mundo, rompido. (4) Jesús en medio de dos ladrones, rodeado de soldados, seguido de enemigos feroces que lo apedreaban, le daban crueles golpes y lo escupían y le tiraban todo, como lo dice San Buenaventura, se dirige por el camino de la tribulación al monte de la mirra y del incienso. Exhausto de fuerzas este divino Sansón, cayó en tierra oprimido con el peso enorme de la cruz, y desmayó su ánimo. *Defecit anima ejus et usque ad mortem lassata est.* No hay quien se compadezca del justo abandonado. Pero en dónde está María? ¿Qué hace la que representada en la Esposa de los Cantares no puede vivir sin su amado? La Madre del Dios Hombre es ménos amante de su Hijo que la hermana de Moisés siguiendo cuidadosa la cestita de juncos que

(1) Genes., c. 22.

(2) Josué, c. 8.

(3) Genes., c. 27.

(4) Exod., c. 14.

lo llevaba hacia los torrentes del Nilo? Ay, Señores! María Santísima suspende la altísima contemplación de los misterios de nuestra redención y en alas de su amor divino corre á presenciar la escena mas horrrósa que han podido ver los siglos. Se lanza al Océano en que lucha y naufraga su amado, según san Anselmo: crecen las olas, los vientos se embravecen, los rumores se aumentan, los gritos se distinguen, mil voces contra el Redentor se perciben con claridad: ya dejan verse los verdugos que hacen alarde de su fuerza y poder, llevando los aterradores instrumentos del suplicio... No se confunde ni se sepulta por esto esta Madre tierna y amorosa en el mar de dolores á donde camina. Es Jesús á quien busca: es la alegría del cielo: es el imán de su alma que la atrae con su fuerza irresistible... Avanza, y ve tres sentenciados detenidos por la desgracia de uno: se acerca... pone su vista en su bendito Jesús, herido, coronado de espinas y caído en tierra con el peso de la cruz; y un grito doloroso de *Hijo de mi alma*, pone en calma y en silencio aquella horrible confusión, y las potestades celestes, terrestres é infernales quedan en suspenso y como asombradas con lo que pasa en la calle de la Amargura con Jesús y con MARIA. Esta Virgen santísima ha caído á los pies de su divino Hijo... ambos se ven en un fango de sangre... la tribulación no les deja hablar: pero se miran y se contemplan, se conmueven, se comunican sus penas, es uno solo su sentimiento, así como es una sola la llama que se forma de varios combustibles; se acongojan, se afligen, y yo os pregunto: ¿Hay quien pueda comprender lo que en este lance padecen las dos almas mas santas, tiernas y sensibles que han salido de

las manos de Dios? Yo pongo en vuestras manos el cuadro que acabo de trazar: lo entrego á vuestra consideración y os elijo jueces del dolor que representa. No alcanzo á darle mas viveza. Buscad vosotros colores mas fuertes y expresivos, que hagan en vuestras almas el fiel retrato del dolor que sintieron nuestro Redentor y su Santísima Madre en la calle de la Amargura, y volved á decirme si es comprensible la aflicción que en esta confusión atormentó al Hijo de Dios y á su purísima Madre. Si al considerar al inocente Amasa bañado en su propia sangre caído en el camino y sin hallar quien lo consuele (1), se estremecen las almas compasivas.... Si al ver al gran sacerdote Onías que agravado con el peso de mil males cayó en tierra delante del Altar (2), se enternecen los corazones mas duros.... Si Jacob tendido sobre unas piedras (3) causa lástima.... Si el grande Esdras caído en el suelo, confundido y sin alientos para levantar los ojos al cielo cansado con el peso de los pecados del pueblo (4) hace llorar de pena á las almas sensibles.... ¿qué no sentiria esta Virgen dolorosa al ver al Dios del poder, al Dios de los ejércitos y al Dios terrible constituido en la última miseria: rasgadas y despedazadas sus carnes; molido el cuerpo, y todo desangrado; penetrada la cabeza con setenta y dos espinas y aturdida con los dolores, con los gritos, con las blasfemias y la falta de su sangre? ¿Qué dolor atormentaria á

(1) 2 Reg. c. 20.

(2) Mach., c. 3.

(3) Génes., c. 28

(4) Esdr., c. 9.

esta Madre amorosísima al ver el poder de su divino Hijo modado en debilidad y su fortaleza en flaqueza, y la hermosura de sus vestidos en una túnica ensangrentada? ¿Cuál sería su dolor al ver a su Jesús adorado con la respiración acelerada, caído en tierra con el peso enorme de la cruz, tratado con tanta violencia por los que á golpes y á empujones lo llevaban al Calvario, y tan angustiado como nosotros representamos los santos evangelistas? Esto ni aun la misma Virgen pudo comprenderlo en esta vida mortal; según san Agustín. Esto es sobre los alcances de todas las inteligencias criadas. Os he dicho repetidas veces y que los dolores que sufrió esta Virgen en la pasión y muerte de su Santísimo Hijo solo pueden medirse por el amor que le tenía, como lo dicen los santos Padres: su amor al fruto bendito de su vientre era infinito en el sentido en que así lo asegura el doctor angélico, y lo infinito excede toda capacidad criada; luego debemos inferir, que el dolor que atormenta á esta Reina del cielo en la calle de la Amargura, viendo como vió al Hijo de sus entrañas fue inmenso, incomprensible, y capaz de quitar la vida á cuantos seres la tienen, si entre ellos se repartiera; como lo dice san Bernardino de Sena.

Fue, pues, esta Madre del dolor la mas afligida y desconsolada de todas las madres. Fue una copia fiel, una semejanza, un reverbero en que reflejaban todos los padecimientos de Jesús, dejándola tan identificada con el Hijo de su amor en los dolores, angustias y aflicciones, que dicen los santos Padres que nuestro Redentor estaba impreso en el corazón de su amorosa Madre, y esta en el corazón de Jesús; resultando de esto que Jesús y María eran una misma cosa por

el hombre que se tenían. O María Santísima, ¿puedo decir como su amado? *Pues qué quien me consolase, ¿hay en la tierra?* Hasta que yo he venido al mundo no se ha hallado en él un solo desgraciado que no tuviese quien lo consolara en sus penas. El paciente Job, herido de los pies á la cabeza, tuvo amigos que se interesaron en su dolor (1). El heroico, castigado por los ángeles, halló en el sacerdote Onías, quien se compadeciese de su miseria (2). Pablo, y Sila, perseguidos y castigados por los judíos, encontraron en el Enstodia de la cárcel un solícito consolador (3). Aquel infeliz, que caminando de Jerusalén á Jericó, fue despojado y herido, y dejado medio muerto por los ladrones, tuvo en un compatriota samaritano quien lo atendiese y curase sus llagas (4). Pero yo no encuentro mas que verdugos y hombres desahollados, que por agravar mis dolores, atormentan con feróz crueldad al Hijo de mi amor, sin querer quitarme la vida. El Omnipotente ha dado orden á la muerte para que no se acerque á mí. Me ha llenado de amarguras. Aun quiero que padezca mayores tribulaciones. ¿Padece todavía mas? Virgen adorable? ¿Pues no son ya incomprendibles vuestros dolores? No son ya inmensas vuestras penas? Puede añadirse algo á lo inmenso é infinito? ¿Callad, hombres de la filosofía carnal y terrena, porque vuestra ciencia no es capaz de entender el lenguaje de nuestra fe. María Santísima sufre en la calle de la Amargura

(1) Job, II, c. 6.

(2) Mach. II, c. 2.

(3) Act. Apost., c. 16.

(4) Luc., c. 2.

ra un dolor incomprensible, viendo á su Santísimo Hijo caído en tierra con la Cruz á cuestras: pero Dios la reserva para sufrir y padecer mucho mas. No hay que olvidar que los dolores de esta Virgen se comparan á las olas del mar en que las últimas superan á las primeras y son superadas por otras mayores. Ya lo ireis viendo.

Por hoy mirad á esa Virgen transida de dolor, inconsolable y atribulada, como su Santísimo Hijo al ir con la Cruz á cuestras al Calvario. Contempladla en su dolor: y si al considerarla con su divino Jesús en la calle de la amargura, no os sentís enternecidos, teneos por mas feroces que las fieras del desierto. Si no se ablandan vuestros corazones al contemplar á María en los abismos de su aflicción, no os téngais por humanos y sensibles: reputaos por mucho mas crueles que los mismos judíos, á quienes disculpó nuestro Redentor pidiendo al Eterno Padre por ellos desde la Cruz. Yo para concluir os diré: que esta Virgen dolerosa se halla desfallecida y atribulada hasta lo infinito: que necesita consolacion, y que nosotros podemos ofrecerla. Convirtámonos al Señor: derramemos lágrimas de compuncion y penitencia: hagamos propósitos firmes de jamás pecar, y de servir siempre al Señor cumpliendo con sus preceptos, y en esto encontrará esta Virgen admirable un bálsamo que la vuelva á la vida y el consuelo que necesita. Podrémos negar ingratos este corto alivio á nuestra Madre y protectora, ocupada en proporcionarnos las gracias que necesitamos para vencer y triunfar en esta vida, y reinar con ella en la eterna? No. Son los españoles muy devotos de la Virgen de los Dolores. Tienen mucha piedad los que promueven estos cultos y asisten á este santo tem-

plo á contemplar las penas y aflicciones de esta Madre dolorosa , y yo tengo grande confianza en que no se halla en mi auditorio uno solo que no uná su voz á la mia para decir á esa Virgen afligida :

Señora : Todos prosternados á vuestros divinos pies, confesamos haber sido nuestras culpas y pecados la causa de vuestras penas y dolores : pero todos tambien juramos arrepentimiento. Todos protestamos no abandonaros jamás. Todos ofrecemos acompañaros al monte santo de nuestra redenciou , para purificarnos con la sangre que derramó por nosotros vuestro Jesus divino ; para enriquecernos con los tesoros de su muerte y de vuestro dolor ; para hacernos dignos de imitaros en vuestras virtudes , y de vivir eternamente con vos en la gloria. Amen.

A. M.

DIA V.

QUINTO. DOLOR.

Maria Santísima, presenciando la crucifixion de su divino Hijo, padece lo que no pueden imaginar los hombres.

Et crucifixerunt eum:

Y lo crucifixerón!!

LUC., C. 23, V. 33.

No son necesarios vuestros sollozos, almas devotas: no necesito veros como Jeremías vió á las hijas de Jerusalem, flacas y descoloridas, para conocer la pena que os atribula. Amais con ternura á esa Virgen dolorosa: la habeis contemplado en la horrenda tormenta que sufrió con su Santísimo Hijo en la calle de la Amargura; y esto basta para suponeros en afliccion y en desconsuelo. Sabeis que la luna mística de la Iglesia, convertida en sangre, ha perdido todo su esplendor; que se halla oscurecida; porque el Sol de justicia, Jesucristo, se ha eclipsado... No ignorais que el amor divino llevó á esta Virgen afligida á presenciar la ra-

bia, y furor de los escribas, y fariseos, que encontró al Jesús de su alma, cargado con el enorme peso de la Cruz; agoviado con nuestras culpas y pecados, y hecho el varón de dolores, que horrorizó á Isaias. María Santísima vió al Hijo de sus entrañas llevar el duro leño en que habria de completar la redención del mundo; y no lo deja: sube con él al Calvario: se sitúa en un lugar competente: presencia todo lo que hacen sufrir y padecer á su Dios y Señor, y sus penas manifiestan bien á las claras el carácter de inmensidad con que debemos contemplarlas. Esta Madre del amor divino ve desnudar al que viste á las aves, y da hermosura al lirio de los campos: ve que lo llenan de oprobios; que lo tratan con feróz crueldad; que lo tienden en el madero ignominioso; que le atraviesan sus santísimos pies y manos con duros clavos; que lo crucifican. *Et crucificaverunt eum.*

¿Habrá quien pueda ponderar la amarga situación en que se vió esta Virgen desolada al ver crucificar á su bendito Jesús? ¿En dónde podremos encontrar semejanzas del tormento que en éste terrible lance la aflige, y martiriza? En ninguna parte: todo lo criado es menos que el dolor que representa esa dolorosa imágen que contemplamos en este día. San Anselmo, san Bernardino, san Buenaventura, y mi padre san Bernardo han querido esplicar las penas de esta afligida Madre... Han deseado contemplarla en el Calvario, y solo han visto un mar inmenso de amargura y de dolor... No saben lo que han visto; ni han hallado palabras para explicar su admiración y asombro. Lloraron... Se abismaron en profundas meditaciones... Recurrieron al cielo pidiendo luces; y confesando que fueron inmensos los do-

lores de María Santísima al ver á su divino Hijo tan maltratado en el monte de la expiación; dejaron al mundo testimonios irrecusables de su piedad y amor á esta Virgen angustiada. ¡O si yo pudiera imitar á estas almas privilegiadas llegando á la altura desde donde observaron el naufragio de Jesús, y las penas de su afligidísima Madre! Para esto es necesario recurrir al fondo de la piedad y del amor de nuestro corazón. Las voces humanas no tienen fuerza y poder para hacer formar ideas de lo que padece María Santísima en el Calvario. Subamos pues en espíritu al monte de la mirra: fijémonos en la Madre del Dios que padece por salvarnos, y allí contemplaremos ayudados de la gracia lo que nuestra lengua no puede expresar. Yo he recogido de escritos piadosos lo que voy á deciros para escitar en vuestros corazones ideas que os hagan percibir en lo posible lo que sufrió esta Virgen admirable en su *quinto dolor*, la crucifixion de su Santísimo Hijo. Nadie se estravíe del terreno firme de la fe en que nos ha colocado la bondad divina. En él, y solo en él, podremos sentir una pequeña parte del dolor que afligió el corazón de María Santísima cuando vió crucificar á Jesucristo, y llenar nuestras almas de gracia, de méritos y de virtudes, fin principal de este santo Nóvenario. Para que así sea

Vednos, Virgen dolorosa, prosternados á vuestros pies pidiéndoos lucés celestiales, auxilios divinos, gracia eficaz, que nos haga dignos de seguiros por el camino de la tribulación por donde os condujo el cielo. No os negueis á los suspiros con que enternecidos y llenos de amor os saludamos diciéndoos con el ángel:

Ave María.

Et crucifixerunt eum.

¿Quién, Dios mio, quién podrá resolver cuál fue el dolor de esta Virgen, afligida cuando viendo á su Santísimo Hijo desnudo, observó que su vestido era puesto en cuestion, y sorteado entre sus verdugos? Cómo, Señor: ¿podré yo perdonar la atrocidad del terror, de las angustias y penas que atribularon á esta preciosa Hija de Sión, cuando vió crucificar á su Jesus divino? La amargura de esta Reina de los mártires en esta ocasion no puede esplicarse, dice mi melifluo padre san Bernardo (1), Jeremías dijo que el dolor de María Santísima era semejante al mar: *Facta est velut mare contritio tua...* Semejante al mar, porque no puede medirse su inmensidad: Semejante al mar, porque su dolor es amarguísimo, insondable y como un abismo de dolores: Semejante al mar; porque así como el mar despedaza las naves y las sumerge en su seno, así Dios ha destrozado el corazon de esta Virgen absorbiéndola en lo mas profundo de la afliccion: Semejante al mar, porque así como los rios que deságuan en él, no lo aumentan; así ningun dolor puede compararse con el de esta Madre atribulada: Semejante al mar, siempre agitado, siempre amenazador, siempre imponente, siempre superior á la comprension del hombre, y siempre como un gigante invencible, que se

(1) De lamentat., Virg.

mosa de la debilidad de los que se atreven á observarlo. La Madre de Dios vió crucificar al Hijo de sus entrañas; lo vió tendido en el madero ingnominoso ~~estallado~~; sus santísimos pies y manos con duros clavos; formar un lago de sangre, y aparecer destrozado sin su forma y hermosura, como lo había visto el profeta: *Vidimus eum, et non erit aspectus*. Vió María á su Jesús bendito en todos los actos horribles de su cruel y tormentosa crucifixión, y no, no les posible, establecer comparaciones para explicar su dolor. Esta Madre tierna y cariñosa conocia las adorables cualidades de su Hijo, y lo amaba con aquel amor divino que depositó el Espíritu Santo en su purísima alma; el conocimiento de Jesucristo y el amor que le tenía esta Virgen son las dos raíces de donde dimanaba la grandeza de su dolor, dicen los santos Padres. María Santísima conociendo y amando al Hijo de su alma más que los serafines y querubines, lo vió tratado como un blasfemo y sedicioso, cosido al patíbulo en que habría de morir como un criminal, clavado y sin poderlo desclavar; ensangrentado y sin poderlo limpiar; desnudo y sin poderlo cubrir, como lo dice san Anselmo: (1) ¿Cuál sería su dolor? Mucho más agudo que el que sintió aquella mujer que despedazó sus vestidos y se cubrió de ceniza para llorar los males de la república, de que nos habla Esdras (2) más cruel que el de la reina de los amalecitas morando con lágrimas de sangre la muerte del rey Agag (3) más vehemente que el de la Sereptana

(1) De Compar. Virg.

(2) Esdr., l. 4.

(3) 4. Reg., c. 15.

que padecía enterasen con su hijo (1); mayor que el de Ester desallecida por la traición de Aman; y que el de Susana rodeada de angustias por todas partes. El dolor de esta Virgen admirable al ver á su Hijo crucificado era tan grande, que llegó á decir san Gregorio, que crucificado Jesu Cristo si fue crucificado también María Santísima. Jesús en el cuerpo y María en su corazón; añádel san Buenaventura. *Miro, Señora, vuestro corazón y dice el Doctor Seráfico: pero ¡traspasado con duros clavos y ya no es corazón, sino hiel, amargura, mirra y agnijo! Busco á la Madre de Dios y no encuentro más que llagas! El vaso de la santificación se ha mudado en vaso de penalidad* (2). Y. ¿Qué podré yo añadir á estas palabras dictadas por el espíritu del Señor sentado en el templo de las almas santificadas? ¿Cómo me habia de haber atrevido á subir á este púlpito á hablar de la inmensidad de los dolores de la Madre de nuestro Dios sin resolverme á ser un copiante de lo que sobre ellos han escrito los santos Padres, y hablado varias personas piadosas? Yo no aspiro más que á ser un eco de ellas. Mi misión ni es otra que la de transmitir las noticias, los sentimientos, las doctrinas y enseñanzas, que comunica el Espíritu Santo á las almas fieles por los medios establecidos en la Iglesia del Cordero inmaculado que lavó nuestras manchas con su sangre, como lo dice el apóstol: *Para cumplir con ella no me cansaré de decir; que es ineficaz la elocuencia humana; que de muy poco sirven las palabras, frases y es-*

(1) 3. Reg., c. 17.

(2) In stimul., amor., o. 4.

presiones de los sabios : que todo lo criado es infinitamente menos que el amor que esta Virgen Madre tuvo al Jesús de su alma , y que el dolor que experimentó cuando lo vió crucificar : que la escuela en fin en que se aprende á apreciar y á comprender los dolores de esta Virgen afligida es la oración , la contemplación y la meditación en que se comunica Dios á los que lo invocan y le piden dones y gracias con rectitud de corazón.

Invoquemos pues al Dios que da al que le pide , y abrá las puertas de sus misericordias al que lo llama , y él podrá revelarnos la intensión del *quinto dolor* que traspasó el corazón de esta Virgen cuando vió crucificar á su divino Hijo el mas amable y hermoso entre los hijos de los hombres. Dejemos la tierra : prescindamos de nuestra propia razón , de nuestras potencias y sentidos , y elevémonos en alas de la fe á la región sublime en que con la gracia se ven cosas grandes y magnificas. Reconcentrémonos en la soledad de la oración en que el Señor acostumbra hablar al corazón del hombre , y nuestras almas serán iluminadas con las luces necesarias para mirar á esta Virgen dolorosa mas afligida que Jacob cuando viendo la túnica ensangrentada de su hijo predilecto protestó que no admitiría consuelo hasta bajar al seno de sus padres á llorar sobre él (1) : mas atormentada que Job cuando al oír que sus hijos habían perecido , cortó el cabello de su cabeza y cayó en un delirio profundo (2) : mas atribulada que Lot afligido por los sodo-

(1) Genes , c. 37.

(2) Job , c. 1.

mitas; que David perseguido por Absalon é insultado por Semei; que Eliseo á quien mandó degollar Joran; que Daniel arrojado en el lago de los Leones; que Resa al pie de las cruces de sus hijos, y que todos los que han padecido y pueden padecer tribulacion en esta vida. Oremos, contemplémos y meditemos la angustiosa situacion en que se vió la Reina del cielo visitada por los ángeles y acariciada por el Omnipotente, y la gracia nos hará comprender que el dolor y la afliccion son las fuentes del mérito, y de la virtud: nos convenceremos de que siendo el amor la cosa mas activa que se conoce obligó á esta Virgen á arbitrar por todas partes medios de consuelo al amado de su alma, y de que no hallándolos, debió ser su amargura igual á su amor el mas intenso, activo y fervoroso que puede imaginarse. María Santísima en el Calvario es la ciudad sola de que habla Jeremías (1). Está sola; todos la han desamparado; porque los apóstoles huyeron, y los discípulos se dispersaron. No halla entre sus amadores quien la consuele: *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus*. San Juan y la Magdalena se contentan con llorar; ven el brazo de Dios levantado contra el Hijo y contra la Madre; estan aterrados: observan la tempestad mas furiosa que puede verse en el mar proceloso de este mundo, y callan asombrados á la vista de tantos horrores, sin atreverse á consolar á la inconsolable. Ved aquí el desamparo que asombró al profeta. Pero esta misma ciudad se halla llena de pueblo: de un pueblo bárbaro, dice san Cirilo, que sortea la

(1) Tren., c. I.

lúrica del Hijo á los ojos de la Madre: de un pueblo desapiadado ferocemente ocupado en despedazar las carnes virginales de Jesús: de un pueblo desnaturalizado que se mota, se irrita y se enseveicia en el Dios de las eternidades; despedazando con la mayor crueldad el tiernísimo corazón de esta Virgen dolorosa entregada en los brazos de la mayor aflicción que puede caber en corazón humano.

¡Pero gran Dios: ¿vuestras palabras dejan de ser infalibles en la pasión de vuestro Hijo y de su Santísima Madre? ¿No habéis dicho conforme al genio de vuestra misericordia, que jamás ha habido un justo abandonado? Pues cómo, según esta verdad eterna, abandonáis á Jesús en el estado mas lamentable; y á María en la mas angustiada amargura? Hubo, Señor, un Abdias para amparar á los profetas perseguidos por Jezabel (1); hubo un Tobías que usó de misericordia con los que vivían bajo la esclavitud de Sennacherib (2); hubo un Job que se compadeció del miserable; un Abdemelech que sacó á Jeremías del pozo de la aflicción (3); y un Jesús que libró de mil conflictos al pueblo ingrato. Pero Jesús y María en el Calvario no tienen quien los consuele... El Dios justo ha estendido su mano poderosa sobre el santo y sobre su inocente Madre; y en el monte de la mirra no hay mas que dolor, aflicción, amargura; desconsuelos, desamparos y toda clase de tormentos. El Hijo del Eterno Padre y de esta Virgen purísi-

(1) Reg., c. 12.

(2) Tob., c. 1, II.

(3) Jerem., c. 28.

ma es clavado en una Cruz afrentosa... lo ve María cosido al árbol ignominioso; y teniendo por feliz á este precioso leño le dice: llena de fe y traspasada de dolor. Si el que moría en tí era maldito de Dios; ahora con el hijo de mis entrañas eres el escudo de Josué á cuya presencia caen las ciudades de los incircuncisos; la vara de Asuero con que se llega á hablar al Rey; la llave de Isaías para guardar los tesoros de la Iglesia; el cetro de José que adoró Jacob; la espada con que David degolló al gigante Goliath; la cinta de color de púrpura que atrajo las gracias del caudillo de Israel sobre la casa privilegiada de Jericó; la señal del Tau; el terebinto de Jacob; el clavo de Jael; el arca de Noé; la serpiente de metal; el ramo de la oliva; y la ciudad de refugio. Eres un palo seco: pero ya estás adornado con la flor mas bella; con el fruto mas dulce. A mí me pertenece: es mi Hijo: en tí va á dejar la vida el que la da á todo el mundo, y yo soy de peor condicion que ese tronco insensible en que se depositan los tesoros del Omnipotente, y se ostentan sus grandes misericordias. Soy un milagro de afliccion, un abismo de penas y de dolores. Simeon: ven á ver la espada que vaticinaste traspasaría mi alma. Mi Hijo tan alegre en tus brazos, está crucificado; hecho un mar de sangre; no hay una partecilla de sus pies á la cabeza; lo ha herido la mano del Dios justo, y su dolor ha quebrantado mis entrañas. Mi Jesus tratado con tan inaudita ferocidad por los mismos á quienes dispone un trono de gloria en la Jerusalem triunfante!! Mi dulcísimo Hijo tan oprimido y atribulado: ¿y su Madre sin morir de pena?... Basta, Señora, basta; porque ya nos es imposible el oír vuestros lamentos. Es verdad que Dios os

ha llenado de amargura: pero es para daros el derecho de Corredentora de los hombres: es para que levantéis con vuestros dolores lo que Eva destruyó, segun san Irineo (1); es para haceros Madre nuestra: es para que ofrezcais el holocausto de vuestro corazon, y sufraís los dolores del parto que ha de producir los hijos de la Iglesia santa; como lo siente Lanspergio (2). Sois cruelmente atormentada en el Calvario, Virgen dolorosísima: pero es porque el Hijo del Eterno Padre destinando á develar al demonio, como Barac á Sisara, ha querido tener á su Madre por compañera; como aquel caudillo tuvo á la fuerte Dévora. Así como la hija de Faraon libró á Moisés de la muerte en las márgenes del Nilo, del mismo modo, vos, Reina, Madre y Señora nuestra, nos habeis redimido en el Calvario entre un torrente impetuoso de amargura. Veis crucificar á vuestro Jesus adorado, pero todas las generaciones os proclaman su libertadora; todos os compadecemos en la terrible lucha que habeis sostenido contra las potestades infernales y el amor que, como espada de dos filos, atravesó vuestro corazon. Presenciais, Madre afligidísima, el espectáculo aterrador de la crucifixion de vuestro Santísimo Hijo; pero puesto en la cruz es el Sumo Sacerdote que ha entrado en el *Sancta Sanctorum* á ofrecer el sacrificio cruento de sí mismo. La corona de espinas es la mitra, la cruz es el báculo, los clavos son los anillos, el vestido de varios colores es su santísimo cuerpo ensangrentado... Ya levantan el

(1) Lib. i cont. Valent., c. 33.

(2) Lib. de passione.

árbol ignominioso... En él se ve Jesucristo puesto á la afrenta de todo el mundo... María Santísima pasa de un dolor inmenso á otro mayor, por contradictorio que parezca este lenguaje... Hoy no puede decirse mas. Mañana con el favor del cielo proseguiremos. El eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedec queda en el altar ofreciendo el gran sacrificio que ha de conciliar la tierra con el cielo: su Santísima Madre lo acompaña permaneciendo firme al pie de la cruz, segun el Evangelista. Meditemos sobre esto como hijos de la fe, y nuestras almas se llenarán de gracia, de méritos y de virtudes. Meditemos sobre lo que sufre y padece esa Virgen dolorosa, y Dios nos revelará lo que nos convenga para ser santos en esta vida y bienaventurados en la eternidad. Amen.

A. M.

DIA VI.

MARIA SANTISIMA AL PIE DE LA SANTA CRUZ.

Esta Virgen dolorosa al pie de la Cruz padece dolores inesplicables ejercitándose con heroicidad en todas las virtudes.

*Stabat juxta Crucem Jese. Mater ejus,
Estaba, junto á la Cruz de Jesus, su
Madre.*

JOAN., CAP. 19, V. 25.

Virgen dolorosísima : ya os contemplamos en el Calvario presenciando la tragedia mas horrorosa que ha podido verse en el mundo. Habeis seguido desde la calle de la Amargura las sangrientas huellas de vuestro Santísimo Hijo... llegásteis en su compañía al monte de la mirra y del dolor... lo visteis crucificar con feroz crueldad, y ahora... ahora estais viendo á vuestro Jesus divino en la Cruz rodeado de furias infernales que rugen por devorarlo..! En vano clamais al cielo... no sois oída... vuestro espíritu rebosa con las aguas del dolor sin quedar un lugar vacío para mas

amargura. El Dios que preparó una viuda caritativa para socorrer al perseguido Elías: un Etiope que amparó á Jeremias maltratado de sus compatriotas: y un rey extranjero que auxilió al fugitivo David, cierra sus oídos á vuestros clamores... os desampara, os abandona, se muestra vuestro enemigo. *Telendit arcum suum, quasi inimicus.*

Y bien, almas devotas: María Santísima herida omnipotentemente por la mano del Dios de las venganzas... asociada con el Hijo de su amor para el gran negocio de nuestra redención... destinada á presenciarse el horroroso espectáculo que hizo llorar amargamente al profeta; y á la vista de la cruz en que pendia el Dios del templo, el Dios de la arca, el Dios de Sion y el Dios de su alma... ¿podrá dejar de ser para vosotras digno objeto de compasion, de amor y de ternura? El Evangelista, aquel discípulo amado que entró en el corazón de Jesús, y percibió una sombra de las insondables profundidades del Vero en su principio, queriendo dar un color mas subido al sacrificio del Isac de la gracia con la presencia de su querida Madre, dijo inspirado por el cielo: estaba junto á la cruz de Jesús su misma Madre. *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.* No es posible encontrar una frase mas propia para significar los horrores del Calvario. Jesucristo es blasfemado de sus soberbios enemigos: los escribas y fariseos viéndolo en la mayor tribulación lo escarnecen, se burlan de su debilidad y le dicen con irrisión y burla: *Si eres el Mesias, baja de la cruz y sálvate.* Jesús ardiendo de sed, sin tener una parte sana en todo su santísimo cuerpo, amarrado con duros clavos al madero ignominioso, hecho un varón de dolores, y entregado á las furias infernales, se queja al Eterno Padre pre-

guntándole la causa del desamparo en que se encuentra; lucha con las congojas de una agonía angustiosa; inclina al fin su cabeza, muere, y su Santísima Madre estaba allí, junto á la santa cruz hecha un mar de sangre divina. ¡Qué cuadro este tan triste y doloroso! Hoy somos llamados á contemplarlo. Los dolores de María Santísima al pie de la cruz... ved aquí el objeto que nos presenta la piedad cristiana en el *sexto día* de estos santos ejercicios. Aprovechémonos del tesoro inmenso de ejemplos saludables que nos ofrece esta Virgen dolorosa al pie del árbol afrentoso: hagamos firmes propósitos de imitarla en la constancia con que siguió á su amado por los caminos de la tribulación: pidamos á nuestro Dios la gracia que no sabe negar á los humildes, y con ella, de creer es que yo pueda demostraros en este breve rato, que *María al pie de la santa Cruz puede un martirio semejante al de su Santísimo Hijo de quien es una viva imagen.*

Amantísima Madre mía y de todos los pecadores: sin vuestro amparo soy hombre perdido: pero con vuestra protección todo lo puedo. Yo quisiera hacer entender á mis oyentes, que en vuestro corazón lleno de amor divino se imprimieron y reflejaron todos los dolores que sufrió por nosotros el Redentor de las naciones: que sois el ejemplar y modelo de la constancia, de la paciencia, del sufrimiento, de la fortaleza y de la resignación en la voluntad divina, y que en imitaros consisten nuestra religión, nuestra virtud y santidad. Inspiradme, Virgen adorable, facilitadnos el espíritu de inteligencia en vuestros misterios dolorosos, y oid como todos os decimos á una voz

Ave María.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Al describir los santos evangelistas el espectáculo del Calvario cuando en él padecía nuestro Salvador dicen; que se partían y chocaban entre sí las piedras al ver á su Criador en un patíbulo; que se estremecía y temblaba la tierra por no poder sufrir el peso de tanta aflicción; que se abrían los sepulcros; que resucitaban los muertos; que el sol perdió su luz, la luna apareció ensangrentada, las estrellas se oscurecieron, el cielo se cubrió de luto, que el velo del templo se rasgó, y que el *Sancta Sanctorum* se retiró como una sombra dejando el lugar que desde entonces habria de ocupar la ley que trajo al mundo el Hijo de Dios vivo. Nos hablan de las lágrimas de las Mujeres de Jerusalen, de las de san Pedro y demás discípulos escondidos por el miedo que les infundia la fiereza de los judíos en armas contra su Dios. Todas las circunstancias de la pasión y muerte de Jesucristo las espresan los sagrados escritores; pero al ver á María.... al querer decirnos algo de sus dolores, penas y aflicciones, todos callan; todos enmudecen; todos parece que tuvieron por imposible el espresar lo que padeció la mas tierna de las madres en el monte de la mirra en que fue sacrificado el Dios-Hombre que nació de su vientre virginal. Al mismo discípulo amado faltándole la lengua y la pluma para describir el dolor tormentoso de esta Virgen cuando vió en un suplicio ignominioso al Hijo de su amor, echa un velo sobre su rostro y se contenta

con decir: Estaba junto á la cruz de Jesus su misma Madre.
Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Mas de 1800 años hace que se escribieron estas palabras. En todos tiempos se han ocupado los santos Padres y doctores de la Iglesia en descifrarlas. La elocuencia de un Crisóstomo, la erudicion de un Gerónimo, la dulzura de mi Padre san Bernardo, el amor de un Buenaventura, la virtud y santidad de estos y de otros muchos escogidos en los consejos eternos para ilustrar al mundo con sus luces celestiales se emplearon gloriosamente de este asunto. Hablaron, predicaron, escribieron y como que agotaron el raudal de sabiduría con que los habia enriquecido el cielo: pero aunque hicieron cuanto pudieron hacer en favor del pueblo fiel, nos dejaron aquellas palabras tan llenas de misterios como cuando las comunicó el evangelista que reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesus. Todos al hablar de los dolores de María Santísima al pie de la cruz confiesan, que les faltan las fuerzas, que desfallecen, que se partian de dolor sus corazones, que sus almas se conturbaban y que la afliccion les impedia hablar. Ayes lastimeros; reticencias misteriosas, conceptos inarticulados, mociones interiores, plegarias al cielo... ved aquí en lo que consiste el lenguaje elocuente y enérgico que usaron los santos Padres en la manifestacion de los incomprensibles dolores de esta Virgen prodigiosa al pie de la cruz de su Santísimo hijo, en que no solo fue mártir sino la Reina de todos los mártires, como la llama la Iglesia.

El martirio, dice san Agustin, es el don mas escelso que comunica Dios á sus amigos: es la mayor prerogativa que puede concederse al hombre en esta vida: es una gra-

cia propia de los que forman en el cielo aquella numerosa falange de santos distinguidos con las palmas de su victoria que vió san Juan acompañar al Cordero en cuya sangre lavaron sus manos en esta vida. Y un don tan grande, una prerogativa tan esclárecida y una gracia tan sublime ¿habria de faltar á la depositaria de todos los dones, de todas las gracias y prerogativas que derrama el dador de todo bien sobre sus criaturas? María Santísima, es verdad que no perdió su vida á manos de un verdugo; pero fue porque su martirio fue tan extraordinario y singular, como todos sus privilegios. Vió padecer y sufrir dolores tormentosos al Hijo de su alma; ningun golpe recibió en su sagrado cuerpo nuestro Redentor que no traspasase el corazon de su bendita Madre: el no morir esta Virgen á la fuerza de su dolor fue un verdadero martirio, un milagro que obró Dios para manifestar al mundo que en el corazon de esta afligida Madre dejaba impresos todos los dolores, penas y aflicciones que sufrió nuestro Redentor por salvarnos. Amaba á su divino Hijo con un amor propio de la Madre de Dios: con un amor mas activo y fervoroso que los serafines y querubines. El Señor la enriqueció con todos sus dones; con todas sus gracias y misericordias: en su alma se compendiarón las perfecciones de todos los justos: en ella resplandecian la inocencia de Abel, la espiritualidad de Henoc, la rectitud de Noé, la fe de Abraán, la obediencia de Isac, la paciencia de Job, la castidad de José y el celo por la honra y gloria de Dios con que se distinguió el profeta Elías: en ella se hallaban en un grado superior la mansedumbre de un Moisés, la caridad de David, la ciencia de Salomon, la religiosidad de Tobías, el agregado de

todas las gracias que tuvieron los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y todos los santos de las leyes natural, escrita y evangélica. Era conveniente, dice san Gerónimo, que esta Virgen reuniera en su alma todo el torrente de gracias que derramó el Omnipotente sobre todos sus escogidos: para que fuese una verdad la salutación del Angel que la llamó *llena de gracia*, para que diese gloria á los cielos, el Salvador á la tierra, se á las gentes, fin á los vicios, orden á la vida, y norma á las costumbres; pero todas estas gracias lejos de disminuir sus dolores en los de su Santísimo Hijo los hacían tan vehementes y tormentosos que ninguna inteligencia criada puede comprenderlos. Su amor al Hijo de sus entrañas es la medida del dolor que la afligió al pie de la cruz en que vió sufrir y padecer al Dios de su alma. Comprended si podeis como amaba esta Virgen á Jesucristo, y sabreis el dolor que la afligió cuando lo vió colgado del árbol ignominioso, padeciendo como un criminal, y sufriendo sin quejarse los desprecios, injurias, burlas y desacatos de sus enemigos. Ved como María amó á su Jesus divino, y todo su dolor se verá claro, en toda su intension y en toda su grandeza. Pero esto es imposible á los mortales que distan tanto de la union de lo infinito. Somos muy limitados, somos muy pobres, nuestras potencias y sentidos alcanzan muy poco; no los afecta la inmensidad, tienen que atenerse á los objetos sensibles para tomar de ellos las especies limitadas que pueden transmitir á nuestras almas. María al pie de la cruz vió á la justicia divina descargar un golpe omnipotente sobre el inocente Hijo de su amor. Vió á su Jesus divino destrozado, hecho una viva lla-

ga todo su santísimo cuerpo, vertiendo su preciosa sangre por sus innumerables heridas, sufriendo los sarcasmos de los escribas y fariseos, la crueldad de los hombres, los furores del infierno y el abandono del Eterno Padre, convertido en enemigo cruel del que tomó sobre sí nuestros delitos para expiarlos á costa de dolores y tormentos. Esta Virgen al pie de la cruz oye, ve, siente, considera, reflexiona, medita, ama, sufre, padece, es acometida de una muerte inmortal que la hiere sin el consuelo de quitarle la vida, y todo esto é infinitamente mas lo espresa el discípulo amado cuando dice: Estaba junto á la cruz de Jesus su Madre... *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* Oye esta afligida Agar la voz desfallecida con que su divino Hijo dice: *Sitio, tengo sed.* Lo mira mas sediento que el niño Ismael en el desierto y no puede consolarlo. Ay Dios miol diria en su corazon: La criada de Abraan mereció que un ángel le señalase una fuente de agua cristalina para asegurar la vida de su hijo: David tuvo la cisterna de Belén, los israelitas las saludables aguas que brotaron de una piedra, y despues las cisternas de Hesebon: ¿y para mi Hijo no han de dar los cielos ni la tierra un pozo de agua que lo refrigere en su tormento? Ay, Hijo de mis entrañas, y cómo te tratan Dios en su furor, y los hombres en su feroz crueldad! Estos lamentos piadosos ocupaban el alma de esta Virgen dolorosísima cuando percibió que su Santísimo Hijo mirándola desde lo alto de la cruz le dirige estas palabras: *Muger, ahí tienes tu Hijo,* señalándole á san Juan. ¡Oh duro consuelo! Aquí asombrado mi padre san Bernardo pregunta y dice al Salvador: ¿qué ha desmerecido vuestra Madre para que ya no lo sca? ¿Por qué así, buen

Jesús, avergonzáis á la que os crió con tanto esmero, os alimentó con tanto cariño, y os sirvió con tanto amor y cuidado? *Muger, ah! tienes tu Hijo!* Estas palabras hirieron con excesiva crueldad el corazón de la Virgen Madre: «Su memoria nos aflige y enternece, por mas que adoremos los misterios que encierran,» añadió el doctor melifluo. Después de ellas se siguieron otras que aumentaron la amargura de esta Virgen afligidísima. El Redentor del mundo dió un grito omnipotente que estremeció á todo el universo... Mandó á la muerte que descargase el golpe que habria de volverse contra ella dejándola vencida: inclinó Jesús su sagrada cabeza, y murió viéndolo su Madre. Callad, hombres y mugeres que habeis sentido profundas aflicciones; porque vuestros dolores no son dolores, ni vuestras penas son penas, al lado de las que atormentan en estos momentos á la Madre del inocente que acaba de morir en una cruz. Cain estremecido á la vista del cadáver de su hermano Abel; el diluvio universal con sus estragos; el espantoso estruendo que acompañó á la ruina de las ciudades malditas por Dios; el terror y espanto que en esta hora terrible dejan verse en las estrellas, en el sol, en la luna, en los montes, en los valles y hasta en la ciudad depositaria de las preciosidades de Jacob; el imponente espectáculo del Calvario en estos momentos solemnes... todo esto es mucho menos que el dolor que aflige á esta Virgen angustiada viendo al Hijo de su amor muerto en el árbol destinado á los criminales. No hay imágenes en la naturaleza ni en la historia de los sucesos humanos que puedan conducirnos al conocimiento de lo que padeció Maria al pie del suplicio en que murió su Santísimo Hijo. Un

varon piadoso dice: que «la piedad es la luz, la guía, y el único medio de calcular la triste situación de esta Virgen dolorosa cuando hallándose al pie de la cruz, vió padecer y morir á su Jesus divino.» Entreguemos nosotros nuestras almas en manos de la piedad cristiana que tanto enseña, é ilustra, y ella será la Maestra y Doctora que nos conduzca al conocimiento necesario para comprender que esta Virgen al pie de la Cruz santa padeci6 un martirio semejante al de su Santísimo Hijo de quien fué una viva imagen como lo creen todos los fieles, y lo publican los libros santos. Pidamos luces al cielo, y de allí nos vendrá la gracia de conocer y sentir los dolores de esa Madre colmada de penas en la montaña que escogió Dios para manifestar su cólera vengadora de un modo digno de su divina justicia.

Ilustrados con la ciencia de los santos observaremos con facilidad que si los ap6stoles y los mártires sufrieron despues de horribles tormentos el golpe del hacha, del cuchillo 6 de cualquiera instrumento que les quit6 la vida para pasar á la patria de los gozos interminables. Maria Santísima sufrió la vista martirizante de su divino Hijo atormentado en la cruz sin la menor sombra de consuelo, y no para morir y volar al cielo, sino para permanecer sufriendo dolores inmensos en la tierra. Los trofeos é insignias de los mártires serán, el alfange, las fieras, las llamas, las parrillas, el ecúleo y los ángeles con las palmas de sus victorias: pero las señales del martirio de esta Madre del dolor será su mismo Hijo padeciendo y muriendo en la cruz, y esas siete espadas que atraviesan su corazón sin permitirle el mas mínimo consuelo. ¿No veis en estos

signos la demostracion de la verdad que me propuse manifestaros diciéndoos que esta Virgen dolorosa padeció al pie de la cruz un martirio semejante al de su santísimo Hijo? ¿No es esta la inspiracion de la gracia, de la piedad y de la religion que nos reúne hoy en este santo templo para contemplar el *sesto dolor* que afligió á esta Madre de su Dios y nuestro? A vosotros toca el contestar, y á mí el escitar la devocion que teneis á esta Virgen dolorosísima para que padeciendo y sintiendo con ella los dolores de la pasión y muerte de nuestro Redentor divino percibais los frutos de este santo novenario y seais con vuestras virtudes hijos queridos de una Madre que os abrazó al pie de la cruz declarándose vuestra abogada y protectora. Os he manifestado, aunque con groseros perfiles, las penas, dolores y aflicciones que martirizaron á María Santísima al ver padecer y morir á su divino Hijo en el madero de los infames. Os he conducido á la escuela de la piedad cristiana en que se aprende la ciencia de la salvacion, y os he señalado la Maestra y Doctora que se presta á enseñarnos lo que debeis saber en estas materias si escuchais las inspiraciones de la gracia. Ahora me falta deciros, para concluir, que habiéndose reunido los dolores y penas de Jesús, la crueldad y furor de sus verdugos y la ingratitude de los hombres para hacer á esta Madre desolada la mas desventurada afligida de todas las mugeres, no debemos dejarla naufragar en el mar de su amargura poseida de un dolor inmenso, sino que tenemos la obligacion de acercarnos á sus pies y ofrecerle el consuelo de nuestra conversion, de nuestro arrepentimiento y de nuestra gratitud. Fijemos nuestra consideracion en lo que representa esa triste y dolorosa

imágen; y en ella podremos aprender el mérito y el aprecio de nuestra salud, de nuestra libertad y redencion. No se desprendan nuestras almas del Calvario sin dar un testimonio de amor y de ternura á Jesus y á su afligida Madre. Ambos sufren y padecen los dolores mas acerbos en aquellas tres horas terribles que marca el tiempo como las supremas que han visto los siglos. Meditémoslas con cristiano fervor y no salgamos de este santo templo sin decidirnos á seguir á esta Vígen Madre por las virtudes que manifestó al pie de la cruz de su Santísimo Hijo.

Así os lo prometemos, Madre desconsolada. Os hemos contemplado con asombro: ha herido nuestro corazon la acerbidad de vuestro dolor á la presencia de vuestro Santísimo Hijo en la Cruz; y os damos gracias por los ejemplos que nos dejais. Recibid la prueba de nuestra conversion en la devocion con que nos declaramos hijos vuestros. Suspended vuestras lágrimas al ver correr las nuestras; y sean las horas que estuvisteis al pie de la Cruz adorable de vuestro Hijo el puerto de nuestra salvacion, la prenda feliz de nuestra dicha, el punto en que nos reunamos todos para abrazar el madero santo de donde salen torrentes de gracias capaces de hacernos virtuosos en la vida, santos en la muerte y eternamente felices con vos en la Gloria. Amen.

DIA VII.

DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

Maria Santísima en la muerte, descendimiento y sepultura de su divino Hijo sufre el mas acerbo dolor y nos da lecciones de vida eterna.

Lapsa est in lacum vita mea.

Cayó mi alma en un lago profundo.

Thren. Jerem., c. 8, v. 53.

Llegó al fin la hora de la providencia... Maria Santísima vió morir en el árbol afrentoso al Hijo de sus entrañas. No aparta sus ojos esta Virgen dolórosa de la santa Cruz: pero es para no ver en ella mas que un cadáver sin vida, sin alma y sin espíritu... Busca esta Madre compasiva en el bendito fruto de su vientre al Dios que en su poder crió todas las cosas, que en su sabiduría gobierna el Universo, que en su bondad hace nacer todos los dias el sol sobre los buenos y los malos, y que en su misericordia perdona los pecados y tolera los impíos: pero lo encuentra con sus ma-

nos omnipotentes clavadas á un leño con tres agudas es-
 carpias, descoyuntados sus miembros, hierta y ensangren-
 tada su carne virginal, cerrados sus ojos, muda su lengua,
 y aun sin vestigio de haber sido viviente aquel en quien
 viven, existen y se mueven los seres criados. La sierva y
 esclava del Señor permanece como la antigua Resfa al pie
 del patíbulo en que se ve muerto su Santísimo Hijo. No es-
 cucha ya aquellas espresiones moribundas que poco antes
 salian de sus labios para doctrinar y llenar de gracia á los
 hombres todos... El Dios de los profetas no pronuncia un
 solo oráculo, no exhala un suspiro, los judíos insultan su
 divinidad, se burlan de su miseria, se muestran ufanos en
 su triunfo, no miran en Jesus más que á un criminal que
 acaba de expiar sus delitos en una Cruz... Un soldado
 abre con una lanza el costado del Redentor del mundo, y
 traspasa el corazon de su Santísima Madre de parte á parte.
 No se ve en el Calvario en esos momentos supremos mas
 que pavor y espanto, confusion y trastorno, el infierno
 que brama por verse arruinado, y el cielo que se venga
 del pecado de un modo digno del Omnipotente ofendido.
 Todo lo contempla esa Virgen afligida; implora la piedad
 que encontró Sara en Abraán, que hallaron Jacob difunto
 en José, este de Moisés, los israelitas insepultos en Tobías
 y hasta la impia Jezabel en el Rey Jeú. Clama al cielo es-
 ta Virgen Madre en favor del destrozado cadáver de su di-
 vino Hijo... ya el cielo por fortuna está aplacado... los
 profetas dijeron que el sepulcro de Jesus sería glorioso, y
 ahora se van á cumplir sus vaticinios. Los nobles y esfor-
 zados José de Arimatea y Nicodemus se presentan en el
 Calvario autorizados para tomar el sagrado cuerpo de nues-

tro Redentor: lo desenlavan, lo ponen en los brazos de su Madre, su Madre lo adora y considera; pero tiene que cederlo, y consiente en que como Jonás sea arrojado al mar de la tierra de que fue formado el primer hombre.

¡Qué escenas estas tan tristes para María Santísima, amables oyentes! Encargado yo de representáros las quisiera reunir en este instante todos los pensamientos, todas las ideas y todos los arroyos de amargura que vinieron á formar el mar inmenso de penas en que se vió sumergida esta hija de los gozos eternos en su *sétimo y último dolor* que hoy debemos contemplar; pero yo no acierto á percibir sino en confuso y como al través de una densa niebla lo que padeció esta Reina de los mártires al ver muerto á su Santísimo Hijo en la cruz, al ver abrir su costado con una lanza, al tenerlo en sus brazos, y al cederlo á sus discípulos para que lo llevaran al sepulcro. Ninguna inteligencia criada puede comprender la gravedad de la situación de esta Virgen en estos lances de dolor acerbo. Los santos Padres para explicarla hacen hablar y decir á esta Madre afligidísima. Mi alma ha caído en un pozo profundo; se han sepultado mi gloria y mis delicias; no tiene puesto ni amargura; ya no puedo vivir. Yo procuraré imitarlos en este discurso para escitar vuestra compasion, vuestro sentimiento, vuestra piedad y vuestra virtud. *Lapsa est in lacum vita mea.*

Virgen dolorosísima, desconsolada y afligida: alcanzadme la gracia que necesito para depositar en las almas de mis oyentes una parte del sentimiento que os causaron las últimas tragedias del Calvario. Inspiradme para que pueda transmitir á estos fieles lo que de vos dijeron y es-

cribieron los santos Padres, y no desechéis las súplicas de los que llenos de amor y de ternura os saludan con las palabras del ángel diciéndoos:

Ave Maria.

Lapsa est in lacum vita mea.

Clavado y muerto en una cruz afrentosa se halla el gran profeta que esperaban los siglos ; el hijo de David ; el Vervo eterno ; aquel padre amoroso que se ocupó en consolar al afligido , en socorrer al necesitado , en dar salud á los enfermos , vida á los muertos , perdón á los pecadores y gracia á los justos. Cercado de amarguras , oprimido con la fuerza de los dolores mas acerbos , y desamparado del cielo y de la tierra exhaló el último suspiro el Redentor del mundo , y todo el orbe se ha cubierto de luto. Se ha oscurecido el sol , se ha eclipsado la luna , los peñascos se han roto , los muertos han resucitado , y al rasgarse el velo del templo han desaparecido las sombras de la ley de Moisés y se han descubierto los misterios de los patriarcas y de los profetas. Todo esto es poco. Sobre el monte Calvario y bajo las sombras de la muerte de Jesus se encuentra un diamante que no cede á las llamas ; una roca en que se estrellan las olas mas furiosas de un mar agitado y tempestuoso ; la criatura mimada del Eterno y formada con todos

los primores de la sabiduría; la Madre mas amante que ha podido verse en la tierra; esa Virgen dolorosa cuya vista enternece los corazones de cuantos la miran y contemplan. ¿Hay ni puede haber objeto mas sublime para escitar nuestra compasion, ocupar nuestra piedad, y obligar á las almas sensibles á condolerse con la que tanto sufre y padece? La muerte de Jesus fue el dardo fiero de que habló el santo Simeon en un dia de júbilo y de gozo: él quitó la vida al Redentor de los hombres y se clavó en el pecho angustioso de su afligidísima Madre... El Gefe del pueblo santo quedó libre de los dolores y tormentos mas atroces exhalingo el último suspiro: pero esta Santísima Virgen quedó entregada en los brazos de una muerte inmortal para llevar mas allá de la muerte de su divino Hijo el sentimiento mas estraordinario. Sobrevive milagrosamente esta Madre del dolor para ver á un soldado atravesar con su lanza el costado de Jesucristo; para ver de par en par el tabernáculo de Jacob; para ver derramar hasta la última gota de la sangre preciosa que formó en sus entrañas el Espíritu santo; para presenciar el acto mas horroroso que puede caber en toda la estension de la crueldad y de la ingratitude. Cuando esta Reina del mundo creia ver terminados los oprobios, desacatos, injurias y baldones con que habian escarnecido á su Dios los pecadores, recibe un nuevo golpe de pena y amargura, y se convence de que la sevicia y crueldad de sus enemigos se estendia hasta mas allá de la muerte. Mira de hito en hito al Dios-Hombre difunto en el árbol ignominioso, lo ve despedazado, con las entrañas descubiertas, hecho la personificacion del horror y de la miseria. ¿Habrâ quien pueda decirnos lo que en este

lanice padeció esta Madre tierna y amorosa? No hay que buscarlo entre las criaturas. Recurrid al cielo, pedid luces al Padre celestial, y él podrá revelaros lo que sufrió esta Virgen desolada viendo á su Santísimo Hijo muerto y alanceado en la Santa Cruz. Meditad, almas sensibles: meditad y renovad vuestra atencion.

Sabemos por las Santas Escrituras que el arca de la alianza fue llevada de Gálga á Siló, de Siló á None, de None á Gabaon y de Gabaon á Jerusalem. Esto representa que el Salvador del mundo habia de bajar del cielo al seno de María, de aquí caminar hácia la cruz, de la cruz otra vez á los brazos de su Madre, y de estos al sepulcro. Llegó el tiempo de dar cumplimiento á esta figura. Jonás sepultado en el vientre de un monstruo, José arrojado en una cisterna, y Jeremías en un lago profundo figuraron á Jesus en su sepulcro, y ya estamos en el caso de ver la realidad que anunciaron estas sombras. Jesucristo va á ser sepultado: pero su Madre lo ve despedazado en la cruz, ni la menor señal advierte en las turbas, que pueda indicar el deseado descendimiento del sagrado cuerpo en que tenia puestos sus ojos y su alma, no siente ni percibe mas que horrores, confusion, pavor y espanto. Abrasada de amor y cubierta con todo el peso de la mas profunda afliccion clama, llora, se lamenta y como fuera de sí llena el aire de quejas dolorosas y dice, segun la piadosa contemplacion de un sabio esclarecido (1):— Hijo mio: ¿con que me has dejado sin Padre, sin Esposo, sin Hijo, y sin Dios? ¿Con que siendo

(1) Laduljo de Sajonia.

la bondad infinita, la misma dulzura, y el embeleso de los cielos, te has convertido en cruel para tu Madre? ¿Por qué impides que la muerte levante el brazo y descargue sobre mí un golpe consolador que me quite la vida y me una á mi amado por perpetuas eternidades? ¿Cuándo, Hijo mio, te veré en mis brazos? Ya se han cumplido todas las profecías; los que anuncian la venida de tu sagrado cuerpo á los brazos de tu Madre deben tener ya su cumplimiento. Cargaste con el peso enorme de la Cruz, y quedó cumplida la figura de Isaac llevando sobre sus hombros la leña en que debió ser sacrificado sin una contraórden del cielo (1). Te han puesto pendiente de esa cruz en que te veo cosido con tres clavos, y en ella efes la serpiente levantada en el desierto para salud de cuantos la miraban (2). Te has dejado abrir el costado despues de muerto para cumplir la figura de Adán con el costado abierto para formar á Eva (3). Tú mismo, Hijo mio, has dicho que todo está consumado: pero bien sabes que tu Madre está llena de amargura; que mi corazon rebosa con las aguas del dolor; que estoy en estremo atribulada; que necesito del consuelo de abrazarte, de limpiarte, de cubrirtte, de besarte y de dar sepultura á ese cadáver, que es mi vida, mi alma, mi corazon, mi Dios y mi todo.

Aquí considera san Bernardino de Sena á esta Virgen dolorosa oprimida con el peso de una pena inmensa: la ve como á Resfa al pie del suplicio en que acababan de morir

(1) Genes., c. 22.

(2) Num., c. 19.

(3) Genes., c. 4.

sus hijos, esperando que el cielo tuviese de ellos piedad: la contempla inmóvil en el Calvario pidiendo al cielo que se apiadase del Dios crucificado, muerto y despedazado que veía abandonado en el lecho del madero ignominioso: nos la representa en fin como el tipo de todos los dolores, penas y aflicciones que pueden experimentar las criaturas capaces de padecer. Así permaneció algunas horas; horas terribles que se han contado en todos los siglos, que se cuentan y se contarán en el tiempo y en la eternidad: *en el tiempo*, para escitar la piedad de los fieles y aumentar sus virtudes; *en la eternidad*, para gloria accidental de los que tuvieron la dicha de contemplar con espíritu religioso los dolores de esta Virgen angustiada en los días de su amargura y aflicción. Contemplémoslos nosotros como hijos de esta Madre, dolorosísima: acompañémosla en su terrible desamparo, imitémosla en su amor y constancia... Pero todo ha cambiado repentinamente. José de Arimatea, discípulo oculto del divino Maestro, y Nicodemus, amigo de nuestro Redentor, se presentan inopinadamente en el Calvario con orden de desclavar á Jesús y darle honrosa sepultura. Son estos nobles y esforzados caballeros semejantes al soldado caritativo que se apiadó de Pablo y Sila (1), y al Samaritano que derramó el óleo de la caridad sobre aquel robado y herido pasajero á quien habían despreciado los sacerdotes y levitas (2). Encuentran á María anegada en un mar de amargura: piden su vénia y su gracia: ella les dice co-

(1) Act., Apost., c. 17, v. 23.

(2) Luc., c. 10, v. 33.

mo David á los de Galaad apreciando los piadosos oficios que habian hecho al cadáver de Saul: — *El Señor os colme de bendiciones por la piedad que vais á hacer con mi Hijo* — (1). Subid, varones justos, subid á ese árbol, y traed á mis brazos el fruto precioso de que está cargado: á mí me pertenece... Yo soy su Madre... Ponedlo en mis brazos, y con él tendré vida y gloria. Obedecen los varones justos la voz silenciosa é inarticulada que salió del corazón atribulado de María: desclavan á Jesus, lo bajan de la cruz, van á entregarlo á su Madre... Pero este momento es demasiado grave, es muy solemne. Al caer Jesus sobre los virginales brazos de esta Virgen; al recibir sobre su corazón el sello de todos sus dolores; al aplicar su rostro al sagrado cadáver...; Ah! Su amargura es inmensa; no es una ola la que la despedaza, es un mar de penas el que la cubre y anega. Al ver tan lastimado el santísimo cuerpo de su adorado Hijo se renuevan todos los dolores, tormentos y penas que sufrió en su pasión y muerte, y el corazón de esta Virgen no es mas que la imagen viva de su Hijo herido, muerto y despedazado con feroz crueldad. San Buenaventura contemplando á María en este lance, dice, que la busca en el Calvario y no la encuentra; que no ve en su corazón mas que clavos, espinas, azotes, cruz y todos los instrumentos de la pasión y muerte de su Santísimo Hijo; que es toda hiel, agenjos, mirra y dolor; que sus padecimientos son mayores que los de Jesucristo. Tiene esta Virgen dolorosa entre sus brazos, no al Hijo de Belen que con sonrisa divina cor-

(1) 2. Reg., c. 2, v. 5.

respondia al amor con que lo acariciaba; sino al de la cruz, horroroso, mutilado y sin forma de hombre. Con rápida inquietud recorre el sagrado cuerpo, y ¿qué es lo que ve esta Madre afligidísima, cielos santos? Un esqueleto sin figura humana; sangre, heridas, llagas, el cuadro horrible que trazó el infierno ayudado de la ingratitud de los hombres y de la feroz crueldad de los pecadores. En sus débiles brazos tiene esta tierna Madre al Hijo de su amor; pero tan destrozado y lastimoso que no puede dejar de dirigirle estas palabras de amor, de ternura y de desconsuelo:—¿Quién, Hijo mio, te conocerá por esta figura? ¿Quién dirá que eras el mas hermoso de los hombres? Mi alma te contempla el anatema de la culpa. Como un leproso herido por la mano de Dios no hallo en todo su sagrado cuerpo mas que una viva llaga. Cruel, Hijo mio, ha sido la fiera que te ha devorado. Sin embargo mi amor te reconoce; yo te confieso, te admiro y te adoro con toda mi alma. Tú eres la esperanza de los siglos; la luz divina que ha iluminado al mundo y desterrado las sombras de la muerte; el fuego divino que abrasa los corazones mas helados. Eres mi Hijo: el Hijo de mi alma, y del Padre eterno. No; no te apartes de tu Madre; ha sido y será siempre feliz contigo. En mí encontrarás siempre amor y ternura. ¿No es verdad, Hijo mio, que te hallas bien en mis brazos? ¿No te son gratas mis adoraciones...?—Basta, Señora, avanzan las horas del día grande; se acerca la pascua; el hijo de David que entró triunfante en Jerusalem pisando ramos de palma y de oliva ha sido muerto por los arrendadores de su viña, y es necesario ocultarlo de la vista del cielo y de la tierra. Alargad á vuestro Hijo: abrazadlo y besadlo por la última vez, y entre-

gadlo para hacer su entierro con dignidad... Almas piadosas, mi espíritu se pierde en este instante; mis ideas se confunden; necesito de una luz superior para proseguir.

María Santísima al verse precisada á entregar el cadáver del Hijo de su amor se estremece: sus ojos se conturban; sus mejillas se ven con el color lívido de la muerte; quiere articular un grito de dolor, pero no puede: en sus entrañas se ahogan tumultuosos conceptos; tiembla; se agita... No cabe en su pecho la horrorosa tormenta que ha levantado en su alma la exigencia piadosa de los que se disponían á dar honrosa sepultura al divino Hijo que aun besaba y abrazaba con los trasportes enérgicos de su amor. Cede al fin el depósito sagrado á los discípulos de su Dios... Queda sin su Jesús adorado, y como si nada hubiera padecido reasume toda la integridad de sus dolores, y es la Mujer mas afligida que puede verse en el mundo. Su pena es tan atroz, que no la permite hablar, ni de una sola palabra de esta Virgen angustiada nos dan cuenta los santos Evangelistas al referirnos la pasión y muerte de nuestro Redentor: no pudo pronunciarla por la vehemencia de su dolor: pero los santos Padres ilustrados por el cielo oyeron el lenguaje interior de la Madre de Jesús en el lance de entregar el cadáver de su Hijo para hacerle el entierro, y él transmitiéndose por la tradición hasta los mas remotos siglos nos hará entenderlo bastante para contemplar con fruto de nuestras almas los incomprensibles dolores de esa triste y desamparada Reina de los mártires. Cuando esta Virgen amorosa tenia en sus brazos el frío cadáver de su Hijo, en él hallaba un ligero consuelo: aun muerto, lo contemplaba parte de sus entrañas: era él mismo á quien habia seguido

hasta la cruz... Pero al cederlo á los hombres... Al verse privada de tan gran tesoro... ¡Ay, señores! Imágenes sin vida son para María los sepulcros de Jacob y de Moisés; ecos confusos los doloridos gritos y las copiosas lágrimas del pueblo santo sobre las frias cenizas de Samuel y de Saul: superficiales aparecen los duelos y suspiros de David sobre los huesos del príncipe Abner, y de poca importancia los lamentos de Betulia sobre la muerte de Judit. María Santísima es el tipo de la aflicción mas viva y profunda: es el prodigio que conserva el Señor por sus altos decretos. Su presencia al verse sin su divino Hijo entenece y hace llorar á los montes; como lo dijo Habacic. Ella diria sin duda en su interior:— ¡Ay, Hijo mio: y qué triste me encuentro sin tu sombra! ¡A qué desamparo me reduce tu separación...! ¡Treinta y tres años que he vivido por tí; que he seguido tus pasos, que he visto por tus ojos, y he contado las palpitaciones de tu corazón por las que sentía...! Treinta y tres años guiada por tu luz; embellecida por tu divinidad; animada por tu santidad y pureza; y ahora envuelta entre los horrores espantosos de esta tierra contaminada con la inmundicia del pecado! No, Hijo mio; no permitas que el horrendo monstruo de la culpa derrame mas hiel sobre el corazón herido de tu Madre. El pecado me ha dejado sin el Hijo de mi alma... Voy á llorar para siempre tanta desdicha. Ha caído mi alma en un pozo profundo: han desaparecido mi gloria y mis delicias. *Lapsa est in lacum vita mea.*—

Almas piadosas: ¿habrá entre vosotras quien no se confunda á la vista del abismo de penas en que se encuentra esta Virgen dolorosa? Ha visto y contemplado muerto en la

cruz á su divino Hijo: presenci6 y consider6 el horroroso atentado de un soldado que le abrió el costado con una lanza: tuvo en sus brazos el cadáver ensangrentado, llagado y desfigurado de su amable Jesus elevándose á las mas altas contemplaciones: se vi6 precisada á entregar su divino depósito á los hombres para que lo ocultaran en un sepulcro: se entrega á los horrores de la soledad mas espantosa, y en ella... Pero mañana se os dirá sobre esto lo que debéis oír con la docilidad propia de los fieles. Por hoy no puedo deciros mas. Meditad sobre lo que os dejo espuesto, y advertid que á la piedad cristiana incumbe el acercarse á esta Virgen afligida para volverla del profundo letargo en que ha caído su espíritu. Tomémos todos interés por nuestra Madre sumergida en un mar de penas y aflicciones. Este será el mejor testimonio que podemos dar de haber contemplado con fruto el *sétimo y último dolor* de esta Virgen dolorosa. Sepultemos para siempre nuestros pecados en la tumba de la penitencia: lloremos los delirios de nuestro corazón: acudamos con fe, con esperanza y con amor á esa Madre de pecadores que nos engendró en la cruz, y desea nuestra salvacion, y el Dios de las misericordias nos justificará, nos santificará, y nos glorificará como lo ha prometido á todos los que viven y mueren con su gracia. Así sea Amen.

DIA VIII.

LA SOLEDAD DE MARIA SANTISIMA.

En ella llora, suspira, sufre y padece nuestra Madre. Debemos consolarla con vuestra virtud.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.

He aquí que me alejé huyendo, é hice mansion en la soledad.

Ps. 54, v. 8.

Sola está la Reina y Señora de todo el mundo... triste se halla la causa de nuestra alegría... la oprime un pesar inmenso, y no, no hay, ni puede haber afliccion como la suya. Vedla allí... Es la imágen del dolor, la representacion del desconsuelo, el tipo de las penalidades, de las angustias y amarguras que pueden sentir todos los hombres. Se ha sepultado en la soledad mas espantosa... perdió á su Padre, á su Esposo y á su Dios en su bendito hijo... ya no existe su divino Jesus..., yace oculto en un sepulcro... se encuentra sin la luz de sus ojos, sin el golfo de sus de-

liciañ, sin el dulce iman de todos sus pensamientos. Dirigida por el cielo ; ha huido del tumulto de un mundo que descargó sobre su alma mil golpes mortales ; se ha retirado como la hija de Jepté á llorar su amargura en el silencio de la soledad , y ahí la teneis diciendo como David su padre en los desiertos de Idumea: *Me alejé huyendo , y vine á parar en los horrores de la soledad mas angustiosa. Ecce elongavi fugiens ; et mansi in solitudine.*

¡Qué penas estas , amables oyentes ! Son icomprensibles como todas las cosas de Jesus y de su santísima Madre. Ninguna inteligencia criada se ha atrevido á hablar de los pesares de esta Virgen dolorosa sin confesar que son inesplicables , inmensos y sobre toda capacidad limitada. Nos dicen los santos Padres que María Santísima herida por la cólera del cielo , y por la fiera de los hombres , huyó de la sociedad humana en el momento en que dejó á su divino Hijo escondido en el sepulcro : que se entregó en los brazos de una noche eterna mil veces mas triste que las de Jacob cuando la memoria de su José devorado por una fiera despedazaba su corazon , mas angustiosa que las de Ana llorando inconsolable la ausencia de su querido Tobías ; mas tormentosa que las de David gimiendo y suspirando por su amado Absalon. Nos la representan desamparada y sin consuelo como Noemi ; desdichada como Rut , afligida como Agar , atribulada como Resa , mucho mas atormentada que Job en su asqueroso muladar , que Jeremías al ver la desolacion de la ciudad santa , que Manasés entre cadenas , y que los israelitas cautivos en Babilonia. Nos dicen que todas las penas , aflicciones , desgracias y miserias que han sufrido todos los mortales son como una gota de agua

á la vista del Océano comparadas con las de María Santísima en su espantosa soledad, concluyendo con escitar la piedad de los fieles en favor de esta Virgen desolada. ¿Pudiera yo deciros mas en el discurso que espera vuestra devocion en este dia? No, señores. Yo unido á los Gerónimos, Crisóstomos, Anselmos, Bernardos y Buenaventuras os diré: que sigamos á esta Virgen en su padecer; que contemplemos la tempestad horrenda que la precipitó en la soledad mas triste y aflictiva que puede imaginarse; que la acompañemos en la noche terrible de su desamparo, y la manifestemos nuestra compasion y ternura. María, Hija, Madre y Esposa de Dios está sola: llora, suspira, sufre y padece hasta lo infinito. Consolémosla con nuestra virtud, y ella nos alcanzará la gracia necesaria para sentir sus aflicciones, y percibir los frutos de estas santas meditaciones. Esto es lo que pide de nosotros nuestra religion santa, esto lo que me propongo alcanzar de vosotros, y esto lo que todos os pedimos, Virgen dolorosísima.

Dirigidnos, Señora y Madre nuestra, una mirada compasiva, y ella sola será bastante para inflamar nuestros corazones, y hacernos sentir vuestras penas, dolores y desconsuelos, con toda la intension de que son capaces vuestros devotos. Concedednos este favor por la ternura con que os recordarnos el feliz momento en que os saludó el ángel diciéndoos:

Ave María.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.

Negras imágenes de la tristeza : cuadros espantosos del terror : horrorosas sombras conductoras de la afliccion , de la amargura y del dolor mas vehemente y acerbo : ¿ podreis ayudarme á formar la descripcion de la noche terrible en que vamos á seguir á la mas triste y desamparada de las madres que han perdido á sus mas queridos hijos ? No : yo os rechazo : porque vuestro influjo es muy limitado : no se estiende mas que á sorprender los sentido , á enervar la imaginacion , á aterrar las almas límidas , débiles , y apocadas , y este no es mi propósito. No es mi objeto el de pasmar y sobrecoger los ánimos con especies aterradoras : intento encender las almas con el fuego de un amor divino que produce la compasion , que fomenta la piedad , nutre las virtudes , y convierte en habitacion de ángeles la tierra santificada por el que la crió y visitó en su misericordia. Escrituras santas dictadas por el espíritu del Dios de la verdad : ¿ podré encontrar en vuestros tesoros ideas que puedan servirme en mi propósito de consolar á esta vírgen angustiada , con nuestra virtud , para que nos alcance la gracia de sentir sus aflicciones y percibir los frutos de los santos ejercicios en que nos ocupamos en estos dias de penas y de dolores ? Estas son las fuentes de agua viva con que nuestro Redentor quiere fecundizar el campo de su Iglesia , y á ellas debemos acudir los fieles. Recurriendo á estos depósitos de la verdad hallo en la ley de Moisés una

zarza que arde sin consumirse ; y ella es una figura de María Santísima coronada de espinas , atormentada de crueles dolores , abrasada con los ardores de su amor divino sin desfallecer , ni morir. Veo á Isaias , que sumido en el fondo de sus meditaciones percibe allá en sueños la existencia de una muger privada de todo consuelo ; y esta muger desamparada es , á no dudarlo , esa Virgen dolorosa. Oigo decir á Jeremías : « ¿ Es posible que la ciudad ínclita de Jerusalen , el emporio y paraíso del Asia , el jardín del Oriente , la Reina del mundo , visitada de los ángeles , y destinada á ser el trono de Dios , la lámpara de la fe y la cuna de la Iglesia , se vea sola , desamparada y envilecida ? ¿ Podrá creerse , que la que se adornaba con un vestido de gloria se vea cubierta de luto llorando amargamente día y noche , sin hallar entre sus amigos quién la consuele ? » y á este cantor de las ruinas de la ciudad magnífica le atormenta la idea de un mar proceloso de sentimientos , de penas y de amarguras , sin poder hallar semejanza para compararlo. Todo esto representa á lo lejos , y como en bosquejo oscuro , la incomprensible amargura en que contemplamos hoy á esta Virgen desamparada en su angustiosa soledad. El eclesiástico se propone estudiar los abismos : contempla en sus profundidades : medita en sus regiones : se pierde y desfallece , y los santos Padres dicen que fue porque presintió el inmenso dolor de esta hija de las gracias. María Santísima es la realidad de estas figuras , y según ellas , su tristeza es mucho mayor que las nociones de la pena y del dolor. Veamos y meditemos.

Sabidos son los trágicos sucesos del Calvario. En su cima padeció crueles tormentos , sufrió burlas é imprope-

rios insolentes; y murió en una cruz afrentosa el Redentor de las naciones. Allí se vió el profeta grande en poder, en sabiduría y en virtud; perdonar desde un patíbulo á sus enemigos, dar el paraíso á un ladrón, su Santísima Madre á san Juan, el precio de su sangre á los pecadores, su espíritu al Eterno Padre, y su cuerpo á José y Nicodemus para que lo pusieran en los brazos de María, y desde ellos lo llevaran al sepulcro. Allí tuvo lugar la tragedia que tenía por increíble Isaias; y allí quedó una sombra misteriosa que llenó de terror y confusión á todo el orbe. Del ensangrentado Gólgota sale el eco de aquella voz omnipotente que se hace oír del cielo y de todas las gentes del universo, para que todos sepan que se han abrazado la justicia y la paz, y que la mansion de los gozos eternos es común á los ángeles y á los hombres. Pero en la montaña misteriosa no quedó el sagrado cuerpo de Jesús: fue arrojado en un sepulcro, como José en la cisterna, como Jónas en el vientre de un monstruo; como Jeremías en la profundidad de un pozo inundo. Jesucristo, que es la verdadera arca de la alianza, queda encerrado en una tumba sepulcral; no con la vara de Aarón, sino con la del poder divino; no con las tablas de la ley, sino con la sabiduría del Padre; no con el maná del cielo, sino con la dulzura de la divinidad. Jesús permanece invisible entre los horrores de un sepulcro... y su afligida Madre vive sin su vida, sin su alma y sin su corazón... Su querido Hijo era un fuego divino que la sostenía en las mas recias tormentas: pero quedó apagado: le falta la luz en sus tinieblas... ya no puede mirar á los ojos que antes la respondían con ternura y con amor... ha quedado entregada á los horrores

de una oscuridad espantosa... ha perdido á su Padre, á su Hijo, á su Esposo y á su Dios; ha determinado huir del que hacia su vida y sus delicias, y ahí la veis en esa devota imagen... Está desamparada; no tiene consuelo; sus penas, su amargura, su dolor y su aflicción la tienen sumergida en un abismo de calamidades indefinible; ha perdido sus facultades intelectuales; solamente le ha quedado espedita la memoria, y este es el cruel enemigo que la martiriza. Se halla retirada como paloma herida en el nido del cenáculo que habia sido el santuario en que su amantísimo Hijo instituyó el misterio mas grande de su amor. ¿Qué imágenes tan tristes debieron martirizarla en esta soledad angustiosísima! Yo no puedo indicároslas: pero precisado á hablaros de ellas, forzoso es que me inspireis, Virgen sacratísima. Hemos seguido los sentimientos de vuestro corazón en los dolorosos pasos en que os puso la divina Providencia, y ayudados con vuestra gracia hemos llegado hasta veros *sola* en el cenáculo, sin vuestro hijo, y esposo. Nosotros os contemplamos, contemplando las sangrientas escenas que medita la Iglesia en la grande semana de los cristianos: pero devorada con recuerdos atroces, con memorias funestas, con ideas tristes y martirizantes. ¿No es verdad que en vuestra soledad trisísima os encontrásteis asaltada de todas las memorias de los pasos y portentos de vuestro divino Hijo? ¿No es cierto, que apartada de la sociedad humana, y *sola* en el horroroso silencio de vuestra terrible noche, fuisteis el punto en que se han reunido los dolores, penas y aflicciones de todos los siglos; y que hallándose en vuestra alma la Cruz de nuestro Redentor con toda su amargura, sois la mas triste y

afligida de todas las criaturas. ? Así es: y nosotros todos confesamos que si vuestro Santísimo Hijo apuró el cáliz de la ira del Padre; vos, Madre afligida, gustais en vuestra triste soledad hasta las heces de la hiel que destila la ponzoñosa fiera del pecado. Por alejarla del mundo, estais sufriendo la tristeza mas angustiosa, y los dolores que os han merecido ser la Corredentora de los hombres, y todos os damos gracias por los favores que habeis hecho á los que vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Os debemos lágrimas inapreciables, dolores sin término, suspiros profundos capaces de inflamar nuestros corazones, y de encenderlos con las llamas del amor que perdona, purifica, y atrae las misericordias eternas sobre los que las necesitan; y solo nos falta alma para sentir, corazon para agradecer, voluntad eficaz para amar á nuestro Dios en medio de la tribulacion, como nos lo enseñais prácticamente. Arrojad un rayo de luz sobre mi alma y las de mis oyentes, y con él yo podré continuar hablando, y los que me escuchan podrán aprovecharse de vuestras enseñanzas y ejemplos en los tiempos de vuestra tribulacion y penuria.

No es otro el objeto de este discurso, amados míos. Nuestra religion así lo quieré: todo cuanto nos rodea en este santo templo así lo predica: nuestra misma conciencia así lo reclama; nuestra salvacion así lo exige, y esa Virgen dolorosísima ¿en qué otra cosa puede encontrar consuelo? Ofrezcámoselo imitándola en su paciencia, en su resignacion con la voluntad divina y en las virtudes que manifestó en su tristísima y angustiosa soledad. Su pena al verse sin Hijo fue la mas atroz que puede imaginarse. Habia vivido con él como una esposa que descansa al lado de

su esposo : jamás habia abandonado á su Jesus divino: siempre lo siguió con constancia y amor en sus gozos y en sus sentimientos: en su santísima pasión y muerte, en su entierro.... en todas partes se halló esta Madre amorosa con el amado de su alma : en todas le hizo compañía : no sabia estar sin él.... pero ahora echa la vista por todos los lados y no lo encuentra.... Se ve sola sin el Dios de su alma.... el sepulcro es la imágen que la ocupa. «O dichosa mansion; diria suspirando! Allí está mi Hijo y mi Dios; allí se encuentran mi vida, mi gracia, mi gloria y mi todo, y hácia allí se inclina mi alma. Yo no puedo vivir sin la sombra de mi Unigénito, sin su virtud infinita, sin el poder y bondad que imprime en los corazones que lo aman.» ¡Qué ideas estas tan profundas! ¡Qué pensamientos tan tormentosos y martirizantes para una Madre privada de un Hijo-Dios, desamparada del cielo y ocupada en sacar de su alma misma sus mas crueles enemigos! Porque ¿no lo eran su amor, su memoria, su caridad, y todas sus virtudes? ¿Cuál de ellas no aumentaba sus penas y aflicciones en la negra noche de su soledad y desconsuelo? Aquí perdiendo el rumbo de idas adecuadas los santos Padres, hacen hablar y decir á esta Virgen atribulada. «Solo vos, Dios eterno, conoceis mi amargura. Yo ya no soy la muger feliz que adoré á vuestro Hijo en Belen mostrándolo á los pastores y á los reyes para que lo reconociesen por su Dios y Señor. No soy la que en las bodas de Caná de Galilea le hice hacer el primer milagro que confirmó en la fe á sus discípulos, ni la que fue el objeto de las alabanzas de la muger que dijo: Bienaventurada la que te crió á sus pechos. He perdido la luz de mis ojos... No veo al mi Jesus divino.... ha desapa-

recido de mi vista... mis penas me conducen á un desfallecimiento que no alcanzo á espresar.... mi alma se confundió... no me es posible vivir en tanta amargura, ni respirar sin el Hijo de mi alma, sin el objeto de mi amor, sin el que me da la vida y llena mi corazón. Justos lamentos, penas motivadas, aflicciones conformes con el amor de María Santísima, eran los que esta Virgen llena de tristeza se dirigía á sí misma para nutrir el dolor que oprimía su alma en su espantosa soledad. Porque si fue justo que Samuel llorase amargamente en la muerte de Saul; que José sintiese tanto la muerte de su padre Jacob, y David la de su hijo Absalon... Si el mismo Jesucristo dió un grito de dolor sobre el sepulcro de Lázaro: ¿qué no debería hacer esta Madre de la divina gracia alejada de la vista vivificante de un Dios Hijo suyo, á quien contemplaba encerrado en un sepulcro pagando un tributo ignominioso á la muerte que lo quitó el número de los vivientes? ¿Qué no debería sufrir esta Virgen en la terrible noche de su soledad viendo marchita la flor de los campos, seca la fuente de aguas vivas, eclipsado el sol de justicia, oscurecido el espejo del eterno Padre y muerto el que da la vida á todo el mundo? Ninguna capacidad criada es capaz de contestarnos y decirnos lo que padeció esta Virgen santa en su penosa y angustiada soledad. En ella se renovaron todos los dolores que sufrió en la pasión y muerte de su santísimo Hijo. Sobre sus llagas abiertas, imprimió el sepulcro de su amado otras nuevas tan insanables como las de los golpes mortales con que el Omnipotente descarga su cólera en su furor é indignación. La misma Virgen repitió mil veces en su triste soledad lo que por ella escribió Isaías,

Me ha desamparado el Señor. El Señor se ha olvidado de mí: *Dereliquit me Dominus: Dominus oblitus est mei.* ¿Y pudo haber mayor tormento, pesar mas grande, ni dolor mas acerbo para esta Madre tierna y compasiva? Desamparada de Dios; olvidada del Señor; apartada de su Hijo y entregada en los brazos de una noche horrorosa sin otra accion que la de la memoria de terribles y funestos recuerdos, no es posible, que siendo como somos tan carnales y terrenos, comprendamos lo que en este lance tremendo sufrió y padeció esta afligidísima Señora. Sin embargo, amables oyentes, no nos está cerrada la puerta de la inteligencia en esta materia sublime, superior á la comprension humana. Aun podemos con las luces de la fe y con la virtud de la gracia poseer los conocimientos suficientes para sentir las penas, dolores y aflicciones de esta Virgen, y atraer sobre nuestras almas las virtudes que deben adornarlas. Imitemos á esta Reina de todos los santos: contemplemos como ella los misterios de nuestra redencion: apuremos, conforme á nuestro estado, el amargo cáliz que propina el cielo á los que llama para sí: destruyamos con los padecimientos y con la virtud de la cruz la infeccion del pecado que habita en nuestros miembros, segun san Pablo; ocúpese nuestra memoria en presentar los sucesos del Calvario y los incomprensibles dolores de esta Virgen; acudamos á ella para que nos alcance el don de inteligencia en los misterios de nuestra redencion, y de creer es, que su piedad se ejercitará en favor nuestro haciéndonos sensibles y compasivos, amantes de su Santísimo Hijo y devotos de una Madre tan encendida en caridad, que no piensa mas que en alcanzar gracias para todos los que se compa-

decen de sus penas y dolores, y la consuelan en su angustiosa soledad. En ella estan reconcentrados todos sus pesares; en su triste cuadro estan vivos y patentes todos sus dolores: allí ve la suma total de sus amarguras y aflicciones: se halla en lo mas profundo del mar furioso en que la contemplaron los profetas, y la consideraron los santos Padres, y allí es en donde debemos mirarla nosotros con los ojos de una fe compasiva, para que se hagan sensibles nuestros corazones, y se alimenten nuestras almas con las especies que pueden llevar á ellas la virtud y la perfeccion. Esta es la verdad que hoy os presenta el cielo para vuestro bien: contiene un manantial fecundo de gracias y misericordias: es la que puede hacernos verdaderos devotos de esta Virgen y hacernos hijos dignos del Padre celestial. Os la he propuesto del modo que he podido, y Dios quiera que tenga su asiento en vuestras almas para que unidos en ternura y compasion con esta Virgen atribulada merecais como ella la gracia que la hizo tan aceptá y agradable á los ojos del Señor, y seais trofeos de la cruz de Jesucristo encerrado en un sepulcro para que los fieles sepulten en la penitencia los resabios del hombre viejo, y se cubran con los vestidos de la inmortalidad de que nos habla el Apostol de las gentes.

Sea este, tristísima Virgen María, el efecto de los santos ejercicios en que os contemplamos agoviada de pena y amargura en vuestra dolorosa soledad. Ya queda vuestro Santísimo Hijo sepultado, y vos os veis *sola* sin la luz de vuestros ojos, y sin la vida de vuestro corazon. Los ángeles del cielo os acompañen, que á nosotros nos pesa de haberos causado tantas aflicciones con nuestras cul-

pas y pecados. Hemos quitado con nuestra maldad la vida á vuestro precioso Hijo, y á vos todo el gozo y consuelo de que sois digna: pero todos nos postramos á sus pies pidiendo misericordia. En vuestra piedad confiamos. Por los mismos dolores que os hemos ocasionado esperamos el perdón, la gracia y la gloria que facilitais á los devotos que os aman y desean acompañaros por eternidad de eternidades en la patria de los gozos eternos que á todos deseo. Amen.

A. M.

DIA IX.

SOBRE LOS FRUTOS DE ESTE SANTO NOVENARIO.

No debemos olvidar los dolores de Maria Santísima para que se perfeccione en nosotros la gracia y la bendición.

Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.

De los dolores de tu Madre no te olvides.

ECCLÉS., c. 7, v. 29.

Estamos, amables oyentes, en el último día del solemne novenario en que la piedad cristiana se ha propuesto meditar los inmensos dolores de esta Virgen inocente. Quiera el cielo conservar en nuestras almas los buenos pensamientos que en ellas han escitado los sabios y celosos predicadores que con tan vivos colores han pintado las penas y aflicciones de esta Raquel divina, oprimida de dolor por la desgracia de sus hijos. Sean para nosotros los santos ejercicios en que nos hemos ocupado un antídoto seguro contra el pecado, un manantial fecundo de virtudes, el principio de una vida santa modelada por el Evangelio. Pro-

duzcan en nuestros corazones los desconsuelos y desamparos de esta Virgen dolerosa una compasión filial que reforme nuestras costumbres, que nos encienda en amor divino, y aleje la maldad y el crimen de nuestras almas. De este modo aparecerá brillante la verdad infalible de que la contemplacion continua y constante de los dolores de esta Virgen desolada, es la mas á propósito para fortalecernos y consolarnos en medio de las aguas amargas de la tribulacion: veremos todos que ella es capaz de sostenernos victoriosos y triunfantes en la lid del cristianismo; de atraer sobre nosotros las bendiciones del Padre de las misericordias; de hacer que no temamos los estragos de la divina justicia, y de alentarnos para poder decir: «Verdad es que hay un Dios de venganza que inundó con el diluvio universal toda la tierra: que redujo á cenizas las ciudades nefandas: que sumergió en el mar á Faraon y á su ejército; que quitó la corona á Saul, y llenó de lepra á María, la hermana de Moisés; pero desde que padecieron Jesus y María por nosotros, no tenemos por qué temer. La justicia fue clavada en la Cruz, como Sisara en la tierra con el clavo de Jael. Jesucristo es el divino Aod, vencedor glorioso del rey Eglon: usa ya de ambas manos, como aquel caudillo del pueblo santo, para perdonar: es todo piedad, dulzura y misericordia: su reinado es el de la paz que no tendrá fin, segun lo anunció Isaías: es mas condescendiente con su Madre que Salomon con la suya, á quien nada podia negar: ha depositado en ella los tesoros de su pasion y muerte: de su piedad pende nuestra dicha: es nuestra Madre por disposicion divina, y á su lado, no tenemos males que temer; sí bienes inmensos que esperar.»

Los que así discurren, son sin duda inspirados por la gracia, y dirigidos por una piedad ilustrada con las luces de la fe en que viven las almas justas. En ella quisiera yo fortificaros para vuestra dicha y ventura, asegurándoos que esta Madre amantísima de los pecadores quiere ayudarnos, protegernos y llenarnos de beneficios: pero con la condicion natural y justa de imitarla en sus virtudes, de acompañarla en sus penas y aflicciones, de meditar sus acerbos dolores, de no olvidar jamás los gemidos de tan amable Madre, como nos lo encarga el Espíritu Santo por el Sabio. *Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.*

¿Quereis continuar meditando los dolores de esta Virgen afligida, segun el espíritu de la Iglesia, seguros de que este es el medio mas á propósito para conseguir la gracia y la gloria? ¿Deseais vencer y triunfar de los enemigos de vuestras almas para acompañar eternamente al Dios que hace la felicidad de cuantos lo miran en la patria de los gozos sempiternos? Pues acercaos á esa Madre angustiadísima, y aseguradle que no se reducirá vuestra devocion á sus misterios dolorosos, al tiempo que ha durado este santo Novenario, sino que se estenderá al resto del año con firme propósito de detestar vuestras culpas, y precaver las venideras. Interesaos en la continua meditacion de los dolores de esta Madre llena de amargura: pues que para facilitárosela me propongo epilogar y reasumir en este discurso todo lo que se os ha predicado en estos dias. *No olvides los gemidos y dolores de tu Madre para que se perfeccione en tí la gracia y la bendicion*, dice la Escritura santa. Esto mismo os diré yo para que los frutos de tan piadosas meditaciones sean los que intenta la Iglesia

al celebrar con tanta solemnidad los padecimientos de Jesús y los dolores de su amada Madre.

Que todo ceda en honra y gloria de vuestro Santísimo Hijo y alabanza vuestra, Virgen dolorosísima. Que todos al contemplar vuestros dolores contemplen también los de nuestro Redentor y Maestro, para que colocados entre el Dios de la piedad y la Madre de misericordia, no declinemos á la derecha ni á la izquierda de la ley santa del Señor, y seamos gloriosos trofeos de la Cruz en que se ajustaron las paces con el cielo. Esto, Señora, os pedimos con lágrimas de ternura diciéndoos con el ángel:

Ave María.

Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.

Que los fieles deben ocuparse en la devota consideración de los dolores de la Reina de los mártires, teniendo presentes los testimonios de las santas Escrituras que los comprueban, los dichos de los santos Padres que los testifican, y las consideraciones de los varones piadosos y oradores sagrados que los ponderan, es una verdad que tiene su asiento en las entrañas de nuestra religión, en los corazones de los devotos de esta Virgen, y en todas las almas sensibles á los gritos de la naturaleza humana. Los santos

Padres y doctores puestos en la iglesia de Dios para dirigir á los fieles con las luces del Espíritu Santo; dicen que en esta Virgen dolorosa tienen los cristianos una escuela práctica en que se enseña la virtud, y se hace aborrecible el vicio; un faro luminoso que nos muestra las bellezas de nuestra religion adorable, los encantos de la rectitud, los consuelos de la gracia, y las delicias interiores en que se inundan las almas justas: una guia tan segura, que el que la sigue no hierra; que el que la mira, acierta, y que el que no la deja, se salva y no perece, como lo dice mi padre san Bernardo. Pero cuidado con tener presente, que para que esto sea así en nosotros, es necesario que demos un asenso formal á la divina gracia que nos llama y escita á una conversion perfecta hacia el bien inmutable, y nos inspira la idea saludable de imitar á esta Reina de las virtudes que en sus penas, dolores y desconsuelos adoraba la mano del Dios que la atribulaba, y aumentaba sus méritos de un modo propio de su incomprensible santidad. Esta Virgen admirable conocia que su Santísimo Hijo habia venido al mundo para salvar y redimir á los hombres á costa de los mayores dolores, afrentas y aflicciones; y como se propuso seguirlo en todo, pidió y obtuvo del Padre celestial los dolores, las penas, los desconsuelos y desamparos necesarios para ser en este valle de lágrimas lo que deben ser; unas nuevas criaturas renovadas con el espíritu del Señor, como lo dice san Pablo. Esto es lo que intenta manifestarnos el Espíritu Santo al decirnos, que no olvidemos los gemidos de nuestra Madre, sino que tengamos presentes sus padecimientos para que se perfeccione en nosotros la propiciacion y la misericordia de Dios; y tenga entero cum-

plimiento en nuestras almas la bendición y la gracia. Seámos, pues, constantes y consiguientes en nuestra devoción; meditemos continuamente los pesares de esta Virgen; y para que nuestras meditaciones sean fáciles, formémos un resúmen de todo lo que han dicho los predicadores evangélicos, y consideremos

Que cuando esta Virgen purísima rebosaba en gozo por ver que su Santísimo Hijo era reconocido por el Salvador de las gentes, y que se celebraba con himnos de júbilo y cánticos de alegría su divinidad, fue cuando el Dios de la Providencia la abismó en un mar de amargura de que no salió hasta que pasó de esta vida mortal á la eterna. Bien sabeis que despues que el santo Simeon bendijo en el templo á la sagrada Familia, se dirigió á nuestra Señora y la dijo: «Vuestra alma será traspasada con la espada del mas agudo dolor; porque vuestro Hijo será afligido por la mano de Dios, y por la malicia de los hombres: lo prenderán como á un facineroso; lo azotarán con feroz crueldad; lo coronarán de espinas; lo condenarán á muerte; lo crucificarán; morirá en el árbol ignominioso reputado por un malvado, y sus ultrajes, dolores y pesares serán para vos otros tantos cuchillos que se clavarán en vuestro pecho.» Este es el primer dolor de que se os ha hablado; él es como el suelo y la base de todos los dolores de esta Virgen nacida para sufrir y padecer. Ella fué un prodigio de amor divino, y los dolores de su amado los sintió con tal vehemencia, que no solo fue mártir, sino la Reina de todos los mártires, como la llama la Iglesia. En la dolorosa profecía de Simeon vió esta Virgen afligida el cáliz amargo que le tenia preparado el que por redimírnos no

perdonó á su propio Hijo: la fe le mostraba á su precioso Jesus hecho un varon de dolores y de peor condicion, que un leproso, como lo vió Isafas; el mas acerbo dolor fue desde entonces el pan con que alimentaba su alma esta Madre destinada á ser una copia exacta de Jesucristo. El Hijo del Altísimo, reclinado en el pesebre de Belen, se ensayó para la Cruz: Maria Santísima en las palabras de un justo poseido por el Espíritu Santo, escuchó la voz del cielo que le decia: tu destino es el de ser impresionada como Jesus, el de recibir en tu alma los golpes que el Omnipotente va á descargar sobre el amado de tu corazón. ¿Cuáles serian en este caso sus penas y aflicciones? Inmensas como las de su Hijo adorado. ¿Y cómo se condujo esta Virgen dolorosa en el mar de amargura en que la arrojó el Dios que la afligia porque la amaba? Se portó en sus dolores, desconsuelos y desamparos, alabando, bendiciendo y glorificando al Dios que no da su gracia ni su gloria sino al que sufre y padece en esta vida, como padeció el Redentor y Maestro de todas las gentes del Universo. Padeció hasta lo infinito repitiendo aquel *Fiat mihi secundum verbum tuum* que forma el carácter perfectísimo de esta Virgen; y esto es lo que todos deberíamos tener presente y meditar de continuo para recoger los mas ópimos frutos de estas santas contemplaciones. No las dejemos, seguros de que en ellas está nuestra felicidad, y la esperiencia nos demostrará que los santos Padres y los predicadores evangélicos han sido inspirados por el cielo al hablarnos de esta materia. Traigamos á la memoria los temores, sobresaltos, sustos y padecimientos de esta Virgen, cuando sabiendo que un usurpador del trono de Israel habia formado el pro-

yecto de quitar la vida á Jesus, tuvo que huir con él á Egipto para salvarlo. Reflexionemos sobre las inquietudes de esta Madre, la mas tierna y amorosa en el terrible lance de haber perdido al Dios de su alma, y convenzámolos de que sin conocer la ternura, el ardor y la perfeccion de su corazon, nos es imposible comprender lo que padeció al verse sin su Santísimo Hijo. No olvidemos los gemidos y dolores de esta Madre afligida por nosotros, para que se perfeccione en nosotros la propiciacion y tenga entero cumplimiento en nuestras almas la bendicion y la gracia. Su alma está traspasada de dolor con la cruel profecía del santo Simeon; pero entendamos que á proporcion del desarrollo y realizacion de las palabras proféticas de aquel varon justo, se aumentan los dolores de esta Virgen hasta un punto tan prodigioso, que ni aun las capacidades angélicas han podido comprender la intension de sus penas, de sus dolores y desconuelos. Sigamos á esta sabia Tecuites en sus pasos dolorosos, y para contemplar con provecho sus amarguras, recordemos lo que se nos ha dicho de lo que padeció en la calle de la Amargura, en la crucifixion de su Santísimo Hijo, y al pie de la Cruz en que fue atormentado y muerto el Redentor del mundo... Pero ¡con cuánta razon se nos ha advertido que la piedad y sola la piedad animada por la gracia, es la que puede dirigirnos é inspirarnos para poder llegar á la altura de un conocimiento capaz de interesarnos en los dolores de esta Virgen, y de unirnos con ella en los dias de su mayor afliccion! No hay imágenes, no se encuentran símiles, no llega la voz del hombre para explicar lo que padeció esta Virgen angustiada cuando encontró herido, maltratado y sin figura de

hombre al Hijo de su amor, caído en tierra con el peso de la Cruz en qué habria de ser sacrificado: cuando lo vió crucificar con la mayor crueldad, y cuando firme y constante al pie del árbol maldito, vió á su Jesus divino abandonado del Eterno Padre, entregado en manos de sus feroces enemigos, y hecho el varon de dolores que se manifestó al Profeta, dar el último suspiro, y morir á la violencia de los tormentos mas atroces. La acerbidad de estas penas ni aun el discípulo amado, testamentario y albacea de nuestro Redentor, se atrevió á esplicarla. Se contentó con decir que *estaba junto á la cruz de Jesus su misma Madre*, dejando á Dios el revelar á las almas contemplativas la significacion de estas palabras misteriosas. Escitemos, pues, nuestra piedad; humillémonos delante del Señor; pidamos y supliquemos á esta divina Madre, y nuestras almas serán iluminadas con las luces celestiales que se han comunicado á los devotos de esta Virgen dolorosa, sin la que no hay salvacion, gracia ni gloria para los hombres, como lo sienten y predicán los santos Padres.

Y si la piedad cristiana es la única escuela en qua se puede aprender lo que padeció esta Virgen atribulada en la calle de la Amargura, en la crucifixion de su amado; y al pie de la cruz en qué lo vió sufrir, padecer y morir afrentosamente: ¿podrá haber otra en que se nos muestre lo que padeció esta Madre de Jesus y nuestra, cuando lo tuvo difunto en sus brazos; cuando lo entregó para que lo sepultasen; y cuando dejándolo enterrado, se apartó de los hombres para sentir de nuevo las penas y aflicciones mas desolantes en su espantosa soledad? ¡Ay, señores! Dios y aquellos á quienes él quiera revelarlo podrán decirnos *cómo* y

cuánto padeció María Santísima en los días de su mayor pena y dolor. Yo usando el lenguaje de los santos Padres os diré, que accediendo el Eterno Padre á los deseos de esta Virgen santa determinó no solo que consintiese en la muerte de su divino Hijo para que tuviese efecto la redención del mundo, sino que quiso además, que ella misma presenciase el sangriento sacrificio de su Jesus adorado; que lo viese con sus propios ojos exhausto de fuerzas y de sangre, sucumbir bajo la fuerza de los tormentos mas atroces; que lo mirase levantado en la cruz; ultrajado en la cruz; muerto en fin en la cruz, en medio de dos ladrones. Ni aun el Omnipotente limitó sus miras á que no hubiese en Jesu-
cristo llaga, tormento, pena ó dolor que su Santísima Madre no padeciese en su bendita alma, sino que concluida la pasión del Redentor, aun prolongó indefinidamente la de esta Virgen dolorosa disponiendo que fuese atormentada con cuchillos tan agudos y dolores tan acerbos, que es para confundirse el solo pensar en ellos. Con razón es llamada esta Virgen dolorosa la Reina de los mártires, porque padeció ella sola infinitamente mas que todos los que han padecido y pueden padecer en esta vida. No hay tiempo para detenernos en una descripción minuciosa de lo que pasó en el corazón de esta Madre afligidísima mientras vió á su divino Hijo en el Calvario; cuando lo tuvo difunto en sus brazos; cuando lo entregó á José y á Nicodemus para llevarlo al sepulcro; y cuando transida de amargura se entregó en los brazos de la soledad mas espantosa. Los santos Padres al querer hablar de tanta pena y dolor, se asombran; se admiran; recurren al cielo; meditan; y dejan á la piedad que avance á donde no puede llegar la voz del

hombre. Esto mismo han hecho los celosos ministros que se han encargado de hablarnos de los dolores de esta Virgen. Todos se han asombrado á la vista de la inmensidad; se han detenido al ver delante de sí aflicciones superiores á su inteligencia: se han esmerado en hacer sensibles las penas y amarguras de esta Madre de dolor: pero despues de decir todo cuanto pudieron decirnos: ¿no han confesado su incapacidad, su flaqueza y su impotencia para hablar de los dolores de María Santísima con la propiedad y grandeza correspondientes? ¿Ha habido, hay ni puede haber hombre por sublime, sabio y santo que él sea, capaz de esplicarnos la intension y gravedad de los dolores que martirizaron á esa Virgen dolorosa al ver sufrir, padecer y morir á su divino Hijo: al tenerlo difunto en sus brazos, y al llorarlo en su soledad tristísima? No nos cansemos. Esto es sobre las fuerzas humanas: hay que dejarlo á la piedad, á la contemplacion, á la gracia, y á la sabiduría, bondad y misericordia del Eterno Padre, que es el que se comunica á las almas en la oracion, el que las inspira y revela verdades superiores á nuestra naturaleza, y el que reparte sus dones segun su voluntad. Recojámonos pues, en lo mas interior de nuestro corazon; humillémonos delante del Señor y de su Santísima Madre, y esperemos de la divina clemencia las luces necesarias para meditar de continuo en los misterios dolorosos de esta Virgen con provecho de nuestras almas.

Por lo pronto á todos los cristianos dice el Espíritu Santo que no olviden los gemidos y dolores de su Madre; que mediten sobre la ley santa del Señor para no pecar; que en la pasion y muerte de nuestro Redentor y de su Santísima Madre tenemos el remedio de nuestros males y un manan-

tial de soberanos consuelos capaces de hacer dulces y agradables las penas, trabajos y aflicciones de esta vida. Porque ¿hay, ni puede haber en nosotros desgracias, calamidades y miserias comparables con las de esta Virgen dolorosa? Si nos han robado ó usurpado la hacienda, á María Santísima le quitaron el Hijo en que estaban encerradas todas las riquezas divinas. Si han vulnerado nuestro honor nos han afeado con imposturas, y afrentado con calumnias: esta Virgen adorable tiene un Hijo que es la misma inocencia, crucificado por revoltoso, y vilipendiado hasta el extremo de posponerlo al facineroso Barrabás. Si perdemos los padres, los hijos, los esposos ó las personas de nuestro mayor cariño y aprecio: María Santísima quedó sin Padre, sin Hijo, sin su Esposo, sin su Dios, y sin todo lo mas amable que hay en los cielos y en la tierra. Si padecemos enfermedades, nos hallamos cubiertos de llagas, y nos atribulan el hambre, la sed, la pobreza y los dolores mayores; esta Madre afligida se ve repleta con todas las llagas de su divino Hijo, imposibilitada para aliviarlo en la sed ardiente que sufrió en la cruz, hecha el cuadro mas lastimoso que puede imaginarse, como se nos ha hecho ver en este santo Novenario. No hay dolor, no hay calamidad, no hay miseria ni gracia que no haya atormentado á esta Virgen dolorosa; y eso que fue inocentísima y la mas perfecta criatura que salió de las manos de Dios. En sus penas, dolores y aflicciones fue el ejemplar y modelo de todas las virtudes que forman la santidad y perfección cristiana. Ella nos enseña el camino que debemos seguir y nos ofrece la gracia que todo lo puede y facilita: debemos pues llenar nuestro corazón de una santa tranquilidad y consuelo con-

siderando en los trabajos que tengamos, que Dios nos trata como á su Santísima Madre para santificarnos y perfeccionar nuestra virtud, como lo dice el Apóstol: Padeciendo y sufriendo con el espíritu de María Santísima podemos contar con las recompensas eternas, y llonarnos de gozo con la esperanza de seguir á esta Virgen en sus dolicias, como la hemos seguido en sus tribulaciones. No hay otro medio de salvacion. El mismo Dios tiene dicho que *no será coronado, sino el que hubiese peleado con fortaleza*. En los dolores de esta Madre piadosísima tenemos sus hijos un caudal para pagar nuestras deudas, un repuesto de merecimientos en que afianzar nuestras esperanzas. Esta Virgen inocente sin la menor sombra de pecado, á imitacion de su divino Hijo, no padeció para sí, sino para nuestro beneficio, para nuestro bien, para nuestra perfeccion. Con que ensanchemos nuestros corazones, y convenzámonos de que en sus dolores tenemos nuestro consuelo, nuestra dicha, y nuestra felicidad. Meditemos de continuo en las penas y desamparos de esta Virgen dolorosa: *no olvidemos los gemidos de nuestra amorosísima Madre para que se perfeccione en nosotros la bendicion y la gracia*, como lo dice el Espíritu Santo, y contemos con que de este modo Dios nos purificará en su misericordia, y hará que los frutos de este santo Novenario sean los que intenta la Iglesia al aprobar y promover la devocion de los fieles á los misterios dolorosos de esta Virgen angustiada. Nada mas podemos desear y pedir.

Madre dolorosísima: yo he prescindido de la elocuencia humana al hablar de vuestras penas y aflicciones en los dias de vuestra amargura. Dad, Señora, con la gracia que

esperan de Vos los devotos que os acompañan en vuestros dolores, la inteligencia necesaria para contemplaros en el mar amargo de tribulaciones en que os puso la divina Providencia, y no apartéis vuestros ojos compasivos de los que os pedimos la gracia de conversion y penitencia que hace santos de pecadores; el don de la perseverancia en vuestro santo servicio, y una resolucion firme, perpetua y permanente de meditar vuestros misterios dolorosos; para que unidos siempre con Vos en los pesares y aflicciones que atribularon vuestra santísima alma logremos los frutos del amor y ternura que perciben en la gloria los que con vuestra proteccion saben ser hijos vuestros en la tierra. Amen.

A. M.

OCTAVARIO

EN HONOR DEL SANTISIMO SACRAMENTO,

APLICABLE TAMBIEN

AL SANTISIMO CORAZON DE JESUS.

DIA I.

*Amor grande é incomparable del Corazon de Jesus
en quedarse con nosotros en el augusto Sacramento.*

*Cum dilexisset suos qui erant in mundo
in finem dilexit eos.*

Habiendo amado Jesus á los suyos que
estaban en este mundo, en el fin los
amó mas.

JOAN., CAP. 13.

Para manifestar Moisés á los israelitas la gran felicidad que los habia tocado en ser el pueblo predilecto y escogido de Dios, los decia: — «Que no habia otra nacion por grande y temible que fuese, que tuviese á sus dioses en medio de ella y la tratasen tan familiarmente como el Dios Todopoderoso, único verdadero y Señor de cielos y

tierra, trataba y comunicaba con ellos. ¿Qué podremos decir hoy los ministros de Dios, ni cómo acertaremos á manifestar la dicha del pueblo cristiano, en el que está, no ya un arca misteriosa en la que Dios obra prodigios; no ya los símbolos, las representaciones y figuras, sino el mismo Dios real y verdaderamente presente, que quiso quedarse en ese augusto y adorable Sacramento y habitar con nosotros hasta la consumacion de los siglos? Irritado el Señor por el pecado del hombre, le escluyó de su herencia y le cerró las puertas de su gloria. Pero en medio de su justicia se acordó de su piedad y misericordia, y á pesar de la multitud de pecados con que los hijos de los hombres le habian ultrajado y provocado sus venganzas, cuando llegó la plenitud de los tiempos al tiempo señalado en los consejos eternos, se obró la salud en medio de la tierra; envió al mundo á su mismo Hijo para que reconciliase al mundo con Dios y borrarse el decreto de condenacion, lavándole y limpiándole con su preciosísima sangre. Este Hijo de Dios, igual al Padre y consustancial con el Padre, vino al mundo tomando la naturaleza humana en las entrañas de una Virgen, y amó tanto á los hombres, que despues de manifestarnos el objeto grandioso de su venida; despues de haber anunciado la nueva ley de gracia y de salud, dió la vida por ellos, los amó entrañablemente durante el curso de su vida; pero en los momentos últimos, cuando era llegado el término y tenia que volver al Padre, los amó mas y dió la prueba más ostensible de su amor, agotando para esto, si nos es lícito explicarnos así, los esfuerzos de su omnipotencia: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo; in finem dilexit eos.* Los

desprecios y ultrajes que recibió de los hombres; tejos de entibiar su amor, inflamaron mas y mas su divino corazón, y en los momentos antes de empezar á padecer, cuando no podía menos de atormentarle el pensamiento de la escena sangrienta y horrorosa por la que se le había de hacer pasar; cuando se presentaban á su imaginacion y veía tan de cerca el horrible aparato de tantos suplicios y la muerte de mas ignominia y afrenta, como si nada de esto le tocase personalmente, se olvida de sí mismo y solo piensa en satisfacer al amor que tiene á los hombres y consolarse de su ausencia. En el tiempo en que las amistades mas estrechas desaparecen, los vínculos mas fuertes se rompen, los afectos mas fervorosos se apagan; y la naturaleza aterrada con el miedo de la muerte se olvida de todo y se reconcentra en sí misma, el amor del Corazon de Jesus, mas fuerte que la muerte, se inflama y enardece mas, y entonces manifesta y pone en ejecucion los consejos admirables de su bondad infinita; se queda con nosotros en el augusto Sacramento del altar, nos deja como prenda de su amor su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Jesus está con nosotros....

Sí, hermanos míos, bajo esos accidentes de pan se cubre la Magestad del mismo Dios por quien se criaron los cielos y la tierra. La fe nos lo enseña, y vosotros lo creéis, y en prueba de vuestra fe y de vuestra gratitud; y á tan incomparable beneficios, ofreceis estos cultos y celebrais con tanta pompa estas solemnidades, porque nada hay que no sea de Dios, ni nada mas digno que ofrecerlo todo á nuestro Dios. Venid; pues, y adoremos á nuestro Dios, ofrezcámosle nuestros respetos y manifestémosle

nuestra gratitud siempre ; pero en estos días hagamos una pública ostentacion de nuestra fe y de nuestro culto ; dediquémonos esclusivamente á honrarle , á meditar sus grandezas y maravillas , y congratularnos de nuestra dicha y felicidad .

Jesús está con nosotros. Ved lo que he resuelto ofrecer á vuestra contemplacion en este dia. La verdad augusta en que se fundan nuestros cultos, el misterio adorable que creemos y confesamos en el Sacramento de nuestros altares, lo que reconocemos por la fe en esa hostia consagrada ante cuya presencia nos postramos, y lo que nos manifiesta el amor grande é incomparable del Corazón de Jesús.

Dignaos, Señor, poner en mis labios palabras de salud y de vida , y mover interiormente nuestros corazones para que, al paso que reconocemos vuestro amor , nos resolvamos á corresponderos como mereceis y como conviene para nuestra dicha. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra santísima Madre , á quien decimos con el ángel :

Ave María:

Cum dilexisset :

Las pruebas del verdadero amor son las obras. Cuando el amor es verdadero, dice el padre S. Gregorio, obra cosas grandes ; pero si rehusa obrar, no es amor verda-

dero. Es propio del amor vencer obstáculos y dificultades; y como el amor de Jesus á los hombres era verdadero y su poder infinito, obró cosas grandes, prodigios admirables y propios solamente de su omnipotencia, para que no pudiésemos dudar del exceso de su amor. Trastornó las leyes de la naturaleza, obró un sinnúmero de milagros para obrar el milagro de los milagros, como llama mi angélico doctor Santo Tomás á la transustanciacion ó conversion total de la sustancia del pan y del vino en cuerpo y sangre de Jesucristo para quedarse con nosotros y unirse intimamente á nosotros en ese augusto Sacramento. ¿El obrar tantos prodigios y apurar de tal modo los esfuerzos de su omnipotencia para lograr el deseo de estar con nosotros, no es una prueba de su amor y de que el amor del divino Corazon de Jesus es grande y verdadero?

Pero aun es poco ejercer su poder en las cosas criadas y obligarlas á ceder de su curso ordinario obrando maravillas: que ninguna criatura puede obrar ni comprender, ejerció tambien su poder en sí mismo, se redujo, se estrechó, se anonadó en cierto modo, obligándose á tomar un sér sacramental, usó de la fuerza omnipotente de su brazo para reducirse á los estrechos límites de una hostia. La inmensidad divina, reducida á unos límites tan estrechos, ¿no nos manifiesta bien las dimensiones infinitas de su amor, puesto que todo lo hizo por quedarse con nosotros? ¿No se nos da á conocer por aquí la longitud, latitud y profundidad del amor del Corazon de Jesus? Cuando se dignó hacerse hombre y tomar la naturaleza humana en el seno de una Virgen, tenía una magnitud proporcionada á la forma que recibió, y se acomodó al tiempo y las

edades propias del hombre; pero en el Sacramento del altar, aunque todas las partes de su cuerpo están sin confundirse ni alterarse, puede decirse que están confundidos por razón del lugar, porque ni es visible ni palpable, carece de todas propiedades de los cuerpos, y puede muy bien decir reducido á tanto abatimiento: *Substantia mea tanquam nihilum ante te*. Estoy reducido en cierto modo á la nada. Si para sacar á las criaturas de la nada se requiere un poder infinito, ni es obra menor ni exige menos poder el que el mismo Dios se reduzca á la nada. Pues bien, amados míos, os diré con S. Bernardo: ese Dios escondido, no solamente escondido, sino también humillado y aniquilado en ese adorable misterio, sin señal ni aparato alguno de su gloria y magestad, es la señal y la prueba más grande del amor que nos tiene, porque todo lo obra por quedarse con nosotros.

Jesús en el adorable Sacramento de la Eucaristía nos da su cuerpo y sangre, que es el tesoro mas precioso del mundo y contiene en sí todo lo mas grande que hay en los cielos y en la tierra. ¿Podremos dudar con esto de su amor? Después de darnos un don tan grande, ¿nos negará alguna cosa? ¿No es esta la prenda mas segura de que nos dará cuanto le pidamos? Diré mejor: ¿no es esta prenda la que nos asegura que hemos de conseguir lo que quisiéremos de los dones de la gracia y de la gloria, porque en esta están comprendidos todos de un modo eminente? ¿No nos proporcionó y mereció la gloria con su preciosísima sangre? Y esta sangre, ¿no se nos da también en este Sacramento adorable? Confesemos que con este Sacramento nos lo dió todo en el cielo y en la tierra, y dándonos:

lo todo, nada nos manifiesta tanto su amor inmenso.

En efecto, hermanos míos, cuanto descubrimos en este Sacramento augusto, ¿qué nos revela sino el amor grande del Corazon de Jesús á los hombres? ¿Qué causa puede tener para buscar este ingenioso recurso de su poder y dárseos en este misterio, sino su grande é incomparable amor? Su corazon estaba inquieto, estaba en cierto modo violento por el deseo grande que tenia de que llegasen los momentos de manifestar los últimos esfuerzos de su amor á los hombres y dejarlos en su testamento su mismo cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*, dijo á sus discípulos. No era este un deseo concebido en los momentos últimos; hacía mucho tiempo que le había concebido, y deseaba que llegase con impaciencia; cada momento que pasaba se avivaban sus deseos; era grande y violento su deseo. ¿Qué es, pues, lo que daba tanto impulso y agitaba con tanta violencia al Corazon del divino Salvador? ¿Cuál era la causa de un deseo tan fervoroso y ardiente sino el amor con que amaba á los hombres? Sin esto, ¿hubiera consumado la obra de nuestra salud, hubiera pagado superabundantemente el precio de nuestra redención, nuestros enemigos hubieran quedado enteramente vencidos, se hubiera cerrado el infierno, se nos hubiera levantado el destierro y abierto las puertas del paraíso? Despues que Jesús hubiera visto á su Padre, no habría ya necesidad de que permaneciese entre nosotros. ¿Por qué quiso permanecer en la tierra y quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos? Entremos en el Corazon de Jesús, y hallaremos que no quedaba satis-

fecho su amor mientras le quedase algo que dar á los hombres; mientras que aquel mismo cuerpo que entregó por todos los hombres no estuviese al alcance y en la potestad de todos los hombres; mientras que no quedase con ellos en ese adorable Sacramento hasta la consumacion de los tiempos.

No importa que los hombres le persigan con un odio injustísimo y violento; nada es capaz de entibiar el deseo de Jesus de entregarse á los hombres y permanecer con ellos. *Sciens Jesus quia venit hora ejus. In qua nocte tradebatur*; al tiempo mismo en que iba á ser bendito y entregado á sus enemigos; cuando preveía su rabia y desesperada conjuration; cuando sus enemigos solo pensaban en el modo de derramar su sangre y buscar nuevos suplicios y tormentos proporcionados á su crueldad, entonces establece el medio de quedarse con los hombres y dejarlos su sagrado cuerpo, sin que le contenga ni retraiga ni el temor de la muerte, ni el horror de los suplicios, ni la ingratitude espantosa de sus enemigos.

Los grandes milagros que obró para quedarse con nosotros invirtiendo el orden de las cosas criadas. La omnipotente potestad que ejerce en sí mismo para estrecharse; reducirse y anonadarse en el augusto Sacramento, lo que en él nos dá pues en su cuerpo se nos dá su alma, su sangre, su divinidad y con él todas las cosas y la prenda mas segura de la gracia y de la gloria. Los momentos en que manifiesta y pone en ejecucion el vivísimo deseo que le habia estado agitando toda su vida. El dárseos y quedarse con nosotros sin que fuese condicion precisa para triunfar del pecado y de la muerte, para vencer á nuestros enemi-

gos, reconciliarnos con Dios y abriarnos las puertas del cielo; todo esto y muchas mas consideraciones que pudiera recordar y poner á vuestra contemplacion nos manifiesta bien el amor grande é incomparable del corazon de Jesus; que si en toda su vida amó á los hombres, en el fin los amó mas; que manifestó su amor de un modo omnipotente en la institucion de ese adorable Sacramento, quando determinó y estableció á fuerza de milagros, quedarse con nosotros bajo las especies sacramentales, y que con razon se llama á este Sacramento, el Sacramento del amor del Corazon dulcísimo de Jesus.

A nosotros toca, hermanos mios, corresponder á un amor tan grande como el que nos dispensa Jesucristo y aprovecharnos de su presencia y permanencia entre nosotros. No está en nuestros altares, sino para nuestro bien y para llenarnos de beneficios. Porque nos amó y nos ama se quedó con nosotros. Pues hermanos mios, el amor no se paga sino con el amor y este amor debemos manifestarle con nuestras obras. Por las obras ha de juzgar Jesucristo del amor que le tenemos, así como por las obras de Jesucristo conocemos su incomparable amor hácia nosotros. Para amarnos obró Jesus los mayores prodigios y los mas poderosos esfuerzos. ¿Qué esfuerzos hacemos nosotros para amar á Jesus? ¿Contenemos nuestros depravados afectos, refrenamos nuestros malos hábitos, moderamos los apetitos de nuestra naturaleza viciada para corresponder al amor del Corazon de Jesus? No nos contentemos con amar con solas las palabras, sino tambien con las obras y la verdad: *opere et veritate*. Hagamos algo por Jesus, ya que él hizo tanto por nosotros. Si no nos mueve á amar á Jesus la escociva

caridad con que nos amó, ¿qué cosa será capaz de movernos? ¿Es posible, Dios mío, que una criatura tan débil y despreciable como el hombre haya de resistir á vuestro infinito poder y que nuestro corazon no haya de rendirse á los ingeniosos esfuerzos de vuestro amor y de vuestra sabiduría? ¿No es un prodigio tan admirable como tantos como obráis en ese augusto misterio de vuestro amor el ver que el corazon del hombre tan débil y flaco repugna y se resiste á la fuerza del poder de Dios? ¿Es posible que el corazon del hombre, tan tierno y tan flexible, que tan fácilmente cede y se deja llevar, sea tan duro y falto desentido que no haga caso ni se dege impresionar de tantos milagros como obráis solamente en favor suyo y para manifestarle vuestro amor? ¿Es posible que vos, Dios mío, améis tanto al hombre y hagais tantos esfuerzos por amarle y que el hombre no os ame ni corresponda?

Señor, ya que en prueba de vuestro amor quisisteis quedarnos con nosotros en ese adorable Sacramento; ya que para esto obrasteis los mayores milagros de vuestro poder y de vuestra sabiduría, toca tambien y se interesa vuestra gloria en que obreis un milagro de vuestra bondad, y es el ablandar la dureza de nuestro corazon, el remover los obstáculos de nuestra correspondencia, que continuamente oponemos á los efectos de nuestra misericordia, el inflamar nuestros corazones en el amor divino, el hacer que os amemos. El tributaros estos cultos, el venir á postrarnos en vuestra presencia, confesaros presente y adoraros en ese Sacramento de vuestro amor, de vuestro poder y de vuestras humillaciones, el ofreceros nuestros respetos es ya, Dios mío, una prueba de que empezais á obrar en nosotros

el milagro grande de hacer sensibles y agradecidos á nuestros corazones. Perfeccionad Señor, la obra que habéis comenzado. Esta es la gracia que os pedimos en esta festividad, esto es lo que deseamos y de lo que únicamente tenemos necesidad: amaros como merece vuestro amor y exige nuestra correspondencia. Así, ninguno pereceremos y despues de alabaros en esta vida os gozaremos en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA II.

*El amor del Corazon dulcísimo de Jesus á los
hombres se manifiesta por los dones que repartió en
el adorable Sacramento del altar.*

*Hic est panis de celo descendens; ut si
quis ex ipso manducaverit, non morietur.*

Este es el pan que baja del cielo, para que
los que se alimentan de él no mueran jamás.

JOANN, CAP. 6, V. 50.

El Señor de los cielos y la tierra está en medio de nosotros; quiso quedarse con nosotros en este augusto Sacramento, en el que aunque no lo percibimos por los sentidos, creemos y confesamos por la fe que está real y verdaderamente presente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad de Jesucristo y con él toda la magestad del cielo y lo que visto claramente en la gloria por los santos y los ángeles forma toda su bienaventuranza. El Dios del poder y magestad, el que todo lo crió de la nada, el que nos salvó y redimió y ha de juzgarnos y sentenciarnos está con nosotros. Nuestro divino Salvador no contento con haberse dejado ver por algunos años en la tierra, permanece con nosotros todos los días y las noches en el adorable Sacramento de la

:

Eucaristía dispuesto siempre á oír nuestras súplicas y atender al socorro de nuestras necesidades.

Bastaba esto solo, amados míos, para que conociésemos el amor grande del corazón sagrado de Jesús á los hombres, y para que nosotros nos escitemos á corresponderle, adorarle y servirle; pero no se contentó con favorecernos con su presencia; quiso ser al mismo tiempo el manantial constante é inagotable de todos los beneficios; todas sus riquezas, todos sus dones y gracias, todo nos lo dá en ese adorable Sacramento; de todo nos provee abundantemente en ese misterioso pan; este es el pan que baja del cielo para que los que comieren de él no mueran jamas. *Hic est panis de celo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit non moriatur.*

Los copiosos dones que reparte el Señor en el adorable Sacramento de su cuerpo á todos los que quieren alimentarse de él es una demostracion del amor inmenso del santísimo corazón de Jesús á los hombres. Esta consideracion va á ocuparnos en estos momentos y ¡ojalá que nuestros afectos y resoluciones sean amar á Jesús y corresponder á los beneficios que sin distincion alguna nos dispensa á todos, sin otra condicion que el que nosotros queramos recibirlos! Hacedlo así Dios mio, y obrad en nosotros con los auxilios de vuestra gracia; que os pedimos por la intercesion poderosa de vuestra Santísima Madre á quien reverentemente saludamos con el ángel:

Ave María.

Hic est panis.....

La generosidad es una prueba del verdadero amor, de un amor grande y vehemente. El amor por su naturaleza es pródigo para aquellos á quienes se ama. El que ama de veras empieza por entregar su corazón y después de esto, todo ya le parece poco y lo mira con indiferencia. Pues bien, amados míos, por aquí podemos conocer la grandeza del amor de Corazón de Jesús. En el misterio adorable de la Eucaristía, en la institución del Sacramento adorable de su cuerpo agotó todos sus tesoros. En él, dice el Santo Concilio de Trento, quiso hacer Jesucristo un derramamiento de todas las riquezas de su amor, como que derramó todas las riquezas de su amor divino á los hombres; hasta que no le quedó ya más que dar: *Divitias divini sui erga homines amoris velut effudit.*

Deténgámonos un momento á considerar, qué es lo que nos dá Jesús en el Sacramento de su cuerpo, y si hay alguna cosa mas grande con que pueda hacernos conocer el amor que nos profesa. Se nos dá á sí mismo; en un solo don nos entrega su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, todos sus tesoros, lo mismo que en el cielo hace la felicidad y eterna bienaventuranza de los santos. Se nos dá real y efectivamente, se nos dá como comida y por derecho de testamento irrevocable.

Todas las riquezas de Jesucristo podemos decir que consisten en tres especies de bienes, los que posee como hombre, los que posee como Dios y los que juntamente posee

como hombre y como Dios; y todos los derrama en el seno de aquel ángel que le recibe debidamente en el Sacramento de la Eucaristía. Le dá todo su cuerpo y toda su sangre. Su generoso corazón, impaciente y no satisfecho con darnos su gracia por medio de sus sacramentos, quiso darnosla él mismo en persona por medio de su santísimo cuerpo y de su santísima sangre; y aunque para el efecto hubiera bastado una pequeña parte de aquella carne inmaculada, y una sola gota de aquella sangre inocente, no está bastante para su afecto, y no quedó satisfecho si no dándole todo. Nos dá también sin reserva alguna su divinidad. Emplea su omnipotencia en hacer las mas admirables conversiones de pan en carne y de vino en sangre que se pueden hallar, para hacerse nuestra comida y un pan bajado del cielo para ser alimento de vida eterna: emplea su sabiduría para hallar medios inauditos para conseguir este fin: emplea su bondad en unirse á sí mismo con nosotros por este medio tan extraordinario y milagroso; y al fin nos dá en la Eucaristía todos los bienes que posee como hombre y Dios juntamente; sus méritos, sus satisfacciones, sus virtudes obrando tanta santidad en nuestras almas cuanta fuere la disposicion con que llegue á recibirle.

Muchas dádivas ha hecho Dios al hombre; le ha dado el ser en la creacion; se le dá en cada momento conservándole: le ha dado la gracia en el bautismo; se la vuelve á dar cada día en la penitencia; pero nada es igual á su amor; ni deja satisfecho á su amor; todas estas dádivas al fin, son cosas infinitas y no igualan al manantial de donde proceden. En la Eucaristía, aunque el don fue infinito, no llegó á ser igual al amor divino; porque no se nos dió por ella

Jesús á nosotros tan cumplidamente, que no se nos pudiese aun dar mas. Semejante don, dice mi angélico doctor Santo Tomás, aun está con alguna separacion de aquel á quien se dá. Encarnando el Verbo Eterno se dió inmediatamente á una naturaleza particular, esto es, á su sacratísima humanidad y solo se dió inmediatamente á la naturaleza humana. Pero en la Eucaristía se dá el Señor á cualquier cristiano que se acerca á recibirle en la comunión, y nos regala, no solamente con los frutos de su preciosísima sangre, sino tambien con la sangre misma que los produce. Sí, amados míos, en la comunión se le comunica á cualquier cristiano en particular la divinidad, se le reparte, y aun se hace toda suya, no de otra forma que si se le diera á él solo toda. El amante Corazón de Jesús ha querido dárseos á sí mismo por modo de alimento, para darnos á entender que quiere ser perfectamente nuestro y que nosotros le poseamos mas que lo que le poseemos en los demas misterios. *Mi carne, nos dice, es verdaderamente comida.* ¿Estrañaremos ya la verdad infalible y consoladora que nos anuncia el mismo dulcísimo Jesús cuando nos dice: que este es el pan que baja del cielo, para el que le coma no muera jamás? ¿Podremos ya contar los beneficios y tesoros que nos vienen con Jesús en la Eucaristía, los dones que nos reparte Jesús en ese adorable Sacramento, confesando que se nos une y dá su misma divinidad? Nos alimentamos con el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad Jesucristo; Jesucristo en la Eucaristía es nuestra comida y nuestro alimento, pero este divino manjar, á diferencia de las demas comidas ordinarias no la convertimos y mudamos en nuestra sustancia, antes al contrario nos muda en la suya con-

virtiéndonos en su espíritu, en sus sentimientos, en sus costumbres. *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* El que me come á mí vivirá por mí.

No ponderaremos ni exageraremos ya los ministros del Señor, si os decimos que el Sacramento adorable de la Eucaristía es la fuente de todas las gracias que se nos comunican abundantemente, que de aquí corre la sangre del Cordero sin mancha que quita los pecados del mundo, la que puede borrar todas nuestras imperfecciones y lavar todas las reliquias impuras de nuestras almas; que en la Eucaristía podemos hallar y se comunican fuerzas abundantes para comprimir nuestros depravados deseos, para triunfar de tantos enemigos como á todas horas y en todas partes presentan la guerra mas cruel á nuestras almas; que hallamos inesplicables gozos y consolaciones abundantes para sobrellevar los trabajos y tristezas de esta vida, conocimiento y luz entre las ilusiones del demonio y contra los errores del mundo; fortaleza, ciencia y virtudes en la vida y un viático saludable en la muerte y el principio y la fuente de la inmortalidad. *Hic est panis de celo descendens ut si quis ex ipso manducaverit non moriatur.*

No exageraremos ya si os decimos, que en la mesa santa y alimentándonos con el manjar que nos viene del cielo hallaremos el remedio universal para todas las dolencias y enfermedades de nuestras almas, el antídoto y preservativo contra todos los males, los frutos de vida y de salud, y que del sacratísimo cuerpo de Jesus en la Eucaristía, podemos decir lo que se nos dice de él en el Evangelio mientras vivió en esta vida mortal: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes*: el cuerpo de Jesus sacramentado tiene una po-

derosísima virtud para curar todas las enfermedades.

En ese adorable misterio está el divino Jesús en nuestros altares esperando; no ya á una pecadora Samaritana para ilustrarla y llenarla de beneficios; sino á todos los fieles para darlos las aguas de sus gracias, aquellas aguas que apagan la sed para siempre. ¿Y es acaso necesario correr grandes distancias ó hacer sacrificios costosos para buscar á Jesús sacramentado? ¿Es tan costosa esta medicina del alma, como suelen serlo las medicinas del cuerpo? Bástanos llegar con las disposiciones debidas á la mesa santa para recibir el alimento de vida y enriquecernos con los bienes verdaderos.

Es verdad, y la triste experiencia nos lo acredita continuamente que nuestra naturaleza por la depravacion del pecado original; ha quedado propensa é inclinada á lo malo, que nuestros sentidos desde el mismo nacimiento nos llevan á lo que nos perjudica y nos hacen sobradamente terrenos y carnales; que miramos con tedio las obras de piedad y cuanto dice relacion con las cosas del cielo y vivimos muy apegados á las cosas de la tierra y hallamos placer en las cosas perecederas y transitorias. Si la fe que recibimos en el bautismo nos ilustra; nos da á conocer al verdadero Dios; el trato que despues contraemos con el mundo nos lleva en su torrente, resfria nuestro amor á Dios, el afecto y deseo de servirle, el celo para procurar su honra. Nos venimos á contentar con conocerle y confesarle; pero no tenemos fuerza ni vigor para hacer su voluntad santísima, quedamos en la frialdad y pereza sin pensar en agradar á Dios con nuestras buenas obras; y cuando mas, creemos que lo hemos hecho todo con no implicar-

nos y ser reos de grandes y detestables crímenes. Muy de tarde en tarde nos ocupamos en los ejercicios de piedad y procuramos concluirlos cuanto antes.; dejamos que corran nuestros deseos y no reparamos en nuestros continuos escapes.; nos fastidia la lectura de las cosas santas, huimos de la oracion y aborrecemos los ayunos y mortificaciones; si nos resolvemos á obrar algunas virtudes, son solamente aquellas en que nada tenemos que vencer; en las que no hacemos otra cosa que seguir los impulsos de nuestro genio, de nuestro carácter, de nuestra naturaleza y nada tenemos que sacrificar á Dios. Queremos ser de Dios y servirle; pero si hay dificultades que vencer, si hay contradicciones que sufrir, si hay pérdidas ó molestias ó ha de seguirsenos alguna incomodidad, nos estimamos en mucho, tenemos demasiado amor propio y en el momento y con la mayor facilidad nos resolvemos contra Dios y desde la tibieza y frialdad pasamos fácilmente á la relajacion. Amados míos, esta vida lánguida y estenuada no es del agrado de Dios. Por mas que en semejante estado no seamos reos de enormes atrocidades ni hagamos mal á nadie, no nos engañemos, esta no es vida de un cristiano, no es vida que pueda agradar á Dios. Dios nos arrancará y mandará arrojar al fuego como árboles inútiles é infructuosos que ocupan la tierra en vano.; le causaremos náuseas; y así como nosotros tenemos fastidio de Dios, Dios tambien tendrá fastidio de nosotros. ¿Queremos triunfar de las inclinaciones corrompidas de nuestra naturaleza viciada, queremos tener gusto en las cosas santas y ser fervorosos en el servicio de Dios y estar prontos para servirle y procurar su honra y gloria? ¿Queremos que salgan nuestras almas de ese estado de languidez y

fastidio? Pues acerquémonos á la mesa santa y alimentémonos con el pan de los cielos, el pan de vida, el alimento de los fuertes. Nuestras almas se encenderán en el amor divino. Jesús ocupará nuestros corazones y los rescatará y avivará con su gracia; los hará propensos é inclinados al bien y prontos y dispuestos para las obras de piedad y devoción. Pronto desaparecerán todas las dificultades y obraréis con placer, hallareis un deleite inesplicable en obrar la virtud, sereis como llevados hácia Dios con un peso gustoso. De la mesa del altar, dice el padre San Juan Crisóstomo, debemos separarnos hechos unos leones, terribles á los espíritus infernales, respirando llamas de amor divino.

Pero ¿qué efectos no debe producir en nosotros el mismo Jesucristo unido á nuestras almas? ¿Qué nos queda qué desear, qué podemos pedir despues que Jesucristo se nos dá á sí mismo real y verdaderamente en el adorable Sacramento del altar? Se dá enteramente á los bienaventurados en el cielo, pero no los dá ni puede dar mas que lo que nos dá en la Eucaristía á los que vivimos en la tierra.

Esta magnificencia, esta liberalidad, este derramamiento de dones que el Corazon de Jesús hace en este misterio venerable, ¿no es una señal manifiesta de su inmenso amor y caridad? ¿No ha depositado en nuestro seno con su divinísima carne todas las riquezas que habia depositado en sus manos el Eterno Padre, sin otro fin, sin otro interés y sin otras esperanzas que para nuestro bien? ¿Cómo podremos dudar del amor del que tanto nos da y nos hace ricos? Aunque su poder es infinito, dice el padre S. Agustín, no puede darnos otro bien mas grande ni mas abundante que el que nos da en el augusto Sacramento.

Esto mismo, amados míos, ¿no nos pone en la precisión de que le ofrezcamos todos nuestros deseos, nuestros afectos y cuanto somos y tenemos? Siendo Jesús tan pródigo con nosotros, ¿no podrá reprender nuestra frialdad y nuestra falta de correspondencia? ¿Y será posible que haya cristianos que mueran pudiendo alimentarse con el pan de la vida? ¿Que haya quien apetezca los manjares de la tierra pudiendo alimentarse con el pan del cielo? ¿Y no es de extrañar, esclama S. Bernardo, que haya cristianos tibios y frios á quienes no inflame el amor de Jesús en el augusto Sacramento? ¿Estaremos sin caridad teniendo al Dios de la caridad en nuestros corazones? Como un árbol encendido prende fuego á toda la selva, dice S. Agustín, así los cristianos encendidos con el fuego divino que se los comunica en la Eucaristía deben, como los Apóstoles, encender á todo el mundo y abrasar á cuanto los rodea en el amor de su Dios. ¿Por qué no somos fuertes y robustos? ¿Por qué nos quejamos de nuestras enfermedades y falta de fuerzas, de la tiranía de nuestras pasiones, de la astucia de nuestros enemigos? La gracia nos busca, y nosotros huimos de ella. Tenemos el alimento, y queremos perecer de hambre. Si no queremos amar al Corazón divino de Jesús por su bondad, porque nos amó, amémosle al menos por nuestro provecho, para recibir los bienes que nos dispensa, para unirnos con Dios y hacernos participantes de su divinidad, comiendo el pan del cielo para no morir jamás.

Desterrad, Señor, de nuestras almas el hastío y olvido de este soberano manjar; haced que os recibamos santamente, y nada mas, porque recibiéndoos así conoceré-

mos lo mucho que nos amais, os corresponderemos, suspiraremos por serviros y honraros, y alimentados con vuestra divina gracia, esperaremos tranquilos el momento de gozaros por toda la eternidad, y unirnos á Vos en los cielos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA III.

Lo mucho que se sujetó á padecer el Corazon de Jesus en el adorable Sacramento de la Eucaristia, nos convence del exceso de su amor y nos empuña en la correspondencia.

*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus
usque ad consumationem sæculi.*

Ved aqui que me estoy con vosotros todos
los dias hasta que se acaben los siglos.

MATH., CAP. 28, V. 20.

Hé aqui las pruebas y señales de un verdadero amor, y lo que hacemos cuando tenemos gran deseo de lograr lo que apetecemos y amamos. Nada dejamos de hacer para conseguirlo. Damos generosamente, y nos desprendemos de cuanto tenemos por lograrlo; y por fin, no hay cosa que no padezcamos y suframos por conservar lo que amamos. Hacer mucho, dar mucho, y padecer mucho, son las señales mas ciertas de un amor verdadero, de un amor inflamado y violento, y por estas conocemos el exceso de amor con que nos ama el divino Corazon de Jesus; seña-

les que hallamos reunidas en ese admirable Sacramento; por lo que si bien es verdad que en él, y para quedarse con nosotros en él, obró los mas estupendos milagros, que en él, y para conseguir nuestro amor, derrama todos los tesoros de sus misericordias y nos da cuanto tiene como hombre, como Dios, y como Dios y hombre juntamente, es tambien verdad que en él, y para quedarse por este medio milagro con nosotros todos los dias hasta que se acaben los siglos, padece muchísimo, sufre y se sujeta á los mayores ultrajes y desprecios.

El amor, dice la Sabiduría eterna, es fuerte como la muerte, y por esto la tolerancia y sufrimiento es tan propio de la caridad, que el Apóstol no se harta de repetir que la caridad es paciente, que todo lo sufre, que todo lo tolera, que todo lo sostiene. El que ama, cuando da y reparte ó comunica sus bienes, sale de sí por esta comunicacion; pero padeciendo, no solamente sale de sí, sino que se olvida hasta de sí mismo, y no siente sus propios males, sino que se complace en ellos. Es un éxtasis el amor, dice segun esto San Dionisio, que pone al amante fuera de sí mismo y le hace olvidarse de cuanto padece. El amor es sufrido, y este sufrimiento es la prueba mas convincente de que el que sufre ama de veras, del verdadero amor. Es el amor como el oro; que se prueba dentro del fuego. Bien podemos dudar del que nos regala en prueba de su amor; pero del que sufre trabajos, injurias, persecuciones y tormentos por nosotros, jamás nos será lícito dudar.

Ved pues, amados míos, sobre lo que he resuelto llamar hoy vuestra atencion; haciéndoos ver, en cuanto

me sea posible, lo mucho que se sujetó á padecer el amante Corazon de Jesus en el Sacramento adorable de la Eucaristía para que conozcamos por esto su amor inmenso; y lejos de darle motivos de nuevos ultrajes y padecimientos, le amemos y nos resolvamos á padecer por él.

Hablo en vuestra presencia; Señor de cielos y tierra, y mis palabras serian un desacato de vuestra Divina Magstad si con ellas me propusiese otro fin que procurar vuestra gloria y el bien de las almas. Sobre tantas irreverencias como tolerais en ese augusto Sacramento, no permitais que prafane yo vuestra palabra; y aunque indigno de tomar en mi boca vuestras maravillas y anunciar los arcanos de vuestro divino amor, asistidme con vuestra gracia para que obre en desempeño de mi ministerio y como mejor conviene para servicio vuestro. Favoreced tambien á mis oyentes, y obrad lo que á mí me falte, el que conozcan vuestro amor y que os amén de veras: Oidnos por la intercesion de María Santísima, á quien decimos con el ángel:

Ave María.

Ecce ego vobiscum sum.

No podia ignorar Jesus al concebir el grandioso proyecto de quedarse con nosotros en el Sacramento de su cuerpo. Todo lo tiene presente y nada se oculta á su penetracion; como que nada puede suceder que Jesus lo ignore puesto que su ciencia es infinita y en un todo igual á la

ciencia de Dios con quien es una misma esencia en cuanto Dios. Veia Jesus las maldades y las furias con que sus enemigos estaban dispuestos y procuraban el momento de hacerle morir entre los dolores y las afrentas: veia el odio implacable con que le perseguian y la tenacidad en injuriarle, desacreditarle y darle la muerte: pero pudo mas en su corazon el deseo de quedar con nosotros. *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus.* Sin embargo de todo eso quiso quedarse con nosotros; y en la noche última, en la noche que iba á ser entregado por un discípulo traidor á sus enemigos instituyó este adorable Sacramento y puso en ejecucion el deseo que tanto le apreciaba de quedarse con nosotros hasta el fin de los siglos. Sabia que era llegada su hora y aprovechó los momentos últimos para dejarnos su testamento. Veia la ingratitud y perversidad de los hombres y que aunque se entregase todo á ellos, no tenia que esperar sino desprecios, frialdad, indiferencia, unos corazones de hielo, y sin embargo no desistió de sus deseos. Veia los tormentos horribles de su pasion, y su amor entonces, á la manera de una llama que cobra mas vigor con el ímpetu de aquel viento que la habia de sofocar, se estiende y aumenta de un modo prodigioso y nunca visto; la proximidad del padecer solo sirve para que se apresure la grandeza y la generosidad del amor de Jesus. La madre amorosa que se ve próxima á morir despues de su parto, olvida los mismos dolores que la matan y solamente cuida y procura que sea provisto de leche el hijo tierno que deja vivo en el mundo. Tal es, aunque con una distancia inmensa, la idea que podemos formar de Jesus en la noche de su pasion al tiempo de instituir ese adorable Sacramen-

to. Se olvidó de la muerte que le amenazaba, no se intimidó por los tormentos que veía sobre sí tan de cerca, y no cuidó de otra cosa que de proveernos de alimento, de proporcionar esa leche bienaventurada á los hijos débiles que quedamos en este mundo.

Cuando recibimos alguna injuria procuramos borrar hasta sus vestigios, quisiéramos por lo menos, que se olvidase y se borrara de la memoria de los hombres; pero Jesus parece que se complace en padecer, porque no le parece bastante el haber sufrido los tormentos y las mayores ignominias una vez, sino que instituye un Sacramento para que se conserve su memoria y pase de generacion en generacion hasta el fin de los siglos, y no creyendo suficiente esculpir su imagen en lienzo ó tablas ajenas, imprimió sus injurias en su mismo cuerpo y se valió de su misma sangre para hacernos ver y recordarnos continuamente sus injurias.

El sujetarnos á tantos males, á tantos padecimientos y humillaciones, el querer conservar constantemente la memoria de sus injurias y conservarla presentándonos el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, ¿no es tener un deseo grande de quedarse con nosotros y de amarnos con esceso?

Al fin los tormentos de la pasion de Jesus duraron poco tiempo y todos se acabaron con el triunfo de su resurreccion gloriosa; pero las tolerancias, humillaciones y padecimientos del dulcísimo Jesus en el Sacramento de la Eucaristía duran aun, y nos representan mas al vivo su incomparable amor y durarán hasta el fin del mundo. Estas humillaciones y padecimientos podemos reducirlas á dos clases,

unas que tomó Jesus sobre sí espontáneamente ; y otras que contra su voluntad le carga nuestra ingratitud. Las primeras fueron una invencion prodigiosa de su amor que quiso que este Sacramento inefable sea una renovacion de lo que padeció por nosotros, ó mas bien un acrecentamiento, porque humilla aquí mucho mas su grandeza. Aquel profundo abatimiento que esplicó el Apóstol con el término expresivo de anonadarse : *semetipsum exinanivit* ¿ en que consiste, si hemos de estar á lo que nos dicen los Santos Padres y espositores sagrados ? Consiste en que habiendo conservado el Hijo de Dios en su Encarnacion el ser igual al Padre en virtud de la naturaleza divina, sin embargo, en virtud de la humanidad aceptó de nuevo el poder decir que tambien es menor : el padre es mayor que yo, *Pater major me est*. Si fue tanta humillacion para la persona del Verbo el poder decir humanándose : Yo soy menor que el Padre. ¡ Qué humillacion no será el poder decir : Yo soy en la apariencia, menor que el hombre y aun menor que cualquiera cosa animada, pues me hago ver de todos en semejanza de comida muerta, yo que soy la misma vida ! Esto no es puramente repetir los abatimientos de la Encarnacion, es sobrepujarlos y manifestarnos mas su amor. En este adorable Sacramento no es ya solamente la divinidad de Jesus lo que se nos oculta, tambien su humanidad, como dice mi angélico maestro Santo Tomás.

Nos honra Jesus en los demas Sacramentos, nos favorece con sus dones y sus gracias, pero en este nos alimenta, y él mismo es nuestra comida, si Dios nos hiciese participantes de algunos bienes celestiales seria una prueba inmensa de su amor y de su cariño. ¿ Cuánto mas y con

cuánto esceso lo será el que se humille tanto á sí mismo para apacentarnos y alimentarnos con su propio cuerpo y sangre en el adorable Sacramento del altar? Alimenté y exalté hijos, nos dice con razon por el profeta Isaias: *Filios enutriví et exaltavi.* ¡O amor divino! Cuando no tuviéramos otras pruebas ¿no bastaria ésta para que conociéramos el amor infinito que nos tiene Jesus? Sin embargo, podemos y debemos aun añadir que Jesus en este Sacramento no solo se humilló hasta hacerse nuestra comida, sino que se humilló hasta la muerte; palabras del Apóstol que pueden acomodarse á Jesus en el misterio presente, porque Jesucristo muere místicamente en él todos los dias. Quiso Jesus que fuese este Sacramento un memorial de su pasion, y siendo así, Jesucristo viene á representar cada dia en nuestros altares aquella misma muerte, que una vez toleró por nosotros en el Calvario, manifestándonos de este modo la complacencia que tiene de haber dado la vida por nuestro amor. Una vez fue sacrificado Jesucristo en sí mismo, dice san Agustin, y sin embargo, cada dia es sacrificado en el sacramento de su amor.

Las humillaciones de Jesus son en cierto modo inseparables del modo y medio que eligió para quedarse con nosotros en el adorable Sacramento del altar. Obedece al imperio de la voz del hombre y se reproduce en el ara del altar cuando consagra un sacerdote, y tal vez un sacerdote indigno y pecador; se presenta real y verdaderamente en el sacrificio aunque en él se cometa un sacrilegio; y la sustancia del pan y del vino se convierte en cuerpo y sangre de Jesucristo en virtud de las palabras del sacerdote instituidas por Jesucristo, á las que Jesucristo, no desobe-

dece ni desatiende jamás. ¿Qué mayor humillacion que obedecer á la voz de un hombre que daña y á un mismo tiempo causa la vida y la muerte? Queda tambien existente en nuestros altares dispuesto á nuestros usos; y ahora, amados mios, es cuando debemos conocer el amor inmenso de Jesus, porque es cuando se nos presentan á la imaginacion las humillaciones que los hombres hacen sufrir á Jesus en el sacramento de su cuerpo, y por lo muchísimo que sufre debemos inferir su amor. Las humillaciones á que se sujetó por su voluntad, los padecimientos que eligió el Señor para espresarnos su amor y para ejercicio de la santa infinita caridad que nos tiene, no la hacen parecer tan grande como los que nosotros le hacemos padecer y le añadimos cada dia contra su voluntad con nuestras irreverencias y desacatos. Se quedó con nosotros y permanece oculto en nuestros altares bajo los accidentes Eucarísticos espuesto á las burlas y desprecios de los malos cristianos, á las irreverencias y desacatos de los hereges y de los infieles, á las abominaciones de los sacrílegos, que son unas humillaciones sin comparacion mucho mayores.

Tres géneros de personas podemos decir que son las que ultrajan y hacen padecer á Jesus en el sacramento de su amor. Los cristianos tibios, los infieles y los malos cristianos. ¿Cuántos motivos de sufrimiento ofrecen á su Divina Magestad los cristianos tibios y negligentes, aquel número tan grande de cristianos que se llegan á la comunión sin amor, sin disposiciones ni afectos, sin detenerse á contemplar la grandeza de la obra que van á hacer y el don inmenso que van á recibir; y que despues de comulgar salen no solo del altar, sino del mismo templo inmediata-

mente sin dar señal alguna de su agradecimiento, como si hubieran recibido un manjar del mundo y no aquel manjar mismo, que descubierto claramente ha de hartar eternamente á los bienaventurados en el cielo? ¿Cómo podremos negar que esta ingratitud es un ejercicio grande de la tolerancia y una señal y prueba convincente del amor de Jesus? Si la faltara el amor ¿cómo podría sufrir una madre el desconocimiento y desatención de sus hijos en la tierna edad con que ni agradecen el afecto que los tiene, ni las caricias que los hace y con una perpétua importunidad de lágrimas y lamentos la pagan las cuidadosas fatigas que padece por ellos? Así el divino Jesus no perdona trabajo alguno, haciendo siempre que resplandezca mas y mas la firmeza y costancia de su amor, á la manera de una columna que no cede al peso que se la pone encima, sino que se fortifica y afianza mucho mas. Hospodará, apacentará y dará de beber á los ingratos, podemos decir con el Eclesiástico, de la caridad inmensa de Jesus, y por esto oirá amarguras sin que por la desagradable correspondencia se retire de alimentarnos con su cuerpo y con su sangre.

¿Sufriría el amor de una tierna madre que aquellos hijos en quienes empleaba sus caricias, atrevidos é insolentes no solo la tratasen con tedio y con desprecio, sino que locos y saltos de todo sentimiento natural, la injuriasen, ultrajasen y correspondiesen con malos tratamientos? Pues sin embargo, los hereges, los infieles y los malos cristianos han hecho mucho mas repetidísimas veces con Jesucristo en el Sacramento, sin que por eso se haya cansado su paciencia ni ejecutado sus venganzas. Hombres perversos de todas sectas muchas veces han hecho burla de la

Sagrada Eucaristía con irrisiones públicas, muchas veces han dado á los perros las formas consagradas, muchas las han hecho pisar á los caballos, y Jesus, sin embargo, previendo estos desprecios, no rehusó por eso quedarse con nosotros hasta el fin del mundo en la Sagrada Hostia para bien de sus queridos amigos: Ved aquí que me estoy con vosotros hasta que se acaben los siglos: *Ecce ego vobiscum cum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.*

Quiso pasar por la humillacion de vivir y permanecer en lugares indignos de su divina presencia, en iglesias pobres, desamuebladas, indecentes, y quiso tambien entrar en corazones perversos y sacrílegos, en los pechos de los malos cristianos, y tolera que le reciban muchas veces indignamente aquellos mismos que creen en él y le confiesan por su Dios, ultrajándole así del modo mas indigno á su Magestad, y de lo que el Señor se queja amargamente, pero con todo, su inmenso amor lo sufre todo á título de estar con nosotros. Las torrentes de maldad que inundan muchas veces nuestros mismos altares, no han podido apagar el amor ardiente del Corazon de Jesus. Si me detuviera á recorrer las injurias que padece Jesus en el Sacramento del Altar, os haria ver fácilmente que allí se repiten los ultrajes y los tormentos de su pasion, y que es atormentado en la Hostia como lo fue en el Calvario. Hallaria alrededor de la mesa santa, Judas que le entregan traídoramente con un ósculo de paz; infames que piden su muerte y anteponen al bandido y homicida Barrabás; verdugos que le atormentan y crucifican; perseguidores que dan á beber hiel y vinagre al mismo tiempo que los alimenta con su cuerpo y con su sangre, siendo mas injuriosas sin compa-

racion todas las circunstancias que concurren en el altar, que las que concurrieron en el Calvario, porque los judíos no le conocian y le tuvieron por un hombre engañador, y los cristianos le reconocemos por nuestro Redentor, Dios y hombre verdadero.

El Hijo mismo de Dios, el divino Jesus, ¿qué no sufre y tolera para manifestarnos su amor en este divino Sacramento? ¿Cuánto le da que sufrir la impiedad de tantos malvados que abusan de la Eucaristía? ¿Cuánto sufre en las terribles profanaciones de los hereges que convierten este Sacramento adorable en objeto de sus blasfemias, y el testimonio mas grande del amor de Dios le convierten en materia de escándalo? ¿Cuánto sufre de la irreligion y la insolencia de tantos malos cristianos que no parece que asisten y se hallan presentes en nuestros templos á la celebracion de nuestros terribles misterios, sino para insultar á la humildad de un Dios oculto y anonadado por ellos? ¿Cuánto sufre de la tibieza y frialdad de unos, de las distracciones y falta de devocion de otros, de tantos como le abandonan y dejan en una triste soledad en los altares, aun en los dias de mas triunfo y festividad, y de los muchos que renuevan en la mesa santa la perfidia de Judas convirtiendo el misterio de la conmemoracion de su Pasion en una reproduccion de los oprobios y tormentos que le hicieron sufrir los judíos? El amante Corazon de Jesus preveia todos los males á que se esponia instituyendo este Sacramento y quedándose por este medio admirable con nosotros; pero el deseo de unirse á nosotros, el ansia de ganar nuestros corazones y encenderlos en su amor puro y santo le hizo despreciarlo todo; su amor infinito se nos manifies-

la bien en esta disposicion á sufrir ultrages y desprecios á título de quedarse con nosotros, á título de que alguno siquiera le adore, le reconozca y se alimente dignamente de tan delicioso manjar.

¿Qué hemos hecho los hombres, Dios mio, y cómo hemos correspondido á las finezas de vuestro amor? ¿De ese amor tan grande que tanto sufre por nosotros? No me atreveré yo á decirlo, y para que mejor se crea, haré que oigais sobre esto á san Juan Crisóstomo, debiendo tener presente lo que ha aumentado la corrupcion y la impiedad desde el siglo de este Santo Padre al nuestro: da lástima, dice, ver el poco respeto que los cristianos tienen á nuestros misterios y las irreverencias que se atreven á cometer delante de los mismos altares. Allí hablan y se comunican sus negocios como si estuvieran en sus casas ó en las calles, ríen y se entretienen como si estuvieran en los teatros, parece que nuestros misterios son unas fábulas y nuestros sacrificios unos espectáculos profanos. ¿Qué podrán decir los hereges y los infieles al ver la indevoción y falta de respeto de los que se tienen por verdaderos creyentes? ¿No dirán con razon que no creemos lo que adoramos y que no podemos estar convencidos de la fe que profesamos? ¿Tratarían con tanto desprecio los cristianos al augusto Sacramento del Altar si creyeran firmemente que se halla en él Jesucristo real y verdaderamente? Vos, Jesus mio, todo lo sufris con paciencia á título de estar con nosotros, por satisfacer el amor grande que nos teneis. Todo lo dais por bien empleado con tal de que alguno se os acerque, os honre y adore y se alimente dignamente con vuestro sagratísimo cuerpo y sangre.

Seamos nosotros del número de estas almas escogidas y dichosas. Reconozcamos el amor inmenso de Jesús en lo único que se sujetó á sufrir por nosotros en ese adorable Sacramento, y resolvámonos á corresponder debidamente á su amor y sufrir algo por el que tanto sufre por nosotros. Esa paciencia admirable con que sufre en este Sacramento las blasfemias de los judíos, los desacatos de los hereges, las irreverencias y sacrilegios de los malos cristianos es una condenacion de nuestra altivez y soberbia, y de ese amor propio con que nos resistimos y no queremos sufrir los mas pequeños desprecios ni las injurias mas ligeras. Ese grande amor y paciencia con que sufre á todos y espera á todos; debe hacernos misericordiosos con los pobres y dispuestos á alimentarlos con nuestros bienes. Esa humildad y estado de anonadamiento en que se halla, debe inspirarnos el conocimiento de nuestra nada delante de Dios, y servir de una reprehension continua de nuestras vanidades y de nuestro apego á las pompas del mundo. En ese estado de ocultacion y separacion de toda gloria y magestad debemos aprender el desprendimiento de todas las cosas terrenas y el adherirnos á solo Dios.

Todo, Dios mio, todo lo podemos aprender y hallar en Vos que sois el camino, la verdad y la vida. Dadnos solamente el que reconocidos á vuestro amor, hechos sensibles á las demostraciones tan grandes que nos dais en ese adorable Sacramento del amor inmenso que nos teneis, os amemos, y amándoos con toda sinceridad, os sirvamos y alabemos en esta vida y os gocemos despues en la otra. Amen.

F. L. G.

DLA IV.

Las instancias y quejas amorosas del Corazon de Jesus para que nos acerquemos á recibirle en el adorable Sacramento, nos hacen bien patente su amor y deben resolvernó á frecuentar la mesa santa.

*Nisi manducaveritis carnem Filii hominis,
et biberitis ejus sanguinem, non ha-
bebitis vitam in vobis.*

Si no comiereis mi carne y bebiereis mi
sangre, no lograreis la vida eterna.

JOANN., CAP. 6, v. 54.

Jesus está en medio de nosotros; Jesus para satisfacer los ardientes deseos de su amoroso Corazon, ha obrado los mayores milagros, se ha sometido á las mayores humillaciones, ha querido sufrir los insultos, injurias y desprecios mas atroces á título de quedarse con nosotros en el adorable Sacramento del Altar; pero no ha sido todo esto suficiente para llenar la medida de su amor; no ha sido bastante quedarse con nosotros, estar en nuestros sagrarios y atender de cerca á nuestras oraciones y al socorro de nuestras miserias; ha querido ser tambien nuestro alimento, dárseos en comida y bebida, y unirse de este

modo íntima y estrechamente con cada uno de nosotros. *Tomad y comed, este es mi cuerpo*; y como si estas palabras de ruego y atencion no fuesen bastantes para movernos, se valió de su autoridad, nos intimó un precepto de su espresa voluntad para que le recibiésemos y nos alimentásemos con él, y nos alentó al mismo tiempo con el premio y los grandes bienes que con esto lograríamos y se nos concederian. *Si no comiereis mi cuerpo y bebiéreis mi sangre, no tendreis la vida eterna, no perseverareis en la vida espiritual que os prepare y conduzca á la vida eterna, como interpretan los sagrados espositores. Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.*

¿Pudiera esperarse, en vista de esto, que los cristianos se nieguen á acercarse á la mesa en que se dispensa el manjar divino; que se aparten y busquen excusas para vivir en el hambre y no alimentarse del cuerpo del Señor? Si Jesucristo nos prohibiese el concurrir á este divino convite, le suplicaríamos incesantemente que nos admitiese á él. Pues Jesucristo nos convida, nos llama, nos estimula á acercarnos, nos compele á entrar por su divino precepto, y el hombre, con excusas y pretextos frívolos, se aparta, se retrae; huye y deja pasar los meses y los años sin comulgar, sin participar del gran convite del Señor y alimentar su alma con el cuerpo y sangre de su Salvador.

¡Dios quiere dar al hombre y el hombre no quiere recibir! ¡El que es rico quiere hacernos participantes de su abundancia, y los que somos pobres y miserables no queremos alargar nuestra mano! ¿No es esta una porfía demasiado necia, injuriosa al amor divino y en extremo perjudi-

cial para nuestras almas? ¿Habremos de continuar en esta contienda con nuestro Dios? Por lo menos nosotros, amados míos, nosotros que nos preciamos de honrar con nuestros cultos á nuestro Dios en ese adorable Sacramento resolvámonos á terminarla, y mientras yo os pongo de manifiesto las quejas amorosas y las fuertes instancias que os hace el amabilísimo Corazon de Jesus para que os acerquéis á recibirle con frecuencia en la santísima comunión, ¿qué otra cosa habeis de hacer sino convenceros mas y mas del amor inmenso de nuestro Dios y pensar eficazmente en no rehusar mas sus llamamientos y acercaros á menudo á la santa mesa?

Dadnos Señor esta saludable resolucion, asistidnos con vuestra gracia para que sea este el objeto de estos obsequiosos cultos, fruto tan de vuestro agrado y de tanto provecho para nuestras almas. Así os lo pedimos por la intercesion poderosa de vuestra Santísima Madre á quien diremos con respeto:

Ave Maria.

Nisi manducaveritis.....

Todos sus favores y dones, todo cuanto tenia y podia darnos Jesus, nos lo dió en ese adorable Sacramento en que se nos dá á sí mismo y por eso tuvo continuamente el deseo de que llegase la hora de darnos esta prueba y esta prenda de su amor; deseó que le urgia y apretaba mientras vivió. Parece, podemos decir según nuestro modo de espre-

sarnos, que le habia de faltar tiempo y que no habia de llegar la hora en que nos hiciese participantes de un tesoro tan grande. Pero ¿de qué nos sirve sino hacemos caso de él? Cuando todas las ansias de Jesus parece que habian de quedar quietísimas y satisfechas con tan gran don, don que con todo de ser Dios no puede dárnosle mayor en la tierra, tiene que desear mas, y es, el que nosotros le queramos recibir. Por eso está siempre en el Altar llamándonos, convidándonos, alentándonos á todos á que acudamos á Su Magestad y á que nos alimentemos con él. En nuestros sagrarios está sufriendo nuestros desaires y aguardándonos con paciencia á todas horas. Desde el Tabernáculo en que está para nuestro uso nos dice como una madre cariñosa que desea el bien y la salud de sus hijos y nos recuerda las excelencias del divino manjar que nos tiene preparado. *Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no lograreis la vida eterna.* Venid, que no es este manjar como las comidas del mundo, no es como el maná que llovía del cielo con el que los israelitas se alimentaron en el desierto y al fin murieron: es mi carne para vida del mundo; el que come de este pan vivirá eternamente, porque en él recibe el alma la prenda de la inmortalidad. El hombre nada apetece ni desea tanto como vivir; pues este es el pan de la vida, el que dá fuerza y vigor á las almas, y si al fin se separan de los cuerpos y mueren en castigo del pecado, no morirán para siempre, volverán á unirse, y por la virtud prodigiosa de este pan tendrán una vida eterna y bienaventurada: *Qui manducat hunc panem vivet in æternum.* Venid, nos dice el amante Corazon de Jesus, venid y alimentaos con mi sangre para que dejando osé ser miserable y flaco os tras-

forméis en otro conforme al mio. *Qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Venid, comed mi pan y bebed del vino que os mezele, dejad la infancia y vivid. Tales son las continuas ansias y deseos de Jesus y para esto no solamente está continuamente en nuestros altares, sino que quiso tambien estar de un modo accesible á todos. Tanta riqueza empleada en el Arca del Testamento solo porque conservaba en sí la figura, ó por mejor decir, la sombra del divino Sacramento que se nos habia de dar despues á los cristianos, en el maná que encerraba; y sin embargo, para darnos un bien tan grande Jesus, eligió dársenos bajo las especies de un alimento comun y ordinario, el mas fácil de hallar, el mas usado, el que se acomoda á todos los gustos, se usa en todas las estaciones, se admite en todos los estados, y se mezcla en todos los otros géneros de comidas, para que esta facilidad tan escensiva nos anime á todos á llegar á la mesa de salud y de vida sin gasto, sin fatiga ni molestia alguna, sin otro aparato que el de una conciencia pura. Venid y comprad sin plata ni oro. Pudiera el Señor haber elegido por materia de que componer la Eucaristía el oro mas fino que se sacase de la tierra, ó los diamantes y piedras preciosas, pero así hubicra quedado con nosotros menos comunicable á todos. Los pobres no hubieran podido llegar á tanto por su escasez y miseria, los ricos no quisieran por su avaricia, y todos, al menos por negligencia, se escusarian de buscar y procurarse bienes de tanto coste. En el convite del Señor, en la cena grande de este amabilísimo Padre de familias todo lo costea y prepara Jesus. *Jam parata sunt omnia*, y los convidados no tienen que hacer otra cosa que sentarse á la mesa sin hacer gasto

alguno. Los ricos y poderosos, los pobres y los débiles, los señores y los criados, todos tienen entrada y todos son admitidos sin distinción á este divino convite. *Pauperes ac debiles cæcos et claudos introduc huc.* Nunca está mas contento y satisfecho Jesus que cuando está llena su casa de convidados, y para eso los manda buscar por las calles y caminos: *donec impleatur domus mea.*

¿Puede hacer mas el divino Jesus para que nos lleguemos á él y nos alimentemos con el Sacramento de su cuerpo? Sobre esto, amados míos, nos recuerda los inmensos bienes que nos dá en este manjar divino para escitar nuestro deseo. En él nos dá una gracia abundante que ilustra nuestro entendimiento y escita fervorosos afectos en nuestra voluntad. Yo vine, nos dice Jesucristo, yo vine para que tengan vida, que es lo que nos dió por la Eucaristía haciéndose hombre y muriendo por nosotros; y para que la tengan mas abundante, que es lo que nos va dando cada dia por la comunión.

Si no fuera tan grande el amor de Jesus, ¿nos haría tantas instancias, nos llamaría con tanto cariño y con tan conocido empeño, serian tan ardientes los deseos de que nos alimentásemos con su cuerpo, y nos lo proporcionaria todo para acercarnos á su sagrado convite? Si no nos amara tanto, ¿sentiria nuestra frialdad, nuestra descortesía y tomarla tanta venganza de nuestros desprecios y repulsas. Digoos, nos dice por San Lucas, que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena. *Dico vobis, quod nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustabit Cenam meam.* Palabras con que manifiesta bien su sentimiento y el castigo mas grande que puede dar á los cristianos que no

estiman su divina mesa, y es: que con desestimarla se ponen ellos mismos al peligro de no gozar de ella jamás.

Jesús en la Eucaristía se nos presenta semejante á una madre tierna y cariñosa que para alimentar á un parvulito hijo suyo y apartarle de los antojos que pueden serle nocivos y peligrosos, le muestra sus pechos llenos y prontos para darle leche. Viendo la caridad, la abundancia, los deleites con que nos convida Jesús, ¿hemos de amar todavía los engaños y vanos placeres del mundo, volver la espalda y hacernos sordos á los llamamientos de Jesús y correr en seguimiento de la vanidad y la mentira? ¿Seremos tan miserables que amaremos nuestra hambre y estaremos entretenidos con los manjares peligrosos del mundo, con sus deleites y pasatiempos á la vista de Jesús que nos llama, sin hacer caso ni de nuestra ruina, ni de su amor? *Venid, hijos míos, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado, dejad la infancia y vivid. Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre no lograreis la vida eterna.*

Nuestro buen Dios y Señor no se contenta con llamarnos por sí mismo. Como un amigo que convida de veras y que siente que no asistan sus convidados, envía sus mensajeros y criados á nuestras casas para que nos insten, así el divino Jesús después de convidar por sí mismo á todos los fieles á que se alimenten de su cuerpo y se sienten con frecuencia á su mesa, hace que la iglesia los repita el convite. *Envío á sus criados á llamar á los convidados. Misit servos suos vocare invitatos.* Es verdad que la iglesia no nos obliga por precepto á comulgar mas que una vez al año; pero no intenta con esto que no comulguemos mas. Obra como aquella madre que á un hijo á quien la enfermedad

ha quitado el apetito á todos los manjares mas saludables, le dice: hijo mio, toma á lo menos este bocador por mi amor: pero quisiera que estuviera sano, de suerte que sin hastío pudiera comer abundantemente. La iglesia, viendo en gran parte del cristianismo, tan crecida por la calentura de las concupiscencias, la desgana de este pan divino, dice á cada uno de los fieles: hijo, á lo menos una vez al año por amor de tu Padre celestial, y por mi amor, que mas que madre desco tu salud, llégate á esta mesa. ¿Quién no ve que al decir esto desea que todos os llegaseis mas á ella, viviendo de modo que pudieseis comulgar cada dia?

Sus sentimientos los espresó bien claro en el Concilio de Trento en que se nos dice: que deseaban los Padres que se renovase aquel antiguo fervor de los primeros cristianos que se llegaban todos los dias á alimentar y fortificar sus almas con el pan eucarístico; pero que ya que de la frialdad de nuestros tiempos y del desorden maravilloso de nuestras costumbres, no se podia esperar tanto, amonesta prudentemente, suplica, conjura por las entrañas de la divina misericordia que recibimos este manjar divino, á lo menos frecuentemente. Semejantes han sido los deseos de los Santos Padres y doctores intérpretes para declarar la voluntad de la iglesia, así como la iglesia es la que nos declara la voluntad del Señor. Todos los Doctores católicos, dice el Concilio de Basilea, alaban, ruegan, amonestan sin cesar á los fieles que el llegarse muchas veces digna y devotamente á comulgar, es muy provechoso y aun sumamente necesario.

No contenta con persuadirnos con sus exhortaciones y

consejos, inspirada por el mismo espíritu de Dios que la dirige y gobierna, se vale del ejemplo y nos recuerda aquellos dias felices del cristianismo, aquel fervor de los primitivos cristianos que tanto mas hambrientos se hallaban de este divino pan, quanto mas regaladamente se alimentaban de él cada dia, y con esto aquella fortaleza que tenian en los tormentos, aquella paciencia que sacaban para los trabajos y persecuciones, aquel heroismo con que dejaban sus vidas en manos de los tiranos y verdugos, y pasaban á recibir las coronas del triunfo, para que nos alentemos y busquemos nuestras fuerzas en el manantial inmenso de gracias, en ese alimento de salud y de vida de donde aquellos las sacaban.

¿Cómo no ha de quejarse el divino Corazon de Jesus de nuestra pereza, de nuestra frialdad y aun de nuestro desprecio en no acercarnos á su santa mesa? ¿Era creible que la Iglesia se viera precisada á compeler á sus hijos con sus terribles anatemas, á que se lleguen á alimentar sus almas con el cuerpo y sangre de Jesucristo una vez al año? ¿Y era creible que los cristianos incurriesen en esta falta, y que fuesen necesarias las instancias, los ruegos, las amenazas de los sacerdotes encargados del cuidado de los fieles, para que algunos cumplan con el precepto de comulgar una vez al año? Asi lo vemos con dolor, y por eso no nos admiramos ya de las costumbres que se ven, porque la complexion de las almas es segun el alimento de que se nutren. Por eso hay tantos pecados y tantos escándalos, porque estan las almas sin alimento, estan débiles, sin fuerzas, y ceden á la menor tentacion de tantos enemigos como las rodean.

Conozcamos, pues, amados míos, lo sentido de las quejas de Jesús, que nos abre sus tesoros y no queremos enriquecernos; en tantas instancias como nos hace por sí mismo, por su Iglesia, por sus ministros, por el ejemplo de tantos buenos cristianos que en estos días se acercan á la sagrada mesa, reconozcamos su grande amor y el entrañable cariño que nos tiene, y resolvámonos á no ser ingratos y á llegarnos á su santo convite con frecuencia, á alimentar nuestras almas con el pan de los ángeles, con este manjar de vida que se nos da sin que tengamos que desprendernos del oro, de la plata ni de ninguno de los bienes terrenos. Pero ¡Dios mío! muy poco nos hemos detenido á contemplar este inmenso beneficio de vuestra misericordia. Muy poco nos hemos parado hasta ahora á considerar vuestra inmensa generosidad, los deseos tan grandes que teneis de que os recibamos en ese augusto Sacramento, y los bienes inmensos que se nos comunican con Vos. Dadnos el que lo comprendamos bien, y que nuestras voluntades se muevan y resuelvan á comer con frecuencia el pan que nos dejáis en ese adorable Sacramento; que seamos unos convidados agradecidos; que nos sentemos á vuestra mesa y nos alimentemos continuamente con vuestra carne y vuestra sangre preciosísima, para que con este alimento vivamos espiritualmente y nos preparemos para no morir jamás y lograr el premio de una dichosa eternidad. Amen.

F. L. G.

DIA V.

Cuanto digamos para no comulgar con frecuencia, son excusas y pretextos frívolos; y por esta pereza acarreamos males muy graves á nuestras almas.

Ex hoc multi discipulorum ejus abierunt retro, et jam non cum illo ambulabant.

Desde entonces se apartaron de él muchos de sus discípulos, y ya no andaban con Jesús.

Cuando anunció Jesús el Sacramento de su cuerpo á los judíos, y los manifestó la necesidad que tenían todos de alimentarse con su cuerpo y con su sangre para conseguir la vida eterna, muchos de sus mismos discípulos, nos dice el Evangelista San Juan, se escandalizaron, tuvieron por demasiado duras sus palabras y exigencias, y desde entonces le volvieron la espalda, se apartaron de él, y ya no andaban con Jesús ni se unían entre el número de sus discípulos. Ved, hermanos míos, lo que nos sucede hoy á los ministros del Señor con muchísimos cristianos, con

muchos que se mezclan en nuestras prácticas devotas, en nuestras festividades y en la celebración de nuestros cultos. Se unen con los fieles, asisten al templo, oyen la divina palabra, entonan los cánticos de alabanzas al Señor; pero cuando los aconsejamos que se acerquen á la mesa santa; cuando los decimos que el obsequio mas grato que podemos hacer á Dios, y la práctica más saludable para nuestras almas es acercarse á la sagrada mesa, nuestros templos quedan desiertos, son pocos los fieles que comulgan y se diguan aceptar este divino convite; muchos vuelven la espalda á nuestros altares, huyen de la sagrada mesa y ya no vuelven á nuestras religiosas festividades. ¿En qué consiste este hastío, este desvío de la mesa divina, este horror, si puede llamarse así, á alimentarse del cuerpo y sangre de Jesucristo, cuando Jesucristo mismo, su Iglesia, sus ministros y nuestro propio interes nos llama y nos convida á que comamos y bebamos con frecuencia de este pan del cielo que se nos da para lograr la vida eterna y fortificarnos para caminar y vencer los peligros mientras peregrinamos por este miserable destierro? ¿Qué excusas alega esa turba de cristianos que huye de nuestras comuniones cuando los convidamos á asistir y participar de ellas?

En este rato voy á ocuparme en manifestaros que cuanto aleguemos para no comulgar con frecuencia no puede ser otra cosa que excusas y pretextos frívolos con que nos perjudicamos á nosotros mismos, porque con esta pereza y desvío de la mesa santa; acarreamos males muy graves á nuestras almas. Afectos de amor y devoción al Santísimo Sacramento de nuestros altares; una ansia y deseo de

unirnos á Jesus por la participacion de la Eucaristía ; una resolucion de comulgar con frecuencia y no volver la espalda á este divino convite ; ved , Dios mio , lo que quisiera inspirar y lograr de mis oyentes , y para lo que , enteramente desconfiado de mí , imploro vuestro auxilio , esa gracia que da el querer y el obrar. Dignaos dispensárnosla á todos por la intercesion de vuestra santísima Madre.

Ave María.

Ex hoc multi discipulorum ejus.....

No tenemos necesidad de preguntar cuáles son las excusas que se alegan para negarse al convite de la mesa del Señor, y cuando no las oyéramos continuamente y los fieles libios y negligentes quieran ocultárnoslas, el Evangelio nos las señala, el que es la Sabiduría eterna nos las puso de manifiesto. Reducidas estan todas á las que dieron aquellos tres géneros de hombres soberbios, interesados y sensuales que rehusaron ir á la cena grande, figura de la adorable Eucaristía. Los son los primeros á negarse á la asistencia á la mesa santa á pretexto de no ser censurados y despreciados de los demas si comulgan con frecuencia, ó lo que es peor, de no despreciar al Señor. Exhortamos á comulgar, y se nos dice por esta clase de personas que esto se queda para los que hacen profesion de devotos, para los que quieren ser espirituales y aspiran

á ser santos: que si salen de las reglas del comun de las gentes, los censurarán, los tendrán por místicos y escrupulosos, y con esto se escusan de asistir á la gran cena, á la mesa del Señor. Responden que no pueden. *Non possum venire.... habet me excusatum.* El humo de la soberbia y amor propio los ciega, y no ven el grande bien que pierden; ¿por qué? Por las palabras necias de algunos, por las sátiras blasfemas de otros, por no disgustar al mundo, que ninguna consideracion guarda con ellos, por no esponerse á que hablen y se resientan los que no tienen valor para seguir su ejemplo. Si se tratára de vuestros intereses y aumentos temporales, ¿dejaríais de acercaros á recibirlos y enriqueceros por temor á las frialdades de una lengua poco cristiana? Un mar de oprobios que se os opusiera, ¿no le despreciaríais y os sabríais burlar de él? Otros hay que encubren su soberbia diciendo que se rotiran de la comunión por reverencia y respeto al mismo Dios; y que el acercarse á menudo es un cierto desprecio de un don tan grande del Señor, y tratarle con menos respeto del que se le debe. ¿Y es posible que personas que no tienen otra cosa que ambicion, que no respiran sino soberbia y grandeza; personas que no pueden sufrir el mas ligero agravio sin procurar la venganza; que en sus conversaciones, en su modo de vestir y presentarse, que en su modo de vivir manifiestan su orgullo, altanería y vanidad; es posible, digo, que estas personas digan por humildad de espíritu y por respeto al Señor lo que dijo San Pedro; *Exi á me Domine, quia homo peccator sum?* Hacedos allá, Señor, que no merezco estar cerca de vuestra Magestad habiendo cometido tantos pecados? Si un sacerdote, por du-

dar de sus disposiciones, ó en pena de sus desenvolturas, los negase una vez la absolución y prohibiese que se acercasen á la sagrada mesa con peligro de que se notase su falta, entonces conoceríamos su humildad. Protestarian contra aquella afrenta; se quejarían de que se los hacía una injusticia; apelarian á otro confesor y se enfurecerían contra el primero como contra un hombre intolerante, inconsiderado; ignorante y cuanto ocurriese á su amor propio y soberbia humillada. Tal es la reverencia al Señor que protestan, este es el amor que alegan de familiarizarse demasiado con Dios y perderle el respeto. Declaraos abiertamente, quitaos la máscara con que quereis cumplir con el mundo; no nos digais que no os llegáis á la mesa santa, y que aconsejais á otros que no se lleguen á ella por el mayor respeto que quereis tener á Dios: decid francamente que no os llegáis por la mayor libertad que quereis gozar de vosotros mismos; porque quereis conceder á vuestras pasiones todos sus desahogos y haceros cada vez mas indignos y mas incapaces de aquella mesa de que ahora no haceis caso por el poco amor que teneis á Dios. Por mucha que fuera vuestra reverencia y respeto á Dios, si le amáseis de veras, si no amáseis tanto vuestros vicios y torcidas inclinaciones, podría mas el amor y os acercarais sin este escrúpulo al convite del Esposo de vuestras almas. En el fondo de vuestra alma oiríais la respuesta de Jesus á su querido apóstol Pedro: *No quieras temer*; y aunque es verdad que debemos temer y reverenciar al Señor, á este temor, dice mi angélico Doctor Santo Tomás, debe prevalecer el amor de nuestro Señor Jesucristo, y el deseo de ser una misma cosa con él.

¿Es acaso buena disposicion para comulgar el dejar de comulgar todo el año y emplearle en la hediondez de los vicios y en los desenfrenos y licencias; en las comidas y bebidas sin moderacion, en el olvido de Dios; y el abandono total de los deberes de cristiano? ¡Ay, hermanos míos! Esta es la ruina del cristianismo, dice San Juan Crisóstomo; esto es lo que lo descompone y perturba todo, el que se tenga por buena disposicion para la comunión; no la limpieza del alma, sino la duracion larga de tiempo que se deja pasar sin comulgar. El juzgar por mérito, no la pureza del camino, sino los intervalos del tiempo mas dilatado. Siempre es Pascua en habiendo limpieza de corazón. Y efectivamente, todos los dias son fiestas, son Pascuas para los que, purificando sus almas con una buena conciencia, saben acercarse al Señor con un dolor verdadero de haberle ofendido, y con deseos de adquirir fuerzas para no caer mas y sostenerse en el amor y servicio del Señor. Digo mas: el comulgar rara vez no solo no es de suyo disposicion para comulgar dignamente, sino que por el contrario, es un nuevo peligro para comulgar mas, ó al menos con menor fruto y dignidad; y la razon es, porque con esta dilacion el pecado se envejece mas en nuestro corazón, se confirma la tirania de los malos hábitos, crece el tumulto de los apetitos rebeldes, el alma se hace continuamente mas esclava de sus enemigos, y mas débil para sacudir su yugo y para volverse á su Dios de todo corazón. Temed, pues, y guardaos, amados míos, de esa reverencia que tanto encareceis, y que por desgracia se ha hecho en estos últimos tiempos arma de partido, recurso de ciertos hereges, enemigos ocultos de

nuestra religion, que han jurado destruirla al paso que aparentan un celo esquisito por sostenerla y reformatarla. El demonio se vale, para perder las almas, del especioso pretesto de una piedad mal fundada, y con ella logra la ruina de muchos. Guardémonos, dice San Cirilo Alejandro, de que el diablo nos ponga por lazo los principios de la religion, engañosa y perjudicialmente aplicados. Convenzámonos que el temor del mundo, asi como el respeto y mayor consideracion á Dios que alegan los soberbios para no venir á la mesa santa, son unos pretestos y excusas frivolas y despreciables que no pueden satisfacer al amante Jesus que nos llama, nos convida y nos insta; y por último nos amenaza tambien para que le recibamos en la Eucaristia.

Otros se retiran del divino convite, y es el mayor número, alegando que tienen mucho que hacer, que tienen que cuidar de sus haciendas, que proveer sus casas, estar á la mira de sus criados y atender á sus intereses. A esta clase de personas las ciega tambien el demonio, no con el humo de la soberbia, sino con el polvo de la codicia terrena, y por lo mismo su ceguedad es más duradera y más incurable que la de los soberbios. Teneis que atender á vuestra casa, á vuestra familia y á vuestros intereses, ¿y no teneis que atender tambien á vuestra alma? ¿Es posible que empleando un mes entero para las haciendas de la casa y las necesidades del cuerpo, no halleis en todo el mes dos horas al menos para confesar y comulgar y asegurar por este medio la salvacion de vuestra alma? ¿Qué padre habrá tan injusto que teniendo dos hijos y un pan no le divida por medio y reparta la mitad á cada uno? Pues vos-

otros teneis alma y cuerpo, y ya que el alma como superior y de origen celestial debia como el hijo mayor, tener la mejor parte ¿por qué se la quereis dar á lo menos igual? ¿no es una crueldad é injusticia no darla ni aun un corto espacio de tiempo para que piense en sí misma y se nutra y alimente, y dejarla que arrastre por la tierra de debilidad y flaqueza? Tantos afanes, tantos negocios, tantas ocupaciones y embarazos... y ¿qué? ¿habeis venido al mundo para no tener otro trato ni otro negocio que de las cosas de la tierra? ¿No hemos venido todos para negociar en la tierra la gloria eterna y la salvacion de nuestras almas? ¿Pues qué locura es abandonar el fin principal para que fuimos criados, y ocuparnos en seguir la sombra del bien, una ganancia insegura y siempre perecedera, sino se la une tambien el ser perjudicial? Ya que no tengamos valor suficiente para despreciar los bienes de la tierra como insuficientes é incapaces para satisfacer á nuestras almas, no los antepongamos á los bienes del cielo; no abandonemos por ellos el pan que bajó del cielo para darnos la vida. ¡Ay hijos míos! Por comulgar una sola vez debiamos abandonar todos los intereses y dedicar á Dios todos los dias del año. ¿Y no quereis darle ni aun una parte de un dia de fiesta? El que obra así, es el enemigo mayor de sí mismo.

Lo que hallamos mas lamentable aun en esto, es, que muchos no solo no frecuentan la comunión por estos afanes terrenos y miras de interés temporal, sino que apartan á otros de frecuentarla. Si la madre, la muger, la hermana ó alguna de la familia se detiene algo mas de lo que acostumbra en la iglesia por comulgar, todo son quejas, alborotos y pesadumbres, como si con esto se perdieran sus

haciendas, y al fin el demonio logra su intento, que es perder á las almas retrayéndolas de alimentarse en la comunión. El pretexto de no comulgar, por falta de tiempo por atender á los intereses y afares de la tierra, es una imprudencia; es una necedad, una locura muy perjudicial.

El otro género de personas, mas desatentas aun en rehusar el convite de la Eucaristía son los sensuales ciegos no ya por el humo ó el polvo, sino por el lodo asqueroso que tienen en sus ojos. Estos nos cubren su falta de asistencia á la mesa santa con alguna excusa, sino que dicen libremente á Jesucristo y á su iglesia: no quiero ir. ¿Porqué? Porque no quieren dejar sus inmundos placeres, porque no quieren cortar sus envejecidas correspondencias, por que no pueden tolerar, ni aun el interrumpir por un breve tiempo sus carnalidades y apartarse algun tanto del estiercol que tan estrechamente han abrazado. No es el conocimiento de su miseria lo que los aparta y detiene para llegarse á comulgar, lo que los detiene es el amor de su misma miseria. Tienen su vida por tan deliciosa que los dá pena el pensar que la han de abandonar, y tienen por exquisitas delicias el estar debajo de las espinas segun la espresion de Job (cap. 80, v. 7.)

Estas almas deshonestas que están tranquilas en su pecado, que aman su pecado y no saben resolverse eficazmente á dejar la ocasion de caer, están muy retiradas de la mesa santa por no contravenir al entredicho del Apóstol que no quiere que alguno se atreva á participar aun mismo tiempo de la mesa del Señor, y de la mesa abominable de los demonios, y en la alternativa de elegir una ú otra prefieren continuar en sus carnalidades, en la esclavitud del

demonio; que acercarse á la mesa del Señor, y por eso nos dicen con resolucion: no puedo ir. *Quidam enim non potest*.
 ¿Qué mayor desgracia puede darse para las almas, que quedarse privadas del pan de la vida y sentenciarse así mismas á privarse de la inmortalidad gloriosa y bienaventurada?
 Para consuelo de aquellas almas sensuales y deshonestas, sí; pero que llorar sus caídas, que gimen bajo el peso de sus cadenas y desean romperlas, que conocen su ceguera y buscan la luz para salir de ella, que buscan el remedio para su mal, diré que sus pasados vicios no son estorbo para llegarse á la sagrada mesa si se disponen para recibir al Señor en la Eucaristía con un dolor; arrepentimiento y propósito suficiente y se llegan con humildad y confianza á su Médico amorisísimo que las alarga el remedio y las dice: *tomad y comed*. Diré más: que por lo mismo que se sienten con los estímulos de la concupiscencia y agitadas con la deshonestidad deben frecuentar mas la comunión para mitigar los ardores de la carne y resfriar la concupiscencia; por lo mismo deben alimentarse de ese divino manjar y beber el vino que engendra vírgenes. Que ese augusto Sacramento, como enseña el Concilio Tridentino es un antídoto que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las culpas graves y que lejos de apartarnos de él; debemos acercarnos á recibirle de nuevo antes de perder la gracia que adquirimos en la comunión precedente. Así se enflaquecerán poco á poco los malos hábitos hasta destruirse del todo, se engendrará en el corazon un afecto grande á la pureza, y la carne immaculada de Jesús Sacramentado vendrá á santificar y convertir en su sustancia á la nuestra.

Así podemos verlo en algunas almas dichosás que frés cuentan este medicamento escogido. Con él adquieren fuerzas para vivir en el cuerpo una vida toda de espíritu, un vigor que los hace fuertes contra sus enemigos y sofoca en ellos la fiebre de las pasiones desenfrenadas; y una vida virtuosa y una ansia por la inmortalidad.

Conoced pues, y conozcamos todos que cuantos pretestos alegamos para no alimentar con frecuencia nuestras almas con la sagrada Eucaristía, no son más que escusas frívolas y reprecensibles, escusas que nos pierden, y que con esa indiferencia, frialdad y pereza acarreamos males sin cuento á nuestras almas. ¿Quién sabe si esta negligencia será causa de que seáis escluidos del Paraíso del cielo? De temer es que ese hastío sea señal de muerte; que esa repugnancia que mostráis á gustar el pan de los ángeles sea para vosotros una señal de reprobacion y de la muerte eterna que os amenaza. Lo que no podemos dudar es: que *los que se apartan de Vos, Dios mio, perecerán*, como nos lo dice el Real Profeta (Psal. 72, v. 26.) El mayor mal para un alma es apartarse de su Dios, cuando Dios no se retira de ella y al contrario la busca. Las almas, Dios mio, se alejan de Vos que sois su alimento, ¿qué las ha de suceder sino morir estenuadas de hambre? Sus enemigos las observarán; y viéndolas enflaquecidas y débiles las acometerán y conseguirán su derrota haciéndolas caer en los vicios porque no tendrán alientos para resistirse. Los que se alejan de Vos perecerán. La Eucaristía es el medicamento de nuestras almas y el antídoto contra todas nuestras espirituales dolencias, ¿qué podrá esperarse de los que rehusan tomarle, sino caida sobre caida y por fin la muerte? Los que se

alejan de Vos perecerán. Jesus en la Eucaristía es el arma poderosa para nuestra defensa, ¿cómo no habrá de morir herido el que no quiere valerse de ella ó se vale con tédio y con tristeza? ¿Qué puede esperarse del soldado á quien pesa su espada?

Amados míos, no seamos tan necios y tan enemigos de nuestras almas que las dejemos perecer de hambre, y ser vencidas de los poderosos enemigos que las rodean procurando su ruina. No sigamos el ejemplo pernicioso de tantos cristianos tibios que se escusan de asistir á la mesa eucarística á que el amoroso Jesus nos convida cuantas veces queramos asistir. Conozcamos que cuanto podamos decir para escusarnos son excusas y pretextos frívolos y reprehensibles, excusas de que no puede quedar satisfecho el Señor y que quedará enojado por nuestros desaires; que nuestra negligencia y descuido ocasiona males sin cuento á nuestras almas y que insensiblemente las conduce á la muerte, apartándolas de la vida. Comprendamos nuestro verdadero interés y agradecidos al amor inmenso y la generosidad sin límites del amante Corazon de Jesus, resolvámonos á frecuentar la mesa santa. Señor, dadnos siempre este pan; concedednos que usemos de él con fruto, para que alimentados con él vivamos una vida digna de él, nos convirtamos en él por la identidad de nuestros afectos y deseos y consigamos por él vivir para siempre en la dichosa eternidad de la gloria. Amen.

DIA VI.

El amantísimo Corazon de Jesus compadecido de nuestros males nos proveyó de un remedio para todas nuestras necesidades en el augusto Sacramento de la Eucaristia.

Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.

El pan que yo os daré, es mi carne para vida del mundo.

JOANN, CAP. 6, V. 52:

No tengo necesidad de manifestar nuestra debilidad y flaqueza y los males de que abunda el mundo; nosotros la experimentamos, nos quejamos de ella y tratamos de disculpar con ella nuestras frecuentes y repetidas caídas en el pecado. Nuestra fragilidad no es bien conocida y los peligros y males que por todas partes nos rodean en el mundo están bien patentes y manifiestos á todos. Jesus, el amante Jesus, el Hijo unigénito del Eterno Padre se condolió de tantas miserias como nosotros nos acarreamos con el pecado, que cometido por el primer hombre le despojó de la gracia, le llenó de maldicion y sumergió en un abismo de

miserias y con él á todos sus descendientes: se constituyó nuestro Salvador, bajó del cielo á la tierra y satisfizo por la ofensa al Dios Eterno, aplacó su justicia y reconcilió con su Criador al género humano sacrificándose y muriendo en una cruz por los hombres. No quedó con esto satisfecho el amor inmenso del divino Jesus. Conoció nuestras fragilidades y miserias; vió los peligros á que estamos espuestos en este miserable destierro y no descansó hasta proveernos de un remedio eficazísimo para todas nuestras necesidades. Dispuso quedarse con nosotros en ese augustísimo Misterio para ser nuestro refugio, nuestro consuelo y nuestro amparo, y quiso ser nuestro alimento para que tomándole nos fortificásemos y hallásemos en tan divino manjar el socorro de todos nuestros males. El mundo, nuestras depravadas inclinaciones, el demonio, enemigo incansable de nuestras almas, no nos ofrecen en todos los instantes sino peligros, tentaciones y estan provocando continuamente las iras del Señor contra nosotros. Pues Jesucristo nos quiso proveer por su infinito amor de un pan, del alimento de su cuerpo en el adorable Sacramento de la Eucaristía, que es lo que da la vida al mundo. *Panis quem ego dabo caro mea est pro mundi vita.*

Cuando no tuviéramos otras pruebas del amor inmenso que nos tiene el abrasado Corazon de Jesus, ¿no bastaria el saber que fue tan atento y solícito de nosotros, que cuidó tanto de nuestra salud eterna, que atendiendo á nuestra debilidad y flaqueza y compadecido de nuestros males, nos proveyó abundantemente de remedio para todas nuestras necesidades en ese adorable Sacramento?

Esta verdad consoladora voy á manifestaros en este ra-

to para que nos humillemos, ante ese divino Señor, le reconozcamos y recurramos á él en nuestras aflicciones, le adoremos y honremos y nos alimentemos con este divino manjar acercándonos con frecuencia á la mesa santa. Para que se desvanezcan nuestras quejas y conozcamos que si no somos fuertes y ricos no es por que Jesus no nos ama y socorre, sino porque no buscamos la riqueza, la abundancia y el remedio en el que es el bien, la salud y la vida del mundo.

Haced, Señor, que al menos conozcamos nuestro propio bien y nuestro interés y no corramos mas en seguimiento de la vanidad y la mentira. Conozcamos que en vos está el origen y manantial de todo bien, y no le busquemos fuera de vos donde no hallaremos sino las sombras y la muerte. Resoluciones tan piadosas quisiera inspirar en los corazones de mis oyentes, pero no alcanzan á tanto las palabras y los esfuerzos de los hombres, es obra de vuestra divina gracia; dignaos asistirnos á todos con ella por la intercesión de vuestra Santísima Madre.

Ave María.

Panis quem ego dabo...

Heridos de muerte por el pecado original quedó nuestro entendimiento envuelto en la ignorancia como que fue despojado de la divina luz que le dirigia, y debilitada nues-

tra voluntad, sin fuerzas para resolver á obrar el bien y muy propensa á seguir lo malo. Nuestra alma quedó enferma, sujeta á la insubordinación y rebeldía de nuestras pasiones; y aunque despues se nos perdona el pecado mediante el Sacramento del Bautismo instituido por Jesucristo para reengendrarnos á la vida de la gracia, nos quedan los rastros del pecado; la inclinacion viciada de nuestra naturaleza; la debilidad para obrar bien y cierto tedio y repugnancia hácia todo lo bueno, y es preciso sostenernos, nutrirnos, alimentarnos, medicinarlos y fortificarnos continuamente para no perecer de miseria, hambre y debilidad. Pues bien, amados míos, el amante Jesus conocia bien todas nuestras debilidades y flaquezas y nos proveyó abundantemente de remedio en el adorable Sacramento de su cuerpo, en el pan consagrado que da la vida al mundo.

Nuestra alma débil y flaca necesita alimentarse. La vida sobrenatural de la gracia mientras estamos en la tierra está espuesta á perderse, así como la vida natural. Es verdad que la vida del cuerpo es de tal manera mortal que al fin no puede evitar la muerte y que la vida espiritual del alma puede librarse de ella; pero una y otra necesitan alimentarse, y así como la comida restaurando lo que consumió el calor natural, infunde tal vigor en el cuerpo que le alarga la vida, así la Eucaristía restaurando lo que consumió la concupiscencia, da tan grande aliento á nuestra alma que no solo la sostiene, la repara y alarga la vida, sino que se la eterniza. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, nos dice el mismo Jesucristo. Este es el manjar destinado para nutrir nuestras almas. Resolveos generosamente á alimentaros con él recibéndole dignamente y

con la frecuencia necesaria, y pronto experimentaréis una fuerza y vigor extraordinario. A pesar de vuestra debilidad y propensiones corrompidas os hallareis tan vigorosos, que se os hará fácil, no solamente el vivir largo tiempo, conservando por muchos años la gracia, sino aun el no morir jamás conservándola hasta el último momento y uniéndola con la gloria. Lo que no temo aseguraros es, que si buscamos el motivo de nuestras caídas y el origen de todas nuestras culpas, hallaremos que todas por lo común proceden ó de la poca disposicion con que nos llegamos á comulgar, ó de la poca frecuencia con que comulgamos. *Fui herido, como el heno, y se secó mi corazón, por que me olvidé de comer mi pan*, dice el Real Profeta. Este olvido, este abandono de la mesa santa, este descuido en el alimentar nuestras almas con el pan sagrado, que es su alimento propio y natural, hace que estén flacas, hambrientas, débiles y se dejen herir de sus enemigos, se sequen y marchiten y al fin mueran cayendo en tantos pecados en que miserablemente se envuelven. Moriremos, porque no queremos alimentarnos con el pan de la vida.

No solamente necesitamos alimentarnos, sino que como heridos y enfermos necesitamos tambien medicinaros. Pues la sagrada comunión no solamente es el alimento de nuestras almas, sino tambien la medicina para curar todas nuestras dolencias, y las heridas que recibimos en las peles que tenemos que sostener contra nuestros enemigos. *La divina Eucaristia*, dice San Ignacio martir, *es un medicamento que limpia de los vicios y espela todos los males*. No podemos dudar que tiene virtud para sanar de todas las enfermedades habituales y librar de las actuales, para com-

poner las pasiones mas desarregladas, para engendrar y producir los pensamientos mas santos, para volver las almas á una salud mas perfecta que la que gozaron antes de haber sido heridas y enfermas.

El padre San Ambrosio hablándonos de los efectos prodigiosos y admirables de la Eucaristía no teme asegurarnos que el amantísimo Jesus satisface completamente en este divino manjar á todas las necesidades que pueden afligir á nuestras almas y cura todas las dolencias que pueden atormentarlas en esta vida. Si huyes de las tinieblas, nos dice, es la luz; si te abrasas con el fuego de la calentura, es la fuente del refrigerio; si deseas curar tus heridas, es tu remedio; si estás oprimido con la indignidad, es la víctima que se ofrece por tí; si buscas comida, es tu alimento; si necesitas auxilio, es tu virtud; si temes la muerte, él es la vida; si deseas llegar al cielo, él es el camino.

Es la luz en nuestras tinieblas. Mientras vivimos en este lugar de destierro nos da muy poquísima luz nuestra razón, y si no nos conducimos por lo que nos enseña la fe caeremos en muchísimos errores. Caminamos envueltos entre densas tinieblas y nos sucede lo que á los que caminan en la oscuridad de la noche que no distinguen los objetos, y como estos, tomamos lo malo por bueno y lo bueno por malo. Ignoramos el camino que debemos seguir, el término á donde debemos llegar, y caminando en pos de las luces engañosas del mundo venimos á caer en los mayores precipicios. Este divino Sacramento se llama con razón por muchos Santos Padres y Doctores de la Iglesia del misterio de las luces, porque con su ayuda descubrimos las verdades que nos son necesarias para dirigirnos con rectitud y se

nos hacen creíbles las verdades que están sobre nuestra razón. Los incrédulos y hereges ven en este misterio un error: pero los fieles ilustrados con su luz, caminan con seguridad sin temor de perderse en el camino; los grandes pecadores se apartan de sus extravíos, y los que están alucinados por sus pasiones abren sus ojos á la verdad. Este augusto Sacramento se llama el misterio de la Fé, no solo porque es uno de los objetos principales que debemos creer y que mas que todos escende á los alcances de nuestra débil razón, sino tambien porque nos instruye acerca de todos los demás misterios que los supone, los abraza y da luces para conocerlos y confesarlos.

Es la fuente de refrigerio contra el fuego de nuestras fiebres. La concupiscencia que nos arrastra al mal, es la fiebre maligna y violenta que nos abrasa. Nuestra fiebre es la ambicion, es la avaricia, la lascivia, la ira, la soberbia, y amor propio, todas nuestras desordenadas pasiones y depravados deseos son otras tantas fiebres malignas que abrasan y destruyen nuestras almas. Pues la Eucaristía, dice san Juan Crisóstomo, modera el ímpetu de todos nuestros afectos, y es como el agua que apaga el fuego y mitiga el ardor.

Es el médico que cura nuestras heridas. Acometidos de tantos enemigos estamos espuestos á recibir sus heridas, y tanto mas cuanto mayor es nuestra debilidad y falta de fuerzas. Jesus Sacramentado es nuestro médico, y si quando vivia entre los hombres hacia bien á todos, y sanaba de todo género de dolencias á los que se acercaban á él, si dejaba señalado su tránsito por las curaciones milagrosas que hacia en los enfermos que le presentaban ¿qué hará

entrando de asiento en un alma y uniéndose con ella para hacerla una misma cosa con él? ¿cómo desaparecerán todas las dolencias y quedará el alma sana y salva?

Es la víctima que se ofrece por nuestras iniquidades. ¿Deseamos aplacar á Dios por nuestros pecados? Pues la Eucaristía es un verdadero sacrificio, un sacrificio de un valor infinito, aunque diverso en cuanto al modo, es el mismo en cuanto á la sustancia que aquel en que el Hijo unigénito de Dios se ofreció en la Cruz por los pecados de todo el mundo y tiene todos los mismos méritos y la misma virtud.

Es nuestro alimento. Por medio de este divino manjar conservan nuestras almas la vida espiritual que recibieron por el bautismo ó por la penitencia. El alma con este alimento repara sus fuerzas, crece en virtud y Santidad y camina á la perfección que Dios nos pide.

Si tenemos necesidad de auxilio es nuestra virtud. Continuas y violentas son las tentaciones con que nuestros enemigos tratan de fatigarnos y vencernos, y tanto mas frecuentes y terribles cuanto mas procuramos huir de su tiranía y apartarnos de sus lazos. En este Sacramento, en el manjar que se nos dispensa en la mesa santa recibimos unas gracias muy poderosas para resistir, vencer y triunfar. En ese adorable Sacramento se nos da, no solo un alimento de vida, sino tambien un arma invencible para herir y derribar á nuestros contrarios. Este es aquel pan de Gedeon que con tanta gloria de su capitán se mudó en una espada para derrotar completamente todas las fuerzas de los madianitas infernales, y hacer temblar todos sus cuarteles. *Preveniste á mi vista una mesa contra to-*

dos los que me atribulan, dice el Real Profeta. Aquí tenemos un arsenal provisto de todo género de armas ofensivas y defensivas contra el demonio. Probad á vestiros de ellas, y experimentaréis muy pronto sus poderosos efectos. Acudid á esta arma cuando os sintiéreis acometidos interiormente de alguna pasión violenta, ó por el impetu exterior de los enemigos de vuestras almas, y lograreis el triunfo y alcanzareis la mas completa tranquilidad de espíritu.

¿Tememos la muerte? Pues este es el sacramento de la vida. Disipa los temores de la muerte, y es la prenda de una eterna y gloriosa resurreccion. Es lo que sirve á nuestras almas de viático para la eternidad. Cuando estamos próximos á los momentos últimos en que nuestra alma alligada con los dolores, aterrada con los remordimientos de la conciencia; con la muerte á la vista y detrás de ella un juicio terrible; cuando dejamos con desprecio todo lo que hay en el mundo, y el alma va á separarse violentamente del cuerpo que ha animado y á entrar en una region nueva y desconocida; á entrar en el tribunal de Dios y á recibir la sentencia que ha de formar su suerte por toda una eternidad, ¡qué angustias y congojas, qué inquietudes no deben agitarla! ¡Qué poderosas son entonces las asechanzas de los enemigos, y qué fuertes sus ataques. ¿Quién, Dios mio, puede llegar á este terrible é indispensable estremo; quién puede ni aun pensar en él sin estremecerse y llenarse del miedo mas espantoso y cruel? Pues entonces ese divino Señor no se contenta con visitarnos y salir de nuestros templos para el enfermo, sea pobre ó rico, jóven ó anciano, sabio ó ignorante, sino que se nos da en nuestras mismas camas y

quiere ser nuestro Viático; se digna ir á nosotros para que nos alimentemos y fortifiquemos con él para el viaje de de la eternidad. Entonces quiere unirse á nosotros, y con su poder y bondad infinita nos tranquiliza, infunde en el alma una confianza y seguridad grande; y con este manjar mira con serenidad y sin turbarse los peligros que la rodean. No nos abandona en los momentos del mayor peligro; cuando el mundo nos olvida y los amigos y parientes huyen de nosotros, es nuestro refugio entre los terrores de la muerte, y nos llena de consolaciones cuando ya no queda en la tierra consuelo alguno para nosotros. No temeré los males aunque caminase entre las sombras de la muerte, porqué; oh Dios mio! estais conmigo, decía el profeta David, y puede con mas razon decir el alma fiel que se provee de este divino Viático en su enfermedad. No puede temer ni á la muerte, ni al infierno con todas sus furias, porque la vida del mismo Dios, la omnipotencia del cielo está con él, y como la luz ahuyenta las tinieblas, así la presencia de Jesus Sacramentado disipa todos los temores. *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* No puede dudar que le espera el cielo cuando el Señor de los cielos y la tierra se anticipa á visitarle, aquel mismo que forma las delicias y la gloria de los bienaventurados. Huid, espantosos temores y crueles remordimientos de conciencia. Aquel Juez que nos representais tan terrible se digna antes visitarnos y tratarnos como amigo, hacernos entender sus grandes misericordias, ponerse en nuestras manos para ser el precio de nuestra salud. El mismo Rey de la gloria viene á recibir en sus manos nuestro espíritu para conducirle á su reino. ¡Qué suave, qué dulce y tranquila

debe ser la muerte para el que la mira y la espera con estos santos pensamientos! ¡Y qué bueno y amable es el Señor que los inspira y produce con su divina presencia en nuestras almas!

¿Deseamos llegar al cielo? Pues Jesús Sacramentado es el camino. Nos conduce al término que es la eterna bienaventuranza por la fe, la esperanza y la caridad, cuyas sublimes virtudes ejercitamos en la fe y en la participación de este augusto misterio. Muchos son los caminos que nos pueden llevar al cielo segun la variedad del estado, condicion y negocios que cada uno abraza, porque en todos podemos salvarnos, y aquellos son los mas difíciles y peligrosos que mas lisonjean á nuestros apetitos y sentidos: pero en todos tenemos que procurar no cansarnos ni desanimar en un camino que siempre es molesto, largo, difícil, expuesto á muchos peligros y que no se concluyó sino con grandes esfuerzos y mucha perseverancia. Pues bien, amados míos, sea el que fuere el estado en que nos haya puesto la divina Providencia y el camino por donde nos dirijamos al cielo, en este Sacramento hallaremos el medio de seguir, continuar y perseverar hasta el fin con facilidad, porque en esta peregrinacion es el alimento que nos mantiene, nos corrobora, nos consuela, nos anima, nos sostiene y da fuerzas al alma para que camine con constancia hasta el fin. Muchos son los que emprenden el camino del cielo, pero son muy pocos los que siguen constantemente por él. Se cansan, flaquean, se rinden y al fin ceden y se apartan. ¿Por qué? Porque no se alimentan del manjar de la vida y no se proveen del sustento necesario para continuar en tan penoso viaje.

El mundo todo, hermanos míos, debe su conservación y no ser víctima de las venganzas del cielo á ese adorable Sacramento que contiene maravillosamente las iras de Dios y hace que el mundo viva. ¿Qué hay en el mundo, sino cescesos y transgresiones continuas de la ley del Señor, re-
beldías contra su voluntad, desprecio y profanación de su culto, olvido de sus beneficios, resistencia á sus gracias, impiedad y burlas é insultos contra su religion, relajación, conversaciones licenciosas, máximas deprabadas, escándalos funestos, ejemplos contagiosos y condescendencias delinquentes? Aun entre los que se tienen por piadosos y devotos, ¿qué vemos sino estimación de sí mismos, des-
precio de los demás, deseo inmoderado de complacer; te-
mor cobarde de desagradar; espíritu de ambición y algunas oraciones tibias y asistencia á los templos alternando con los pasatiempos y diversiones del mundo? ¿Por qué no flue-
ven sobre nosotros los castigos del cielo y enojado el Señor no hace que desaparezca el hombre de sobre la tierra, pues-
to que toda carne ha corrompido sus caminos y no registran sus ojos en el mundo sino perversidad? ¿Por qué es tan su-
frido y paciente el Señor y nos espera, disimula y parece que se oculta para no ver nuestras iniquidades? Porque es-
ta en medio de nosotros Jesus Sacramentado; porque entre tantas perversidades de los hombres ve el Señor á su Hijo hu-
millado en el Sacramento de su amor y este hace continua-
mente en nuestros altares el oficio que hizo en el Calvario, de un Dios que quita los pecados del mundo, de un Dios que bor-
ra los pecados del mundo, de un Dios que reconcilia al mundo y es la vida del mundo. Si, Sodoma se hubiera li-
brado del fuego del cielo si hubiera habido en ella cinco

justos; si Moisés orando por su pueblo detuvo las divinas veñanzas, ¿qué no valdrá la presencia y los continuos sacrificios de ese Dios que habita con nosotros hasta la consumacion de los siglos? ¿Cómo no han de subir sus méritos mas alto que nuestras iniquidades?

Confesemos pues y reconozcamos todos que el mundo en general y cada uno de los hombres tiene el remedio eficazísimo para todas sus necesidades en ese augusto Sacramento, en que Jesucristo se ofrece y sacrifica por nosotros; clama, intercede é interpela por nosotros; se nos da en la vida para ser nuestra luz, nuestra guia, nuestra fortaleza, el arma para triunfar de nuestros enemigos, nuestro alimento para sostenernos y robustecernos y en los momentos últimos, en la proximidad á la muerte para ser nuestro viático, nuestro consuelo, nuestro apoyo y nuestra esperanza. No, no nos quejemos ya de los males y calamidades de esta vida; el amabilísimo corazon de Jesus compadecido de nuestras miserias nos ha provisto de remedio contra todas ellas. Quejémonos de nosotros mismos, de nuestro olvido de Jesus Sacramentado, de nuestra poca fe y al mismo tiempo de nuestra loca confianza en los hombres y en las cosas de la tierra. No busquemos ya nuestro consuelo y remedio en un rico que nos alejará de sí con una soberbia y altanería inesfable, en un amigo que nos desconocerá en el tiempo de nuestra desgracia, en un favorecido que atormentará doblemente nuestra alma con su olvido é ingratitude; recurramos á Jesus Sacramentado, recibámosle en nuestro pecho, hagámosle presentes todos los males que nos afligen, y él nos consolará y remediará abundantemente. Y sobre todo, despreciando los bienes y males de

esta vida, cuidemos de pedirle, lo que es mas de su agrado, lo que él quiere darnos y nosotros necesitamos mas que todo, que nos libre del pecado, que dé la vida espiritual de la gracia á nuestras almas, que nos la conserve y conceda la perseverancia hasta el fin, para que así seamos salvos. Amen.

F. L. G.

DIA VII.

Jesús en el adorable Sacramento de la Eucaristía pide justamente nuestros obsequios, y siente nuestros ultrajes.

Charitas Christi urget nos.

El amor grande de Jesucristo nos pone en la obligación de amarle.

2.^a CORINT., CAP. 5, V. 14.

En el augusto y adorable Sacramento de la Eucaristía nos concede el Señor un don tan grande, que aun siendo Dios no puede dárnosle mayor, porque se nos da á sí mismo. ¿Es posible que nosotros que nos preciamos de ser atentos y agradecidos seamos insensibles é ingratos á tan inesplicable beneficio? Un Dios que tanto nos ama, que tanto nos favorece, que tanto se humilla y sufre por nosotros, ¿no es acreedor á que nosotros le amemos? ¿El amor grande que el divino Jesús nos manifiesta en el Sacramento de su cuerpo y sangre, no nos pone en la apremiante y dulce necesidad de que nosotros le amemos? ¿No nos comprime y obliga á amar á Jesús la inmensa caridad con que nos ama, como nos dice el Apóstol? Y por tantos favores y por el

bien inapreciable que nos da quedándose con nosotros y dándonos en el Sacramento de la Eucaristía, ¿qué es lo que exige de nosotros? Nada más que nuestros obsequios, nuestra gratitud, nuestros cánticos de alabanza y de accion de gracias. Ningun otro tributo tenemos, ni con otra cosa alguna podemos corresponder y manifestar nuestro agradecimiento al Señor que con nuestras sinceras y puras alabanzas y bendiciones. Esto es lo que convencidos de vuestro deber habeis querido cumplir en esta solemnidad en testimonio de vuestra gratitud á Jesus Sacramentado. Con estos solemnes cultos habeis dispuesto manifestar de un modo público y solemne, no solamente vuestra fe, sino tambien vuestro agradecimiento y protestar delante de todo el mundo vuestra devocion y vuestros obsequios, que no paran en unas ceremonias exteriores y unos cánticos que pronuncian las bocas, sino que salen del corazon y van acompañadas del espíritu y del deseo de honrar á Jesus en ese augusto Sacramento.

Conviene á la devocion de los fieles, dice mi angélico doctor santo Tomás, recordar solemnemente la institucion de tan saludable y tan admirable Sacramento, para que den á Dios las debidas gracias por tan saludable y tan grande beneficio. La Iglesia con el mismo angélico doctor, nos convida á que alabemos á Jesus Sacramentado. *Quantum potes, tantum aude, quia major omni laude.* Alaba cuanto puedas al Señor porque es digno de toda alabanza y mayor que cuanto puedas obsequiarle. Alaba, Sion, á tu Salvador, alaba y engrandece á tu Rey, tu guia y tu Pastor con himnos y cánticos. *Lauda Syon Salvatorum, lauda Ducem et Pastorem in hymnis et canticis.*

Es muy justo y convenientísimo, dicen, abundando en los mismos sentimientos los padres del Santo Concilio de Trento, que haya establecidos y consagrados algunos dias con especialidad, para que los cristianos todos manifiesten con sus cultos y testimonios públicos de su fe, su gratitud y reconocimiento a Dios como un bienecor y redentor por tan inefable y divino beneficio de estar con nosotros en el Sacramento de la Eucaristia.

Hoy vengo dispuesto á fomentar en vuestras almas estos sentimientos de reconocimiento y gratitud, que me congratulo en veros manifestar públicamente en estos mismos cultos que ofrecéis en obsequio de Jesus Sacramentado y voy á escitar vuestro amor propio, vuestros sentimientos de gratitud y reconocimiento, tan propios de los corazones generosos, y ayudado de la gracia del mismo Señor que preside nuestra festividad y está en ese tabernáculo rodeado de sus ángeles os manifestaré para llenar mi objeto, que Jesus en el adorable Sacramento de la Eucaristia pide justísimamente nuestros obsequios y adoraciones y siente tambien nuestros ultrages.

Sentimientos de alabanza y accion de gracias al Señor; resoluciones de nunca ofenderle ni ultrajarle en el Sacramento de su amor ni aun con la mas ligera irreverencia, he aquí amados míos, lo que quisiera inspiraros en mi discurso. Obradlo Vos, Dios mio, con la gracia que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre.

Ave María.

Charitas Christi...

El mismo Dios de cielos y tierra es el que está real y verdaderamente presente en el Sacramento de nuestros altares. El mismo Dios es el que no solamente habita entre nosotros y está en nuestros sagrarios, sino que se nos une y da en alimento de nuestras almas cuantas veces queramos ser partícipes de la mesa santa que nos ha dejado preparada en la Eucaristía. Esto creemos, hermanos míos, y esto nos enseña la fe y confesamos gustosos con nuestra santa madre la Iglesia, sin que ni la duda, ni la incredulidad, ni las dificultades, ni la repugnancia de los sentidos y la oposición de las pasiones perturbe ni atormente á nuestro entendimiento. ¿Qué mas necesita ya el alma fiel para rendir humildemente sus obsequios, sus adoraciones, sus respetuosos cultos y para honrar y alabar cuanto pueda á Jesus Sacramentado, al mismo Dios en el Sacramento de la Eucaristía? ¿Y qué hay en el Sacramento de la Eucaristía que no exija justísimamente nuestros obsequios y adoraciones?

Verdad es que en ese adorable Sacramento Jesucristo pierde por explicarme así, su grandeza, su poder, su magestad, se estrecha y se reduce á los límites de la sagrada Hostia, se oculta bajo los accidentes eucarísticos; pero no por eso deja de ser nuestro Dios; por lo mismo es mas acreedor á nuestros obsequios á la manera que un monarca que se despoja del aparato de su magestad para tratar mas familiarmente con sus amigos. Aunque oculto Jesus en el Sacramento es nuestro Dios, y si se oculta y desprende de su

grandeza y magestad es para acercarse mas á los hombres, para familiarizarse mas con ellos y por esto mismo le somos mas deudores y debemos serle mas reconocidos y sumisos. Jesucristo está en el Sacramento del Altar, pero el alma fiel, el cristiano devoto y fervoroso le reconoce por su Dios y su Salvador sin embargo del velo que le oculta, y como la Magdalena aunque le ve bajo una forma agena, le reconoce, se postra á sus pies, le adora, se apresura á ofrecerle sus respetos y á manifestar á todas las gentes y á todos los pueblos la bondad de Jesus que por nuestro amor se humilla y abate á ocultarse y anonadarse en el Sacramento. Por lo mismo que el Señor por un exceso de su caridad se abate tanto, el alma fiel se inflama mas; se admira mas y se reconoce mas obligada. Y si el Principe de los Apóstoles no podia explicar su gratitud, respeto y veneracion confundido al ver á Jesus á sus pies y rogándole que se los dejase lavar, ¿el cristiano que ve á su Dios humillado y oculto, desprendido de toda su magestad en el Sacramento de la Eucaristía precisamente por amor al hombre, en qué sentimientos no debe abundar?

Aunque oculto Jesus en el Sacramento de la Eucaristía es nuestro Dios. El herege y el libertino que no consultan sino con sus sentidos y con sus depravadas pasiones le niegan, le desconocen, le ultrajan y desprecian, y por lo mismo el cristiano fiel debe honrarle y darle testimonios públicos de su fe y de su reconocimiento, para consolar en cierto modo á su Dios y reparar los ultrages, y para que la impiedad se confunda, se avergüence, se consterne y revente de envidia, si no se humilla y reconoce, viendo que el Dios que ella desprecia es reconocido y adorado, es el

objeto de nuestros solemne cultos y de las mas rendidas y sinceras adoraciones. Jesus es ultrajado y desconocido, pero busca sus complacencias, se desahoga y consuela en el seno de sus amigos, de las almas fieles y devotas, las pide su amor y sus obsequios. ¿No es una peticion y exigencia justísima de parte de Jesus y muy propia de parte de los cristianos?

Un amor tan grande como el que Jesucristo nos manifiesta en el Sacramento de su cuerpo, dice el padre San Juan Crisóstomo, ¿con qué amor le podremos recompensar? Tantos frutos de su benevolencia, ¿con qué podremos pagarlos? Todo lo que hagamos en su obsequio es muy poco; aunque nos ocupemos en su servicio constantemente, siempre será hacer mucho menos de lo que merece y de lo muchísimo que le debemos. Sin embargo, no por esto estamos esentos de ser agradecidos y de ofrecer nuestros servicios; por lo mismo estamos obligados á honrarle segun toda la posibilidad de nuestras fuerzas. *Quantum potes, tantum aude*. Sin embargo de que nada podemos decir que sea digno del Señor, dice San Agustin, por su bondad infinita admite el obsequio de nuestras voces y quiere que nos ejercitemos en cantar sus alabanzas. ¿Y acaso no es muy justo que honremos y veneremos á este divino pan, dice Santo Tomás de Villanueva? Si hallásemos en este mundo un manjar, dice el mismo Santo, que tuviese virtud para prolongar nuestra miserable vida por el espacio de cien años solamente, ¿cuánto le apreciaríamos? Le conservaríamos como á las niñas de nuestros ojos: ¿no le apeteceríamos y estimaríamos mas que á todas las riquezas y tesoros del mundo? Pues bien, el pan celestial que se nos da en la mesa

del altar no podemos dudar que nos comunica la vida eterna, que nos da un derecho y que es una prenda de aquella vida felicísima llena de todos los bienes y esenta de todos los males. ¡Cuánto mayor debe ser nuestro aprecio y estimacion!

Cuantas fiestas y solemnidades se establecieron en el Antiguo Testamento tomaron su origen de algun marcado y estraordinario beneficio recibido de Dios, y para conservar su memoria y manifestar su reconocimientó el pueblo escogido de Dios en todos los años destinaba ciertos dias para celebrar la fiesta y honrar al Dios que hizo tanto bien á sus padres. La Pascua se celebra en memoria de aquella salida de Egipto en que el pueblo de Israel quedó libre de la servidumbre y esclavitud de Faraon á costa de maravillas y prodigios. La fiesta de las *Encenías* la celebraban en memoria de la restauracion del templo de Jerusalem, y todas tenían su origen en algun beneficio estraordinario y era su objeto el recordarle y agradecerle. La Iglesia nuestra madre observa la misma práctica y ha establecido con el mismo fin sus festividades, porque es muy justo y muy conforme á los sentimientos del corazon humano recordar los beneficios recibidos y hacer que pase su memoria y las señales de gratitud de generacion en generacion. Esto así, ¿quién no ve claramente, que el sacralísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo nos obliga muchísimo mas á una solemnidad y señales de agradecimiento muchísimo mayores, que todas las demás fiestas que se han establecido en el mundo? Jesucristo no quiso solamente que recordásemos en esta fiesta la memoria de aquel Sacramento que instituyó en la última cena y en el que se nos dió en comida y bebida para

nutrir y fortalecer nuestras almas, sino que quiso también honrarnos con su misma presencia real y verdadera y con la abundancia de sus divinas gracias, inseparables de su divinidad y bondad infinita; no ya en un día ó tiempo determinado, sino todos los días hasta la consumación de los siglos, pronto siempre, á abandonar en cierto modo, la diestra del eterno Padre y encerrarse en el pequeño átomo de una Hostia, para estar con nosotros, para ofrecerse de nuevo todos los días en sacrificio por nuestros pecados y contener la ira y los castigos de la divina Justicia, para ser el alimento saludable de nuestras almas, para estar continuamente en el trono de sus gracias y atender á nuestras continuas necesidades. El alma se abisma, hermanos míos, y tanto mas se confunde cuanto mas reflexiona y medita sobre este inefable misterio. ¿Qué mas puede hacer en obsequio nuestro, ni qué cosa mas grande puede darnos nuestro mismo Dios? Honremos pues y bendigamos al Señor cantando sus alabanzas; acerquémonos á participar de esa mesa santa por la que el mundo se forma, el orbe de la tierra tiene consistencia y á la que deben su conservación los imperios y los reinos. Jesús, dice Alberto Magno, nos ha dado su cuerpo en comida, su sangre en bebida, su alma en precio, su divinidad en condimento; en este solo don nos ha dado todo lo que él es en cuerpo, en alma y en divinidad. Si á los hijos de Israel, dice mi angélico maestro Santo Tomás, los hubiese sido dado el tener y ver lo que nosotros tenemos y vemos, ¿qué no hubieran hecho? ¿De qué modo hubieran manifestado su culto y reverencia? Si de tal modo honraban al arca del Testamento y eran tan suntuosas sus solemnidades, ¿qué no hubieran hecho si

hubiesen tenido como nosotros, no las sombras y figuras, sino la realidad, al mismo Dios?

Sabidos son los honores con que honró el rey de Egipto y mandó que todos honrasen á José, á quien dió el título de Salvador porque en los siete años de esterilidad y hambre proveyó y proporcionó pan suficiente para todo el reino. Acompañado de todos los grandes del reino, vestido de púrpura y con el collar de oro, sentado en un carro de triunfo, hizo que fuese conducido por las calles, que todos le aclamasen por Vice-Rey de todo Egipto y que todos doblasen las rodillas en su presencia. Pues bien, amados míos, Jesús en este Sacramento, de que José fue solamente una sombra, no solamente por el corto espacio de siete años, sino por todo el tiempo que duren los siglos, proveyó abundantemente al mundo entero del alimento de vida, del pan de los escogidos. Justo es que en el trono de la Eucaristía le honren y veneren los pueblos todos y manifiesten su gratitud al comun Salvador. Con razón pues, nos llama la Iglesia en estos días á adorar á Jesucristo Rey que domina en todas las naciones y nos presenta á aquel mismo Jesús que murió por nosotros con una muerte cruelísima en el Calvario, no ya muerto, sino vivo é impasible en ese augustísimo Sacramento, y al mismo Hijo de Dios que está á la diestra del Eterno Padre le conduce en triunfo por las calles y las plazas entre las señales mas expresivas de júbilo y los obsequios de que son capaces todas sus fuerzas, lo ofrece todo á su culto como á su Rey su Señor y su Dios para escitar así nuestros afectos y sentimientos de gratitud y movernos á la acción de gracias por los favores que continuamente recibimos de ese divino Señor. En estos días con estas

señales públicas, generales y extraordinarias quiere la Iglesia nuestra madre avivar nuestra fe y escitar nuestra devoción y reverencia, recordándonos que ese mismo Señor á quien obsequia con toda la magnificencia que la es posible es el mismo que se ofrece todos los dias por la salud del mundo en el incruento sacrificio de la Misa; está constantemente en nuestros sagrarios y encerrados en nuestras iglesias pobres, desnudas y casi siempre abandonadas y desiertas; el mismo que se nos da en alimento en la comunión y se lleva para servir de viático á los enfermos; el que en varios dias se pone á la adoración pública, y que si no le honra con tanta solemnidad como ahora en todo el resto del año, no es porque no sea digno de todos estos y de muchísimos mayores obsequios, sino porque quiere que los supla la piedad, la devoción, los afectos, la sinceridad y el amor de cada uno de vosotros. Quiere que este aparato de magnificencia le supla en los demás dias vuestra fe, vuestra devoción interior y la pureza de vuestra conciencia. Quiere haceros ver quién es el Dios que adorais en nuestros altares, recordaros de un modo solemne sus inmensos favores para que conozcais que Jesus en el adorable Sacramento de la Eucaristía exige justamente nuestra adoración, nuestros rendimientos y nuestros obsequios; que su amor y sus beneficios nos obligan á amarle, alabarle y obsequiarle. *Charitas Christi urget nos.*

¡Ay de nosotros si así no lo hacemos! Si somos tibios; indolentes, y mucho mas, si tuviésemos la temeridad de cometer una irreverencia ó desacato contra Jesus sacramentado porque siente y castiga con rigor nuestros ultrajes, desprecios y sacrilegios.

No quiero oscurecer con una negra sombra la alegría de estas solemnidades y en los días del triunfo y de las alabanzas recordar ingraticudes, ultrages y castigos. Pero no quiero dejar de recordar que tanto como se congratula Jesús en los obsequios que le tributamos en ese Sacramento de su amor, siente los desprecios, las irreverencias, las mofas y burlas de los hierèges y de los malos cristianos; y mas que todo la osadía y perversidad de los que se acercan á recibirle con una alma manchada, uniendo á Jesús con el demonio. Que las ofensas que se hacen á ese adorable Sacramento se hacen al Dios de cielos y tierra que está realmente en él, y los ultrages y ofensas contra Dios no pueden quedar sin castigo porque de Dios nadie se burla. Que el impío y el sacrilego se burlan y viven tranquilos, porque el Señor no castiga de un modo terrible en este mundo sus profanaciones como en otro tiempo lo hacia con los profanadores del Arca santa, es porque no hay en la tierra castigos proporcionados al crimen de ultrajar á la magestad de Dios en el Sacramento, y sentirán los castigos en la otra vida, si antes no se arrepienten. Que por esto mismo debemos como nos encarga el Apóstol, probarnos y examinarnos mas y mas, purificarnos y blanquear nuestras conciencias antes de recibir al Señor, no sea que en vez de alimentarnos con el manjar de la vida, comamos y bebamos nuestro juicio y condenacion. Que nuestros obsequios y cánticos de alabanza y accion de gracias no serán del agrado del Señor, los rechazará con indignacion si no salen de unos corazones puros y esentos de toda inmundicia.

Publiquemos pues, las alabanzas del Señor, confesemos y reconozcamos que Jesús sacramentado es digno de nues-

tras adoraciones y de todos nuestros obsequios ; procuremos bendecirle y alabarle y que los hombres todos le alaben y bendigan. Prometamos no injuriarle jamás con el mas ligero desacato é irreverencia. Obsequios, veneracion, gratitud , respeto , esto es lo que os ofrecemos, Dios mio, mientras nos detengais en este lugar de destierro y hasta que os digneis concedernos que os alabemos en el cielo esentos del temor de desagradaros y ofenderos en la compañía dichosa de los ángeles y los santos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA VIII.

En esta sotemnidad derrama abundantemente sus gracias y bendiciones el Corazon de Jesus, y seremos muy miserables si nos hacemos indignos de ellas por nuestras irreverencias.

Comedant et laudabunt Dominum, et qui comportant illud, bibent in atris sanctis meis. Transite, transite per portas, preparate viam populo, platum facile iter, eligite lapides et elevate signum ad populos. Ecce Dominus auditum fecit in extremis terrarum, dicite filie Sion: Ecce Salvator tuus venit, ecce merces ejus cum eo, et opus ejus coram illo.

ISAÍ CAP. 62.

Asi anunciaba el profeta Isaias los dias de gozo y solemnidad que ahora celebra la Iglesia nuestra madre, los bienes inmensos que el Salvador del mundo habia de hacer á los hombres y los beneficios incomparables con que habia de dejar marcados los caminos por donde pasase. *Comerán y beberán en mis atrios, decia este Profeta evangélico, alabarán al Señor. Daos prisa á pasar por las puertas, preparad el camino para todo el pueblo y levantad señales.*

Alabad que resuene el nombre del Señor en todos los estremos de la tierra. Decid hijas de Sion: He aquí viene tu Salvador y con él su merced y las obras de su gran misericordia.

En ese adorable y divino Sacramento se nos da el mismo Dios bajo las especies de pan y vino para que comamos, bebamos y alabemos á Dios. Las almas fieles y devotas asean y adornan las plazas y las calles, embellecen los templos y las paredes de sus casas con las alhajas de su mayor estimacion, levantan los estandartes y las señales sagradas para honrar al Señor y conducirle en triunfo en sus procesiones. Le honran y obsequian de un modo solemne en todos los pueblós de la tierra. *Eccæ Dominus auditum fecit in extremis terræ.* Y las hijas de Sion, las almas encendidas en el amor de su Dios y que desean manifestarle en cuanto las es posible su gratitud y reconocimiento no cesan de decir con el mayor entusiasmo y llenas del mayor regocijo. He aquí que viene tu Salvador: *Eccæ Salvator tuus venit:* y persuadidas de que con él vienen todos cuantos bienes podamos apetecer, persuadidas de que con él nada nos quedará que desear, no se contienen en decirnos para animarnos á todos á salir á su encuentro y á obsequiarle en el dia de su triunfo, que con él viene su merced y las obras de su infinita misericordia. *Eccæ merces ejus cum eo, et opus ejus caram illo.*

Efectivamente, amados míos: ¿Qué fin se propone el Señor en venir á nosotros y hacer una ostentacion de su triunfo, en querer que le honremos y en haber inspirado á la iglesia que establezca estas solemnidades y emplee todos sus esfuerzos en obsequiarle? ¿Necesita acaso de nuestras alabanzas ó de nuestros dones el que es dueño y señor de

cuanto tiene ser? En su venida, en su triunfo, en estos obsequios y cultos que quiere que le tribute mos no busca nada para sí, solo busca hacernos bien, derramar copiosamente sobre nosotros sus beneficios y hacernos sentir sus misericordias; por eso no viene vacío, viene con él su merced y le preceden sus obras; las obras de su bondad y de infinita clemencia y misericordia: *Ecce merces ejus cum eo, et opus ejus coram illo.*

Ved descubierto el asunto de que voy á ocuparme en este día, para que nos apresuremos á recoger las gracias que el Señor nos dispensa, y no seamos tan necios que nos hagamos indignos de ellas por nuestras irreverencias y falta de fervor y devoción. En otras festividades se nos recuerdan los ejemplos del amantísimo corazón de Jesús, sus grandes virtudes, sus sufrimientos y su muerte. En esta se nos dispensan sus beneficios. El amantísimo corazón de Jesús en esta solemnidad y estos días de su triunfo derrama abundantemente sus gracias y celestiales bendiciones.

Así voy á manifestároslo, pero preciso es, Dios mío, que empeceis por favorecer con vuestros dones á este vuestro indigno ministro para que desempeñe dignamente su ministerio y anuncie vuestras gracias y misericordias. No haya quien se oculte del calor benéfico que sale en esta solemnidad de vuestro sagrado trono ni quien no recoja los bienes que tan generosamente nos dispensais. Concedédnoslo así por la intercesión de vuestra Santísima Madre á quien decimos:

Ave María.

Comedent y laudabunt.....

Nuestro benignísimo Salvador está en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía como en el trono de su misericordia y en el despacho de sus gracias. Nada desea ni procura tanto como llenarnos de sus dones, hacernos participantes de sus beneficios y comunicarnos la abundancia de sus tesoros celestiales. Con este fin principalmente quiere ser espuesto á la pública adoracion y conducido por las calles y las plazas, para que todos le vean y se muevan á pedirle sus favores y gracias y á suplicarle, lo que él está dispuesto á conceder, que derrame sobre ellos los dones de su beneficencia y de su bondad infinita. Y si en la ingrata y rebelde Judea mientras vivió entre los hombres iba haciendo bien por donde quiera que pasaba ¿cuánto mas abundantemente repartirá sus beneficios entre los cristianos, especialmente en estos dias en que se esfuerza en adorarle y manifestarle su veneracion con todas las demostraciones posibles de su devocion y de sus obsequios?

En nuestros altares y en las plazas y calles por donde quiere ser conducido en estos dias, lleva consigo su santísimo cuerpo en el que estan encerrados todos los tesoros de los cielos; lleva consigo aquella eterna retribucion de la que dijo en otro tiempo á Moisés: yo seré tu merced sobradamente grande: *Ego ero merces tua magna nimis*; aquella que nos hace ser comensales de la eterna bienaventuranza; esto es aquel opíparo y delicado convite en el que

se toma á Jesucristo, se recuerda la memoria de su pasion, el alma se llena de gracia, y se nos da una prueba segura de la futura gloria. ¿No podemos asegurar con sobrada razon, que en nuestras solemnidades espuesto Jesus en la Eucaristia y conducido por nuestros templos y nuestras calles y plazas, pasa haciendo bien?

El Arca Santa en el pueblo de Israel era solamente una figura de este augustísimo Sacramento; sin embargo, sabemos que en el corto tiempo que estuvo en la casa de Obededon, atrajo sobre sus habitantes las bendiciones del cielo. El santo rey David la hizo trasladar con toda solemnidad y aparato, la hizo conducir á la ciudad de su nombre con la mayor magnificencia entre los cánticos, los coros de los que bailaban y los abundantes sacrificios de bueyes y carneros. Traslacion suntuosa, que fue una figura de las procesiones que habian de hacer los cristianos con el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, con la grande diferencia de que el arca al fin no era sino una armazon de madera aunque incorruptible, y en la Eucaristia habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad; y si por aquel leño bendijo Dios á toda una casa ¿qué no hará donde habite el mismo Dios y se halle, no ya la sombra, sino la realidad? Con razon, pues, aplica á este misterio y usa de aquellas misteriosas palabras para el gradual de la misa mi inspirado Maestro el angélico doctor santo Tomás: *Aperis tu manum tuam; et impleas omne animal benedictione*. Abres generosamente tu mano y llenas de bendicion á los vivientes.

Jesus en estas santas festividades podemos decir que, no solamente distribuye sus bienes y gracias, sino que cura las enfermedades y dolencias. Es el pan vivo y vital y

nos convida con él á todos para que sirva de medicina universal contra todos nuestros males. En ese augustísimo Sacramento desempeña el oficio de un amantísimo Pastor que va por las calles y las plazas buscando á la oveja perdida. Desde esa sagrada Hostia estiende su vista y ¿quién puede decir las miradas benéficas que echa sobre las almas pecadoras para apartarlas de los caminos de la perdicion y reducir las á las sendas de la bienaventuranza? ¿Quién podrá decir las inspiraciones interiores que hace sentir en los corazones de cada uno; los estímulos y el fervor que hace concebir á los tibios y perezosos; el amor, la devocion y piedad que acrecienta en las almas que le buscan, le adoran y respetan con sumision y docilidad? Recordemos aquellos días en que seguido de las turbas, ansioso y solícito de instruir á las almas y anunciar á los pueblos la religion de salud y de paz, recorria las ciudades y los despoblados entre los aplausos con que le honraban todos admirados de sus milagros. Un pecador famoso, un príncipe de los Publicanos, Zaqueo porque habia oido las maravillas de Jesus, movido de curiosidad, salió á verle cuando supo que pasaba cerca de donde él se hallaba, y no pudiendo satisfacer sus deseos porque era de una estatura pequeña y la concurrencia tan grande que unos á otros se atropellaban, se subió á un árbol por orilla del que habia de pasar. Jesus le miró, y su mirada infundió en su alma una luz sobrenatural, un espíritu de contricion, unos deseos de justificarse, Jesus le convirtió en un serafín encendido en amor de Dios. Obró la salud en su casa: *Hodie huic domui salus á Deo facta est.* Se dignó hablarle, mandarle bajar y quiso ser su huésped. Desde ese augusto tabernáculo tiende Jesus

sus miradas por todas partes en busca de pecadores; los ve, los habla, los manda bajar de la altura de sus vicios, quiere hospedarse en sus pechos y hacer descanso en sus corazones para obrar en ellos la salud. Y si entre aquellas gentes que le buscaban y seguían por curiosidad, y llamados de las noticias de sus maravillas, obraba tanto bien y dispensaba tantos beneficios á los pecadores ¿qué no hará en estos días cuando conducido en triunfo por las calles y plazas presencia los obsequios y honores con que los fieles le tributan á porfía? ¿En estos días en que mas que nunca desea y busca la salud y el bien de las almas? ¿En qué quiere manifestarse agradecido á sus amigos y está dispuesto á distribuir con toda profusion los tesoros de sus gracias? ¿Qué no hará con aquellas almas fieles y fervorosas que desean hospedar su santísimo cuerpo, y prepararle una digna morada en sí mismas por medio de la santa comunión?

La desgracia es, que Jesucristo nos mira, y nosotros apartamos nuestra vista de él; que á sus compasivas y benéficas miradas oponemos nuestra dureza y nuestra obstinacion; que Jesucristo nos llama para obrar la salud en nosotros, y nosotros somos tan necios y tan miserables que le despreciamos y volvemos la espalda con nuestras irreverencias. La luz se difunde y esparrama por el mundo, pero los hombres quieren mas las tinieblas que la luz. Las sombras y tinieblas de nuestros pecados, nuestros desordenados apetitos, nuestras depravadas costumbres llenan todo nuestro corazon y las amamos mas que á la luz. La luz divina viene á nosotros, y nosotros no queremos consentir en que nos penetre y disipe la oscuridad de nuestras iniquidades. Pasa Jesus haciendo bien y sanando á todos, y

nosotros amamos mas nuestras llagas, nuestras enfermedades y miserias, que la salud y la vida. Por donde quiera que pasaba Jesus, por las ciudades y villas, ponian los enfermos en los caminos y las plazas y le rogaban que tocasen siquiera la punta de su vestido, porque todos los que le tocaban sanaban al momento. ¿Quién de nosotros es tan feliz que no padezca dolencia ni enfermedad alguna espiritual ni corporal? Miserables de nosotros, dice san Pedro Crisólogo, que tocamos y tomamos continuamente el cuerpo de Jesucristo y no curamos de nuestras llagas. No es Jesus el que falta á nuestras enfermedades, sino que á nosotros es á quienes nos falta la fe, porque mucho mejor podrá curarnos permaneciendo en nosotros, que cuando solamente iba de paso. En estos dias el amantísimo Corazon de Jesus quiere ser nuestro médico y sale á visitarnos á todos para que todos sanemos y nos hagamos salvos; no quiere que perezca uno solo. Nuestro mal es que nuestras enfermedades y llagas se aumentan y recrudecen, se vienen á hacer incurables y mortales con estas mismas procesiones y estos cultos, porque por nuestra propia voluntad concurrimos á nuestra muerte y no queremos sanar. ¿Qué producen sino las irreverencias de tantos malos cristianos hacia el Santísimo cuerpo de Jesucristo? ¿Cómo podemos ver sin dolor, y cómo podrá dejar de castigar el Señor tantos escándalos y obscenidades, tanta sensualidad, tantos excesos en las comidas y bebidas, tantas licencias con que los mismos cristianos profanan estas festividades y las mismas procesiones públicas en que debieran cooperar á honrar y alabar á Jesus?

Moisés pedía al Señor al frente de su pueblo, que an-

duviese con ellos, para qué quitase sus iniquidades y pecados y fuese su único dueño y Señor: *Obsecro ut gradiaris nobiscum, ut auferas iniquitates nostras atque peccata nosque possideas*. El Señor nos ha concedido ésta prerrogativa especial. Prerrogativa de que debemos aprovecharnos, porque la excelencia de nuestra mayor dignidad, será también causa de mayor suplicio, como nos dice San Juan Crisóstomo. El mismo Dios no se desdén de servir á nosotros y de andar con nosotros en nuestras procesiones, pero es para hacernos bien, para curar nuestras enfermedades, y no para que le ofendamos de nuevo en ellas. La Iglesia emplea todos sus esfuerzos, y vosotros con estos solemnes cultos secundais sus deseos, que son honrar y hacer que Jesús aparezca con el triunfo que le corresponde, y para esto le conduce en sus procesiones, para que así borre vuestras iniquidades y pecados. ¿Seremos tan insensatos que contraigamos nuevos pecados en las procesiones mismas, y nos resistamos á la salud que Dios quiere darnos? ¿Al tiempo mismo que honramos á Jesús y le aclamamos por nuestro Señor y nuestro dueño, entregaremos nuestro corazón á la esclavitud y tiranía del pecado y nos someteremos al Demonio? ¿Qué terribles castigos obró el Señor en aquellos que miraron el Arca Santa, cuando se conducía en triunfo con una curiosidad vana y sin respeto religioso? Por nosotros los obró el Señor para que nos instruyésemos, nos cautelásemos y temiésemos, para que no presumiésemos jamás tratar de un modo menos digno á ese divino Sacramento.

Vengamos, pues, todos á obsequiarle y á confesar que él es nuestro Dios, nuestro Maestro, nuestro guía, nuestro

médico y pastor. No nos ocultemos de las benéficas miradas que tiende sobre nosotros y de las santas inspiraciones que infunde en nuestras almas. No dejemos pasar los días de sus gracias y misericordias. Venid y adoremos todos al Rey que domina entre todas las gentes y naciones. Comed, amigos míos, y embriagaos carísimos. Jesus no desea sino llenar nuestros descos y hacernos ricos con la abundancia de sus misericordias. Está en nosotros para derramar sus gracias en beneficio nuestro, volvámonos á él, ó por mejor decir, puesto que él se digna venir á nosotros, buscaremos y caminar con nosotros, no huyamos de él, no nos apartemos de él. El es nuestra salud, nuestro refugio, nuestro protector y nuestra vida, y con él nada tenemos que temer.

Favoreced, Divino Jesus, favoreced con vuestros dones á vuestra Iglesia y al Santo Padre que la preside. Dad la luz y el acierto á todos los prelados y sacerdotes; la paz á todos los reinos, y la prudencia y celo por vuestra gloria á todos los que gobiernan: la gracia á los pecadores, la perseverancia á los justos, la salud á los enfermos, la libertad á los cautivos. Dadnos los frutos de la tierra convenientes á las estaciones, para que teniendo lo necesario para el cuerpo, cuidemos de alimentar nuestras almas. Dad vuestra divina bendición y con ella cuantos bienes necesitan y puedan desear á los fieles que os tributan estos cultos y que no cesen de alabaros, honraros, bendeciros y glorificaros en todo el resto del año, y procurad que todos os alaben y bendigan. Obrad en nosotros la salud. Haced que nos alimentemos dignamente con vuestro santísimo cuerpo, que os honremos en ese augustó Sacramento sin

incurrir en la mas ligera irreverencia. Quitad todas nuestras iniquidades y pecados, y concedednos que despues de participar en esta vida de vuestras mercedes y beneficios, recibamos la corona de gloria y seamos bienaventurados por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

TRIDUO

En honor de María Santísima para alcanzar por su medio, que Dios nos libre de los peligros en que pueda ponernos cualquier necesidad.

Nadie recurre en sus necesidades á esta Virgen sin hallar en ella consuelo, gracia y proteccion victoriosa y salvadora.

Non est qui se abscondat á calore ejus.
No hay quien no perciba el calor de su clemencia.

Ps. 48, v. 17.

Quién, amables oyentes; quien no se consuela y anima delante de esa prodigiosa imagen de la Madre de la divina gracia? ¿No veis como respirando amor y caridad, disipa nuestro encogimiento, escita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, destierra nuestros imposibles y dificultades, da fuerza y aliento á nuestra pusilanimidad, y nos hace confiar en su poder y grandeza, en su bondad y clemencia, en su piedad y en su misericordia? Miradla

bien, y vereis que afable se muestra con los que la invocan y buscan en sus necesidades. Nada hay en ella duro y terrible: nada austero y aterrante, nada dudoso é incierto. Está llena de gracias celestiales, y es el embeleso de los ricos, de los pobres, de los sabios, de los indoctos, de los que lloran, de los que rien, de los que se afligen y de los que se alegran: á todos abre el seno de sus misericordias para que reciban de su plenitud el cautivo la redencion, el triste consuelo, el enfermo salud, el pecador perdon y el justo perseverancia, como lo dice mi Padre S. Bernardo, añadiendo que esta Virgen agraciada ofrece á los Angeles alegría, á toda la Santísima Trinidad gloria, al Hijo del Altísimo la carne humana, y á todo el Universo la abundancia de bienes, que por su medio derrama el Omnipotente sobre todas las hechuras de sus manos. Felices sobre toda ponderacion los que la observan y contemplan. Dichoso el pueblo que teniéndola por su patrona y protectora la eneuentra siempre favorable, porque á el pueden referirse las palabras que la Iglesia santa pone en sus labios haciéndola decir.—El que me hallare hallará la vida, y sacará la salud del Señor. (1).

Esta, señores, es la verdad consoladora que llena de gozo y de esperanza nuestros corazones en todo tiempo; porque si nos afligen las desgracias, nos oprime la calamidad, ó nos apremian las necesidades, en esta Virgen prodigiosa tenemos el remedio de todos los males y la portadora de todos los bienes. Su historia es la de los favores y

(1) Prover. 8. 3.

beneficios que en todos tiempos ha dispensado á nuestra gente. Preguntad sino á vuestros mayores; consultad á vuestros padres; prestad vuestra atencion á las tradiciones, á las costumbres y á las enseñanzas en que fuisteis educados; escuchad esa voz misteriosa que deja oírse en vuestros interiores; no degeis pasar desapercibido ese grito religioso que os llama hácia la inmensidad del Dios que ha puesto á su Santísima Madre al frente de la humanidad; como lo dice San Gerónimo, y os convencereis, de que en la peste, en el hambre, en la guerra, en la penuria, en los peligros y en toda especie de necesidades esta Reina de los ángeles es la encargada de librarnos de todo mal y de ponernos en posesion de todo bien; si contritos y humillados recurrimos á su piedad y misericordia. ¿Y no es esta la persuasion en que se funda la piedad cristiana al determinar que nos acerquemos hoy al trono de esta Virgen adorable para que declarándose nuestra protectora contenga el brazo del Omnipotente irritado con nuestras culpas; y las amenazas del cielo se conviertan en pactos de consolacion y de consuelo? Si asi no fuera, vanos y aun perjudiciales serian nuestros cultos: con razon podrian apropiársenos estas palabras de un Profeta.—Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazon está muy lejos de mí.—Nosotros nos reunimos hoy en este santo templo para implorar la misericordia del Eterno por medio de la tesorera de un Dios grande, fuerte y poderoso: venimos á negociar un pacto de paz con el Omnipotente ofendido, hemos dejado nuestras casas para acudir á la de Dios confiados en el amor y caridad de una Virgen de quien dijo el Salmista.—No hay quien no perciba el calor de su clemén-

cia. *Non est qui se abscondat á calore ejus.* Este es el objeto y fin del Triduo que nos hemos propuesto celebrar en honor de esta Virgen digna de la memoria de los buenos, y á que tengan un cumplido efecto deben dirigirse todos nuestros esfuerzos. Yo por mi parte haré más las especies y palabras de mi Padre San Bernardo, y os diré: que nadie recurre en sus necesidades á esta Virgen sin hallar en ella consuelo, gracia y protección salvadora. Demostrada esta verdad, ella os hará verdaderos devotos de esta Madre compasiva, y vuestra felicidad será segura, infalible y tan eterna como las promesas del Excelso.

Que así sea, consuelo y esperanza nuestra. Por nosotros sois Madre de Dios, y por Dios sois Madre nuestra. Somos pues vuestros hijos; pecadores y culpables sí; pero que contritos y pesarosos de nuestros estravios os invocamos pidiendo gracia y misericordia. No apartéis vuestro rostro de los que os confiesan grande y admirable, de los que enternecidos y arrastrados de vuestra excelencia os saludan llena de gracia diciéndoos con el ángel:

Ave María.

Non est qui se abscondat á calore ejus.

¿No es cierto que el Sol favorece con sus luces y benéficas influencias á los buenos y á los malos, como lo dice nuestro divino Maestro? ¿Y no es verdad que, sin distincion de méritos, á todos se muestra accesible aquel astro

luminoso puesto por Dios en el firmamento para bien de toda la naturaleza? El Sol es una figura de esta universal bienechora de la humanidad que á nadie niega sus resplandores celestiales, que á todos se manifiesta clementísima; que á todos estiende sus miradas de piedad y misericordia; que á todos llama y favorece al modo con que el Sol á todos ilumina, consuela y vivifica. ¿Somos pecadores entregados en los brazos de la prostituta de Babilonia del siglo corrompido, vicioso y criminal en que toda carne parece que ha corrompido la nobleza de su origen? Pues esta Madre compasiva á todos ofrece su proteccion, á todos convida con su poder y bondad; á todos abre su seno de amor y caridad ardiente, y no; no es posible hallar un solo mortal que recurra á esta Madre de la divina gracia; sin que en ella encuentre un consuelo positivo en sus tristezas, una proteccion salvadora en sus peligros, un socorro eficaz en sus necesidades, un bálsamo precioso con la virtud de convertir la enfermedad en salud, la penuria en gozo, el abatimiento en fortaleza, las fatigas en recreo, y la enemistad de los enemigos de Dios en la feliz justificacion del verdadero penitente. En las manos tiene esta hija de las gracias la omnipotencia del mismo Dios para protegernos y ampararnos. *Se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra* dice S. Pedro Damiano: es el puerto de nuestra navegacion, segun San Gren: es nuestra vida, nuestra defensa, nuestra arma, nuestra esperanza, nuestro socorro y nuestra gloria, y discurra lo que quiera la impiedad, jamás podrá el hombre desconfiar de esta Madre clementísima ocupada en vencer imposibles y dificultades para que todos consigamos los favores y beneficios

que reclaman nuestras necesidades, y desean nuestras almas. Si tememos la severidad del justo Juez, y aterrados con la enormidad de nuestros pecados recelamos acudir á nuestro Redentor gravemente ofendido, aquí tenemos á esta Virgen con todo el poder divino para aplicarnos los méritos infinitos de la pasión y muerte de su Santísimo Hijo: ella se ofrece á interceder por nosotros, y su intercesion es omnipotente, no puede faltar; Jesus es de su Madre, y esta es toda nuestra por disposicion del mismo Dios; y ved aquí, como aunque temamos la magestad del Hijo Dios y hombre verdadero, podemos acudir confiados á su divina Madre, que nos llama, grita y voca para que retrocedámos en los caminos del crimen, y entremos en los de la virtud en donde todo es gracia, gozo, placer y gloria. San Fulgencio dice que María Santísima es la escala por donde Dios bajó á los hombres, y los hombres suben á Dios. Valgámonos de ella: recurramos á esta Madre de piedad pidiendo misericordia, y si llamando no somos oidos, si no hallamos en su clemencia consuelo, gracia y una proteccion salvadora, no la invoqueis mas, desconfiad de ella, dice mi melifluo Padre San Bernardo, profundamente convencido de que es imposible que haya un solo mortal prostrado ante esta Virgen que no sea consolado y atendido. La compasion forma el carácter de esta Reina del Universo; es toda gracia; y en esto se funda San Anselmo para decir, que nuestras súplicas á esta Virgen suelen ser mas atendidas que las que dirigimos á Jesus. Este es Juez, pero su Madre no entiende mas que de piedad y misericordia, de socorrer y amparar, de levantar al caido; de consolar al afligido, de derramar bienes, favores, y beneficios so-

bre cuantos la buscan en sus necesidades. ¿Hay acaso entre vosotros quien dude de estas verdades? ¿No reconocéis todos en esta Virgen milagrosa poder y voluntad para alejar de nuestro suelo las calamidades con que el cielo suele afligirnos; y para proporcionarnos la paz en la guerra, la hartura y abundancia en tiempo de hambre y de escasez, la salud destruyendo la peste, las lluvias en tiempo oportuno; la serenidad en temporales tempestuosos, la mas perfecta concordia en las mayores desavenencias, y la amistad mas pura entre los disidentes y genios turbulentos? Si por desgracia hubiese quien negase á esta Madre de Dios lo que el mismo Dios la concedió: si alguno se resiste á creer que esta Virgen es la Reina y Señora de los cielos y de la tierra con poder absoluto para disponer de la naturaleza, de la gracia y de la omnipotencia que Dios ha puesto en sus manos para bien del género humano: si la devoción con que los fieles invocan á María en sus apuros y necesidades se tiene por fanatismo; ¿á que vienen á este templo los que así se atreven insultar al Dios verdadero y á su Santísima Madre? ¿Qué buscan aquí los que piensan que exageramos cuando decimos, que esta Virgen puede como *Intercesora*, todo lo que puede su divino Hijo como *Redentor*? ¿Qué pretenden.... Pero no; no son admisibles estas suposiciones en un auditorio tan piadoso, como el que me escucha. Las rechaza la devoción con que todos acudis á implorar la piedad y misericordia de vuestra patrona y abogada. Sabeis que ella puede convertir en gozo vuestro dolor; que de su mano podeis recibir los bienes que deseais, y que jamás aparta su rostro de los que contritos y humillados recurren á su clemencia. Este profundo sentimiento

os ha obligado á promover estos religiosos cultos. De ellos todo lo esperais : por ellos creis alcanzar lo que necesitais, en ellos teneis la mayor confianza, y yo he subido á este púlpito para deciros, que no sereis defraudados en vuestros piadosos deseos ; que sereis atendidos benignamente ; que nadie recurre en sus necesidades á esta Virgen sin hallar en ella consuelo, gracia y una proteccion salvadora, triunfante y victoriosa capaz de hacernos decir á todos. Esta Virgen es nuestra vida, nuestra dulzura, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestro refugio y nuestra gloria. Así lo dijeron vuestros padres con firme propósito de hacer que lo mismo dijeran sus hijos hasta mas allá de las últimas generaciones. Al criaros, al educaros, al dirigiros con sus preceptos y consejos, al fijaros en la sociedad, y al pasar de esta vida mortal á la eterna dejaron radicada en vuestros corazones la devocion que debeis tener á la Virgen que fue su consuelo en su vida y en su muerte ; y nadie, ni el vicio, ni el pecado, ni la impiedad, ni el mundo, ni el infierno, ni las mas desbordadas pasiones han podido arrancar de vuestras almas ese instinto religioso que os hace acudir á esta Virgen persuadidos de que ella es la que puede haceros dichosos y felices. Vuestros mayores os dejaron encomendados á la proteccion de esta Virgen admirable ; y ella os ha cuidado con mas solicitud que la gallina á sus polluelos, segun la frase de los libros santos. Invasieron nuestro reino las furias de la impiedad y del libertinage : el impío y el protestante nos han asediado para robarnos nuestra fe : los estrangeros se han coligado para recoger nuestras riquezas y preciosidades, y nosotros mismos, todo lo destruimos con nuestras rivalidades,

con los partidos, disensiones y trastornos escandalosos. Nos hemos dejado arrastrar de los placeres y sensualidades de la carne, de la ambición y de las pasiones que llevan consigo la ignominia: pero ¿no es cierto que en medio de nuestros goces, deleites y complacencias, estaba inquieto nuestro corazón, agitada nuestra alma, y en un tormento insufrible nuestra conciencia? ¿No hemos hallado siempre desabridas, amargas y llenas de acibar nuestras mayores diversiones y pasatiempos? Pues esto, señores, lo causaba la voz interior de la fe que se hacía oír en lo más profundo de nuestras almas por disposición de esta Virgen que aun en nuestros extravíos pensaba en sacarnos de nuestras inmundicias, para que colocados en la apacible órbita de nuestra religión santa pudiéramos pensar en nuestra conversión y penitencia. Voces y llamamientos de María Santísima han sido los disgustos que hemos experimentado en los caminos del vicio, los remordimientos que nos han atormentado en la carrera del crimen y las inquietudes que nos han llenado de amargura mientras hemos servido á la funesta ley del pecado que habitó en nuestros miembros, según san Pablo. Esta Virgen amorosa ha dispuesto que el Omnipotente levante su brazo para llenarnos de pavor con un amago de su venganza: ella ha puesto á nuestra vista esos torrentes de desolación que amenazan nuestra vida, y comprometen nuestra existencia; su amor nos ha atraído las calamidades que nos afligen. Pero ¿para qué? Para que nós reconozcamos; para que recordemos que la devoción á esta Consoladora de afligidos y Auxiliadora de los cristianos es la herencia que nos legaron nuestros padres en el lleno de su piedad: para que viendo los peligros busque-

mos quien nos libre de ellos, y nos convénzamos, de que sin su proteccion somos perdidos; pero que con ella, nos libramos de todo mal, y somos dueños de todos los bienes. Esta divina Señora ha conducido á este pueblo á la tribulacion en que gime para decidir á sus moradores á hacer lo que estamos haciendo, ofrecer los presentes cultos con corazon contrito y humilde á fin de que interceda por nosotros, nos libre de los peligros que nos amenazan y haga que seamos sus hijos fieles, tiernos y cariñosos, dedicados á servir, bendecir y glorificar á una Madre tan solícita y cuidadosa de los que la pertenecen. Cuando revolcados en el cieno de nuestras culpas y pecados; comíamos, bebíamos, gritábamos, y formábamos las impías bacanales en que á porfía nos adelantábamos para ofrecer incienso y adoraciones al Becerro de oro que reina sobre las gentes que ignoran al Dios verdadero, y con nuestra altivez y arrogancia diabólica insultábamos al Dios de nuestros padres, despreciando su santa y adorable religion, entonces esta Virgen llena de amor y de piedad nos miraba con compasion, nos llamaba con su voz de virtud y de magnificencia; nos salia al encuentro para impedir nuestra caida en los abismos, nos acariciaba, nos regalaba, nos decia que en ella teníamos la vida y la salud, nos hacia observar el brazo del Omnipotente armado para castigarnos, ponía en juego todos los resortes que mueven el corazon humano; y al fin venció nuestra resistencia, rindió nuestra soberbia, hizo que nos reconociésemos culpados, y que llenos de confianza resolviésemos en un intérvulo de juicio religioso, acudir á este santo templo á decirle como los egipcios á José:—Señora: en vuestras manos está nuestra salud. *Salus nostra in mani tua est.*

Ya con esto hemos cambiado de posicion. No vemos las cosas con el prisma de las mas infames pasiones, ni hoy somos arrastrados de ese funesto vértigo que nos hizo tirar del carro infernal de las abominaciones que llenó de desolacion toda la tierra. Miramos con la luminosa antorcha de la fe, y esta nos dice, que si al pecar Adan y Eva fueron arrojados del Paraiso por su desobediencia; que si los que edificaban la torre de Babel fueron confundidos por su soberbia; que si las abominaciones y torpezas de los sodomitas fueron castigadas con un fuego abrasador y devorante, y Faraon con todo su ejército fue tragado en las olas del Bermejo, este pueblo ha sido preservado de los horrores del pecado por un especial privilegio obtenido por el ángel tutelar que lo defiende, ampara y protege en todas sus necesidades. No han perecido los hijos de los devotos de esta Virgen, declarada en favor de los que edificaron y enriquecieron este santo templo para que fuese en él venerada, engrandecida y glorificada la compasiva Madre de nuestro Dios. En su justo enojo trató el Omnipotente de acabar con los prevaricadores que se rebelaron contra su Divina Magestad; pero esta Estér amable se interesó por nosotros con el grande Asuero del cielo, y al momento fue rasgada la orden de nuestra ruina y esterinio. Quiso el Dios justo tratarnos segun merezian nuestras culpas y pecados; pero esta compasiva Tecuiles alegó tales razones al David divino, que no pudo dejar de perdonar á tantos alevosos Absalones como nos hemos rebelado contra la autoridad de nuestro Dios y nuestro Padre. Si no fuera por esta Virgen, de cierto hubiera sido nuestra suerte semejante á la de Sodoma y Gomorra, á la de los Datanes, Coreés y

Abirones del pueblo ingrato, ó á la de tantas naciones menos privilegiadas que la española confiada al cuidado y protección omnipotente de la Madre de un Dios fuerte y poderoso. Esta Virgen nos ha salvado siempre que lo hemos necesitado, nos ha librado de cuantos peligros nos han amenazado; ha alejado de nuestra gente las desgracias y miserias; nos ha llenado de gracias, favores y beneficios; se ha declarado por nosotros, y yo tengo un derecho para preguntarlos.

Siendo esta Virgen lo que es: ¿será posible que no lo greinos por su medio la misericordia del Dios que nos alige para nuestra correccion? ¿Podrá robustecerse la calamidad que nos aqueja, poniendo á su frente el astro luminoso que disipa todas las tempestades que se forman de las aguas corrompidas de nuestras culpas y pecados? ¿So arreciará nuestra tribulacion al lado del refugio y esperanza nuestra, como si esta Virgen amorosa se gozara en la ruina y esterminio de sus devotos? Maldición eterna á los que sospechan de la bondad de nuestra Abogada y Patrona, á los que no confiesen que es imposible que se esconda un solo hombre del calor celestial de su clemencia. Ella ha hablado por nosotros á su divino Hijo; y este ha quedado desarmado: ha escuchado benigno á su divina Madre, y nada tenemos que temer. Nos ha perdonado, porque obsequiamos, bendecimos y glorificamos á esta Virgen; y nos trató como Salomon trató al sacerdote Abiatar. «Mereces la muerte, dijo á este sacerdote; el Rey sabio: pero te perdono, porque llevaste el Arca de la Alianza y acompañaste á mi Padre David en sus buenas obras (1).» Lo mis-

mo, ereo que nos dice hoy el Rey de los Reyes y Señor de los Señores, Teneis bien merecida la muerte, y mi divina justicia exige un ejemplar castigo á la vista de las abominaciones con que me habeis ofendido: pero os perdono y os miro con piedad, porque habeis honrado á mi tierna Madre. No moriréis, ni el ángel exterminador estenderá su brazo para confundiros: os habeis acogido al pabellon de la que manda en los cielos y en la tierra; ha pedido en favor vuestro, y ya sois mis hijos; yo soy vuestro Padre tierno y cariñoso. » Esto, señores, es lo que nos dice el Omnipotente en este dia, si nuestra devoción á esta Virgen adorable es real y verdadera como lo manifiesta vuestro devoto continente. Amando á María Santísima y pidiéndola con humildad y firme propósito de no ofender á su divino Hijo, podemos contar de cierto con que nuestro Dios es un Dios de paz, que se conducirá con nosotros como con los ninivitas arrepentidos, como con David, con la Magdalena, con san Pedro, con el Buen-Ladron y otros infinitos que se humillaron en la presencia de un Dios grande, dirigidos por la estrella de la mañana, por la graciosa María sin la que no hay para los hombres perdon, gracia ni gloria. Agrupémonos alrededor de esta consoladora de afligidos, y hagamos con ella lo que hizo Jacob con el ángel, no dejarla hasta que nos bendiga y ofrezca su proteccion. Con esta no hay males que temer, si bienes inmensos que esperar. Ella todo lo puede con Dios; Dios jamás le falta; la ha hecho depositaria de los tesoros de su omnipotencia con facultad para repartirlos entre los hombres y no, no es posible que recurramos á su piedad sin encontrar en ella consuelo, gracia, y una proteccion salvadora triunfante y

victoriosa; como nos lo asegura el Doctor melífluo inspirado por la misma Virgen María.

Tenedlo así entendido, amables oyentes: estad convencidos de que con esta Virgen declarada en favor nuestro se vencen y allanan los imposibles y dificultades de los hombres; de que ella puesta por Dios en el firmamento de la Iglesia para ilustrar, dirigir y gobernar á los fieles es la única que puede sacarnos del laberinto en que nos metieron nuestras culpas y pecados, y alcanzarnos las gracias que necesitamos y pedimos con tanto fervor en estos momentos de penuria y de conflicto. Declaremos desde hoy guerra sin treguas al pecado: juremos seguir siempre á nuestra Patrona y Abogada la Santísima Virgen de N. por los caminos de la virtud; no salgamos de este santo templo sin quedar alistados entre los devotos de esta Reina de los ángeles y de los hombres, y confiemos en su bondad incomprensible, en su poder ilimitado, en su amor y en su caridad ardiente. Hagámonos con nuestra conversión y penitencia dignos hijos de esta Virgen para poder decirle:

Monstra te esse Matrem. Mostrad gloriosa Virgen de N. que sois nuestra Madre tierna y cariñosa; disipad los temores que nos detienen en la resolución de acercarnos al trono de la Magestad divina; hablad bien de nosotros cuando esteis en la presencia del Dios que salva á quien Vos que-
reis, y no permitais que perezcan los hijos de vuestros devotos. Verdad es que estamos cubiertos de lepra como Naaman Siró; pero Vos, Señora, tenéis mas virtud que las aguas del Jordan para purificarnos, y restituírnos con la gracia al estado inocente de los justos, semejantes á los ni-

fios por su simplicidad y pureza ; y esto es lo que os pedimos y suplicamos con un deseo vehemente de que reineis en nuestros corazones con vuestro Santísimo Hijo, para que siendo con Dios; la Reina, la Señora y Patrona de este pueblo, seamos todos tan venturosos como lo fueron los Betulienses con Judit, tan felices como los moradores de Sincar con la Samaritana, convertida en ángel por el Salvador, tan dichosos como los de la familia de Zaqueo, visitada por el Dios de la paz y de toda consolacion. Así mostrareis que sois nuestra Madre, y nosotros á vuestro lado podremos ser vuestros hijos llenos de gracia y de virtud en esta vida, para merecer la gloria preparada á vuestros devotos en la eterna, que á todos deseo. Amen.

A. M.

DIA II.

Pidiendo á esta Virgen que aparte de nosotros todos los males, y nos alcance todos los bienes, seremos salvos.

Mala nostra peccata : bona cuncta posce.

Apartad los males, pedid todos los bienes.

EX. IIM. AVE MARIA STELA.

Si señores : Esta Virgen admirable es para nosotros un asilo de seguridad, y un muro de defensa en todos nuestros peligros. Con su proteccion todos podemos pasar á pie enjuto el mar tumultuoso de este mundo, atravesar por el centro de los vicios y el reino de las pasiones sin contaminarnos, y caminar alegres y contentos por un sendero sembrado de flores, por una playa deliciosa llena de virtudes, por el hermoso vergel de la religion en que descansa el divino Esposo, y se deleita con los hijos de los hombres. Si somos verdaderos devotos de esta Reina y Señora nuestra, para nosotros se hicieron los bellos epitetos que han atribuido á Maria Santisima los Padres griegos y latinos: ella es nuestra abogada en el negocio mas importante, nuestro asilo

en las aflicciones, la estrella matutina en nuestra obscuridad, el consuelo en nuestras desgracias, el apoyo en nuestras flaquezas, la guía en nuestros extravíos, y el poder triunfante en nuestros combates: caerán de cierto sobre nosotros los rocíos del cielo, y las abundancias de la tierra; se nos franquearán las gracias victoriosas con que el hombre triunfa de sí mismo, y no seremos menos favorecidos por los ruegos de esta *Reparadora de la vida*, como la llama san Ildefonso, y *Restauradora de los siglos*, según mi padre san Bernardo, que los rebeldes Israelitas por quienes tanto se interesó Moysés. Verdad es que nuestro Dios se muestra airado contra nosotros, y que en el ímpetu de su cólera dice á su Santísima Madre, como al caudillo del pueblo ingrato. «Déjame obrar para que mi indignacion se encienda contra esos rebeldes que me insultan con sus pecados, y los pierda de una vez.» Pero tambien lo es, que si Moysés compadecido de los suyos contestó y dijo á Dios: «Perdónalos, Señor, ó bórrame del libro en que me tienes escrito;» moviéndole á amar en el lleno de su furor á un pueblo culpable (1), María Santísima no hace menos en favor de sus devotos. Ahora mismo está sobre nuestras cabezas la espada del ángel exterminador para descargar un golpe de muerte que nos confunda: el David divino se prepara para castigar á los Navales que se han atrevido á blasfemar su santo nombre y adorable magestad: el Salomón del cielo nos ha declarado reos de muerte, y todos estamos en peligro de perecer por habernos inclinado al ídolo de ese mundo enemigo de Jesucristo: pero, no hay que te-

(1) Exod., c. 32.

mer: Esta Virgen es nuestra madre piadosísima, es la Hija predilecta del eterno Padre, la Madre del divino Verbo, la Esposa del Espíritu Santo y la Oveja de Dios, como la llama el Crisóstomo. Y si Moisés fue tan considerado por el Omnipotente irritado contra los prevaricadores de su ley: Si los ruegos de Abigail hicieron que David se desentendiese de las sandeces y rusticidades de Nabal, y Salomon perdonó á Abiatar porque llevó en sus hombros el Arca de la Alianza: ¿ será menos considerada esta Virgen, interesada en favor nuestro? Si Dios se ató las manos para no castigar en su indignacion á un pueblo rebelde, por las súplicas de su siervo: ¿ podrá dejar de oír á una Madre que emplea todo su crédito para apaciguarlo, y hacer que nos mire con piedad y misericordia? Tuvieron mas valimiento Abigail con David, y Bersabé con su hijo Salomon, que esta Virgen con su Jesus bendito? No, señores. María Santísima ha puesto á cubierto de la indignacion divina á todos sus devotos; estos á su sombra se tienen por invulnerables: saben con san Pedro Damiano, que esta Virgen no se presenta al trono de Jesucristo como quien suplica, sino como quien manda en sus gracias; no para pedir, sino para mandar con su Hijo: y este los asegura de toda desgracia, de todo mal, de todas las calamidades, de la misma justicia del Dios de las venganzas. Confianza muy fundada es esta: la apoya la iglesia haciendo que sus hijos digan en sus apuros, conflictos y necesidades. «Señora y Madre nuestra: Apartad de nosotros todos los males que pueden dañar á nuestras almas, y pedid á Dios que nos llene de los bienes en que deben abundar todos los que os aman, bendicen y glorifican. *Mala nostra pete: bona cuncta*

posce. Hagámoslo todos así en los días de nuestra tribulación, y seremos salvos, como os lo voy á demostrar en este breve rato.

Virgen prodigiosa : nosotros creemos con los Agustinos, Anselmos, Bernardos y otros ; que en vuestras manos ha puesto Dios la plenitud de los bienes para que como la única dispensadora de ellos los repartaís entre vuestros hijos. Haced que nos toquen los necesarios para poder merecer vuestra proteccion, y deciros meritoriamente con el Angel:

Ave Maria.

Mala nostra pelle : bona cuncta posce.

Cuando al corazón unimos nuestros labios se ejercita nuestra fe, se fortalece la esperanza, se acalora la caridad, y todo el hombre espiritual se nuevo y se eleva al cielo. Cuando con confianza cristiana nos dirigimos á María, ofrecemos un sacrificio de adoracion á Dios criador, fuente y principio de todo don perfecto : á Dios redentor á quien atribuimos el honor, el poder, la bendicion y la gloria : á Dios glorificador que premia nuestros méritos coronando sus propios dones. Confesando la grandeza y elevacion de esta Virgen admirable, é invocándola en nuestras necesidades ofrecemos á Dios un sacrificio de alabanza grato á su divina magestad, que quiso engrandecer á su Santísima Ma-

dre hasta hacerla digna de que fuese su habitación. Le ofrecemos un sacrificio de sumision arrojándonos en los brazos de su amorosa providencia: cumplimos en una palabra con la divina voluntad, puesto que quiere que todos vayamos á él por la directora de la humanidad redimida, por la auxiliadora de los cristianos, por la que es el consuelo de la tierra y la puerta del cielo. Orando, pidiendo y suplicando á la Santísima Virgen de N. nos adiestramos para adorar, para amar y confesar al Dios que en su sabiduría y bondad nos ha dado una Madre tan poderosa, tan compasiva y tan amante de los que la aman é invocan en sus necesidades. Son nuestras peticiones á esta Santísima Virgen, un rayo brillante que anima el fuego de la caridad oculto en la tierra grosera de nuestro corazon casi convertido en polvo, segun la espresion de un orador piadoso y elocuente. Debemos, pues, orar, pedir y suplicar á esta Madre de la divina gracia en nuestras necesidades y decirle con la iglesia santa, que aparte de nosotros los males que pueden perder nuestras almas: *Mula nostra pecc.* La justicia del cielo nos amenaza con su rigor: nuestra posicion es la del Nabal despues de haber blasfemado de David, la de los Israelitas perseguidos por Aman; la de los de Betulia sitiados por un general cruel y vengativo. Hemos ofendido á Dios con pecados que no conocieron nuestros padres; hemos adorado Dioses agenos con desprecio de nuestra religion santa; nos hemos burlado de los divinos beneficios, y hasta hemos querido hacer cómplice de nuestras abominaciones á la misma Virgen concebida en gracia, creyendo con impiedad horrenda, que podria ayudarnos y protegernos en nuestros proyectos de iniquidad y de escán-

dalo. Hemos sido lo que sabeis todos; y he aquí que nos hallamos en el caso de decir con los hermanos de José: *Merito hæc patimur*: con razon nos vemos afligidos: con sobrada justicia somos amenazados, habiendo imitado á los de Sodoma y Gomorra en sus prevaricaciones, no es extraño que seamos víctimas, como ellos, de la cólera del cielo: nuestra ruina es inevitable.....

Asi seria, si no tuviéramos de nuestra parte á la Madre del consuelo, de la piedad y de la misericordia. Pero contamos con la Virgen de N., que no solo se encargará como Abigail de una causa desesperada pidiendo gracias al hijo de David por los pecadores, cuya dureza es mas deplorable que la de Nabal, sino que mas bondadosa que aquella prudente esposa, ofrecerá en favor nuestro sus méritos de maternidad divina, la gloria de su honor, y las humildes súplicas de la sierva en quien obró cosas grandes el Todopoderoso. Como Ester se presentará en el trono del divino Asuero á pedir la revocacion del decreto de muerte provocado por nuestras culpas y pecados, y no se apartará de la vista del Juez supremo sin la orden de rasgar la sentencia de nuestra merecida condenacion; sin traernos la seguridad de que por su intercesion ha desaparecido el peligro; de que el divino José del cielo, ha abrazado y dado un ósculo de paz á los crueles hermanos que lo vendieron, haciéndolos grandes y poderosos en Egipto. Como la valiente Judit cortará la cabeza al infernal Holofernes del mundo y de nuestras pasiones empeñado en someternos á la ley del pecado, nos librará de todo mal; nos hará conocer que su proteccion es sobre toda la gloria, y nos obligará á decir en los trasportes de un entusiasmo religioso: Vos Virgen

sacrosanta, sois la gloria de Jerusalem militante, la iglesia santa, el honor de nuestro linage y la magnificencia de este pueblo postrado á vuestras plantas para pedir que alegeis los males que nos amenazan. ¿No son estos vuestros sentimientos en estos dias destinados á implorar los socorros de esta poderosa consoladora de afligidos? Recordad la historia de esa prodigiosa imagen de la Santísima Virgen de N.: traed á la memoria lo que de ella os han contado vuestros padres: reflexionad sobre lo que vosotros mismos habeis experimentado cuando contritos y humillados habeis acudido á esta madre del amor y de la piedad, y no olvidéis lo que á vuestra vista ha pasado con los devotos de esta Virgen. Estas reminiscencias os harán confesar, que esta Reina del Universo ha aliviado vuestros dolores; que ha suavizado vuestros trabajos; que ha templado las convulsiones de la agonía: que como iris de paz disipa los temores de la propia flaqueza; que llena de confusion al infierno, como Judit á los Asirios; que como la compasiva Tecuities muéve con sus palabras de sabiduría el corazon del Eterno: que como Rebeca procura la bendicion de su predilecto Jacob, el pueblo cristiano; y que como Bersabé nos conduce hasta sentarnos en el trono de aquel Dios que es más grande en su gloria que Salomon. Con estos pensamientos y la firme resolucion de ser fieles á la gracia que os trae del cielo vuestra patrona y abogada, acercaos y decirla con devocion santa—Virgen adorable: *Ecce nos*. Mirá-nos postrados á vuestros pies pidiendo auxilio y proteccion en las necesidades que nos atribulan. Vuestra clemencia se estien-de á todos sin distincion de tribu ni nacion: mirais compasiva al estrangero, al tirio, al pueblo de los etiopes, á Raab

y á Babilonia. ¿Qué no hareis en favor de los hijos de vuestros devotos reunidos hoy en este santo templo para alabaros, bendeciros y reclamar los efectos de ese amor generoso, valiente, invencible, magnífico y aun pródigo, en sentir de san Agustín y san Fulgencio? Todo lo esperamos de vuestra ilimitada clemencia: Dios quiere vengar las prevaricaciones con que lo hemos ofendido: no nos atrevemos á miran al Omnipotente irritado por nuestros pecados: por todas partes vemos calamidades, horrores y desgracias; parece que el ángel del Señor se prepara para derramar la copa de la tribulación en este pueblo confiado á vuestra proteccion: pero, Virgen adorable: *Mala nostra pele*. Los párvulos piden pan, y no hay quien se lo dé; las madres gimen, y no hay quien las consuele; todos lloramos, y no hay quien enjague nuestras lágrimas: A vos suspiramos en este valle de miserias: oíd nuestros lamentos; remediad nuestras desgracias; poned fin á nuestras amarguras: *Mala nostra pele*.

Ya nos ha escuchado benigna esta Madre de misericordia, amables oyentes. Se ha compadecido de nosotros; y ya parece que la veo disculpándonos en el trono de nuestro Dios. Allí representa la debilidad del barro de que hemos sido formados; recuerda las escenas sangrientas del Calvario; alega en nuestro favor los méritos de la pasión y muerte de nuestro Redentor, y estándole encargada su aplicación, nos adjudica el perdón que necesitamos, y somos declarados queridos hijos de Dios. Ella es el Ángel que detiene el brazo del Abraham divino para que no descargue el golpe mortal sobre nuestras cabezas; y la que hace que Dios renueve sus promesas de consolación para que sea-

mos benditos entre todas las naciones. Con ella podemos decir que estamos atrincherados en una torre como la de David, de la que penden mil escudos con las armas de los fuertes. Podemos asegurar que tenemos en nuestra compañía el Arca viva del Señor, por la que merecemos oír, como Abiatar de Salomon, que aunque merecemos la muerte por haber pertenecido al partido rebelde de Adonias, se nos perdona la vida y se alejan de nosotros los males que hemos llamado y atraído con nuestras culpas y pecados. Jamás dejaremos de decir y publicar, que desde que tenemos á esta prodigiosa imagen en este pueblo, ha sido siempre la Madre comun de los miserables, la luz de los ciegos, la estrella de los descaminados y el asilo de todos los pecadores arrepentidos: diremos que esta Virgen milagrosa ha llenado de bendiciones á cuantos han abierto su corazon y sus labios para invocarla bajo el augusto título con que el demonio tenia aprisionados á los pecadores: que ha hecho mil pedazos las cadenas de nuestros desordenados apetitos: que ha deshecho los grillos de criminales amistades, impedido que ciegos con las delicias del mundo nos despeñásemos para siempre en el infierno, y que nos ha restituido á la vida apacible de la gracia en que Jesus y María son nuestra gloria. Diremos, en fin, que cuantas veces hemos recurrido á esta Madre del amor hermoso, nos ha escuchado benigna sin que jamás hayamos sido desairados, porque siempre nuestras súplicas han obtenido un despacho favorable. Esto y mucho mas diremos en presencia de los buenos y de los malos, en la prosperidad y en la tribulacion, al pedir misericordia, como al rendir gracias por los favores recibidos, cuando Dios nos castiga y cuan-

do nos perdona, porque no hay ejemplo ni puede haberlo, según el gran Padre san Bernardo, de que un devoto de María la invoque en sus necesidades sin que sea consolado y atendido. ¿Qué verdad esta tan consoladora, amados míos! Con ella ¿quién no se anima y se alegra? ¿Quién no salta de gozo y de placer al considerar que, aunque seamos los mayores pecadores, tenemos un Dios tan poderoso que, movido por su santísima Madre, sabe sacar bienes de los mismos males; como lo repite san Agustín refiriéndose á san Pablo? Todas las cosas dirigidas por Dios á sus fines, cooperan al cumplimiento de sus designios según el Apóstol. Hasta nuestros mismos pecados pueden servir para nuestra humillacion: podemos aprovecharnos de ellos para engrandecer las misericordias eternas, para entrar en los caminos de la espiacion y de una verdadera penitencia; para reconocer la grandeza de Dios y de su santísima Madre en salvar á los que recurren á la piedad de esta Virgen vencedora de los imposibles de los hombres, y para obligarnos á decir llenos de asombro y de admiracion: ¿Quién de nosotros habria de pensar que nuestros mismos pecados podrian servirnos en el grande negocio de nuestra salvacion? ¿A quién podria ocurrirse la idea de que siendo pecadores caminábamos hácia la dicha y ventura?... ¿A quién? A los Anselmos, Bernandos y Buenaventuras que dicen ser imposible que se condenen los devotos de esta Virgen. Nosotros al pecar, voluntariamente caminábamos al infierno; pero al invocar á nuestra abogada y protectora, la obligábamos á interesarse por nuestra salud temporal y eterna, y ella velaba cuando nosotros dormíamos; suplicaba cuando mas ofendíamos á nuestro Dios; interpo-

nia sus méritos cuando provocábamos las venganzas del Eterno; detenía el brazo del Angel levantado para confundirnos en nuestra impiedad, y apartaba de nosotros todos los males para después colmarnos de bienes. ¡Nosotros pecando, ofendiendo á nuestro Dios, escandalizando al mundo y contristando á esta Virgen!... y esta Virgen declarada en favor nuestro, haciendo los oficios de una Madre tierna y compasiva, intercediendo con su santísimo Hijo para que se dignara tratarnos como al Buen Ladrón y llevarnos al Paraíso! ¡Nosotros, en medio de las abominaciones de un mundo inicuo, en armas contra nuestro Dios! ¡Nosotros, haciendo alarde de nuestra impiedad, y parodiando al Angel que se rebeló en el cielo contra su Criador y Señor!.. y una mano protectora, aunque ofendida, deteniendo al Dios de las venganzas para evitar nuestro exterminio, y procurarnos bienes en cambio de nuestros criminales excesos!... ¿Cabe tanta bondad en la comprensión del hombre? ¿Puede la ciencia humana explicar el amor con que esta Virgen compasiva cuida, ampara y socorre á los hijos de sus devotos, por perversos y malvados que ellos sean? No señores: para entender algo de lo que hace con nosotros la Madre de nuestro Dios, es necesario estudiar en la escuela de Jesus, oír á los santos Padres ilustrados por el Espíritu Santo, examinar los arcanos de nuestro corazón, contar las escitaciones de la gracia y notar las veces que en la carrera del crimen somos reprendidos por una voz secreta pero enérgica que nos dice, que solo en María podemos hallar la felicidad. Sin ver, palpar y sentir, lo que todos vemos, palpamos y sentimos, hasta por un absurdo tendríamos el que esta Señora se dig-

nara poner sus ojos purísimos en nuestra hediondez y corrupción. A los hombres les es imposible el conocimiento de las vías y caminos de Dios, sin la revelación y luces de la fe, que es la vida del justo, según el Apóstol. Sin la antorcha de la religión jamás podremos ver mas que con la luz tenebrosa de las pasiones, con el lente de unos sentidos materiales que nos asemejan á los brutos que no tienen inteligencia. Haced comparaciones entre lo que habeis sido dominados por la funesta ley del pecado, y lo que sois al lado de esta Madre que es el asiento de la sabiduría, de la gracia, de la virtud y de la gloria, y decid en qué terreno sois mas racionales, mas justos, mas juiciosos, mas despreocupados y mas ilustrados. Yo os diré, que teniendo como tenemos en esta Virgen poderosa una Protectora omnipotente, estremadamente interesada en favor nuestro, no deben arredrarnos nuestros pecados ni detenernos nuestros pasados crímenes en la resolución de pedir y suplicar con humilde sumisión todos los bienes que necesitamos para ser como los Pedros, Pablos y Magdalenas, templos vivos del Señor y verdaderos devotos de una Virgen que nos ama mucho mas que lo que podemos imaginar. Detestemos nuestras culpas: anhelemos por el reinado de la virtud en que impera nuestra Patrona y Abogada: pidámosla que pida á Dios los bienes de la paz para que cada uno coma tranquilamente el pan en su cocina; de la mediocridad, para que no nos falte el sustento proporcionado á nuestra clase; de la concordia, para que no se vea entre nosotros mas que un corazón y una alma; de la gracia, para que seamos agradables al Dios que nos ha criado, redimido y perdonado. Gritemos y digamos todos á una voz:— Pedid,

Virgen adorable, consuelo y esperanza nuestra; pedid á vuestro Santísimo Hijo que nos llene en su misericordia de todos los bienes espirituales y temporales que necesitamos para ser tan santos como deben serlo los hijos del Padre Celestial, y sea este dia para nosotros el dia grande de nuestra reconciliacion, de nuestra justificacion, de nuestra dicha y ventura. Pedid y alcanzad del Dador de todo don el que nos es necesario para ser vuestros devotos en la vida, en la muerte y despues de ella. *Bona cuncta posce.*

Si á estas palabras corresponden los sentimientos de nuestro corazon contrito, humillado y agradecido: ¿quién duda de que seremos salvos? Si con nuestras súplicas movemos á piedad á la Santísima Virgen de N. ¿quién no tiene por desechar la tempestad furiosa que nos amenaza con la calamidad que nos aflige? ¿Qué devoto de esta Madre de misericordia, no confia en su bondad, y en su intercession omnipotente? Los presentes cultos manifiestan bien á las claras, que para nosotros no hay medio mas seguro é inefable para alejar los males y atraer todos los bienes, que el de postrarnos arrepentidos á los pies de la Santísima Virgen de N. para decirle con devocion y filial respeto:

Oid nuestros lamentos, Madre piadosísima, y no nos degeis entregados á nuestro propio consejo. Iluminad nuestras almas con la gracia que hace santos á vuestros devotos; alejad de este pueblo los males del pecado, y haced que en él tengan su asiento todos los bienes de nuestra santa y adorable religion. *Mala nostra pele: bona cuncta posce.* De este modo seremos virtuosos en la vida, santos en la muerte, y eternamente felices con vos en la gloria. Amen.

A. M.

DIA III.

Maria Santísima en este santo templo tiene los ojos abiertos, y los oídos prontos para oír á los que oran en este lugar.

Oculi mei erunt aperti, et aures meae erant ad orationem ejus qui oraverit in loco isto.

Mis ojos estarán abiertos, y mis oídos prontos para oír la oración de aquel que orare en este lugar.

II PARALIP., c. 7, v. 15.

Aunque es verdad que nuestro Dios oye los clamores de los hombres en todos los lugares de la tierra, pues que escuchó á Jonás en el vientre de la ballena, á Daniel en el lago de los leones, á los tres niños en el horno de Babilonia, á Manasés entre cadenas, á Júdit en el campo de un ejército enemigo, y á Estér en los palacios de un monarca poderoso... Sin embargo, en los libros santos hallamos, que el templo es un lugar privilegiado donde se derraman con profusión las misericordias del Señor, y corren con más abundancia las gracias acordadas en los decretos eternos á favor de los hombres. En el templo se infundió á Salomón la sabiduría; en el templo se dió á Zacarías la noticia del

nacimiento del Bautista; en el templo se cumplió la promesa hecha al santo Simeón de que no moriría sin ver al Mesías prometido; y en el templo fue oído y perdonado el Publicano. El templo es el lugar que Dios ha escogido para su morada en la tierra; en él ha fijado el trono de su magestad para oír los clamores de los que demandan piedad y misericordia, y en él es en donde da audiencia á cuantos quieren recibir favores, gracias y beneficios de la divina mano. Así consta de las Santas Escrituras, de la tradición, de los usos, prácticas y costumbres de todos los pueblos, y así lo creemos y confesamos cuantos tenemos la dicha de visitar en la casa del Señor á su Santísima Madre y Señora nuestra la Virgen de N. Esta universal protectora y Abogada de los pecadores en todo tiempo y lugar, y á toda clase de personas, ha derramado gracias, favores y beneficios con abundancia; pero en parte alguna los ha franqueado con tanta generosidad como en este santo templo desde que se dignó poner en él su habitacion como centro de su gloria. Aquí es en donde está Hija predilecta del Eterno ha querido manifestar su poder: aquel poder que en sentir de san Anselmo se identifica con el de Dios; aquel poder que encierra todos los bienes, segun mi meliflúo P. san Bernardo; aquel poder propio de la Reina de todo lo criado y de la Madre del mismo Dios, como lo dice san Pedro Damiano. Aquí es en donde deja verse la bondad del corazon tiernísimo de esta Virgen prodigiosa; aquí, es en donde solicita por sus devotos, les concede todo cuanto puede serles de honor, de utilidad y de gloria; y aquí es en donde dijo á nuestros padres y á su progeñie virtuosa, lo que Dios á Salomon cuando le dedicó el gran

templo de Jerusalem:— Mis ojos estarán abiertos, y mis oídos prontos para oír la oración de aquel que orare en este lugar. *Oculi mei erunt aperti, et aures meae erectae ad orationem ejus qui oraverit in loco isto.*

Sí, señores: aquí tenemos á la Santísima Virgen de N. en aptitud de oír nuestras súplicas, y de remediar nuestras necesidades despachando favorablemente nuestras peticiones. Ella colocándose al frente de este pueblo lo ha distinguido con mas privilegios que los que se concedieron antiguamente á Cadés en Neptalí, á Siguen en Efrain, Ramot en Galaat, y á Gaulon en Manarés. Ella en ese trono en que la veneramos, manda á la naturaleza y le obedece; llama á los ángeles y ejecutan prontamente sus órdenes; oye los clamores de los necesitados, y los remedia. Sus ojos siempre están abiertos para ver lo que necesitamos; sus oídos siempre están aplicados para escuchar las súplicas y ruegos de los que la invocan; su corazón siempre está dispuesto á repartir beneficios, y á usar de misericordia. ¿Quereis acaso que os alegue pruebas que demuestren esta verdad consoladora en las circunstancias de aflicción en que nos hallamos por los peligros que nos rodean y las calamidades que nos amenazan? Pues bien; yo os manifestaré que este pueblo desde que edificó este magnífico santuario; tiene en él una Madre omnipotentemente bondadosa dispuesta á socorrerlo en todas sus necesidades. Os demostraré que cuantas veces pelagra la salud, la vida ó la salvación eterna de los devotos de esta Virgen y vienen á este santo templo á implorar su amparo y protección, jamás vuelven á sus casas desconsolados. Espero que nosotros mismos lo experimentemos así en este día.

Amantísima Madre nuestra: mirad nuestra miseria, y compadeceos; oid nuestras súplicas, y favoreced nuestra confianza otorgándonos el remedio que reclaman nuestra necesidades, nuestros apuros y conflictos. Atended á los que confiesan, que no hay placer comparable con el que experimentan vuestros devotos cuando os saludan como á su esperanza, Reina y Señora, diciéndoos:

Ave María.

Oculi mei erunt aperti...

Consiento, decía mi padre san Bernardo, en que se paso en silencio la beneficencia de María Santísima en este santo templo, si se halla uno solo que la haya invocado en sus necesidades, sin que haya sido consolado. No se acerque mas á ella el que la haya experimentado desabrida, dura, inaccesible, contraria ó enemiga. Muy bien podrá hallar el pecador en el buen Jesus un semblante severo y de rigor, porque es juez recto y justo, encargado de vengar las ofensas irrogadas á la divinidad por los que mas debian acatarla, añade san Anselmo: pero en esta Virgen amorosa... en esta Madre del amor, de la piedad y de la clemencia, ha fijado su asiento la misma misericordia del Eterno; á ella se ha encomendado el cargo de inundar de gracias y beneficios á los que han sido redimidos con la sangre del Cordero, digno de todo honor, de bendicion, de poder y de gloria, como eternamente lo publican los

ancianos y las turbas que vió san Juan en su Apocalipsis. María Santísima se ha situado en medio de este pueblo para asistirlo en su prosperidad, y en sus trabajos: para ver de cerca sus pasos, oír sus peticiones, y proveer de remedio á todas sus necesidades. Ahí la teneis con semblante dulce y apacible para todos: á todos llama, á todos se ofrece, á nadie se niega, á ninguno que la dirija una súplica deja de atender con corazon de Madre clemente y misericordiosa, y sino, levántese, clame y diga el que la ha buscado y no la ha encontrado, el que la ha pedido y no ha recibido, el que se ha postrado á sus divinas plantas, y se ha levantado sin consuelo y alivio en sus penas. ¿Podrá acaso sospechar de la bondad inmensa de esta Madre de Dios, hecha la depositaria de los tesoros del Omnipotente, los que dominados por sus pasiones gimen bajo el duro cautiverio de la culpa y del cruel enemigo de nuestras almas? ¿Se considerarán perdidos y sin remedio, los que acosados de remordimientos y abismados en las inmundicias de pecados enormes, no pueden mirarse sin horror y estremecimiento al verse ligados con las ataduras de unos crímenes que los alejan de Dios y de su Santísima Madre? ¡Ay Señores! Yo suplico con todas las veras de mi alma á todos los que se encuentren con conciencia de pecado mortal, que no añadan delitos á delitos desconfiando del poder y bondad de esta Virgen llena de poder y bondad en favor de los que tuvo presentes su Santísimo Hijo en el árbol propiciatorio en que se satisfizo á la divina justicia por todos los pecados del mundo. Yo aseguro en nombre de la Iglesia santa, al frente de los Santos Padres y Doctores, apoyado en la esperiencia de todos los siglos, y en el ca-

racter de esta Abogada y protectora de pecadores, que en este santo templo se halla esta Virgen admirable armada con las fuerzas del Omnipotente para arrojar de este pueblo al gefe de la maldad; para romper las cadenas con que Lucifer tiene aprisionados á los miserables hijos del primer prevaricador; para espeler las tinieblas del pecado de los corazones de sus devotos, y librarlos de todas las miserias que llevan consigo las prevaricaciones. No; no hay que sobrecogerse porque el infierno nos haya cogido en sus redes, y nos tenga amarrados al yugo terrible de su dominacion, porque esta Virgen apareció en el mundo para quebrantar la cabeza de la infernal serpiente; y su oficio no es otro que el de dar libertad á los cautivos, quitando al Dragon, expulsado del cielo, las víctimas que mira por suyas sin pertenecerle. Nosotros, es verdad, que hemos pecado y ofendido á Dios y á su Santísima Madre, de mil modos y maneras horrendas; pero Jesús ha derramado su preciosísima sangre por nosotros; desde la cruz mandó á esta Virgen que fuera nuestra Madre con facultad de aplicarnos los méritos infinitos de nuestro Redentor; esta Cooredentora de los hombres ha puesto su cátedra de salvacion en esta santa Iglesia; nos ha ofrecido tener los ojos abiertos y los oídos prontos para escuchar nuestras peticiones, y no es el infierno capaz de disputar á esta Madre compasiva el derecho que tiene sobre todos los hijos que le ha dado el Dios de la Redencion. Los pecadores detestando sus impiedades, volviéndose á Dios por medio de la virtud, no consienten en morir en pecado mortal; y acudiendo á lavarle en el Jordan de los Sacramentos, ¿no logran que Dios se olvide de sus pecados; que los cure de la lepra, como á Na-

man Siro; y que los admita á su amistad y proteccion? Así lo creemos y confesamos los fieles, como un dogma consolador de nuestra religion. El pecado puede convertirse, puede santificarse, puede pasar del infeliz estado de la culpa; al grato y apacible de la gracia, y ser en él la alegría del cielo; y el consuelo de la tierra. El pecado, aunque sea mas furioso y enemigo de Dios, que los Saulos, Ciprianos y Agustinos, puede ser un ángel en carne humana acogiéndose á esta Virgen, pidiendo y suplicando á esta Virgen; sometiéndose á las enseñanzas de esta Virgen siempre solícita y atenta á escucharnos en todo cuanto pueda ofrecérsenos en este valle de lágrimas lleno de miserias. Es mas: por mucho que resistamos la gracia; por mas que nos empeñemos en vivir entre las inmundicias de nuestras infames pasiones; por obstinados que nos mostremos en no querer dejar los usos, prácticas y costumbres del infernal Egipto, de ese mundo pervertido, y á pesar de los esfuerzos del infierno para que tengamos por impracticables los caminos de nuestra santa y adorable religion: ¿no es cierto que al lado de esta Virgen prodigiosa todos quisiéramos ser suyos y de su Santísimo Hijo? ¿Puede el pecador mirar á esa sagrada Imágen de nuestra Señora de No sin desear ser objeto de su amor y ternura? ¿Hay, ni puede haber en nuestro destierro, gozo como el que experimenta el corazón devoto de esta Hija predilecta del Eterno? ¿No daríamos en estos momentos de reflexion religiosa todo cuanto poseemos; por merecer las caricias con que esta Virgen diviniza á los que la aman, bendicién y sirven como fieles hijos de tan digna Madre? Pues estos sentimientos de piedad y religion, esta Virgen nos los infunde: con ellos nos

llama y obliga á pensar en nuestra felicidad; con ellos nos presenta fácil nuestra conversión; nos persuade de que con su proteccion se vencen los imposibles, y se allanan las dificultades; y como que nos fuérza á ser suyos, con una violencia tan suave, dulce y deliciosa, que sólo podrá comprender y esplicar el que la experimente. Recurrámos todos con humilde confianza á nuestra Patrona y Abogada; pidámosle bienes para nuestras almas y para nuestros cuerpos: supliquémosla que aleje de nosotros esos torrentes de desolacion con que nos amenaza el cielo, y si no nos oye... Si no nos atiende y favorece... Si nos desprecia y trata con aspereza negándose á mirarnos como Madre tierna y compasiva, olvidémosla y callemos su misericordia. *Si leui misericordiam tuam, si quis est, qui invocatum te in necessitatibus suis, tibi noverit defuisse.* Pero imposible, imposible y mas imposible, el que se encuentre uno solo que invoque y pida gracias á esta Virgen sin que sea socorrido y amparado; porque ella se ha situado en este santo templo para vernos; escuchar benigna la oracion de aquel que ore en este lugar, y convertir en gozo su dolor; en consuelo su tribulacion; en alegría su tristeza; en virtud su vicio; en un paraíso de delicias su corazón lleno de remordimientos; y en luz esplendorosa y brillante las tinieblas del pecado. ¿Hay mas que verlo y experimentar? Acabad de decidirlos; elegid entre Lucifer con el infierno, y María Santísima con el cielo; obtad por el que os quiere llevar á los fuegos sempiternos haciéndoos sufrir todo el peso de la indignacion divina concitada por vuestros pecados, ó por esta Virgen amable que no piensa mas que en dirigiros por los caminos de la virtud al lugar de los gozos eternos; sin

temor á los desastres y castigos con que el Señor suele afligir á los que se burlan de su piedad, y desprecian á su Santísima Madre. Si no quereis tener parte en esta Reina del cielo colocada en este santo templo para ver vuestras miserias, socorrer vuestras necesidades, y oír favorablemente vuestras oraciones: si os obstinaís en despreciar los llamamientos omnipotentes de esta Virgen, y formais empeño en continuar pecando con escándalo del cielo, de la tierra y de vosotros mismos: si antes quereis condenaros que dejar los caminos de la iniquidad para vivir sóbriamente allado de esta Reina de las virtudes, como nos lo manda el Apóstol; ¡ay! En este caso inútiles serán las pruebas demostrativas con que os voy manifestando que esta Virgen sacratísima está en este santo templo para escuchar benigna vuestros ruegos, libraros de todo mal y colmaros de cuantos bienes podeis apetecer. En este caso, *mi alma aborrece vuestras solemnidades*, dice Dios por un Profeta. En este caso, ... Pero yo no me dirijo con estas verdades tremendas á los verdaderos devotos de esta Madre del amor, de la piedad y de la misericordia. He demostrado que los pecadores por serlo, no deben detenerse en recurrir á esta Virgen clementísima colocada en ese trono para recibir á cuantos se acerquen á ella con deseos de ser felices en los usos prácticas y costumbres virtuosas de la religion santa que profesamos, y por si no llegan las seguridades del amor de esta Madre tierna y cariñosa, no quiero dejar de mover el resorte de las amenazas del Eterno diciendo á los que lo necesitan: — Rebeldes y devotos fingidos, que con los labios y vuestro exterior engañoso honrais á esta Virgen, y la insultais con vuestro espíritu carnal y terreno, enemigo de

Dios, tened entendido, que las inspiraciones de esta Virgen y las palabras que han salido de mis labios, solo servirán para condenar vuestra dureza en el día cercano de la venganza. Dios está con el brazo levantado sobre vuestras cabezas, y no hay remedio; ó perecer muy pronto ó reconciliarse con la divinidad por medio de esa Virgen que se ofrece á conseguir la gracia á los humildes y arrepentidos que pidan su proteccion con deseos de salvarse. Esta es la alternativa en que os coloca hoy la divina Providencia. Reflexionad; y ved si os conviene salir de este santo templo reconciliados ó condenados.

Y vosotros, verdaderos devotos de esta Virgen, que siendo pecadores os habeis animado al ver el poder y bondad de esa Virgen adorable á pedir con humildad su proteccion y amparo: contaos ya en el número de los que caminan por las sendas de la virtud, y dejad el dolor horroroso de la culpa, por el delicioso de la penitencia dirigido por la Madre que tiene los ojos abiertos para ver las heridas de vuestros corazones, escuchar vuestras peticiones, y ponerlos en los caminos de los hijos de Dios. Justos, llenos de gracia y de gozo al lado de vuestra Patrona y Abogada: aquí teneis la casa del Dios de las misericordias: ved allí la cátedra en que la Madre, Maestra y Doctora de la verdad, se presta á instruirnos en los caminos de la vida y en los senderos de la ley: acercaos á ese verdadero Oreb de llamas abrasadoras en que se adquiere el espíritu de caridad que todo lo llena de santidad; á esa Sion de visiones en donde se revelan los mas profundos misterios, y se dan las gracias eficaces para obrar el bien; á esa Sinaí de pureza en donde con el espíritu de continencia se nos enseña á

ser ángeles en carne humana: á eso Calvario de dolores en donde se forman los verdaderos penitentes, y se aprende la ciencia de la salvacion. Recordad la historia de vuestros padres, é imitadlos en la devoción con que en sus apuros y necesidades recurrian á pedir favor á esta Virgen milagrosa. Jamás fueron notados con la torpe mancha del desagradecimiento, ni señalados para su ignominia como Jeroboán elevado, como Amasías triunfante, ó como Achaz favorecido. Siempre estuvieron atentos, como fieles hijos de Abrahán, á aquella piedra firme de donde han salido sus felicidades: de continuo pensaron en multiplicar los cultos y obsequios á esta su esclarecida Patrona: ellos os educaron en la devoción á esta Virgen; os la dejaron en herencia, y murieron consolados al considerar que dejaban encomendados sus hijos á su proteccion omnipotente. La hombría de bien, la buena fe y el reconocimiento de los agraciados, han estado siempre de acuerdo con vuestros cristianos progenitores. Por ellos hablan este santo templo edificado á costa de sus sacrificios, esas halajas que aun han quedado de la universal borrasca que han sufrido las riquezas del santuario, esos signos de piedad que se notan en las sagradas imágenes, cuadros y pinturas que se ven en esta santa Iglesia, y otras mil cosas que sabeis por la tradicion, y por la ciencia de ese instinto religioso que se ha apoderado de vuestras almas para vuestra dicha y felicidad. Sed, pues dignos hijos de padres tan piadosos y devotos de María Santísima, y no degeneréis de la raza santa de que procedéis. Ahí teneis una Virgen que tiene los ojos abiertos para ver lo que necesitáis: sus oídos están aplicados para escuchar los ruegos y súplicas de los que la invocan, y su corazón

siempre está dispuesto á repartir beneficios y á usar de misericordia, como lo han experimentado todos los que en sus necesidades han recurrido á su piedad omnipotente. Acudid á esta Consoladora de afligidos todos los que caminais entre las borrascas de un mundo inicuo, y no dudeis de que sereis atendidos por esta Virgen colocada en este santo templo para levantaros en vuestras caídas, socorberos en vuestras necesidades, llenaros de gracias y beneficios en todas las ocasiones y lances de esta vida. Demostrativas son las pruebas que los Santos Padres alegan para convenir á todas las gentes del universo de que nadie recorre en vano á esta Virgen bondadosa; de que su poder y bondad en favor de los hombres esceden la comprension de todas las inteligencias criadas; de que parece imposible que haya males en el mundo estando á su frente esta universal Protectora de la humanidad, siempre atenta á escuchar y favorecer á los que la invocan: pero yo quisiera que vosotros mismos vierais, palparais y experimentarais que esta Virgen socorre á todos los que se acercan á ella en sus penurias, para que llenos de gratitud por los favores que dispensa en este santo templo á sus devotos, procureis eternizar su memoria en las generaciones de los siglos, y hacer palpable el célebre oráculo que dice:— *Memoria mea in generationes sæculorum*. Yo deseo, pido, y suplico encarecidamente á todos los que me escuchais, que os acerqueis y pidais á esta Virgen milagrosa que detenga el brazo de Dios levantado contra los pecadores orgullosos, arrogantes y altivos, y haga que en vez de castigos descendan del cielo las gracias que convierten en justos virtuosos á los mayores criminales. Llegad, pues, con intencion recta á

ese trono de piedad en que os espera la Madre mas tierna y amorosa que salió de las manos de Dios, y vereis como sois protegidos y amparados, vereis cumplidas vuestras esperanzas y satisfechos vuestros deseos, vereis que tengo razon en decir y asegurar en loor de esta Virgen incomparable, que se mudarán los imperios y los reinos; que se marchitarán las hermosuras embelesadoras; que perecerán las historias y los historiadores, y que correrán hácia la eternidad las edades, los tiempos y los siglos; pero que el nombre y la gloria de la Santísima Virgen de N. permanecerán eternamente en los corazones de sus devotos, porque su bondad está grabada con caracteres indelebles en sus almas, y no es posible que olviden los favores y beneficios que la deben. Diré: que todos los que orais delante de esta Virgen sereis los fieles ecos que publiquen los prodigios y maravillas que Dios ha obrado por medio de esta sagrada Imágen de María, colocada en este santo templo, para ver nuestras necesidades; oir nuestras peticiones, y concedernos los dones y gracias que necesitamos para ser verdaderos hijos de Dios, y devotos de su Santísima Madre. Diré... Pero mejor será que digais vosotros mismos.—Bendita y alabada sea la bondad inmensa del Dios que nos ha dado con esta Virgen poderosa una Patrona y Abogada tan amante de los que la invocan, que en cuanto hemos llegado á pedirle socorro y amparo en nuestras aflicciones nos lo ha otorgado tan cumplido, que ya respiramos alegres y contentos á su lado; el suave ambiente de la gracia: ya nos sentimos inclinados irresistiblemente hácia la virtud; aborrecemos el pecado, y sin él, nada tenemos; sin él, se acabaron los peligros; sin él, todos somos dichosos y feli-

ces, porque la Santísima Virgen de N. nos protege y nos ama hasta mas allá de lo que podemos comprender y explicar.

Que así suceda, prodigiosa Virgen de N. Que vean los impíos que se mofan de las solemnidades con que celebramos vuestro poder y bondad, que no en vano venimos á este templo á buscar consuelo en nuestras aflicciones, proteccion y amparo en nuestras necesidades, y gracia en todos nuestros apuros y penurias. Que entiendan todas las gentes del universo que es imposible perecer á vuestro lado, porque á los que os invocan con fe les proporcionais todos los medios de conseguir la gracia, y de arribar á la gloria, que os deseo. Amen.

A. M.

TRIDUO

En acción de gracias á María Santísima.

SERMÓN I.

Es muy agradable y acepto á Dios y su Santísima Madre el tributo de nuestra acción de gracias. Jesucristo nos exhorta continuamente á la gratitud y da sus auxilios á los que desean ser agradecidos.

Grati estote.

Señ agradecidos

COLOSS. CAP. 3. V. 15.

No te llamarás ciudad abandonada y pueblo desamparado y desierto. El Señor castigará tus infidelidades y prevaricaciones, pero no descargará sobre tí el último de sus castigos, el dejarte abandonada y apartarse de tí dejándote en tus liviandades y locuras. Te afligirá y castigará, pero como un padre cariñoso, como un médico que hace sentir al enfermo la amargura de los medicamentos para darle una

completa salud. Bien puedo hablaros así en este día, amados míos, en que el Señor ha suspendido el azote con que nos castigaba y ha apartado de nosotros la angustia y tribulacion, levantando el brazo de su divina Justicia, y nos reunimos á rendirle nuestras gracias y manifestarle nuestra gratitud y reconocimiento. ¿Y cómo podia menos el Señor de ampararnos y socorrernos, teniendo entre nosotros á María Santísima á quien confesamos por nuestra Madre, Abogada y Protectora: á la que es consuelo de afligidos, salud de enfermos, refugio de pecadores y amparo de todos los necesitados? ¿Cómo podia dejar de oir nuestras súplicas y escuchar nuestras oraciones el Señor, habiéndolas dirigido por la intercesion de su Santísima Madre? No olvidásteis en los días del castigo y la tribulacion, que Maria Santísima es la Madre de la misericordia y de la divina gracia; el conducto por donde comunica y dispensa Dios todos sus dones y que nada da á los hombres que no pase por María Santísima. Acudisteis con fe á esta divina Señora, y han llegado al cielo vuestras plegarias. El Señor ha manifestado que no quiere vuestra perdicion y ruina. Ha apartado de vosotros el mal porque esta hermosa Estér ha abogado por su pueblo. Ya no se oyen las lamentaciones y llantos lastimeros: el luto y la consternacion han desaparecido. El placer y la alegría han vuelto á vuestros corazones y se manifiestan en vuestros semblantes. ¿Qué os diré yo en esta ocasion para que sea puro y santo vuestro regocijo y no os hagais indignos de los favores con que os socorre el cielo? Os diré que bendigais y alabeis á María Santísima que tan propicia ha esenchado vuestros ruegos como bendijeron á Judith los habitantes de Betulia, como ben-

dijo y alabó á Ester el pueblo hebreo , como cantaron las tribus capitaneadas por Moisés despues de pasado el mar Rojo y verse libre de Faraon ? Poco es necesario para mover á los corazones generosos y devotos y mé contentaré con deciros como el Apóstol san Pablo á los colosenses recién convertidos: *Grati estote*: Sed agradecidos: no seais tan inhumanos y tan viles que olvideis el beneficio despues de haberle recibido: dad gracias á vuestro bienhechor como os lo inspira el mismo instinto natural y como veo que reis manifestarlo y dar un testimonio público con estos solemnes cultos. Y para fomentar y perfeccionar vuestra piedad voy con la ayuda del Señor á manifestaros, que es muy agradable y acepto á Dios y á su Madre Santísima el tributo de nuestra accion de gracias: que Jesucristo mismo nos exhorta continuamente en su Evángelio á la gratitud y da sus auxilios á los que procuran ser agradecidos.

Vuestra es, Soberana Madre nuestra, vuestra es esta festividad y como por Vos nos dirigimos antes para atraernos las piedades del cielo, por Vos y á Vos recurrimos ahora para dar nuestras gracias al Señor. No nos negareis la gracia que necesitamos para obrar con el debido acierto y yo os la pido muy particularmente para no decir cosa alguna que nó sea digna de Vos y de vuestro Santísimo Hijo y ceda en bien de nuestras almas. Aumentad este á nuestros muchos favores y os lo pedimos así saludándoos con el ángel:

Ave María.

Grati estote...

¿Qué retornaré al Señor por tan grandes beneficios como me ha hecho? ¿Con qué corresponderé á tantas mercedes como he recibido de mi Dios? Así se consultaba á sí mismo el santo rey David deseoso de ofrecer al Señor una ofrenda que le fuese grata y aceptable, y despues de una madura deliberación dijo: Os sacrificaré, Dios mio, una hostia de alabanza, y me ocuparé en invocar vuestro santo nombre: *Tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo*. Daré gracias á Dios, espone el padre san Juan Crisóstomo, le alabaré é invocaré su santo nombre, porque en esto consisté el sacrificio de alabanza. Ofreceré mis votos al Señor en presencia de todo su pueblo, en los atrios de la casa del Señor, á la vista de toda la ciudad de Jerusalen. No para hacer ostentacion de su piedad, ni para captarse los ánimos y recibir la gloria de los pueblos, sino para invitar á todos á que siguiesen su ejemplo y le acompañasen en dar gracias á Dios.

Ahora bien, hermanos míos, á este rey tan devoto no le faltaban bueyes, corderos y de todo género de animales que poder ofrecer á Dios en sacrificio; pero al tratar de manifestar al Señor su reconocimiento y gratitud no echó mano de ellos, porque conocia muy bien que nada hay mas agradable y acepto á los ojos de Dios que la accion de gracias. Y á la verdad si ofrecemos al Señor multitud de becerras y abundancia de corderos, los rechazará y apartará de sí diciéndonos que *no come la carne de los toros, ni bebe la san-*

gre de los cabritos. Si le ofreciéremos todos los frutos de la tierra y todos nuestros tesoros, nada le es tan agradable como un corazon y un ánimo devoto que jamás rehusa aceptar. Nada es tan grato á Dios, dice san Juan Crisóstomo, como un alma agradecida y que da gracias á su Dios, puesto que siendo innumerables los beneficios que el Señor nos dispensa todos los dias, nada nos pide ni exige de nosotros, sino el que le debemos gracias. No hay un bien que iguale á la accion de gracias, dice tambien, así como no hay mayor mal que el blasfemar y hablar mal de Dios.

Si no tuviere la caridad, dice el apóstol san Pablo, aunque yo distribuyere todas mis facultades y lo diese todo de limosna para los pobres, de nada me sirve y nada seré. Del mismo modo podemos decir en nuestro asunto: aunque ofreciéremos á Dios todo cuanto tenemos, si rehusáremos darle la accion de gracias y ofrecerle el sacrificio de alabanzas, nada habremos hecho y de nada nos servirá. Cuantos bienes temporales y cuantas cosas estan fuera de nosotros queramos y podamos ofrecer al Señor, son bienes exteriores; pero el tributo de unas alabanzas sinceras y devotas, la oblacion de una accion de gracias sale de lo íntimo de nuestro corazon y de nuestra alma y en ella ofrecemos á Dios algo de nosotros mismos. Por esto se escitaba á sí mismo el Real Profeta á alabar y bendecir al Señor con estas afectuosísimas palabras: Al ma mia, bendice y engrandece al Señor; y todas mis entrañas, alabad y glorificad á su santo nombre.

¿Diré que la accion de gracias la exige Dios de nosotros mas que la caridad? Yo no me atreveria á asegurarlo si no nos lo hubiese dicho el padre san Bernardo, quien en

un sermón del vicio horrendo de la ingratitud habla de este modo: No con nuestras palabras y con nuestra lengua solamente, sino con nuestras obras y con toda verdad manifestémonos agradecidos á aquel Señor de todos nosotros y dador de todas las gracias, que exige de nosotros la gratitud y acción de gracias mas que la caridad: *gratiarum actionem, magis quam dilectionem*. Es verdad que á los actos del amor y la caridad se debe la primacia sobre todas las demás buenas obras: *major autem horum est charitas*: pero en el sentir de este santo doctor el sacrificio de la acción de gracias es mucho mas apleto á Dios, y la razón es, porque como no podemos dudar, es un holocausto perfectísimo que se quema y consume en honor de Dios por el fuego de la misma caridad. Es, podemos decir, la expresión de la misma caridad, el producto de la caridad, porque no es posible amar de veras á Dios sin ofrecerle el obsequio del corazón y de la mas rendida gratitud; y el que alaba, bendice y da gracias á su Dios, manifiesta en esto mismo que le ama y le adora.

Si tan del agrado de nuestro Dios es el que todos los dias le bendigamos y demos gracias sin cesar, porque son continuos y repetidos sus beneficios, ¿cuánto mas será de su agrado el que no le manifestemos nuestro reconocimiento cuando nos favorece con una merced señalada y extraordinaria? ¿Con qué placer nos mira rendidos al pie de sus altares para darle gracias por el bien que dispensa? ¿Y qué gozo no es para María Santísima el que nos ocupemos en dirigirle por su medio la manifestación de nuestra gratitud, nuestro público agradecimiento y el sacrificio de acción de gracias por medio de estos solenes cultos, por el benefi-

cio que acabamos de recibir? Esta divina Madre se ha interesado por nosotros y nos ha conseguido la gracia que pedimos con tantos deseos y con tanta confianza, y nos dice á todos, como decia á los ministros en las bodas de Cana de Galilea: *Quodcumque dixerit vobis facite*. Haced todo lo que Jesus os mande, y mandándonos Jesus ser agradecidos, nos apresuramos á manifestarle nuestro agradecimiento por medio de la misma Señora, canal de todas las gracias y conducto por donde se despachan nuestras peticiones en el cielo, y el cielo admite nuestras correspondencias.

Observa el padre san Bernando, que para dar testimonio y acreditar en todos los siglos la gratitud de los hombres á los beneficios de su Dios, se han compuesto muchos himnos y cánticos, en tal disposicion que no hay beneficio alguno señalado que los hombres no hayan celebrado con algun cántico particular de accion de gracias. Cantó Israel un cántico al Señor cuando se vió libre de la espada y del yugo de Faraon, rey de Egipto, manifestando su obsequio y su gratitud á su Dios. Cantó Dévora; cantó Judith; cantó la madre de Samuel; cantaron otros muchos por no ser tenidos por ingratos á los divinos beneficios y para cumplir con bendecir al Señor cuando los hacia el bien. Al mismo tiempo podemos observar, que no hizo el Señor á su pueblo escogido beneficio alguno grande y señalado que no le exigiera y pusiera en la obligacion de que le manifestase su gratitud y correspondiese con su accion de gracias. Cuando los libró de los trabajos del Egipto, quiso y los ordenó que todos los años en memoria y agradecimiento del beneficio recibido, le sacrificasen el Cordero Pascual. Cuando hizo en el desierto que los cayese el maná del cielo

con que se sustentasen, quiso que para perpetua memoria de este beneficio conservasen en el Arca de la Alianza un vaso lleno del mismo maná. Honró á la Sinagoga con el sumo sacerdocio, pero dispuso tambien que la vara de Aarón que floreció milagrosamente se depositase para siempre en el tabernáculo. Cuando pasaron á pie enjuto el mar Rojo, ordenó que se eligiese uno de cada tribu que tomase una piedra del profundo del mar y que llevándolas consigo las colocasen despues delante de sus casas, para que cuando los preguntasen sus hijos y descendientes el significado de aquellas piedras, los dicesen: Se dividieron las aguas del Jordan ante el Arca del Testamento del Señor cuando pasó por él. Millares de beneficios obrados por Dios con su pueblo pudiera recordar y haceros notar que en todos ha querido señales de gratitud, de reconocimiento y de accion de gracias, con lo que nos debemos convencer de que le es muy acepto y agradable este tributo. Y como María Santísima no tiene otra voluntad que la voluntad de su Dios, se complace en que manifestemos nuestro agradecimiento á los favores tan singulares que nos ha dispensado, y acepta gustosa estos obsequios que tan justamente la debemos, llevando nuestros cánticos y bendiciones hasta el trono del Señor, así como le hizo presentes nuestras súplicas en el dia de nuestra angustia y tribulacion. Es muy justo que seamos agradecidos. El mismo Jesucristo y su Santísima Madre nos recomiendan y exhortan continuamente á la gratitud con su doctrina y sus ejemplos.

En la oracion que compuso para enseñarnos á orar, la primera cláusula despues de invocar á nuestro padre celestial y dirigirle nuestro corazon y nuestras atenciones es:

Sanctificetur nomen tuum, santificado sea el tu nombre, para que comprendamos que lo primero que debemos ofrecer á Dios es el tributo de accion de gracias. Cuando libró á un endemoniado, le encargó segun nos refiere san Lucas que volviese á su casa y contase á todos los beneficios grandes que le habia hecho Dios: *Rede in domum tuam, et narra quanta tibi fecit Deus*. Cuando curó Jesus á los diez leprosos, manifestó bien lo acepto que le era el reconocimiento y accion de gracias por los beneficios en el elogio que hizo del Samaritano que volvió manifestando su gratitud. ¿Necesita el Señor de nuestras alabanzas? ¿Quiere vender sus beneficios? ¿No es propio de los que hacen bien olvidar el beneficio que han hecho, así como lo es de los que le reciben el tenerle siempre presente? Con todo, dice un espositor sagrado sobre este pasage del Evangelio: Jesucristo no sin causa pidió ese tributo de la gratitud. Primeramente por Dios á quien se debe toda accion de gracias y toda alabanza por los beneficios, y despues por los hombres para que se manifestase el beneficio recibido por medio de Jesucristo y para que se hiciesen acreedores á mayores beneficios con la gratitud por los ya recibidos.

Jesus, hijo de David, ten misericordia de mi, clamaba el ciego que estaba mendigando en el camino de Jericó. ¿Qué quieres que te haga? lo dijo Jesus. Señor, el que yo vea. Pues vé, le contestó Jesus, y al momento vió y le seguia alabando al Señor: *confestum vidit et sequebatur illum magnificans Deum*, por manera que no medió tiempo alguno entre recibir la vista y seguir á Jesus agradecido y alabando á Dios. El ciego de nacimiento no vaciló confesar á Jesucristo y manifestarle su gratitud delante de sus enemi-

gos. El paralítico de la Piscina luego que conoció que Jesús era el que le había sanado, fue y dijo á los judíos que Jesús era el que le había sanado. *Abiit homo ille et nuntiavit judais, quia Jesus esset, qui fecit eum sanum.* Curó Jesús á la suegra de san Pedro y levantándose al momento servia á Jesús y á sus apóstoles. Restituyó el habla á un mudo y el oído á un sordo, y los mandó que no lo manifestasen á nadie; pero cuanto mas se lo encargaba, tanto mas lo publicaban y daban testimonio del beneficio que habian recibido. Innumerables son los pasages del Evangelio que pudieran alegar en que se nos manifiesta que Jesucristo nos exhorta continuamente á la gratitud y que quiere que le sean reconocidos los que reciben sus beneficios.

María Santísima, esa criatura dichosísima y privilegiada nos dió el ejemplo y enseñó á dar gracias al Señor reconociendo sus beneficios. Ella es el asiento de la sabiduría, y no puede jamás engañarse ni obrar sino lo que es justo y conveniente; y cuando el Señor la elevó á la alta dignidad de Madre suya, reconoció á tan alto favor desató su lengua en alabanzas con el sublime cántico que repite todos los dias la Iglesia: *Magnificat anima mea Dominum: quia fecit mihi magna qui potens est.*

Justo es y muy conforme á los sentimientos cristianos, á lo que la Iglesia nos enseña, á lo que Jesucristo practicó y encargó, y á lo que María Santísima nos enseñó con su ejemplo el que alabemos al Señor y honremos á su Santísima Madre manifestando nuestra gratitud por el beneficio que nos ha dispensado mostrándose tan propicio el cielo á nuestras súplicas. Es muy justo, podemos decir como decía de sí mismo san Agustin, que seamos tanto mas devo-

tos y agradecidos al Señor, tanto mas prontos y dispuestos á servirle cuanto mas obligados nos vemos con sus beneficios. Aunque sabia nuestra tribulacion parece que queria oir la de nosotros, que nosotros le pidiésemos el remedio, para que no digamos despues que nos ha socorrido sin necesidad, que nos daba lo que no queriamos y nos escusásemos de ser agradecidos.

No se diga jamás de nosotros, soberana Virgen María, que somos ingratos y que olvidamos los favores. Nos preciamos de ser vuestros devotos, y no lo seriamos si dejásemos de elevar al Señor por vuestra mediacion poderosa nuestra accion de gracias por el favor que nos has dispensado tan pronto como lo pedimos por vos.

Es verdad que nuestras lenguas no son suficientes para dar las gracias que se merece nuestro bienhechor, que nada podemos ofrecerle que sea proporcionado á los beneficios que nos ha dispensado, pero queremos ofrecerle esta misma confesion de nuestra debilidad é insuficiencia y sabemos bien que recibirá nuestros deseos y nos dará sus auxilios para que acertemos á ser agradecidos. Sabemos que se complace en la preparacion de nuestra voluntad, y que mira á nuestros corazones de que nuestros cultos y festividades no son sino la espresion. Quisiéramos hoy disponer de todo el mundo para ofrecerle al Señor, y aunque todo es suyo, que le recibiera de nuestra mano para manifestarle así nuestro agradecimiento. Conocemos nuestra insuficiencia y por lo mismo hemos tomado el camino de dirigirnos á la Madre de las gracias, al manantial de los bienes, á María Santísima para que sea nuestra medianera, y dirija nuestros débiles obsequios y cánticos hasta el cielo y

haga presente á su Santísimo Hijo nuestro reconocimiento y gratitud.

Aceptad , Soberana Madre nuestra , estos obsequios; recibid estas demostraciones de nuestra gratitud. Lo que se pone en vuestras manos recibe un calor inmenso y el Hijo de vuestras entrañas y nuestro Señor Jesucristo lo recibe propicio como cosa no ya de los hombres , sino de su purísima y querida Madre. Ofrecedle estos cultos que le dirigimos por vuestra poderosa intercesion , y suplid vos lo que falte para que sean de su agrado y como convienen para que en ellos y por ellos manifestemos nuestra gratitud mientras vivimos en la tierra. Haced que no se suspendan para con nosotros los beneficios del cielo , que publiquemos siempre los favores que por vuestro medio hemos recibido y pase su memoria de generacion en generacion. Y que alabando y bendiciendo al Señor en esta vida del modo que podamos , nos unamos despues con los santos del cielo y presididos de vos , que sois la Reina de todos , le cantemos en accion de gracias el cántico de los bienaventurados en la gloria , *Santo , Santo , Santo*. Amen.

F. L. G.

DIA II.

Nuestra gratitud á los beneficios recibidos, y el reconocimiento á Maria Santísima y á su Santísimo Hijo que nos los dispensan, los obligan en cierto modo á que nos continúen y nos aumenten sus favores.

Qui me invenerit inveniet vitam et hauriet salutem à Domino.

El que me hallare hallará la vida y alcanzará la salud del Señor.

PROV. CAP. 8, v. 35.

Apenas salió del Arca el justo Noé despues del diluvio con su muger y sus hijos, quando tomando unas piedras levantó un altar y ofreció sobre él en sacrificio y accion de gracias á Dios algunos de los animales que habia conservado; sacrificio que el Señor no solo recibió en olor de suavidad, sino que por él concedió nuevas gracias al agradecido anciano, como se nos dice en el sagrado testo. Jamás, le dijo el Señor, jamás volveré á maldecir á la tierra por los hombres: *Nequaquam ultra maledicam terræ propter homines.* Los sentidos del hombre y los pensamientos y afectos

del corazon humano son inclinados y propensos al mal desde su infancia, pero no volveré mas á herir á toda alma viviente como lo he hecho. Aprendamos, nos dice san Juan Crisóstomo, lo útil que fue á Noé tener un alma agradecida, y que con su gratitud atrajo sobre sí la divina benevolencia y alcanzó mucho mayores gracias. Conozcamos que cuando Dios halla á alguno que le es agradecido á los primeros beneficios, derrama sobre él despues sus dones con mas profusion y abundancia. Es propio, dice tambien el mismo santo esponiendo este pasage de la Sagrada Historia, es propio de la misericordia de Dios el que nos remunere con abundancia y liberalidad, cuando despues de recibir algun beneficio, aunque pequeño, se lo agradecemos y ofrecemos nuestra accion de gracias. No era del agrado de Dios el humo de las carnes asadas sobre las ascuas cuando se quemaban las víctimas. No necesita Dios comer carnes de los animales; lo que Dios quiere y nos agradece es, como á Noé, la buena correspondencia, un ánimo agradecido y una fe viva y devocion en lo que se le ofrece. Por eso halló al Señor tan propicio: *Odoratusque est Dominus odorem suavitatis*, y por su agradecimiento alcanzó otro gran favor: *Nequaquam ultra maledicam terræ*: No volveré jamás á maldecir á la tierra por los hombres.

Semejante á la de Noé hallo á vuestra conducta, mis amados hermanos. Habcis recibido un especial favor del Señor por la intercesion poderosa de vuestra Patrona y especial abogada Maria Santísima; salisteis de la tribulacion que os afligia y con que el Señor quiso amonestaros, y sin daros por desentendidos del favor, sin demorar vuestro agradecimiento ofrecéis estos cultos en accion de gracias

y volveis de nuevo á María para que eleve vuestros votos y haga presentes vuestros deseos al Señor. Pues esta gratitud tan propia de los cristianos, este reconocimiento á los beneficios que habeis recibido, puedo deciros y voy á manifestaros del modo que me sea posible en este rato, obligan en cierto modo á Jesus y á su Santísima Madre á que os continúen y aumenten sus favores. Hallado habeis á María, puesto que oyó vuestras súplicas y atendió á vuestros ruegos, y de ella está escrito, que el que la hallare hallará la vida y alcanzará la salud del Señor. *Qui me inven-rit inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino*. Alcanzareis la salud, la vida y los bienes del Señor siéndola agradecidos y ofreciéndola vuestro reconocimiento; os proporcionareis un conducto constante y un manantial inagotable de gracias: y ved el camino por donde quiero escitaros á la gratitud, moviendo vuestro propio interés y deseando que lejos de cerraros las puertas á los favores del cielo os las abrais mas y os vengan en mayor abundancia por el medio propio de que seais agradecidos.

Todo lo depositamos en vos, Soberana Madre nuestra, y todo tambien lo esperamos de vuestra pederosa intercession. Favorecednos y alcanzadnos del Señor su divina gracia de la misma que os confesamos llena, diciéndoos con el ángel:

Ave María.

Qui me invenerit.....

¡Por qué dichosos nos tendríamos si poseyésemos un tesoro que cuanto mas sacásemos de él, tanto mas se aumentase y nos produgesel Pues tal es nuestra gratitud á los beneficios que recibimos del cielo. Cuanto mas agradecidos somos y correspondemos con mas generosidad á los beneficios recibidos de Dios, tanto mas abundantemente los derrama el Señor sobre nosotros. La accion de gracias, dice por esto san Juan Crisóstomo, es un tesoro muy grande, es una riqueza inmensa é inagotable, es un bien que nunca se consume. En aquello y por aquello que ya tenemos, dice san Agustin, alabemos á Dios que nos lo da y así le haremos deudor de lo que todavía no nos ha dado. Mi Padre es labrador, nos dijo el mismo Divino Jesus: desea derramar sobre nosotros la benéfica semilla de sus gracias y llenarnos de sus divinos favores, busca sin embargo y aparece como buen labrador, una tierra fértil donde esconder su semila para que le produzca frutos abundantes, y esta tierra fértil es la que no es ingrata, el alma que es agradecida á los favores de su Dios, y siendo así, Dios no cesa de aumentarlos y hacer que crezcan y se multipliquen.

Todos los rios salen del mar y todos vuelven á él para que puedan volver á correr, dice el libro sagrado del Eclesiastes. Todos dan su tributo al mar, por manera que este recibiendo las aguas de todos, hace que vuelvan á continuar de nuevo las corrientes de todos, y ved aquí, dice mi angelico doctor Santo Tomás, el logro grande que tenemos y el

bien inmenso que nos preporcionamos siendo agradecidos. Al mismo principio de donde provienen todos nuestros beneficios, vuelven por el reconocimiento y accion de gracias, para que refluyan despues en nosotros por la concesion de nuevos beneficios. Todos los dones, todas las virtudes, todas las gracias que nos vienen, ya sea del cielo ó ya de la tierra, son dones de Dios, porque todo don perfecto nos viene de Dios y descende á nosotros desde el Padre de las luces; preciso es que nosotros los reconozcamos y demos por ellos las debidas gracias, que seamos semejantes á los rios, para que como estos dando su tributo al mar adquieren nuevas corrientes, así tambien nosotros, alabando al Señor como á nuestro sumo bienhechor y dándole gracias por los beneficios recibidos, no detengamos el corriente de las divinas misericordias y nos dispongamos para recibir nuevos favores. A la verdad, el mar no necesita las aguas de los rios, los torrentes y los lagos, y sin embargo las recibe en su seno y las acoge y fomenta como un tributo que se le debe para hacer con su retribucion que corran de nuevo: *ut iterum fluant*. De un modo semejante, hermanos míos, no necesita Dios de nuestras alabanzas, de nuestra accion de gracias, ni de nuestras bendiciones, y si nos las exige y quiere que se las demos es, dice san Juan Crisóstomo, por nuestro logro, para que vuelvan otra vez á nosotros y nos hagamos dignos de mayores auxilios.

Jesucristo nos pide lo que antes nos ha dado, no porque esté escaso y necesitado, dice san Bernardo, sino para que no perdamos lo que nos dió, y quiere que vuelva á él; porque como el agua de un rio si quedase estancada y detenida se corromperia, así tambien se acaba y cesa el cor-

riente de las divinas gracias cuando no se devuelven y refieren de nuevo á Dios, por manera que no solamente nada se le aumenta al ingrato, sino que aun aquello mismo que habia recibido se le convertirá en daño. El mismo Jesus nos dijo que al que tiene se le dará mas para que abunde, y que al que no tiene, aun lo poco que tiene se le quitará en castigo, por tener depositado el talento y no haber negociado con él siendo agradecido al Señor. Los rios de las gracias, dice san Antonino, todos salen del mar de la divina largueza y misericordia, y sino vuelven al mismo mar de donde salieron por medio del reconocimiento, de los beneficios y la accion de gracias, se secan y quedan privados de las aguas de la gracia; pero si vuelven al mar, esto es, á Dios, por la gratitud y el reconocimiento, reciben un nuevo influjo de nuevas gracias y beneficios.

Conviene pues, diré con san Bernardo, que el hombre sea agradecido y devoto, si quiere no solo conservar los dones de la gracia que ha recibido sino tambien multiplicarlos. Feliz aquel que cuando recibe algun don de Dios vuelve á aquel en quien está la plenitud de todas las gracias, porque agradeciendo los primeros beneficios, damos lugar á la gracia y nos hacemos acreedores á recibir otras nuevas gracias. El que da gracias á Dios por los beneficios, aumenta los que recibió, dice san Ambrosio, y hace deudor al mismo que se los dispensó obligándole á que le retribuya.

Quiso Dios y mandó á su pueblo que se le ofreciesen los primogénitos, así de los animales como de los hombres, en reconocimiento del beneficio que los dispensó en el Egipto cuando quitó la vida á todos los primogénitos, escepto á

los hijos de los israelitas y á cuyo estrago siguió inmediatamente la libertad del pueblo escogido. ¿Disminuía acaso el cumplimiento de este precepto el número de los israelitas? Lejos de eso, por este medio se multiplicaron mas y para este fin se lo ordenó Dios. Quiso que con esta ofrenda manifestasen su gratitud, y como el manifestarle gratitud le es una obra aceptísima y le mueve á que ejerza su liberalidad, los que llenos de fe le ofrecían los primogénitos, por esto mismo alcanzaban grandes beneficios.

Cuando nos refiere el Evangelista san Juan la vuelta de Jesucristo á Caná de Galilea, nos insinúa una circunstancia notable al decirnos: *Venit ergo iterum in Cana Galileæ*. Volvió otra vez á Caná de Galilea. Jesucristo, observa san Cirilo, conversa con gusto con aquellos que le son agradecidos y reconocen sus beneficios. Cuando en las bodas convirtió el agua en vino, aquellas gentes se le aficionaron y comenzaron á tenerle un especial respeto y devoción, y conociéndolo el benignísimo Salvador dispuso favorecerlos con nuevas gracias y beneficios. Volvió otra vez, esto es, dice el mismo san Cirilo, dispuesto á darlos mayores bienes: *Majora largiri paratus*. No hay pues, dice san Lorenzo Justiniano, cosa mas necesaria que el dar gracias por los beneficios recibidos, porque se hace acreedor á recibir mayores bienes el que manifiesta que no olvida ni borra de su corazón los ya recibidos. Aprende, hombre, á no ser moroso en dar gracias á Dios; aprende á dárselas por cada uno de sus beneficios, contempla y examina lo que Dios te dá, para que no dejes á ninguno de sus dones sin la debida acción de gracias, porque el que agradece y tiene continuamente presente el beneficio recibido, hace que

Dios le socorra con frecuencia. Bien puede esperar nuevos favores el que reconoce y agradece los que ya tiene recibidos.

Clamamos al Señor, recurrimos á la Virgen Santísima que intercediera por nosotros y retirase la angustia que nos oprimia. El Señor nos socorrió, y nada quiere ni exige de nosotros sino el que le demos las debidas gracias, para que así le escitemos á que nos dé mayores bienes. Con razon, dice san Bernardo, al que humildemente se confiesa deudor y da gracias devotamente á su Dios, se le prometen mas amplios y ulteriores beneficios, porque el que es hallado fiel en lo poco, tiene un derecho á ser constituido sobre lo mucho; así como por el contrario se hace indigno de recibir mas, el que olvida y no agradece lo que recibió. Esperamos en la misericordia del Señor, recurrimos á su bondad inmensa y nuestro corazon se ha llenado de un gozo; pues cantemos al Señor que nos ha dado sus bienes y bendigamos el nombre del Altísimo, publiquemos sus beneficios y que sepan todos que nos ha socorrido el Señor luego que le pedimos postrados ante esa milagrosa imagen de su Santísima Madre. Si no nos mueven á ser agradecidos los favores que nos ha dispensado, muévanos nuestro propio interés, el interés de recibir mas y de que no se nos obstruya el conducto de sus gracias por nuestra ingratitud: el interés de enriquecernos y de que se nos den otros beneficios mayores. Si nuestros acreedores nos exigiesen el pago del dinero que los debiésemos, no porque ellos lo necesitasen, sino precisamente para hacernos bien en ello, para protegernos y socorrernos de nuevo con mas abundancia, ¿no seríamos unos necios en no pagar cuanto antes? Pues de-

mos gracias á Dios que nos ha socorrido. No quiere de nosotros alguna cosa grande ó costosa, quiere sí que confesemos y publiquemos la merced que nos ha dispensado, que le demos gracias por ella; no porque necesite de estos obsequios, sino para que logremos así hacernos propicios al Autor de todo bien y que estienda mayor solicitud sobre nosotros.

La gratitud ha sido el medio de que se han valido los patriarcas y santos para obligar al Señor á que los dispensase nuevos beneficios. Recordaban los que ya habian recibido cuando pedian al Señor que los concediese otros. Tú, Señor, me tienes prometido, decia el patriarca Jacob, que has de hacerme bien y dilatar mi descendencia como la arena del mar. Recordaba las promesas que el Señor le habia hecho, no porque temiese que Dios se hubiese olvidado ó arrepentido de ellas, no por hecer ostentacion de lo que Dios le habia prometido; sino para manifestar que tenia grabados fuertemente en su corazón los beneficios que habia recibido de la liberalísima mano de su Dios, y bien persuadido de que para alcanzar el socorro en nuevas necesidades, el medio seguro de inclinár al Señor es contar y recordar con gratitud los beneficios antes recibidos. El patriarca Abraham, el santo rey David y los justos todos del Antiguo y Nuevo Testamento usaron del medio de recordar los beneficios que el Señor los habia hecho cuando deseaban conseguir otros, y con el recuerdo y gratitud por los ya recibidos cobraban ánimo y esperanza para recibir otros mayores. Jesucristo tambien nos dió el ajemplo de esto mismo. Resucitó al hijo de la viuda con solo decirle: *Yo te mando que te levantes*. A la hija del Archisynagogo, alargán-

dola la mano y levantándola; pero cuando trató de resucitar á Lázaro, ¿qué se nos dice que hizo? Se convirtió á su Eterno Padre dándole gracias y diciendo: *Pater; gratias ago tibi quoniam audisti me: Padre mio, yo te doy gracias porque me has oído.* Dió gracias por los beneficios pasados, para manifestarnos que este es el medio de hacer cierta y segura la consecucion de los que pedimos. Dió gracias con una deprecacion afectuosísima, no porque su omnipotencia y sabiduría infinita tuviera necesidad de hacerlo para conseguir la resurreccion de Lázaro, sino para enseñarnos el método que debemos observar para lograr las favores y beneficios de Dios, y favores mucho mayores que los ya recibidos, que es y debe consistir en darle gracias por los primeros y recordarlos con gratitud y reconocimiento.

Justo es, mis amados hermanos, que como Abrahan os postreis en tierra delante de Dios dándole gracias; que como los Macabeos, despues de haber purificado el templo adoreis y bendigais en el cielo al que os ha libertado de los peligros y dado la prosperidad; que como Judas, despues de haber vencido á Timoteo, bendigais á Dios que ha obrado cosas grandes en vosotros, con himnos y cánticos. Justo es que habiendo sido favorecidos en la terrible calamidad que pesaba sobre vosotros por la intercesion de esa soberana Reina del cielo, volvais á ella sin perder tiempo, y ofrezcaís al Señor por su intercesion vuestra accion de gracias, por medio de estos reverentes cultos que son la expresion de vuestra piedad y de vuestra gratitud. Sobrè llenar con esto un deber, os grangeareis mayores beneficios. Premiará el Señor vuestro reconocimiento, y esas gracias que volveis á Dios refluirán á vosotros en mayor abundan-

cia, proporcionándoos poreste medio un conducto constante de los beneficios del cielo. Agradecidos el Señor y su Santísima Madre; se congratularán en haceros participantes de sus tesoros inmensos. Alabad y bendecid á Maria, á esta Madre de propiciacion que en los tiempos de la angustia ha intercedido por vosotros tan eficazmente, y no os olvideis de sus favores despues de haberlos recibido; contadlos á vuestros hijos y que pase su memoria de generacion en generacion. Que aprendan todos que en Maria Santísima está el consuelo y el remedio de todos nuestros males, que el Señor nos oye cuando le pedimos por medio de su bendita Madre y que sepan tambien que somos agradecidos y correspondemos con nuestro agradecimiento á sus favores. Buscad en todas vuestras tribulaciones á Maria Santísima, y si la hallais contad con que habeis hallado la vida y que lograreis por su medio la salud del Señor. *Qui me invenerit inveniet vitam et hauriet salutem á Domino.* Buscad á Maria para dar á Dios las gracias por los beneficios que os ha concedido y vuestras casas se llenarán de retribucion.

Porque Gedeon libró á los hebreos del yugo que los habian puesto los madianitas derrotando á estos en una batalla, todos á porfía le ofrecian el principado de su pueblo. *Dixerunt omnes piri Israel ad Gedeon, dominare nostri tu, et filius tuus... quia liberasti nos de manu Madian.* Dominad pues, sobre nosotros, soberana Reina nuestra, debemos decir nosotros en las presentes circunstancias, dominad en nosotros, vos Señora y vuestro santísimo Hijo, porque nos ha librado de la tribulacion y sacado del yugo en que nos encontrábamos oprimidos.

Falta solo para que nuestra gratitud sea sincera, para

que sean gratas nuestras ofrendas y reciba el Señor nuestros obsequios por medio de su Santísima Madre, que estos cultos vayan acompañados de la pureza de nuestras conciencias, y que no contentos con ofrecer los dones de la tierra y cantar los cánticos de acción de gracias con nuestras bocas, ofrezcamos también los afectos de nuestro corazón y no queramos sujetarnos á otro dominio que al de María Santísima y al de su divino Hijo. *Dominare nostri tu, et filius tuus.* Que renunciemos al dominio del demonio, á la servidumbre del pecado, á la esclavitud de nuestros depravados deseos, que no queramos tener otro Señor ni complacer á otros que á esa soberana Reina y á su Santísimo Hijo, para que haciendo siempre su voluntad logremos cuanto pidamos, nos concedan con gusto todo cuanto necesitemos y nos coronee después con la gloria. Amen.

F. L. G.

DIA III.

Fealdad de la ingratitud. Siendo ingratos á los beneficios de Dios, no solamente nos retirará sus gracias, sino que cuanto mayores hayan sido sus favores, debemos temer que sean otro tanto mayores sus castigos.

*Auferetur á vobis regnum Dei et dubitabitur
genit facienti fractus ejus.*

Se os quitará el reino de Dios y se dará á aquellos que hagan frutos dignos de él.

MATT. CAP. 21, V. 43.

Con razon acudimos á María Santísima en todas nuestras aflicciones y necesidades. ¿Quién puede alcanzarnos el remedio ni interceder con mas eficacia por nosotros ante el mismo Dios, que la que es Madre de Dios? Dios te salve, la saluda por esto el padre san Basilio, Dios te salve, medianera é intercesora entre Dios y los hombres, tú eres la que derribaste el muro que los separaba: Dios te salve, mediadora gloriosísima y reconciliadora de todo el mundo, la dice san Efreñ. Reparadora del mundo perdido por la cul-

pa, la llama san Anselmo. Por María, no teme decir san Bernardo, el hombre ha sido redimido y el verbo se hizo carne y por esto deduce con exactitud y verdad que el mundo se lo debe todo, porque ella ha procurado la libertad para los cautivos, la salud para los enfermos, el consuelo para los afligidos, el perdón para los pecadores, la gracia para los justos, es el gozo de los ángeles y la alegría del cielo. A ti, Reina que dominas en los cielos, la dice san Buenaventura, levanto mis ojos: sea nuestra ayuda en la virtud de tu santo nombre. Dirige todas nuestras acciones al fin para que fuimos criados, y bendita seas en el cielo, en la tierra, en el mar y en los abismos. ¡Oh Virgen Santísima, la dice san German, no hay quien se salve sino por tí! ¡Oh Virgen piadosísima, no hay quien entre en la corte celestial, sino por tí! Todo nos viene de Dios y cuanto bueno hacemos, lo hacemos porque Dios nos mueve y nos da el querer, el poder y el obrar. Jesucristo es el mediador omnipotente entre Dios y los hombres, el mediador que jamás sufre repulsa ni queda desairado cuando intercede por nosotros. Sin embargo, dice el infatigable panegirista de María Santísima, san Bernardo, tenemos necesidad de un mediador para este mediador, y María Santísima es la que puede hacernos propicio á Jesus. ¿Quién puede ejercer este oficio con mas eficacia que su Santísima Madre? ¿Quién puede tener mayor autoridad y ascendiente para con Jesus y mas caridad para con nosotros? ¿Qué temor puede tener nuestra fragilidad á esta misericordiosísima Señora, cuando ella es la misma clemencia y suavidad? Vida, dulzura y esperanza nuestra, la llamamos todos sus fieles devotos con la iglesia nuestra madre, y á ella suspi-

ramos y clamamos en nuestras tribulaciones desde este valle de lágrimas. Y con razon, digo otra vez, vuelven sus ojos las criaturas todas á esta Santísima Virgen, porque todo lo que ha sido criado por la amantísima mano de nuestro Dios Todopoderoso en el órden de la naturaleza, por ella, en ella y de ella recibe su restauracion en el órden de la gracia, como afirman Bernardo. Porque jamás desaliende el Señor los ruegos de esta amorosísima Madre suya, y no pedimos cosa alguna por su intercesion que no nos la conceda, como afirman los Santos Padres.

Hoy, hermanos míos, hoy podemos nosotros dar un testimonio de esta verdad; hoy hemos experimentado la proteccion de nuestra abogada y patrona María Santísima, hoy es un día de un gozo grande para este pueblo, porque se reúne ante la imágen de la Reina de los cielos para manifestarla su gozo, su consuelo, su gratitud, por haber recibido el socorro que la pidió, porque acudió á ella en su tribulacion, la invocó y ha experimentado sus piedades.

Justo es, soberana Reina y protectora nuestra, que os manifestemos nuestro reconocimiento y publiquemos vuestras misericordias. No dudaremos jamás de vuestros oportunos auxilios y de que nos oireis cuantas veces os invoquemos. Y para empeñarnos mas y mas en manifestaros nuestra gratitud y accion de gracias, y aumentar el número de vuestros agradecidos devotos, hoy que tan recientes tenemos vuestros beneficios, voy á manifestar con la gracia del Señor, que espero por vuestra intercesion, lo abominable y horrible del vicio de la ingratitud y á hacer ver que si somos ingratos á los favores que nos alcanzais de Dios, no solo nos retirará sus gracias, sino que nos enviará castigos

tanto mayores cuanto mas grandes han sido sus beneficios. Odio á la ingratitud, temor de no desmerecer las misericordias de Dios y atraerse sus castigos: he aquí, amados mios, donde voy á encaminar mi discurso y la resolucion que quisiera inspiraros en este dia de vuestra accion de gracias. Obre el Señor en nuestros corazones con sus poderosos auxilios, que pediremos por la misma abogada nuestra, María Santisima, recordándola las palabras del ángel:

Ave Maria.

Auferetur á vobis regnum Dei...

La ingratitud, dice mi angélico doctor santo Tomás, es un pecado especial, pero tiene diversos grados segun el orden de lo que se requiere para la gratitud, en la que lo primero es, que el hombre reconozca el beneficio recibido; lo segundo, que alabe y dé gracias al bienhechor; y lo tercero, que retribuya por él alguna cosa segun las circunstancias del lugar, el tiempo y las facultades del que recibe el beneficio. Como lo que es lo último en la ejecucion es lo primero en la resolucion, resulta que el primer grado de ingratitud es el que el hombre no retribuya cosa alguna por el bien que ha recibido; el segundo, es el que disimule, como dando á entender que nada ha recibido, y el tercero y mas

grave y reprehensible es el que no reconozca el beneficio, ya sea olvidándole ó de cualquiera otra manera. Bien podemos añadir otro grado mas enorme y criminal aun, y es el hacer mal, ofender y rebelarse contra el mismo bienhechor. Desórden que si nos llena de horror y de indignacion cuando le vemos entre los hombres; es por desgracia demasiado frecuente entre Dios y el pecador.

¡ Ojalá que hubiésemos muerto en el Egipto! Decian los hebreos en el desierto, despues de haber recibido innumerables gracias y estrordinarios favores de su Dios. Tal es el carácter detestable de la ingratitud. Reputó á los mismos beneficios por una mal y por una desgracia. Miraban estos ingratos como menos mal haber muerto en el Egipto, en la esclavitud y miseria que habitar con Dios y protegidos por Dios en el desierto. Es propio de la ingratitud buscar y descubrir en los beneficios los inconvenientes y males, y no las utilidades.

El ingrato si no puede olvidar el beneficio recibido porque está á la vista de todos, por lo menos trata de atenuarle, de disminuirle, de atribuir miras de interés propio en el bienhechor para tenerse por menos obligado; busca defectos en el beneficio disimulando y callando los bienes que le han resultado, y ponderando los males que se le han seguido. Acáz; dice el sagrado testo, refirió á la impía Jezabel lo que habia hecho Elías y como habia atravesado con la espada á todos los profetas de Baal; pero jamás se halla que este rey ingrato dijese la mas mínima palabra de aquel prodigio con que Elías hizo bajar fuego del cielo sobre su sacrificio, de la lluvia que alcanzó con sus oraciones, despues de una sequia de tres años y tres meses, de la

demostracion que hizo de la impotencia y falsedad del Dios Baal, solo refirió lo que podia irritar y llenar de ira y de furor á aquella malísima muger. Tal es la perversa conducta de los ingratos : olvidarse con facilidad de los beneficios recibidos, disimularlos, negarlos y procurar hacer mal al mismo bienhechor.

Diremos ahora con san Lorenzo Justiniano : reprehenden, afean y acriminan los hombres todos, la ingratitud de otros hombres para con ellos; y no cuidan de entender lo criminal y reprehensible de la ingratitud que ellos tienen para con su Dios. Ponderan los pequeños males con que los hombres corresponden á sus beneficios y no hacen caso de los innumerables y gravísimos con que todos los días ultrajan á su Dios. Si tan odiosa y reprehensible es la ingratitud entre los hombres, ¿cuánto mas debe ser la ingratitud de los hombres para con Dios, no solo porque son mayores, continuos y multiplicados sus beneficios, sino por el afecto, por el honor y grandeza del que nos los concede, porque no hay cosa que sea despreciable viniéndonos de Dios? Si es mas reprehensible no agradecer los dones que recibiéramos de la mano propia de un Príncipe, que si los recibiéramos de un particular, ¿cuánto mas reprehensible y digno de castigo será no agradecer lo que recibimos del mismo Dios?

De esta ingratitud se queja el Señor por Isaías y dice: he alimentado y engrandecido á hijos y ellos me han despreciado. El buey reconoce á su dueño y el jumento al pesebre de su Señor, pero Israel no me conoce con todo de ser yo su Dios. Yo los he redimido, se queja tambien por Oseas, y ellos han dicho mentiras contra mi.

A diez leprosos cura Jesucristo, y solamente uno que era

samaritano volvió á darle las gracias. ¿Dónde están los otros nueve? Preguntó admirado Jesucristo. ¿No han quedado limpios todos? Dándonos á entender que es casi inconcebible que se olviden tan pronto los beneficios; que es un crimen horrendo y detestable la ingratitud. No preguntó por ignorancia, porque sabe todas las cosas antes que sucedan, sino que quiso también darnos á entender con esto, que desconoce á los ingratos y son del número de aquellos infelices á quienes dirá: *Nescio vos; no os conozco*. Y ved aquí las fatales consecuencias de la ingratitud. El Señor desconoce y niega á los ingratos, los retira sus gracias y envia castigos tanto mayores sobre ellos, cuanto mayores hayan sido los beneficios que han despreciado y desatendido. Has dejado á tu Dios que te ha engendrado, se nos dice en el Deuteronomio, te has olvidado del Señor tu Criador, el Señor lo ha visto y se ha llenado de ira: *Vidit Dominus et ad iracundiam concitatus est: ignis succensus est in furore meo*. De lo que podemos inferir los grandes suplicios que tiene dispuestos el Señor para los ingratos. Saul, ingrato á los servicios extraordinarios de David, le persiguió incesantemente y procuró su muerte: no es de extrañar segun esto que el Señor le castigase con una muerte desgraciada, que quedase sin sepultura y lleno de ingnomia, que fuese pasto de las aves rapaces, y que con la vida perdiese el reino de la tierra y juntamente el del cielo. Jeroboan, de un nacimiento humilde, fue elevado de un modo milagroso al reino, como Dios hizo que se le anunciase. Temiendo que sus súbditos fuesen á Jerusalen para adorar á Dios en el templo de Salomon, hizo levantar dos ídolos en Dan y Bethel para que los adorasen en vez del Dios verdadero. El Señor lo vió y se

llenó de ira; *Vidit Dominus et ad iracundiam concitatus est*: y mandó que se le intimase la sentencia terrible en que se le anunció su ruina y exterminio. Amasías, rey de Judá, con la ayuda del Rey de los ejércitos venció á los idumeos; y en vez de dar gracias á Dios por este beneficio, ofreció sus votos, sus dones y su culto á los ídolos. El Señor lo vió y se llenó de ira y muy pronto le envió el castigo haciendo que Joas, rey de Israel, le hiciese su cautivo. El pueblo judío, fue la nacion privilegiada y sobre la que el Señor derramó mas beneficios, pero tambien ha sido la nacion á quien hasta ahora ha castigado Dios con mayor severidad; han sido dispersos por todas las naciones del mundo, señalados con el dedo y hechos la burla de todos, ¿cuál pues ha sido la causa de su reprobacion y exterminio? No ha sido otra que el haber sido ingratos para con su Dios, dice san Juan Crisóstomo. Esto mismo parece que quiso insinuar el mismo Jesucristo en la parábola de la viña en la que está denotada la Sinagoga. Habia sido esta honrada por Dios con muchos beneficios y prerogativas, como que la habia dado la ley, el sacerdocio, el templo, los sacrificios, las promesas, la religion verdadera, para que reconocida á todo esto, fuese agradecida á Dios y lograrse así el aumento de gracias y la continuacion de beneficios; pero fue desagradecida hasta el extremo de ensangrentarse en los patriarcas, en los profetas, en los apóstoles y hacer morir en la cruz al mismo Hijo de Dios, y por eso, dice san Agustin, lo que Dios dió á los que fueron agradecidos, lo quitó á los ingratos; y el mismo Salvador dijo á los judíos despues que lo propuso la parábola de la viña plantada y arrendada á unos colonos que tan mal correspondieron: *Ideo auferetur*

á vobis regnum Dei. Por esto se os quitará el reino de Dios. Jesucristo, que es la misma sabiduría increada, redujo á los judíos á que pronunciasen su sentencia y confesasen de su propia voluntad que habian merecido su esterminio por su ingratitud respondiendo al divino Salvador: *Malos male perdet et vineam suam locabit allis agricolis.* Quejándose el divino Salvador en una ocasion en que los judíos començaron á arrojar piedras sobre él, los dijo echándolos en cara su ingratitud: muchas obras buenas os he manifestado y he hecho con vosotros por el poder de mi Padre, ¿por cuál de estas obras me apedreais? ¿Y qué produjo esta ingratitud sino aquella terrible desolacion que los predijo el mismo Jesus diciéndolos: Jerusalem, Jerusalem, no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visitacion? Viendo á la ciudad, lloró sobre ella y la dijo, que si conociera los males que la habian de sobrevenir lloraria tambien y se estremecería al contemplar su esterminio, aquella desolacion que entonces estaba oculta á sus ojos, porque llegaria el tiempo en que sus enemigos la cercarian de trincheras y estrecharian por todas partes, la echarian por tierra y lo mismo á los que estuviesen dentro de ella hasta no dejar piedra sobre piedra. ¿Y por qué tanto rigor y un castigo tan general y terrible? En pena de su ingratitud: *porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada.*

Aquel siervo que despues de haber conseguido de su Señor la remision de diez mil talentos, sofocaba y ahogaba á su conserivo que le debia solamente diez denarios, fue apresado por el Señor de ambos y entregado á los tormentos hasta que pagase todo el débito en justo castigo de su in-

gratitud. El Señor envia castigos tanto mayores cuanto mayores han sido sus beneficios, cuando los hombres corresponden con ingratitud. Penas y castigos terribles son el fruto de la ingratitud, y con esto se manifiesta tambien que el Señor niega sus gracias y retira sus beneficios de los ingratos.

Es la ingratitud, dice san Bernardino, un viento que abrasa y seca las fuentes de la piedad y las corrientes de la gracia y misericordia de Dios. No es digno de que Dios le dé mas auxilios, dice san Agustin, al que es ingrato á los que ya tiene recibidos. ¿Quién hay, pregunta san Lorenzo Justiniano, que quede con deseo de hacer algún oficio de humanidad á aquel ingrato que desprecia los beneficios que le ha hecho? ¿No nos enseña esto mismo el uso, nes lo confirma la razon, nos lo manifiesta la esperiencia, lo reclaman las leyes y todos los derechos, lo atestiguan las sagradas letras, lo insinúa la naturaleza, lo declarán hasta los brutos animales y todos y cada uno de los mortales confiesan que es muy conforme á justicia negar los beneficios á los ingratos? Con razon nos dice el libro de la sabiduría, que la esperanza del ingrato quedará frustrada, porque por su ingratitud se le negarán los beneficios que espere y solicite. La ingratitud, dice san Bernardino, parece que es aquel pecado por el que reviven los pecados perdonados ya, segun las palabras del Señor al siervo malo y desagradecido, á quien irritado entregó á los ministros de justicia hasta que pagase toda la deuda. Es verdad que los pecados una vez perdonados jamás vuelven al alma ni en cuanto á la culpa ni en cuanto á la pena, de modo que haya que sufrir pena por ellos como si jamás hubieran sido perdonados.

dos: pero se dice que reviven, dice mi angélico doctor Santo Tomas, en cuanto que la ingratitud los agrava y hace que por las ofensas siguientes se haga acreedor el ingrato á una pena correspondiente á la que merecian los pecados ya perdonados. Peca mucho mas gravemente y será castigado con mas severidad el que abusa de la benignidad de Dios, y no agradece el perdon que antes le ha concedido. Esto mismo nos dá á entender el Señor cuando se queja por el Profeta: Si mis enemigos me maldigesen, me resignaria á llevarlo con paciencia; pero tú, que eres amigo, favorecido, y has recibido tantos beneficios de mi mano... En la parábola de la cena grande dispuesta por el padre de familias, nos manifiesta el Señor su conducta con los ingratos y la suerte de estos desventurados. Convidó á muchas personas á la cena, quiso solemnizar las bodas de su hijo el mismo rey, como nos lo dice por San Mateo, y convidó á su real mesa á muchos amigos. ¿Qué mayor honor podia dispensarlos ni estos apetecer? Seria una temeridad el haber aspirado á tanta dicha, y sin embargo, el Señor por su bondad los brindó con ella. Con todo, la despreciaron y unos marcharon á su villa, otros á sus negocios, dejando todos desairado al bienhechor. ¿Y cual fué el resultado? Que sabido por el rey se irritó y mandando sus ejércitos perdió á aquellos ingratos y quemó sus ciudades. Que ninguno de los convidados gustó de la cena. Si despreciamos y no somos agradecidos á los beneficios de Dios; en pena de nuestra ingratitud nos negará sus gracias y no nos favorecerá mas ni nos oirá cuando le llamemos, y esto, aun usando de su misericordia y mirando por nuestro bien, para que no nos hagamos mas reos y criminales y nos atraigamos mayores

suplicios, cuanto mas sean las gracias que menospreciemos, como nos lo dicen San Juan Damasceno y San Bernardo. Si despreciamos y somos desagradecidos á los beneficios del Señor, y mucho mas á unos beneficios tan marcados y especiales como nos dispensa, atesoraremos en contra nuestra su ira á proporcion de nuestra dureza, como nos lo dice el Apóstol. Quanto mas beneficios y distinciones recibamos de Dios, tanto mas terribles son los juicios que se nos preparan y los cargos que se nos harán; como lo espresó Jesucristo dirigiéndose contra Corozain y Betsaida.

Concluyamos pues, amados míos, que no seamos ingratos á los favores que hemos recibido de Dios. *Exultate Deo adjutori nostro* (Psal. 80). Cantad con alegría las alabanzas del Señor, que siempre nos ha protegido; celebrad con júbilo la gloria del Dios de Jacob. Entonad cánticos en su honor, traed vuestros timpanos, vuestras arpas y laudes. Haced que todo resuene con el son de las trompas en estos dias distinguidos por vuestras solemnes fiestas. Escuchad pueblo mio, que el Señor te declara su voluntad: Israel; si quieres obedecerme, no has de tener dioses nuevos ni adorar dioses estraños. Yo soy el único que has de reconocer por tu Dios y Señor; yo soy quien te saqué de Egipto; descubre tus deseos, pide, que yo te cumpliré cuanto quieras. Que no nos diga el Señor como á su pueblo ingrato: Mi pueblo no oyó mi voz, Israel no me escuchó. Por eso permití que se abandonasen á sus desarreglados apetitos y á sus estravagantes invenciones. Si este pueblo me hubiera obedecido, si Israel hubiera caminado por las sendas que yo le señalé, nada me hubiera sido mas fácil que abatir á sus enemigos, y desde luego hubiera descargado

el peso de mi brazo sobre sus perseguidores. Pero aquellos á quienes el Señor amaba como á hijos, se declararon contra él y le faltaron á la fidelidad; y así los hará sufrir para siempre el castigo de su ingratitud. Ellos le fueron infieles aun despues de haberlos sustentado con la flor de la harina en la tierra de promision y de haber hecho salir de una piedra abundancia de miel para su regalo. Que no nos diga el Señor: En la tribulacion me invocásteis y os libré de ella: oí vuestros votos cuando oculto en una nube escité la tempestad que sumergió á todos vuestros enemigos; però despues oí vuestra ingratitud junto á las aguas de la contradicion. No olvidemos jamás lo que el Señor ha hecho por nosotros; porque nos atesoraremos su ira, retirará sus gracias y nos dejará abandonados en nuestras miserias.

Y para que llegue nuestra gratitud hasta el trono de Dios, para que reciba propicio el Señor nuestro reconocimiento y nuestra accion de gracias recurrimos á vos, dulce patrona, Madre y abogada nuestra. Ofreced nuestros votos al Señor; presentadle nuestros deseos de ser agradecidos al beneficio que hemos alcanzado por vuestra mediacion poderosa. Y para que el incienso de nuestros obsequios le sea agradable y nos reconozca por hijos agradecidos; alcanzadnos que acompañemos á nuestros cánticos la pureza de conciencia, la simplicidad de corazon, que no busquemos dioses nuevos, ni adoremos dioses estraños, que no reconozcamos otro Señor que á nuestro verdadero Dios. Asistidnos constantemente con vuestra proteccion y os bendeciremos y alabaremos. Todos los dias os confesaremos por la gloria y la alegría de nuestro pueblo, hallaremos en vos el manantial constante de las gracias del ciclo y el re-

curso seguro en todas nuestras necesidades, y no dudamos que aumentándose cada día mas y mas vuestros favores creeremos en la justicia y santidad : sí, en la justicia y santidad, porque estos son los bienes que apetecemos antes que todo, los bienes que nos son necesarios, y perseverando en la gracia hasta el fin, conseguiremos la gloria que á todos deseo y en la que cantaremos las alabanzas de María Santísima para siempre y á su Santísimo Hijo que con el Padre y Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

FIN DEL TOMO XX.

INDICE.

OCTAVARIO

en honor de Dios y sus divinos atributos y perfecciones que puede predicarse en la octava de la Santísima Trinidad ó en otras fiestas.

	Pág.
Dia I. De la Existencia de Dios. Dios existe y debemos honrarle y darle gracias.	7
Dia II. De la Omnipotencia de Dios. Dios es omnipotente, y este atributo debe confirmar nuestra fe y alentar nuestra esperanza.	18
Dia III. De la simplicidad de Dios. Dios es un ser simplicísimo; y cuanto mas puros seamos seremos mas semejantes á Dios. . .	30
Dia IV. De la Inmutabilidad, Eternidad é Inmortalidad de Dios.	

Dios es inmutable, eterno é inmortal, y debemos nosotros ser constantes en servirle, apeteer los bienes eternos mas que todo lo terreno, y evitar la muerte que nos da el pecado.	40
Dia V. De la Inmensidad de Dios. Dios está en todas partes y nos es muy útil el recordar continuamente su divina presencia. .	50
Dia VI. De la ciencia de Dios y su providencia. La ciencia y providencia de Dios debe engendrar en nosotros cautela y confianza. . . .	63
Dia VII. De la bondad, misericordia y justicia de Dios. Alabemos la bondad y misericordia de Dios y acojámonos á ella.	76
Dia VIII. De la unidad y Trinidad Santísima. Debemos someter nuestro entendimiento á lo que nos enseña la fe y reformar por la gracia en nuestras almas la imágen de la Santísima Trinidad.	88

NOVENARIO

de Dolores de María Santísima.

Dia I. La profecía del Santo Simeon. Este dolor martirizó á María Santísima toda su vida: lo sufrió con la mayor resignacion y nos obliga á imitarla para nuestra dicha y felicidad.	99
---	----

- Dia II. La huida de Egipto.**
 María Santísima ve amenazado de muerte á su Santísimo Hijo, y es traspasado su corazón con esta segunda espada de dolor para que la imitemos en su paciencia y sufrimiento. . . 112
- Dia III. Del Niño Perdido.**
 María Santísima perdió á su Santísimo Hijo, lo busca con diligencia traspasada de dolor, lo encuentra en el templo y nos instruye en los ejercicios de la milicia cristiana. 124
- Dia IV. Calle de la Amargura.**
 María Santísima encuentra á Jesus caído con la cruz acuestas en la calle de la Amargura y sufre penas incomprensibles. 139
- Dia V. María viendo crucificar á su Hijo.**
 María Santísima presenciando la crucifixion de su divino Hijo padece lo que no pueden imaginar los hombres. 152
- Dia VI. María Santísima al pie de la santa Cruz.**
 Esta Virgen dolorosa al pie de la cruz padece dolores inesplicables, ejercitándose con heroicidad en todas las virtudes. 164
- Dia VII. Descendimiento y sepultura de Jesucristo.**
 María Santísima en la muerte, descendimiento y sepultura de su divino Hijo sufre el mas acerbo dolor y nos da lecciones de vida eterna. 176
- Dia VIII. Soledad de María Santísima.**
 En ella llora, suspira, sufre y padece nuestra Madre. Debemos consolarla con nuestra virtud. 189

- Dia IX.** Sobre los frutos de este santo Novenario.
 No debemos olvidar los dolores de María Santísima, para que se perfeccione en nosotros la gracia y la bendición. 202

OCTAVARIO

en honor del Santísimo Sacramento aplicable al Corazon de Jesus.

- Dia I.** Amor grande é incomparable del Corazon de Jesus en quedarse con nosotros en el áugusto Sacramento. 216
- Dia II.** El amor del Corazon dulcísimo de Jesus á los hombres, se manifiesta por los dones que reparte en el adorable Sacramento del Altar. 227
- Dia III.** Lo mucho que se sujetó á padecer el Corazon de Jesus en el adorable Sacramento de la Eucaristía nos convence del esceso de su amor y nos enseña en la correspondencia. 238
- Dia IV.** Las instancias y quejas amorosas del Corazon de Jesus para que nos acerquemos á recibirle en el adorable Sacramento, nos hacen bien patente su amor y deben resolernos á frecuentar la mesa santa. 251
- Dia V.** Quanto digamos para no comulgar con frecuencia, son excusas y pretextos frívolos, y por esta pereza acarreamos males muy graves á nuestras almas. 261
- Dia VI.** El amantísimo Corazon de Jesus compadeci-

- do de nuestros males, nos proveyó de un remedio para todas nuestras necesidades en el augusto Sacramento de la Eucaristía. 273
- Dia VII. Jesus en el adorable Sacramento de la Eucaristía, pide justamente nuestros obsequios y siente nuestros ultrages. 287
- Dia VIII. En esta solemnidad derrama abundantemente sus gracias y bendiciones el Corazon de Jesus, y seremos muy miserables si nos hacemos indignos de ellas por nuestras irreverencias. 299

TRIDUO

en honor de Maria Santísima para alcanzar por su medio, que Dios nos libre de los peligros en que pueda ponernos cualquier necesidad.

- Dia I. Nadie recurre en sus necesidades á esta Virgen sin hallar en ella consuelo, gracia y proteccion victoriosa y salvadora. 310
- Dia II. Pidiendo á esta Virgen que aparte de nosotros todos los males, y nos alcance todos los bienes, seremos salvos. 325
- Dia III. María Santísima en este santo templo tiene los ojos abiertos, y los oidos prontos para oir á los que oraren en este lugar. 338

TRIDUO

en accion de gracias á María Santísima.

- Dia I.** Es muy agradable y acepto á Dios y su Santísima Madre, el tributo de nuestra accion de gracias. Jesucristo nos exhorta continuamente á la gratitud y da sus auxilios á los que desean ser agradecidos. 352
- Dia II.** Nuestra gratitud á los beneficios recibidos y el reconocimiento á María Santísima y á su Santísimo Hijo que nos lo dispensan, los obligan en cierto modo á que nos estimen y nos aumenten los favores. 364
- Dia III.** Fealdad de la ingratitud. Siendo ingratos á los beneficios de Dios, no solamente nos retira sus gracias, sino que cuanto mayores hayan sido sus favores, debemos temer que sean otro tanto mayores sus castigos. 376

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
62	1	como en si	como es en si
81	1	y conviene	y como conviene
126	testo	oblitus ex	oblitus est
155	9	perdonar	ponderar
185	14	su sagrado	tu sagrado
187	12	Habacie	Habacue
213	23	gracia	desgracia
222	21	¿ hubiera	¿ no hubiera
id.	26	visto	vuelto
230	2	aquel ángel que	aquel que
id.	9	esta	era
id.	28	infinitas preceden	finitas proceden
id.	29	Eucaristia	Encarnacion
240	22	No podia	Nada podia
241	12	apreciaba	apremiaba
250	3	único	mucho
256	13	Eucaristia	Encarnacion
258	21	recibimos	recibamos
263	18	Los son	Los soberbios son
265	10	amor	temor
266	11	camino	ánimo
id.	21	mas	mal
268	3	porque se	porque no se
314	25	San Gren	San Efrén
340	11	Manarés	Manasés